

MARIO ESCOBAR

EL
SECRETO
DE LOS
ASSASSINI



Lectulandia

Roma, año 813. Una expedición se dirige a la boca del Nilo. Su misión es descubrir un secreto que los faraones negros de Meroe ocultan desde hace siglos.

El Cairo, año 1075. El Gran Visir recibe un extraño regalo que protegió a la peligrosa secta de los Assassini. El arma que les ayudó a resistir a las fuerzas cruzadas y el ataque de Saladino.

Estambul, año 1914. Una misteriosa princesa árabe esconde un secreto que puede cambiar la historia de la humanidad, pero tendrá que recorrer con Hércules Guzmán Fox y sus amigos George Lincoln y Alicia Mantorella el desierto de Egipto, luchar a los pies de la Acrópolis y atravesar una Turquía en guerra para llegar al Valle de los Asesinos, donde se esconde un misterio que podría provocar la última cruzada contra el islam.

Winston Churchill, Mustafa Kemal Atatürk, fundador de Turquía, o John Garstang, famoso arqueólogo británico, son algunos de los personajes de esta novela, donde siglos de historia han sido encadenados a una leyenda.

Lectulandia

Mario Escobar Golderos

El secreto de los Assassini

ePUB v1.1

Piolín.39 27.07.12

más libros en lectulandia.com

Mario Escobar Golderos, enero de 2008.

Editor original: Piolín.39 (v1.0)
ePub base v2.0

*A Elisabeth y Andrea, por las horas que paso frente
a estos folios y no puedo estar con ellas.*

Agradecimientos

A mis fieles amigos: Manuel Sánchez, que ha pasado la etapa más hermosa y dura de su vida; Sergio Puerta, el más voluntarioso de los hombres; Pedro Martín, un niño grande; Juan Troitiño, látigo y bálsamo; Francisco Terlizzi, un venezolano incorregible; Sergio Remedios, el primero que me abrió la puerta en el complejo mundo editorial; David Yagüe, periodista y trabajador incansable y a Dolores Mcfarland, la lectora más rápida del planeta.

A los compañeros de fatigas de Best Seller Español, a los amigos de los foros, en especial Ábrete Libro, Gran Guerra y Anika.

A los editores de La Factoría de Ideas, Juan Carlos Poujade y París Álvarez, por apostar por mis libros. También a Silvia Rodríguez, que día tras día logra el milagro de que los medios de comunicación hablen de mi libro.

A la apasionante vida y epopeya de los descubridores de las fuentes del Nilo, Sam y Florence Baker.

A la señora Freya Stark, la primera mujer occidental que visitó el valle de los Asesinos.

A sir Winston S. Churchill, por su apasionante descripción de la guerra del Sudán.

A Francisco Veiga, por su monumental libro sobre la historia de Turquía.

A León Arsenal, un gran escritor y autor del genial libro *La boca del Nilo*.

A mis queridos lectores, los que hacen posible que las letras se conviertan en magia pura.

Si quieres saber más de mí o del libro puedes visitar:

<http://marioescobargolders.blogcindario.com/>

<http://assassini.blogcindario.com/> assassini@yahoo.es

*Ninguna palabra salió de sus labios
Que no expresara el gozo que sentía
Por haber ganado el magnífico premio
Que coronaba su peligrosa misión;
Que extinguidas sus penas,
Su alma habitara la bendita costa
Donde frutas maduras y frescos arroyos
Y ricas fragancias y rayos sin nubes,
Envuelven por siempre la gaya morada
De bellas doncellas de negros ojos*

+

Prólogo



Princesa en el Harén

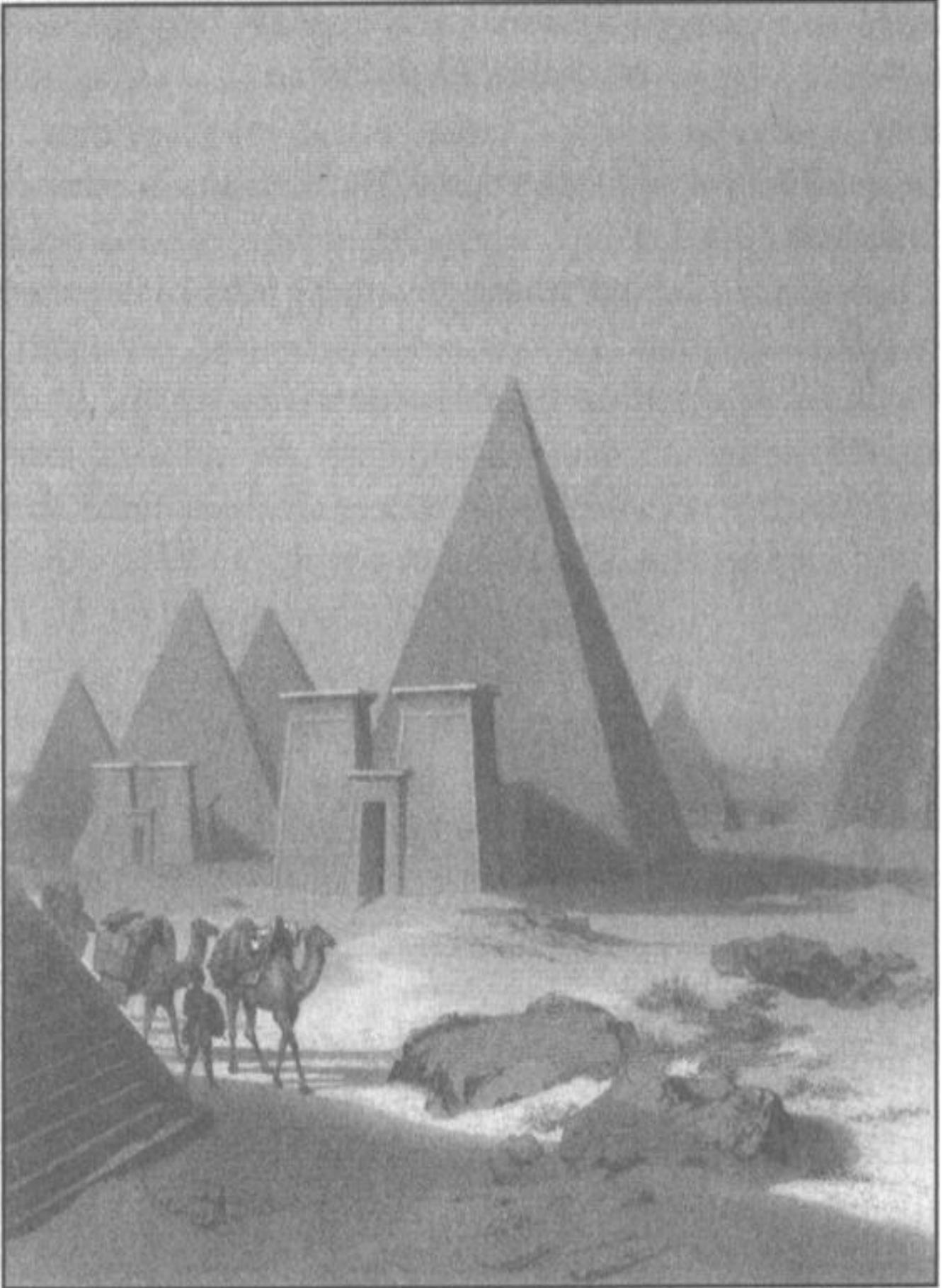
La joya centelleó en medio de la gran sala del trono. El susurro del viento movió las cortinas y Yamile atravesó el gran arco con sigilo. Se acercó a la vitrina y observó los destellos del inmenso rubí. Por unos instantes aguantó la respiración y pudo escuchar los latidos desbocados de su corazón. Si alguien la veía a aquellas horas intempestuosas frente al Corazón de Amón, nadie le diría nada, pero el sentirse tan cerca de su libertad la hizo estremecer. Ella era la favorita de su señor, si alguien podía ver aquella joya era ella. ¿Acaso no la había lucido el día de su desposorio? ¿No era ella la esposa del gran Mehmed V?

Yamile abrió la vitrina con cuidado y al coger la joya entre sus manos experimentó la misma sensación que cincuenta años antes, cuando siendo todavía una niña virgen se desposó con el sultán. Un escalofrío recorrió su espalda y por unos instantes la habitación se llenó de una cegadora luz roja. En su mente se agolparon las imágenes de toda una vida. Su infancia en Hungría, la guerra, su padre, su secuestro por una casamentera armenia y su estancia en el palacio del sultán hasta su boda. Cincuenta largos años de cautiverio. Entonces, escuchó una voz en su cabeza. Esa era la noche elegida. Debía abandonar el harén antes del amanecer.

Unos pasos la devolvieron a la realidad. Su amado Omán la miró con ternura y Yamile se acercó hasta él con la joya en la mano. Sin mediar palabra salieron de la gran sala del trono y se dirigieron a la balconada que comunicaba el harén con Estambul. Omán acomodó a la princesa en una gran cesta de mimbre y comenzó a bajarla por la pared. Cuando estaba en el suelo, Omán ató la cuerda a una columna de alabastro y se acercó hasta el borde del balcón. Levantó la vista y observó la noche estrellada y la media luna que brillaba en el firmamento. Sonrió y puso una de sus babuchas en la pared. Una cimitarra silbó en el aire y la cabeza de Omán se separó de sus fuertes hombros cayendo al vacío. Yamile lanzó un grito al ver la cabeza de su siervo junto a sus pies y comenzó a correr por las callejuelas de la ciudad. Su respiración agitada y el corazón a punto de estallar agotaron sus fuerzas en un momento, pero extrajo de su manto el rubí y lo acarició con ternura. La joya brilló intensamente y las fuerzas de la mujer se renovaron de repente. Ahora sabía dónde debía buscar. El Corazón de Amón la guiaría hasta el lugar del que fue extirpado hacía mil años y ella recuperaría su hermosura, para siempre.

Primera parte

El enigma de Yamile



Pirámides de Meroe

El Cairo, 15 de octubre de 1914

Un grito de mujer inundó la iglesia y unos pasos apresurados retumbaron en el suelo enmaderado. Hércules miró hacia el gran portalón de madera y apenas pudo vislumbrar un *niqab* púrpura que desapareció detrás de una de las celosías laterales.

—¿Ha visto eso, Lincoln? —preguntó Hércules, girándose de repente.

—Ya veo que no le interesa el arte copto. Le dije que podía venir yo solo —dijo Lincoln sin escuchar a su amigo.

Dos individuos morenos vestidos con pantalones bombachos parecidos a los usados por los soldados austríacos y unos *kalpak*^[1] negros entraron en la iglesia y corrieron hasta el pasillo central. Al ver que no estaban solos, caminaron más despacio, mirando de un lado al otro como si admiraran el templo. Los ojos negros de los desconocidos se cruzaron con la mirada desafiante de Hércules, que frunció el ceño y se llevó la mano al bolsillo donde guardaba su revólver. Lincoln se giró y pudo ver como los dos individuos bajaban la vista hasta la chaqueta de su amigo. En ese momento se escucharon unos golpes detrás de la celosía y los dos hombres se dirigieron hasta el foco del ruido. Hércules comprendió que el sonido provenía de la cripta que habían visitado minutos antes, donde se encontraban los restos de la primitiva iglesia de San Sergio, y en la que, según la tradición, se alojó la Sagrada Familia en su huida a Egipto. Por ello, desde el año 859 y hasta el siglo ^{xii} los patriarcas coptos eran elegidos en esa pequeña iglesia del barrio cristiano.

Hércules no dudó ni por un momento de que la mujer que se había refugiado en la iglesia estaba en peligro. Con un gesto de la cabeza indicó a Lincoln que lo siguiera, sacando su pistola del bolsillo. En el interior de la cripta reinaba la penumbra, Hércules se pegó instintivamente al muro y se agachó. Tiró de la chaqueta de Lincoln justo antes de que el chasquido de una bala sonara en la pared de piedra.

—¡Cielos! —gritó Lincoln.

—Cállese, si no quiere que nos acribillen —susurró Hércules, que forzaba los ojos para ver algo en la negrura.

Otra bala centelleó a sus espaldas y Hércules disparó hacia el pequeño resplandor. Escucharon un grito de dolor y unos pies que se apresuraban a ascender por la salida. Hércules y Lincoln permanecieron unos segundos callados hasta que los pasos se alejaron y el portalón de la iglesia se cerró de golpe.

—*Pouvez-vous m'aider, s'il vous plaît?*^[2]—dijo una voz apagada en mitad de la penumbra.

—*Bien sûr*^[3]—contestó Hércules en francés.

Hércules y Lincoln notaron una pequeña corriente de humo que se movía hacia

ellos. De repente el olor a humedad y podredumbre dejó paso a un perfume suave pero intenso. Entonces vieron una silueta que estaba de pie ante ellos.

—*Madame*, no sé lo que le sucede, pero no debe temer nada mientras esté a nuestro lado —dijo Hércules, poniéndose en pie.

—Es usted un verdadero caballero —contestó la mujer con un acento desconocido.

Ascendieron por la escalera hasta la nave central de la iglesia. A medida que la luz cubría el manto púrpura de seda de la desconocida, los ojos de los dos amigos se abrieron atónitos. Cuando ella se giró, pudieron contemplar un bellissimo *niqab* ribeteado con hilo de oro, que envolvía todo su cuerpo. Apenas se veía una pequeña franja de su rostro y sus grandes ojos azules, pero su refulgente mirada anunciaba una hermosura indescriptible.

—Caballeros, me han salvado la vida. —Se escuchó la voz amortiguada por el velo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —dijo Lincoln, quitándose el sombrero y modulando su pobre francés.

—¿Dónde se aloja? ¿Podemos acompañarla a algún sitio? —preguntó Hércules.

—Me temo que no es buena idea que regrese a mi hotel.

—Es cierto —dijo Hércules sonriente—. Puede venir con nosotros, nos acompaña una dama que seguro la alojará en su habitación hasta que encontremos algo mejor para usted. Algo de acuerdo a su rango, princesa.

—¿Cómo sabe...? —preguntó la mujer, aturdida.

—Su porte, sus ropas, el anillo que luce en su mano con el escudo de la casa real del sultán de Estambul —dijo Hércules.

La mujer se miró la mano sorprendida. La joya brilló con la luz que penetraba por el techo de madera. Después el velo se movió levemente y Hércules comprendió que la mujer acababa de sonreír.

Roma, 813, año sexto del reinado de Nerón^[4]

Nerón se aproximó a la gran balconada y observó Roma en mitad de la noche. Las luces de las casas salpicaban sus siete colinas y el rumor de sus habitantes se resistía a desaparecer. A su lado, su consejero Sexto Afranio permanecía en silencio.

—Sexto, ¿está todo preparado?

—Sí, César. Hay dos legiones dispuestas a zarpar en el puerto de Ostia en cuanto deis la orden.

—Lo he meditado largamente. Esos esclavos nubios pudieron mentirme, pero ¿por qué iban a hacerlo? Ya estaban condenados a morir.

—Es cierto, César.

—Ningún romano ha marchado tan al sur del Nilo.

—Que sepamos, no. El primer hombre griego que visitó Egipto fue Herodoto; se cree que Diodoro también estuvo allí; Estrabón vivió durante un tiempo en Alejandría y viajó con su amigo Elio Galo hasta el sur de Tebas. Julio César también navegó por el Nilo con Cleopatra, pero nadie lo hizo nunca más allá de los límites conocidos.

—Entiendo. ¿Qué podemos perder? ¿Dos legiones de soldados pretorianos? Esos hombres viven solo para adorarme —dijo Nerón, incorporándose y entrando en el amplio salón.

—Pero, ¿hace falta que las legiones sean de su guardia pretoriana? Son los hombres mejor preparados del imperio. A Roma no le sobra ni un legionario.

—No podría enviar a hombres más capaces. No me fío del resto de mis legiones y menos para una misión tan importante. Tienen que encontrar la joya y traerla hasta aquí.

—En ese caso, ¿no sería mejor que fueran a buscar la joya un grupo reducido de hombres? De esa manera llamaría menos la atención, los nubios pueden ponerse nerviosos cuando vean aparecer un ejército romano.

—¡No! —gritó Nerón, que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—César... —dijo el consejero, tembloroso.

—Necesito esa joya. ¡Estoy rodeado de enemigos y solo ella puede asegurarme la supervivencia! —dijo Nerón, con los ojos desorbitados. Las conspiraciones le rodeaban por doquier y no lograba descansar desde hacía semanas.

—La encontrarán. Si está allí la encontrarán y la traerán hasta Roma.

—Eso espero, Sexto. Para el bien del imperio y de su César —dijo Nerón poniendo su fría mano sobre la frente.

El Cairo, 15 de octubre de 1914

Cuando llegaron a los jardines del Hotel Continental-Savoy vieron a Alicia sentada en un banco debajo de un gigantesco sauce. El viento mecía ligeramente las ramas de los árboles y refrescaba el ambiente. Su amiga leía con atención un librito pequeño, encuadernado en una especie de tela blanca con ribetes rosados. Sus grandes ojos verdes parecían embebidos en la lectura. Su piel, blanca y pecosa, estaba enrojecida por el sol y sus rizos pelirrojos se escapaban del sombrero de paja blanco, para descansar sobre su ligero vestido de lino.

—Querida Alicia, te traemos a una amiga para tus largas horas de ocio en El Cairo —dijo Hércules, señalando a la princesa árabe.

—Qué sorpresa. Os dejo solos un instante y volvéis con una princesa —dijo Alicia sonriente.

La princesa inclinó su cubierta cabeza y se escucharon unas leves campanillas que había en el borde de su manto. Alicia se levantó del banco y se acercó a la mujer, propinándole dos sonoros besos.

—Encantada, querida. Mi nombre es Alicia Mantorella. Imagino que estos dos bárbaros no le han preguntado cuál es el suyo.

Hércules y Lincoln intentaron disculparse, pero la mujer comenzó a hablar primero.

—Estos caballeros me han salvado de un gran peligro. Seguramente la emoción del momento les ha impedido ser más galantes. Mi nombre es Dayree,^[5] pero todos me conocen por Yamile. Al menos ese fue el nombre que me dieron cuando llegué al harén.

—¿Vivió en un harén? —preguntó Alicia con los ojos desorbitados.

—Sí, toda mi vida, bueno, desde que tenía doce años.

»Mi verdadero nombre es Marta Sebestyén. —Al pronunciar su nombre a la mujer se le aguaron los ojos.

—¿De dónde es usted? —preguntó Hércules.

—De Hungría. Mi familia procede de Hungría.

—He oído que los harenes son casas del placer donde el señor puede acostarse con una concubina distinta cada noche —dijo Lincoln en su pobre francés.

La mujer se puso roja y levantó el mentón antes de responder. Al principio Lincoln le había caído simpático, tal vez porque se parecía a su *lala*, su cuidador y esclavo eunuco negro, pero llamarla prostituta era algo que no iba a aguantar.

—Los harenes no son prostíbulos. Eso son prejuicios occidentales. Los árabes son gente más civilizada de lo que ustedes creen. En los harenes no hay solo mujeres

hermosas, también están sus hijos, las abuelas. Es como una pequeña ciudad. Algunas mujeres se encargan de lavar la ropa, otras de los baños, la cocina, la música y el baile. Únicamente unas pocas son concubinas. Aparte del señor, nunca pasan hombres dentro del harén, a excepción de los eunucos, que no son exactamente hombres.

—Pero, si es húngara, ¿cómo llegó hasta el harén? —preguntó Alicia.

La mujer se sentó en el banco y Alicia la siguió. Hércules y Lincoln se acomodaron uno a cada lado.

—Cuando era una niña, antes de que me llevaran al Gran Harén de Estambul, vivía con mi padre, que era un general del ejército húngaro llamado Mathias Sebestyén. Mientras él guerreaba de un lado para el otro, mi madre, mis hermanos y yo residíamos en la casa de mi abuela materna cerca de Zalaegerszeg. Fue la época más feliz de mi vida. Después sucedió algo terrible de lo que tengo confusos recuerdos. Llevaba un mes nevando sin parar y la casa de mis abuelos estaba aislada, cuando una noche llegaron unos hombres armados con cuerdas y picos, parecían campesinos valacos. Al verlos venir, me oculté en la buhardilla de la casa. Allí escuché los gritos y lamentos de mi madre y mis hermanos. No sabía lo que sucedía, pero imaginaba que era algo terrible —dijo la princesa Yamile antes de que los ojos se le inundaran de lágrimas. Hércules le alargó un pañuelo y unos segundos más tarde continuó con su relato.

»Mataron a casi todos los habitantes de la casa. Estaba aterrorizada. Un humo negro empezó a entrar por la puerta de la buhardilla y yo comencé a gritar, entonces llegó mi *dadus*^[6] y me sacó de la casa justo antes de que se derrumbara. Estuvimos huyendo durante días, siempre hambrientas y congeladas. Al final encontramos al ejército de mi padre y nos quedamos con él. Unos días después partimos hacia Orsova, un puesto avanzado del ejército del Imperio austrohúngaro. Allí los nuestros sufrieron una terrible derrota y tuvimos que huir hasta Vidin y pasar hacia la frontera del Imperio otomano. El campamento de Vidin era horrible. Estaba pegado justo a orillas del Danubio, la humedad nos calaba los huesos. El tiempo empeoró muy pronto, escaseaban las provisiones y nuestras tiendas de campaña estaban agujereadas y mohosas. Tras la derrota, éramos prisioneros del ejército turco, había casi tantos soldados vigilándonos como refugiados. Mi padre llevaba herido desde la batalla de Orsova y, aunque mi *dadus* y yo le cuidábamos, teníamos miedo de que muriera. Cada día pasaba el carruaje con bueyes para llevarse a los que habían muerto durante la noche. Lo que no sabíamos es que nuestra vida pendía de un hilo. Austria y Rusia estaban reclamando al sultán que devolviera a los refugiados para ser ajusticiados. Él se negaba, alegando sus creencias islámicas, que le impedían abandonar a aquellos que le habían pedido protección. Algunos refugiados de baja graduación regresaron a Hungría, pero mi padre era un general y, si volvía,

sabíamos que sería ahorcado de inmediato.

—¿Qué hizo entonces su padre? —preguntó Alicia con el corazón en un puño.

La princesa comenzó a llorar de nuevo. Aquellos recuerdos eran demasiado dolorosos. Llevaba mucho tiempo sin acordarse de su padre y su triste destino; pensaba que el pasado ya no la afectaba, pero estaba equivocada.

—Veo que esto le afecta demasiado, será mejor que dejemos de hablar del tema —dijo Alicia abrazando a la mujer.

—No, necesito hablar de ello —dijo mirando a los ojos a la mujer. Después, continuó su relato—: El sultán propuso a los refugiados húngaros que se convirtieran al islam; si lo hacían, estarían a salvo del Imperio austriaco. Mi padre no aceptó la conversión. Al fin y al cabo, ya no le quedaba nada en Hungría. Su mujer y toda su familia estaban muertos, únicamente me tenía a mí, pero no podía renunciar a lo único que le quedaba, su fe. Escribió a Gran Bretaña denunciando la situación. Algunos húngaros aceptaron la amnistía de Austria y regresaron a su país, otros se convirtieron al islam, pero nadie sabía qué hacer con el resto. Una mañana en la que mi padre estaba fuera del campamento, mi *dadus* había salido a buscar algo de pan y yo estaba sola en la tienda. Entonces llegó la mujer del saco y me llevó a la casa de Add Allah.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Lincoln.

—Era una vieja armenia que vendía alimentos y otras cosas a la gente del campamento. La vieja me llevó hasta esa casa y me dejó allí. Aquello parecía el cielo. Era una gran villa repleta de cosas hermosas y mucha comida. Después de meses viviendo en un campamento militar aquello era un cuento de hadas. La familia de Add Allah me engañaba diciéndome que me había adoptado, pero que pronto vendría mi padre para buscarme.

—Dios mío, nunca había escuchado una historia tan triste —dijo Alicia con un nudo en la garganta.

—Bueno, no todo fueron desgracias. Cuando me llevaron al harén aprendí muchas cosas e hice varias amigas. En el harén se practicaban las llamadas «artes femeninas» —dijo la princesa, volviendo a sonreír.

—¿Qué es eso de las artes femeninas? —preguntó Alicia intrigada. Si odiaba algo en la vida era la actitud de superioridad de los hombres hacia las mujeres y su obsesión en relegarlas a tareas pueriles.

—En cuanto llegábamos al harén se nos enseñaban azoras^[7] del Corán de memoria, también geografía, lectura y ortografía, aritmética, repostería y a coser. También nos enseñaban a bailar, canto y laúd.

—Mucho más de lo que me enseñaron en el colegio de monjas al que asistí en La Habana, y más tarde en Madrid —dijo Alicia.

—Pero esas no se consideraban las artes femeninas. A las mujeres en el Imperio

otomano se las considera por su habilidad en peinarse, preparar un café y servirlo con la mirada baja mientras la *goruçu*^[8] la solicita. Debemos saber elegir la ropa adecuada para cada ocasión, movernos con elegancia...

—No diga más. Me temo que en el fondo es igual que en Occidente. Siempre tenemos que estar perfectas para que el hombre nos elija, como si fuésemos caballos. Tengo más de treinta años y espero no casarme nunca. No necesito un hombre que me diga lo que tengo que hacer —dijo Alicia con el ceño fruncido.

Lincoln la miró de reojo y elevó un ligero suspiro.

—No entiendo qué ve de malo en que una mujer complazca a un hombre —dijo, sorprendida, la princesa.

—Las mujeres somos mucho más que cosas.

—A mí me criaron en la creencia de que lo más importante para una mujer es complacer a los hombres. Nuestro deber es hacer felices a los varones. Los hombres no están interesados en lo que pensamos, a ellos solo les importa que seas guapa y femenina. Entonces, al sentirse complacidos te regalarán joyas, esclavos y ropa elegante.

—Si era tan maravillosa la vida en el harén, ¿por qué lo ha abandonado? —preguntó, molesta, Alicia.

—Por favor, Alicia, espero que seas más amable con nuestra invitada. Nadie le ha pedido explicaciones. Ella tendrá sus razones para hacer lo que hizo —dijo Hércules, cortante.

Alicia refunfuñó y arrugó su nariz respingona. Los cuatro permanecieron en silencio unos segundos. El viento comenzó a soplar más fuerte, trayendo el polvo del desierto, y decidieron ponerse en pie y dirigirse hacia la entrada. En el exterior del jardín, dos hombres los observaron hasta que desaparecieron tras las puertas del hotel.

Estambul, 17 de octubre de 1914

El Imperio turco era un gran oso invernando. En los últimos cincuenta años había perdido casi todos sus territorios en Europa y su poder se tambaleaba en Oriente Próximo. El sultán había dudado durante semanas de la conveniencia de entrar en la guerra, pero su decisión era inevitable. Si no entraba en guerra y se producía una victoria de las fuerzas de la Entente,^[9] su imperio se desmembraría entre los vencedores. Gran Bretaña codiciaba Palestina, Rusia deseaba Armenia y las minorías que había en el imperio no tardarían en rebelarse y proclamar su independencia. En caso de luchar a favor de Alemania y Austria, el imperio podría durar otros cien años. Pero el sultán sabía que la decisión no estaba en su mano, ni siquiera en las de Alá, el gran visir Said Halim y el grupo de jóvenes oficiales eran los que llevaban los asuntos de gobierno y tomaban las decisiones. Aun así, los alemanes parecían los aliados más naturales. Ellos habían adiestrado al ejército otomano durante los últimos años, consiguiendo increíbles resultados. Con un ejército fuerte podrían bloquear a Rusia, su mayor enemigo, y recuperar sus posiciones en el mar Negro.

Mehmed V tomó un sorbo de té e intentó borrar sus preocupaciones de la mente. El gran visir llegaría en cualquier momento y el solo pensamiento de verlo le produjo un escalofrío. Después de haber vivido treinta años encerrado en un harén, con una condena a muerte constante, nueve de aquellos años en la más completa soledad, el nonagésimo noveno califa del islam sabía lo que era pasar miedo. El gran visir podía quitarle del poder en cualquier momento y poner a cualquier otro en su lugar. Pero aquella mañana eran otros los asuntos que lo preocupaban. Hacía poco más de un mes que una de sus esposas había huido con una de las joyas más valiosas que poseía: el Corazón de Amón. No entendía por qué lo había hecho. Era una de sus preferidas a pesar de ser estéril y anciana. Si regresaba, estaba dispuesto a perdonarla, ¿qué otra cosa podía hacer con una mujer de su edad? Aquella esposa había sido una de las más bellas del Gran Harén, la persona en la que guardaba sus más recónditos secretos, pero en su vejez lo había traicionado.

La voz del esclavo anunciando la llegada del gran visir le devolvió a la realidad. Notó como las manos comenzaban a sudarle y se le secaba la garganta.

—Oh gran califa del islam, se presenta ante vos su más humilde siervo —dijo el visir de manera ceremoniosa.

El sultán lo miró atemorizado y le ofreció un asiento.

—Nuestros hombres han perdido la pista de la princesa en El Cairo —dijo el visir.

—¿El Cairo? ¿Qué puede hacer nuestra palomita en El Cairo? Ella odia los climas calurosos y más en aquella zona atrasada y sin comodidades —dijo el sultán,

horrorizado.

—No lo sabemos. Nuestros hombres estuvieron a punto de detenerla en el barrio copto, pero dos hombres extranjeros se interpusieron.

—Que contrariedad. ¿Qué vamos hacer ahora?

—Nuestros hombres la siguieron hasta el hotel donde se alojan esos caballeros, al parecer tienen dos habitaciones en el Hotel Continental-Savoy. ¿Ordena que la eliminemos?

—No, por favor. Ya sabe que me interesa recuperar la joya y a la princesa. Lo que suceda con el resto me trae sin cuidado. Esa joya ha pertenecido a nuestra familia desde hace siglos y necesito recuperarla.

—Se hará como deseáis, gran califa del islam —dijo el visir con una ligera reverencia.

El visir se puso en pie y se retiró de la sala. El sultán permaneció unos segundos sentado meditando en silencio. Aquella joya poseía un poder que nadie podía entender. Sabía que su suerte estaba unida a ella. Si el rubí caía en manos inexpertas podía ser muy peligroso.

El Cairo, 17 de octubre 1914

—Espero que no le molestara lo que le comenté el otro día en el jardín del hotel. No era mi intención ofenderla, simplemente estoy cansada de esa visión masculina de las cosas. Mi padre no era así. Él me animó a estudiar, a ser independiente y tener mis propias ideas —dijo Alicia mientras se peinaba frente al espejo.

—No se preocupe señorita Alicia. Las dos hemos sido criadas en dos mundos distintos y en dos religiones con sus énfasis diferentes. Yo fui educada para complacer a los hombres. Puede que no le parezca bien, pero es la realidad —dijo la princesa mirando directamente a los ojos a Alicia.

La primera vez que Alicia la observó sin velo se quedó asombrada. Sus grandes ojos azules, redondos y enormes, no opacaban el resto de su belleza. La cara ovalada, de piel clara pero no cruda, el pelo rubio trigo y las mejillas ligeramente sonrosadas. Su cuello era largo y fino y su cuerpo tenía las medidas perfectas. Alicia se sintió acomplejada ante ella. Su piel era demasiado lechosa, las pecas le cubrían las facciones y aunque sus ojos eran grandes y expresivos, en los últimos años se habían ribeteado de arruguitas. Su pelo rojo era la admiración de los egipcios, pero a ella le hacía sentirse un patito feo.

La princesa percibió la turbación de la mujer al ver su cuerpo desnudo en la gran bañera de latón. Ella estaba acostumbrada a bañarse completamente desnuda ante otras mujeres, pero para una occidental era muy raro contemplar su propia desnudez. Lo cierto era que Alicia nunca había visto a otra mujer desnuda, tampoco a ningún hombre.

—¿Le molesta verme desnuda?

—No es molestia, princesa. Es pura curiosidad.

—El islam es muy restrictivo con el decoro ante los hombres, pero las mujeres no tenemos que sentir vergüenza unas de otras. Todo lo contrario, Alá nos formó perfectas para que los hombres pudieran ser felices deseándonos —dijo la princesa mientras frotaba sus brazos con la esponja.

Alicia se acercó al balcón y miró el jardín. Era tan frondoso que le costaba hacerse a la idea de que a unos pocos kilómetros se encontraba el desierto más inhóspito del mundo.

—En el catolicismo la cosa no es igual. Todo es pecado y hay que proteger a las mujeres de las miradas de los hombres. Pero el desnudo propio o en presencia de tu esposo, también está prohibido. Los hombres deben temer mucho a las mujeres para tratarlas así.

La princesa comenzó a reírse. Alicia se sintió un poco ridícula. Allí, frente a ella,

con una blusa de cuello alto y manga larga, una falda que le llegaba hasta los tobillos, hasta el *niqab* de la princesa era más sensual que su ropa occidental.

—¿Por qué abandonó el harén? Si no lo desea no tiene por qué responderme a esta pregunta. No quiero importunarla —dijo Alicia levantando la palma de la mano.

—Hace un par de días estaba demasiado conmocionada para hablar de ello, pero ahora le puedo narrar en breves palabras lo que me sucedió. Pero permita que me seque y salga del agua. ¿Puede acercarme esa toalla? —dijo la princesa poniéndose de pie mientras el jabón se escurría hasta sus piernas.

Alicia le acercó la toalla blanca y la princesa se cubrió. Después se dirigieron a un cómodo sofá y se sentaron.

—Cuando llegamos al harén nos asignaron un *lala*.

—¿Qué es un *lala*? —preguntó Alicia.

—Un *lala* es un cuidador. Todos son negros, desde pequeños se les castró y dedican toda su vida a cuidarte. Mi *lala* se llamaba Omán. Para mí era como mi padre y mi madre. Me daba de comer, traía la ropa limpia, me consolaba cuando estaba triste. Omán era un negro galla^[10] al que sus padres habían vendido cuando era solo un niño. Los niños eran llevados a Kassala, la segunda ciudad más importante del Sudán. Allí eran vendidos como esclavos, la mayoría a árabes de Egipto y otras zonas del norte de África. Casi todos estaban condenados a un destino terrible y muy pocos llegaban a la madurez, debido al maltrato constante y la desnutrición. Unos pocos, los más bellos e inteligentes, eran castrados y vendidos como mercancía de primera clase al Imperio otomano. Omán fue uno de esos niños. Hace poco menos de un mes Omán tomó una joya de la colección privada del sultán. Insistía en que esa joya pertenecía a su pueblo y que había sido robada hace mucho tiempo, trayendo la pobreza y la esclavitud, ahora él quería devolverla al templo donde, según él, debía permanecer. Le mataron en la huida y yo hice la promesa de llevar la joya personalmente a los galla —dijo la princesa con un tono de voz cada vez más encendido.

—Pero, es una empresa muy peligrosa. Unos hombres os persiguen y una mujer sola no puede llegar tan al sur del Nilo sin ayuda —dijo Alicia, sorprendida por la increíble historia de la princesa.

—Lo sé, pero ya no puedo volverme atrás. Se lo prometí a Omán mientras moría en mis brazos —dijo la princesa con semblante triste.

—Nosotros partimos en dos días hacia el sur. No teníamos previsto llegar más allá de la primera catarata, pero tal vez Hércules y Lincoln accedan a que la llevemos hasta dónde habita esa tribu.

—¿Serían tan amables? —dijo la princesa mientras comenzaba a sonreír de nuevo.

—Hemos alquilado un modesto vapor y, mañana tenemos previsto visitar las famosas pirámides de Giza —dijo Alicia entusiasmándose con tener una compañera

el resto del viaje. A veces, la actitud de Hércules y Lincoln la sacaba de quicio.

—¡Alá sea alabado! No se arrepentirán. Les serviré de traductora, además del árabe domino algunos dialectos de la zona, que me enseñó Omán.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo. Alicia se apartó y le dijo a la princesa mientras se quitaba la ropa:

—Creo que es hora de que me dé el primer baño desnuda de mi vida.^[11]

Pirámides de Giza, 18 de octubre de 1914

—«La fastuosa necrópolis de Giza se encuentra situada en la meseta de Giza, en las cercanías de El Cairo. Durante miles de años el sol y el viento han moldeado estas montañas de piedra, como un martillo golpea sobre un yunque. En esta gran necrópolis del Antiguo Egipto se erigieron las tres famosas pirámides que han fascinado a los viajeros durante milenios. La más conocida de las tres es la de Jufu,^[12] pero sus pequeñas hermanas gemelas de Jafra^[13] y la de Menkaura^[14] unidas a varias pirámides más pequeñas, templos funerarios y la Gran Esfinge de Giza, forman el conjunto histórico más impresionante del mundo. Unidas a estos fastuosos monumentos reales se encuentran numerosas mastabas de cortesanos y algunos monumentos de épocas posteriores relacionados con el culto a los antepasados. De las tres pirámides principales se conserva su corazón, conformado por bloques de piedra caliza, pero de su hermoso caparazón, de granito rosado, solo quedan algunos restos, pues estos bloques fueron utilizados para construir edificios en la cercana ciudad de El Cairo» —dijo Hércules leyendo el libro, mientras intentaba no caerse de su camello.

—No digo que no sean impresionantes, pero yo prefiero otro tipo de monumentos —comentó Lincoln.

—Escuche esto —dijo Hércules comenzando a leer de nuevo—: «La pirámide de Jafra parece la más alta, pero es debido a que fue construida sobre una zona más elevada de la meseta de Giza; en realidad es la que se adjudica a Jufu la de mayor altura y volumen. La Gran Pirámide estaba considerada en la antigüedad una de las siete maravillas del mundo, y es la única de las siete que aún perdura».

Lincoln se adelantó sobre su camello y con su sombrero de fieltro en la mano en forma de visera observó las enormes montañas de piedra que tenía ante sí. Los norteamericanos tendían a comparar todo con su país, como si los Estados Unidos fuera la medida de todas las cosas. Recordó Washington y los grandes monumentos republicanos y pensó que el fastuoso mundo egipcio no era tan espectacular como todos decían y, sobre todo, no era nada práctico. ¿Cómo aquellos hombres habían gastado su fortuna en la construcción de una tumba?, se preguntó, con su habitual sentido práctico de las cosas.

—¿En qué piensa, querido amigo? —preguntó Hércules, que había logrado sentar a su camello y comenzaba a descabalgarse.

—¿Para qué tanto gasto inútil? Los miles de esclavos que debieron trabajar para construir estos templos al ego humano —dijo Lincoln intentando sin suerte que su camello se sentara.

La princesa, con un gesto elegante, se bajó sin esfuerzo de su cabalgadura y comenzó a caminar por la arena. Su vestido brillaba en mitad de la luminosidad del desierto. Hércules no pudo evitar mirarla de reojo. No veía una mujer tan bella desde hacía años. A pesar de su gran belleza, su felicidad truncada y sus ojos melancólicos le conmovían profundamente. A pesar de que él no era un hombre muy sensible, la historia de la princesa le había impactado. Se acercó a ella y le ofreció su brazo. La princesa lo miró a través de su velo y su sonrisa invisible iluminó sus grandes ojos azules.

—Muy amable —dijo la mujer y los dos comenzaron a caminar hacia los monumentos.

—¡Muchas gracias por la ayuda! —gritó Alicia desde su cabalgadura. Uno de los criados había sentado su camello, pero su aparatoso vestido estaba enredado y tardó un buen rato en ponerse en pie. Sus botines blancos de piel se hundían en la arena y apenas avanzaba.

Hércules y la princesa caminaron sin percatarse del mal humor de Alicia, y Lincoln, que ya se encontraba en el suelo, corrió hasta ella y le ofreció su brazo.

—Menos mal que todavía quedan caballeros en este desierto inhóspito —dijo Alicia con una sonrisa.

Lincoln la miró con su piel salpicada de sudor perlado y por un momento recordó el último año que habían pasado juntos. La muerte del padre de Alicia unos meses antes y el poco tiempo que había tenido para completar su duelo la mantenían en un estado de nervios permanente. Sus grandes ojos verdes se encendían con facilidad y su frente pecosa se fruncía en un gesto de disgusto. Un mechón pelirrojo se escapó de su moño y Alicia comenzó a quejarse de nuevo.

—De todos los lugares del mundo teníamos que venir a parar aquí —refunfuñó.

—Aquí estamos a salvo. La guerra ha comenzado en Europa y las noticias que llegan no pueden ser más desalentadoras. Los alemanes han conquistado Luxemburgo y Bélgica —dijo Lincoln con tono grave.

—Pero, ayer leí en el periódico que los franceses les han parado en Marne, la guerra no puede durar ya mucho —dijo Alicia comenzando a dar pequeños pasos sobre la arena.

—Me temo que la guerra durará todavía meses. Los alemanes avanzan en el frente oriental y Rusia no parece muy preparada para resistir sus envites —dijo Lincoln.

—¿Piensa realmente que estamos seguros aquí? Si los turcos entran en la guerra al final y atacan a los británicos, Egipto será uno de sus objetivos primordiales —dijo Alicia abriendo una gran sombrilla.

A pesar de ser muy temprano, el sol del desierto era tan potente que sentían toda su fuerza. El pesado vestido de Alicia apenas le dejaba transpirar. Observó a Lincoln

y le impresionó su cuerpo sano y juvenil en aquel traje blanco. No había cambiado mucho en todo ese tiempo. Su pelo había tomado un tono grisáceo en las sienes, pero su piel caoba seguía siendo limpia y sus grandes ojos negros mantenían una inocencia que había visto en pocos hombres. Ella se había criado en La Habana y había visto negros de todos los tonos, pero Lincoln parecía un príncipe nubio, tanto en su porte como en su educación.

—Si los turcos atacan, Hércules tiene previsto que marchemos a América —dijo Lincoln.

—¿A los Estados Unidos?

—No, Alicia. Su gusto por la antigüedad le impide ir a residir a mi país. Le gustaría recorrer el Yucatán y viajar al Perú.

—Mosquitos, calor tropical. Creo que prefiero a los fieros otomanos —bromeó Alicia comenzando a recuperar su buen humor.

Alicia y Lincoln llegaron hasta donde estaban sus dos compañeros y miraron la Gran Esfinge de Giza. La roca caliza estaba muy desgastada en la base, pero la colosal estatua seguía siendo majestuosa.

—Y ustedes se querían perder esto —dijo Hércules levantando los brazos hacia la Esfinge—. Es una de las maravillas de la humanidad.

—En el palacio había visto algunos grabados con la Gran Esfinge, pero no podía imaginar que era tan bella —dijo la princesa apartándose por unos instantes el velo. Sus mejillas blancas estaban enrojecidas por el calor sofocante y su respiración fatigada realzaba su pecho debajo del vestido.

Hércules se quitó el sombrero blanco y se secó el sudor de la frente con un pañuelo. El viaje a Egipto había sido penoso. Europa estaba en guerra y cruzar la frontera francesa no fue tarea fácil. La travesía desde Italia había sido larga y ardua. El buque tenía que parar constantemente y sufrir registros ante la posibilidad de transportar armas para alguno de los beligerantes. Ahora, frente a aquel fabuloso espectáculo, pensó que todos sus esfuerzos habían merecido la pena. A pesar de que sus amigos no compartieran su pasión por Egipto.

Lincoln lanzó una mirada rápida a la Esfinge y se sentó en una piedra grande. Alicia le acompañó y los criados se apresuraron a darles unas bebidas reconfortantes. Hércules se acercó con el gesto torcido. No soportaba su actitud ante el arte.

—Parece mentira que dos personas educadas como ustedes no aprecien una de las grandes hazañas de la civilización. Usted, Lincoln, me hizo visitar el barrio copto de El Cairo para ver esa absurda iglesia de barro, pero es incapaz de admirar tanta belleza —dijo Hércules con los ojos desorbitados.

—¿Iglesia de barro? Allí se venera la casa donde habitó la Sagrada Familia durante su estancia en Egipto —contestó Lincoln, frunciendo el ceño.

—Eso es una leyenda. ¿Quién puede saber a ciencia cierta dónde vivió una

familia humilde de emigrantes hebreos del siglo i? —dijo Hércules intentando molestar a su amigo.

—Un respeto —dijo Lincoln poniéndose en pie—. La Sagrada Familia no eran unos miserables emigrantes judíos.

—Pues según el Evangelio, sí.

—Bueno, señores, no empiecen de nuevo —dijo Alicia colocándose entre los dos—. Ahora estamos aquí y es mejor que todos hagamos un esfuerzo por disfrutar de estos monumentos.

Los dos hombres se calmaron. Los tres abandonaron las ruinas y se aproximaron a la princesa, que parecía ensimismada con el paisaje.

—Disculpe, Lincoln y yo somos dos viejos amigos, pero cuando nos enzarzamos en una discusión se nos olvidan los modales —dijo Hércules a la princesa.

—No se preocupe. Tengo entendido que los españoles son muy pasionales. Usted es español, ¿verdad? —preguntó la princesa a Hércules, que comenzaba a sonreír de nuevo.

—Alicia y yo somos españoles, aunque ella nació en Cuba. Su padre era un almirante de la Armada y ella se crió allí.

—Que vida tan fascinante la suya. Han recorrido juntos medio mundo. Yo tan solo conozco mi cárcel dorada del harén y ahora esto —dijo la princesa señalando al horizonte con las manos.

—Una de las cosas que más me conmueven al contemplar las pirámides, es la idea de que otros muchos las contemplaron antes que nosotros. Por ejemplo la Gran Esfinge es una estatua monumental. ¿Saben que fue esculpida, posiblemente, durante la dinastía iv de Egipto hacia el siglo xxvi antes de Cristo? —dijo Hércules, con los ojos muy abiertos.

—Parece que está construida de una sola pieza —comentó Alicia mientras jugueteaba con su parasol.

—Tienes razón, Alicia. La Gran Esfinge se talló en un montículo natural de roca caliza en la meseta. Su altura aproximada es de unos veinte metros —dijo Hércules.

—Pues parece mucho más grande —dijo Lincoln intentando mostrarse interesado.

—Algunos eruditos han afirmado que la cabeza podría representar al faraón Kefrén —dijo Hércules.

—Pues el cuerpo no creo que le represente —bromeó Lincoln.

Hércules lo miró de reojo y continuó con la explicación.

—El cuerpo tiene forma de león. Se cree que en su origen estaba pintada en vivos colores: rojo el cuerpo y la cara, y el *nemes* que cubre la cabeza con rayas amarillas y azules —dijo Hércules.

—Pues debía de ser preciosa —dijo la princesa.

—Antiguamente la estatua no se encontraba sola, a su lado se erguía un templo frente a ella y otro más al norte, frente a la Esfinge. En ellos se realizaban ofrendas a la «imagen viviente». Todo el conjunto se comunicaba con la pirámide de Kefrén mediante una larga avenida procesional —dijo Hércules.

—¿Entonces, este monumento es lo que queda de un ídolo pagano? —dijo Lincoln.

Hércules no hizo caso al comentario de su amigo y señaló una estela escrita con caracteres jeroglíficos. En ella se veía a dos figuras que ofrendaban delante de dos esfinges.

—La puso aquí el faraón Tutmosis IV. Su nombre es la Estela del Sueño, en ella se describe la promesa que le hizo la esfinge en un sueño al faraón de que sería elegido rey si despejaba la arena que la cubría —explicó Hércules.

Avanzaron hacia las grandes pirámides. Su gigantesca figura se erguía hasta el cielo azulado de la mañana.

—El primer historiador occidental que la describió fue Herodoto —dijo Hércules señalando la gran pirámide.

—Debieron tardar siglos en poner todas esas piedras en su lugar —dijo Lincoln.

—Herodoto nos dice en su libro *Historias* que el tiempo empleado en la construcción fue de veinte años. Se calcula que en total se emplearon unos dos millones trescientos mil bloques de piedra cuyo peso medio es de dos toneladas por bloque, llegando a pesar algunos de ellos hasta las sesenta toneladas —dijo Hércules.

—Es increíble —comentó Lincoln impresionado por primera vez—. Pero, ¿cómo lograron hacerlo? Toda esa cantidad de piedra.

—Se ha especulado mucho, pero fue una simple cuestión de geometría e ingeniería —dijo Hércules mientras se acercaba a la base de la pirámide.

—¿Adónde vas Hércules? —preguntó Alicia.

—A la cima —dijo el hombre comenzando a ascender por el primer bloque. A pesar de sus largas piernas Hércules tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para pasar de una piedra a otra.

—Yo os esperaré aquí —dijo Alicia—. El corsé, las enaguas. No llegaría ni a la mitad de la cima antes de caer desmayada.

—Pues yo me quedaré con usted, Alicia —dijo Lincoln.

Hércules se dio la vuelta y preguntó a sus acompañantes, malhumorado:

—Pero, ¿ninguno de ustedes va a subir?

La princesa miró a la cima y después de pensárselo por unos instantes, se quitó el *chador* y se quedó con una amplia blusa de seda y unos pantalones bombachos. Los hermosos ojos y el perfecto rostro de la mujer se correspondían con una escultural figura que se desdibujaba entre la fina tela. Hércules alargó la mano y ayudó a la mujer a escalar los gigantesco bloques. Tras veinte minutos de ascensión, apenas se

distinguían las figuras de Lincoln y Alicia. Hércules se sentó en una de las piedras y contempló el hermoso valle a lo lejos. La arena del desierto se transformaba a pocos kilómetros en la tierra más fértil del mundo. La princesa respiró hondo y cerró los ojos para intentar atrapar ese momento.

—El esfuerzo mereció la pena. ¿No cree? —dijo Hércules con la mirada perdida en el horizonte.

—Puede llamarme Yamile —dijo la princesa mientras contemplaba al hombre.

—Yamile. ¿Qué significado tiene? —preguntó Hércules.

—Significa bella —dijo la mujer.

—¿Bella?

Mientras Hércules repetía las últimas palabras, un disparo retumbó en el valle. Miraron hacia abajo y contemplaron como cinco figuras vestidas de negro se aproximaban a toda velocidad hacia Lincoln, Alicia y los tres egipcios que les servían de guías. Hércules comenzó a descender a toda velocidad, saltando de piedra en piedra, la princesa apenas podía seguirlo.

En el suelo, Lincoln notó la explosión del cartucho justo al lado de su mano y se lanzó sobre Alicia arrojándola al suelo. Se refugiaron detrás de uno de los bloques desprendidos y el hombre sacó de uno de los bolsillos un revólver. Los guías huyeron despavoridos y tan solo los tres camellos permanecieron sin inmutarse. Los jinetes vestidos de negro apuntaron de nuevo con sus fusiles y los disparos resonaron en todo el valle.

Hércules saltaba de un bloque a otro con la mirada puesta en sus amigos, que escondidos tras las piedras se guarecían de los disparos. Cuando estuvo a unos veinte metros vio el resplandor de una de las balas al chocar contra la roca y comenzó a bajar más despacio, intentando evitar los disparos que ahora se dirigían hacia él. Unos metros más arriba, la princesa lo seguía jadeante y asustada.

Lincoln apuntó al jinete más cercano y disparó. Su tiro rozó la túnica negra, pero erró el blanco. Los cinco hombres comenzaron a dar vueltas con sus caballos y disparar hacia arriba. Cuando el norteamericano levantó la mirada pudo ver a Hércules agachado, a unos diez metros sobre una gran piedra.

La princesa alcanzó a Hércules, que ahora, completamente tumbado sobre la piedra, disparaba hacia los jinetes. Tenía un brazo apoyado con la pistola en la mano, mientras que con la otra mano se sujetaba el antebrazo. Con la cabeza agachada a la altura de la pistola y el ojo izquierdo cerrado. El hombre disparó y uno de los jinetes cayó de espaldas.

—Uno menos —dijo Hércules, eufórico.

Los otros cuatro jinetes, enfurecidos, soltaron sus armas y desenvainaron las cimitarras, y con espantosos gritos, dos se lanzaron de sus caballos sobre Lincoln y Alicia, mientras que los otros dos, de un salto, subieron a la pirámide y corrieron a

por Hércules y la princesa.

Lincoln apenas pudo reaccionar a la suicida acción de los jinetes de negro. Disparó al aire con la esperanza de asustarlos, pero los hombres continuaron su marcha hacia ellos. Cuando estaban a menos de dos metros, Lincoln amartilló de nuevo su arma y disparó a bocajarro al que estaba a punto de abalanzarse sobre él. El jinete cayó muerto sobre él, y Lincoln se desplomó sobre la arena y tardó unos segundos en quitarse de encima el cuerpo inerte. Suficiente tiempo para que el segundo hombre comenzara a blandir la cimitarra.

Los dos jinetes corrieron hasta Hércules, que permanecía tumbado bocabajo, y lanzaron sus cimitarras sobre él. Giró sobre sí mismo y las espadas chocaron contra la piedra. Hércules apuntó y disparó a uno de los hombres, que, perdiendo el equilibrio, se despeñó pirámide abajo. El otro logró atrapar a la princesa con una mano y poner su cimitarra sobre su cuello.

Lincoln esquivó la cimitarra varias veces, pero al final recibió una cuchillada en la mano y soltó la pistola. El jinete, con la mirada inyectada en sangre, sonrió desde detrás del velo que le cubría y volvió a levantar su cimitarra para rematar a su presa.

Hércules miró a la mujer, que con expresión de horror, respiraba agitadamente mientras el filo de la cimitarra arañaba su cuello. El jinete lo miró desafiante, deseando que se acercara para rebanar el pescuezo a su presa. Hércules levantó la pistola y disparó sin pensar.

Lincoln, paralizado por el miedo, se cubrió instintivamente la cabeza con las manos. El jinete negro levantó la cimitarra y lanzó un grito de rabia.

La princesa notó como la sangre recorría su pecho y descendía a borbotones hasta el suelo. Hércules, con expresión ausente observó por un segundo como el jinete cruzaba su mirada, con el rostro cubierto de sangre y la frente perforada por una bala. Su cimitarra cayó al suelo con un sonido metálico y el jinete se desplomó de espaldas.

Un disparo resonó en la base de la pirámide. Lincoln abrió los ojos y pudo contemplar la cara de asombro del jinete. Su brazo herido soltó la cimitarra y olvidando el dolor corrió hacia Alicia, que, con la pistola todavía en la mano, lanzó un grito. Lincoln atrapó uno de los pies del jinete y este tropezó. El norteamericano tomó la cimitarra y le hirió en la espalda. El jinete se revolvió, pero un segundo sablazo le cortó el cuello y su cabeza se desplomó sobre la arena del desierto, tiñéndola de sangre.

Pirámides de Giza, 18 de octubre de 1914

Hércules cogió en brazos a la princesa y bajó hasta la base de la pirámide. Allí, Lincoln se sujetaba su mano herida mientras Alicia arrancaba un jirón de su falda para cortar la hemorragia.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Hércules, dejando a la princesa inconsciente sobre uno de los bloques.

—Afortunadamente podremos contarlo —dijo Lincoln con un gesto de dolor, cuando Alicia apretó el torniquete.

Alicia tomó una de las cantimploras y limpió la herida de la mano. El corte era limpio, pero profundo. Afortunadamente no había tocado ningún tendón importante. Después tapó la herida con otro trapo, ante las muecas de dolor de Lincoln.

—No se quejará de su enfermera —dijo Hércules intentando animar a su amigo.

—¿Mi enfermera? Mi ángel de la guarda. Acaba de salvarme la vida. Si no hubiera disparado a ese tipo, ahora sería yo el cadáver —dijo Lincoln mirando a Alicia.

—No ha sido nada —dijo la mujer mientras se acercaba a auxiliar a la princesa, que empezaba a despertarse.

—Estos jinetes negros no se parecen en nada a los tipos que nos atacaron el otro día en la iglesia. Aquellos huyeron en cuanto vieron resistencia —dijo Hércules examinando uno de los cuerpos.

—No sé si se conocían o no, pero lo único que me importa es que ahora están muertos. Creo que, sean quienes sean, vigilan nuestros pasos por El Cairo —dijo Lincoln poniéndose en pie.

Hércules levantó una de las cimitarras y comenzó a examinarla detenidamente. Su filo brillaba con los centelleos de la luz solar. El hombre pasó ligeramente el dedo y lo apartó con un gesto de dolor.

—Está muy afilada. ¿Es una cimitarra, verdad? —preguntó a Lincoln.

El americano era un verdadero experto en armas de todos los tipos y época.

—No exactamente —dijo Lincoln mirando la espada con detenimiento—. ¿No ve la forma? Es más fina que una cimitarra y su curvatura está más pronunciada. Yo diría que se trata de un *shamsir* persa.

—¿Un *shamsir* persa? —preguntó Hércules.

—Es una especie de sable oriental. Es muy utilizado en Persia.

—¿Es un arma persa? Estos tipos no parecen soldados turcos —dijo Hércules descubriendo el rostro de uno de los cadáveres.

Alicia se acercó con la princesa, que se había cambiando la ropa ensangrentada y

se había vuelto a poner su *chador*. Todos la miraron y ella comenzó a sentirse molesta.

—Yamile, ¿sabes quiénes son estos hombres? —preguntó Hércules.

—No los he visto jamás —contestó la princesa.

—Pero no parecen turcos —dijo Lincoln.

—No, no son turcos —contestó la princesa.

—¿Hay algo que no nos has contado? —preguntó Alicia, frunciendo el ceño.

La princesa comenzó a llorar y se cubrió el rostro con el velo. Hércules se acercó a ella y la abrazó.

—Yamile, tranquila, tan solo queremos ayudarte, pero para ello tenemos que saber toda la verdad.

La princesa levantó la mirada y, con los ojos enrojecidos y la voz entrecortada, les dijo:

—Os contaré toda la verdad, pero no aquí. Ya no estamos seguros en El Cairo. Tenemos que partir cuanto antes.

Nilo arriba, 813, año sexto del reinado de Nerón

Ciento sesenta armaduras plateadas centellearon en la gran embarcación que con marcha lenta atravesaba la lengua de agua en medio de un océano de arena. Los dos centuriones pretorianos habían prohibido a sus hombres despojarse de sus calurosas y pesadas armaduras durante el día y algunos de ellos habían sufrido quemaduras al tocar sus petos metálicos. Desde hacía tres noches estaban siendo acosados por un pequeño grupo de piratas que, en mitad de la oscuridad, lanzaban flechas incendiarias y bolas de fuego contra su embarcación. Las tres veces habían repelido el ataque y apagado los incendios, pero las velas estaban inservibles y los remeros agotados. No pasaba una jornada en la que no tuvieran que arrojar cuatro o cinco cuerpos a las aguas del río. A ese ritmo, en dos semanas no quedaría ningún remero con vida. Habían dejado atrás la cuarta catarata, pero debido al temor a ser atacados por sorpresa, intentaban mantenerse alejados de la orilla con la esperanza de esquivar a los piratas y entrar lo antes posible en el reino de Meroe. El rey de Meroe había enviado años atrás una embajada de paz a Alejandría y, por lo menos oficialmente, aquella expedición tenía como cometido devolver el gesto al rey nubio. En el barco no transportaban muchas riquezas. Tan solo algunas baratijas, los víveres y un busto del inmortal Nerón, que personificaba su figura. Durante la primera parte del viaje, hasta la primera catarata, les había acompañado la legión destinada en Alejandría, pero el viaje por tierra había sido lento y difícil. Por ello, dado que la misión encomendada por Nerón era secreta, los pretorianos habían pedido al legado que se diera la vuelta y se había embarcado río arriba. Ahora estaban arrepentidos. Con tan solo dos guías y dos intérpretes nubios, en una tierra inhóspita, donde un romano no había llegado jamás, la expedición estaba abocada a fracasar.

—Julio, te veo pensativo. Levanta el ánimo, en unos días estaremos en Meroe y nuestra fortuna volverá a cambiar —dijo el centurión Claudio a su amigo y compañero de armas.

—Soy romano, Claudio. Los romanos no tememos a nada ni a nadie. El César nos ha enviado aquí con una misión importante y juro por Marte que no volveré a ver las siete colinas hasta que cumpla la tarea.

—Nadie duda de tu valor, pero después de tres noches sin dormir es normal que decaiga nuestro semblante —dijo, molesto, Claudio. No le gustaba la actitud arrogante de su compañero. Él no era romano de nacimiento pero había adquirido la ciudadanía después de pagar una alta suma de dinero por ella.

—Perdóname amigo, pero la tensión está terminando con mis nervios.

Apenas Julio había dicho la última palabra, cuando una nube de flechas cayó

sobre ellos. Se escucharon los gritos dispersos de los hombres heridos y los dos centuriones mandaron a los soldados que se pusieran a cubierto. Por la borda comenzaron a subir negros vestidos con pieles de cocodrilo y largos cuchillos punzantes. Eran cientos de hombres surgiendo de las aguas del Nilo, como cocodrilos hambrientos.

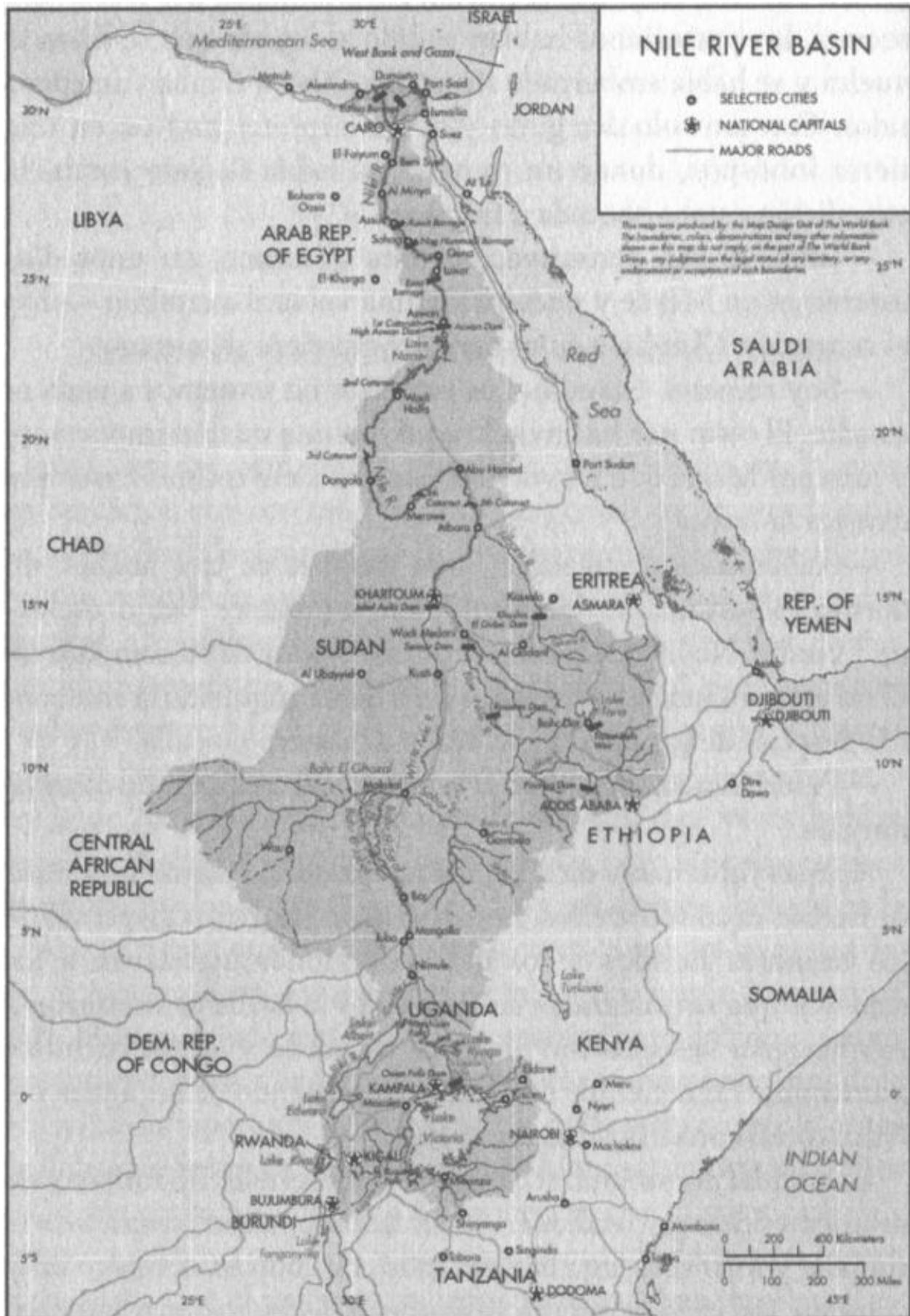
La guardia pretoriana, el cuerpo de élite del ejército romano, no se amedrentaba con facilidad. Los soldados tomaron la espada corta romana y formaron una barrera codo con codo en el centro de la cubierta. Del cielo surgieron varias bolas de fuego que rompieron sus filas y los incendios comenzaron a devorar el casco. Julio y Claudio gritaban las órdenes mientras luchaban desesperadamente con los piratas, pero pronto la resistencia de los romanos, agotados por el viaje, sin espacio para organizar su defensa y temerosos de que el barco se hundiera, comenzó a ceder.

Algunos soldados se despojaron de sus corazas para lanzarse al agua, pero antes tenían que atravesar el fuego y la barrera de piratas negros que les esperaban con sus grandes cuchillos. La mayoría de los intentos fracasaban y el soldado era acuchillado por dos o tres negros, y después arrojado al río. En unos minutos, apenas quedaban cincuenta romanos en pie y el círculo iba estrechándose. Julio y Claudio comprendieron que la única manera de sobrevivir era huir en grupo y lanzarse a las aguas del río. Se quitaron la coraza sin dejar de luchar y, en direcciones opuestas, formando dos grupos, los romanos corrieron para salvar sus vidas.

Julio y quince de sus hombres subieron hasta el castillo de popa y lograron hacerse fuertes allí, pero las flechas de sus enemigos les impedían arrojarlos por la borda. Claudio alcanzó la proa y la desalojó a mandobles. Con un gesto ordenó que se tiraran al agua y los doce hombres que le seguían se lanzaron al Nilo.

Julio y sus hombres lograron mantener a raya a los piratas, pero varios cayeron heridos por las flechas. El barco comenzó a escorarse y dos romanos acabaron en el agua. Las llamas habían consumido gran parte de la cubierta y ahora comenzaban a ascender al castillo de popa. El centurión pudo observar como el otro grupo de romanos llegaba exhausto a la orilla. Pensó en Claudio y su larga amistad. Por lo menos él le recordaría al mundo cómo muere un romano. El barco se partió por la mitad y la popa se levantó hasta ponerse vertical. Los hombres de Julio volaron por los aires o permanecieron durante unos segundos agarrados a la baranda del castillo de popa, hasta que el barco se hundió por completo.

En la orilla, Claudio, con una decena de hombres, logró refugiarse en unas ruinas, pero fue inútil, nadie les perseguía, sus enemigos se habían esfumado.



Río Nilo

El Nilo, 19 de octubre de 1914

Los preparativos fueron muy rápidos. Hércules fue directamente al Banco de Egipto a retirar sus fondos, mientras que Alicia, Lincoln y la princesa Yamile acudieron al puerto para alquilar uno de los vapores que recorrían el Nilo para visitas turísticas. Decidieron no volver al hotel ni recoger sus equipajes, ya mandarían que se los enviaran si los necesitaban.

Hércules abandonó el banco y se dirigió a la estafeta de correos. Mandó un primer telegrama al cónsul general británico y un segundo telegrama al cónsul español. Si les sucedía algo en el viaje, por lo menos las autoridades sabrían adónde se dirigían.

Cuando Hércules llegó al puerto, sus amigos ya habían alquilado un *diabiá*.^[15] El cascarón no parecía muy estable, pero sin duda era lo mejor que se podía conseguir con tanta premura. Se acercó a la borda y observó por unos instantes a sus compañeros. Lincoln se aferraba a la borda, Alicia caminaba impaciente de un lado al otro y la princesa se encontraba sentada, meditabunda y con la mirada ausente.

—Ya estoy aquí —dijo Hércules, subiendo a bordo. Llevaba meses sin montar en un barco. De hecho, en los últimos años en muy pocas ocasiones había navegado. Muy lejos quedaba su etapa en la marina española y sus años en los servicios secretos de la Armada. En los últimos años se había dedicado a ayudar en algunos casos misteriosos a su amigo Mantorella, el fallecido padre de Alicia, pero en la actualidad vivía ocioso, recorriendo medio mundo.

—Estábamos empezando a impacientarnos —dijo Lincoln apartándose de la borda.

—El capitán nos ha dicho que debemos partir antes de que anochezca. Al parecer, no es seguro recorrer el Nilo por la noche, por lo menos hasta que lleguemos a el-Hawamdyá —dijo Alicia mientras se abanicaba. Tenía el traje cubierto de sudor. La ligera brisa apenas movía su pelo pelirrojo y rizado.

—Pues ya podemos partir. He notificado al cónsul general británico y al cónsul español que nos dirigimos río abajo hacia Abu Simbel —dijo Hércules quitándose la chaqueta blanca, manchada de sangre, polvo y sudor.

—¿Qué ha hecho? —preguntó la princesa, saliendo de su meditación.

—Informar a las autoridades. Les he dicho que les enviaremos una carta desde cada puerto. De esa manera sabrán que nos encontramos bien —dijo Hércules.

—¡Se ha vuelto loco! ¡Los hombres del sultán se pondrán tras nuestra pista y nos darán caza! —gritó la mujer llevándose las manos a la cabeza.

—Por Dios, cómo puede pensar eso. El Gobierno británico y la embajada española son de fiar —dijo Hércules frunciendo el ceño.

—Hay espías turcos por todas partes. El sultán quiere entrar en guerra con Gran Bretaña para atacar Egipto y recuperarlo para el islam.

—Creo que ha obrado correctamente, Hércules. Si nos sucede algo enviarán una expedición en nuestra busca. Egipto es un país muy peligroso.

La princesa miró enfurecida a Lincoln y después corrió hasta la cabina. Hércules intentó detenerla, pero Alicia le hizo un gesto y fue ella la que siguió a la princesa.

—Ya se le pasará —dijo Lincoln.

—No sé a qué tiene miedo, pero creo que nuestro viaje de placer se va a convertir en una expedición peligrosa —dijo Hércules sentándose sobre unas cajas.

—¿Está seguro de emprender el viaje? La princesa es una total desconocida, apenas sabemos algunos detalles de su vida. Hay dos grupos de hombres siguiéndola. Ya que, como pudimos comprobar esta mañana, los individuos que nos atacaron no eran soldados otomanos.

—Nunca le hemos negado ayuda a una dama en apuros. ¿No es cierto? —preguntó Hércules.

—Los caballeros no podemos eludir nuestro deber, pero por lo menos la princesa tendría que advertirnos sobre los peligros a que nos enfrentamos y quiénes son nuestros enemigos.

—Cuando nos pongamos en marcha y se haya calmado, hablaremos con ella de todo el asunto. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto, querido Hércules.

Hasta ese momento, Hércules no había reparado en los tres marineros que cargaban víveres a toda prisa por la proa. Dos egipcios y un nubio con una gran cicatriz en el ojo derecho se pasaban fardos muy lentamente. El calor del mediodía les hacía sudar copiosamente y sus torsos desnudos brillaban bajo el sol.

—¿Quién es el capitán? —preguntó Hércules señalando al grupo con un leve gesto de la cabeza.

—Ninguno de esos —dijo Lincoln—. Lo tiene justo a su espalda.

Cuando Hércules se giró pudo observar la ennegrecida sonrisa del egipcio. Sus pupilas marrones apenas brillaban en unos ojos barrocos y sucios. Las arrugas le cruzaban la cara de lado a lado y su nariz aguileña estaba amoratada, seguramente por el alcohol. Apenas debía de pasar de los cincuenta años, pero su cuerpo barrigudo, su expresión cansada y su voz mortecina parecían las de un anciano.

—Capitán Hasan —dijo el hombre, extendiendo una mano regordeta y velluda.

Hércules se limitó a inclinar la cabeza. Miró la chilaba del hombre, ennegrecida y desgastada. No parecía un capitán de barco, pero aquello tampoco era un barco.

—Es un honor que hayan elegido el *Cleopatra* para viajar hacia el sur. Pero, sus compañeros no han querido revelarme cuál es su destino. Un comerciante como yo no puede llevar su negocio sin saber cuántos días tendrán contratados mis servicios

—dijo Hasan volviendo a enseñar sus dientes negros.

—No lo sabemos ni nosotros mismos. Por lo pronto necesitamos que parta de inmediato. Nuestra primera parada será en el-Hawamdya.

—De acuerdo, señor.

—Hércules Guzmán Fox —dijo muy serio.

—Señor Guzmán, zarpamos ahora mismo —contestó el capitán Hasan; después, se dio la vuelta y comenzó a gritar en árabe a su tripulación. Los marineros corrieron por primera vez y en menos de cinco minutos terminaron de cargar, soltaron amarras y prepararon inútilmente la vela, ya que no corría nada de aire. Hasan se dirigió a la cabina de mando y desde allí ordenó a uno de sus hombres que encendiera la caldera. En unos minutos, la chimenea del *Cleopatra* comenzó a lanzar un humo negro, que olía a carbón viejo y seco.

Por fin dejarían atrás el desierto, los camellos y la arena. En las orillas del Nilo los *fellahin*,^[16] vestidos con sus ancestrales ropas, cultivaban las tierras más fértiles del mundo, de la misma manera que sus antepasados lo habían hecho desde la época de los faraones. La llanura se extendía durante kilómetros y al agua del río en ocasiones tornaba del color marrón hasta el azul intenso del cielo egipcio.

Hércules y Lincoln se pasaron a popa y, apoyados en la baranda contemplaron la ciudad. A lo lejos, sus casas y palacios parecían castillos de arena, incapaces de resistir ninguna ventisca, pero la ciudad llevaba siglos guardando las aguas del Nilo, que cada año anegaba el delta y se transformaba en una bella flor de riachuelos y embalses.

El movimiento del barco creaba una falsa brisa que apenas podía amortiguar el sofocante calor. Cuando el sol comenzó a ocultarse, Hércules y Lincoln abandonaron su camarote y se dirigieron a cubierta. Alicia y la princesa estaban sentadas allí. Parecían observar el sol rojizo del anochecer y disfrutar del engañoso fresco que parecía dar el agua del río. Hércules se acercó hasta la borda y observó las mansas aguas del Nilo. Cerca del barco, varios cocodrilos se movían perezosamente por la orilla. Con un gesto llamó a Lincoln y este se aproximó con cautela. A su amigo no le gustaban los barcos. Aquello no era el océano embravecido, pero el ligero bamboleo era suficiente para marearlo.

—Mire, Lincoln —dijo Hércules señalando los dos grandes cocodrilos—. Creo que voy a probar mi rifle. Afortunadamente esta mañana lo llevé a Giza.

Hércules volvió a su camarote y salió enseguida con un gran rifle.

—Mire qué hermosura —comentó Hércules extrayendo el rifle de su funda de cuero.

—Parece un arma muy potente —analizó Lincoln. Llevaba años estudiando todo tipo de armas, en especial las de fuego.

—Sí, me han dicho que puede matar a un elefante de un solo tiro —dijo Hércules mientras acariciaba el rifle.

—No lo dudo. Ese rifle debe de disparar un proyectil explosivo de doscientos gramos de peso —señaló Lincoln.

—Observe —dijo Hércules apuntando a uno de los cocodrilos.

—¿No estamos demasiado lejos? —preguntó Alicia aproximándose a los dos hombres.

—No, este rifle puede alcanzar un blanco a gran distancia, el cocodrilo está a cien metros. Dispare, Hércules —dijo Lincoln tapándose los oídos.

Hércules apuntó y apretó el suave gatillo. La cabeza del cocodrilo saltó por los aires. Hércules cayó de espaldas por el retroceso del arma y el rifle retumbó en el suelo. Sus compañeros rieron a carcajadas al verle tumbado y con el rostro desencajado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hércules mientras Lincoln le ayudaba a ponerse en pie—. Es la primera vez que me derrumba un rifle.

—Es normal. Es demasiado potente, ya se acostumbrará. Pero no se preocupe, ha acertado el blanco.

Los dos hombres observaron el cuerpo descabezado del gigantesco cocodrilo. El resto de los reptiles comenzó a alejarse del cuerpo muerto. Dos de los marineros subieron a una pequeña barca y remararon a toda velocidad hasta la orilla. Con una rapidez inusitada en ellos, cargaron el cuerpo del cocodrilo, que ocupaba toda la

barca, y regresaron al barco.

—¿Qué hacen? —preguntó Alicia sin dejar de mirar sorprendida a los marineros que, ayudados por su compañero, estaban subiendo el cuerpo al barco.

—A los egipcios les encanta el estofado de cocodrilo —bromeó la princesa, que se había unido al grupo.

Lincoln hizo un gesto de asco con la cara y todos se rieron.

Una hora después el olor a estofado de cocodrilo lo envolvía todo. Alicia había observado como uno de los marineros lo había preparado y se había revuelto, pero el olor no era nada comparado con el repugnante sabor de la carne de cocodrilo. Cuando se masticaba, podía sentirse la carne correosa con un espantoso sabor a podrido.

—Es asqueroso —dijo Alicia sacándose un pedazo de carne de la boca.

—¿Has probado la sopa? —preguntó Lincoln sonriente—. Está muy rica.

Alicia se llevó la cuchara a la boca, pero con un gesto la soltó casi llena en el plato. Hércules terminó su sopa sin rechistar. La princesa comió la suya con esfuerzo, pero Lincoln y Alicia ni lo intentaron. Se limitaron a devorar el pan de centeno.

—Espero que mañana la comida sea más apetitosa —dijo Alicia, después de terminar su pan—. ¿Cuándo llegaremos a el-Hawamdya?

—Debemos de estar a punto de alcanzar el puerto —contestó Hércules.

—Les pido que me disculpen —dijo la princesa, que hasta ese momento había permanecido en silencio—. Creo que les debo una larga explicación.

El resto del grupo se calló de repente y miró atento a la princesa. Yamile sonrió y sus grandes ojos verdes brillaron a la luz de las velas. Ya no llevaba la cara cubierta, tan solo se tapaba cuando estaban presentes los marineros árabes. Hércules y Lincoln apenas se habían acostumbrado a contemplar su belleza. Era difícil adivinar su edad, en algunos momentos parecía una muchacha en su primera juventud y en otros una mujer en la plenitud de su vida. Su voz era suave y arrastraba las palabras hasta darles un tono musical.

—Ustedes se preguntarán por qué tras escapar de mi esposo el sultán no me he dirigido a mi tierra natal, Hungría —dijo la princesa. El resto del grupo asintió con la cabeza—. Europa está inmersa en una guerra terrible. Bueno, ustedes lo saben mejor que yo. Pero esa no es la verdadera causa de mi viaje a Egipto. Cuando escapé del palacio del sultán, hice una promesa a mi esclavo y cuidador Omán, un nubio que pertenecía al misterioso pueblo de Meroe.

—¿Meroe? —preguntó Alicia.

—El pueblo de Meroe es casi tan antiguo como el pueblo egipcio. Omán siempre me contaba la hermosa historia de sus antepasados. Meroe es el nombre del reino que surgió en Nubia hacia el año 400 y lleva el nombre de su capital, la ciudad de Meroe.

—Nunca había oído hablar de él. ¿Se refiere al reino de Saba que narra la Biblia? —preguntó Lincoln.

—No, Lincoln —interrumpió Hércules—. El famoso reino de Saba se encontraba más al sur y se le conoce también como el reino de Aksun.

La princesa miró impaciente a Hércules y cuando este hubo terminado continuó su relato.

—En el año 270 a. C. el rey Ergamenes destruyó Napata y se trasladó con su corte a Meroe, que pasó a ser la capital. Roma y Meroe se enfrentaron en diversas ocasiones. Hacia el año 25 a. C, el rey de Meroe intentó acrecentar su reino y conquistar la Tebaida, Elefantina y Siena, pero fue rechazado por el general Petronius, que entró en Napata unos meses después de conquistar Dakka y Primis. Entonces la reina Candace pidió un tratado de paz que le fue rechazado, y los romanos se llevaron miles de esclavos y un gran botín. Entre aquel botín transportaron numerosos pergaminos de la cultura Meroe y uno de sus secretos mejor guardados —dijo la princesa.

Todos la escuchaban sin pestañear. No entendían que tenía que ver eso con su huida de Estambul ni con los hombres que la perseguían, pero Lincoln, Hércules y Alicia eran unos enamorados de los misterios.

—En el año 20 a. C. la reina pidió la paz a César Augusto, que se la concedió y estableció la frontera y el reino de Meroe. La reina pidió a Roma que le devolviera sus tesoros y pergaminos, pero los romanos no respondieron a sus peticiones —dijo la princesa.

—Una bella historia, pero no entiendo... —dijo Lincoln.

La princesa hizo un gesto suave con la mano y continuó su relato.

—El reino de Meroe, temeroso de que los romanos lograran descifrar sus secretos y quisieran arrebatarlos, ocultó una valiosa joya en el templo a su dios Apedamak.

—¿Apedamak? —preguntó Alicia.

—Apedamak era para los egipcios el dios protector del faraón en las batallas. Durante siglos fue el principal dios de Nubia, venerado en Naga y Debod. Según me decía Omar, en el templo de Naga se le representa como un hombre con cabeza de león —dijo la princesa.

—Qué interesante —dijo Alicia, apoyando la barbilla en la mano—. Pero, ¿por qué guardarlo allí? Los templos son los primeros lugares que se saquean en una guerra.

—Los sacerdotes de Apedamak eran los únicos que conocían el secreto. El sumo sacerdote transmitía su conocimiento al siguiente sumo sacerdote, y el secreto se escondía en el corazón de la propia estatua del dios —dijo la princesa.

—¿Qué quiere decir con el corazón? ¿En el interior de la estatua? —preguntó Alicia.

—Exacto, en una pequeña cavidad disimulada. Mientras permaneciera allí, el reino de Meroe nunca sucumbiría —dijo la princesa.

—Pero, el reino sucumbió —dijo Hércules—. Al parecer, su secreto no les sirvió para mucho.

—El corazón de Apedamak fue robado, pero su secreto permanece allí.

—Sigo sin entender nada —dijo Hércules encendiendo un puro habano.

Un pesado silencio envolvió el caluroso ambiente nocturno. La princesa miró directamente a los ojos a Hércules y le dijo:

—Yo tengo el corazón de Apedamak, también llamado de Amón.

El Nilo, 19 de octubre de 1914

Atracaron en el pequeño puerto de el-Hawamdyá entrada la noche. El capitán compró algunos víveres y carbón y antes del amanecer el *Cleopatra* comenzó su leve ronroneo río abajo. Hércules fue el primero en levantarse. No había dormido en toda la noche y con la cabeza aún pesada por la falta de sueño se dirigió hasta la cubierta. Allí los marineros marchaban de un lado al otro intentando disimular su inactividad. Se dirigió a la cabina del capitán y lo encontró adormilado, con la mirada perdida en la larga serpiente de agua.

—*Mar-haba* —dijo Hércules.

—*Mar-haba*, señor Guzmán —contestó el capitán.

—¿Cuántos días tardaríamos en llegar a Nubia?

—¿A Nubia? ¿Es allí dónde nos dirigimos? —preguntó el capitán, chupando un largo palulú.

—Tal vez. ¿Cuántos días? —preguntó impaciente.

—Ninguno. No podemos llegar hasta allí en barco.

—¿Cómo? —dijo Hércules pegando su cara a la del capitán.

—Yo solo puedo llevarle hasta Korosoko, desde allí tendrán que continuar el camino por tierra —dijo el capitán apartándose de Hércules.

—¿Y cuántos días de viaje quedan hasta Korosoko?

—No menos de veinticinco días de viaje —dijo bajando la cabeza el capitán.

—¿Veinticinco días de viaje? ¿Este trasto no puede ir más rápido? —preguntó Hércules dando un puñetazo al timón.

—No, señor Guzmán. Con un poco de suerte, si tenemos días con viento ahorraremos dos o tres días, pero en esta época del año... —dijo el capitán levantando las manos con las palmas hacia arriba.

Hércules abandonó la cabina hecho una furia. El viaje a Nubia era inadmisibile. Veinticinco días en barco; después, una larga marcha por el desierto hasta Berber y otro barco que tardaría casi dos semanas más. Su caballerosidad tenía un límite. Él había pensado que viajarían por el Nilo para descubrir sus maravillosas ruinas, no para llevar a una desconocida a una ciudad perdida en el desierto para cumplir una promesa a un esclavo muerto.

Cuando el resto de sus compañeros se reunieron, él ya se encontraba más calmado. Estaba recostado en una vieja tumbona de mimbre y con la mente puesta en las palabras con las que iba a explicar a la princesa que no estaban preparados para llegar hasta Nubia.

—Hércules, ¿desde cuándo llevas despierto? —preguntó Lincoln, que había

descansado a pierna suelta.

—¿Despierto? No he dormido nada —se quejó.

—Bueno, por lo menos hay camas en el barco —dijo Alicia estirando su espalda—. ¿Pararemos en Menfis?

—No —contestó secamente Hércules.

—Pero, si llevas semanas hablando de Menfis —dijo Alicia sentándose en uno de los lados de la tumbona.

—He hablado con el capitán. En total, tardaríamos más de dos meses en llegar a Meroe. No podemos seguir —dijo, después de dar una profunda bocanada a su puro.

La princesa abrió los labios para contestar, pero al final se alejó de ellos y se puso en la proa del barco. Hércules se levantó bruscamente y siguió a la mujer.

—Yamile —dijo al llegar a su altura.

La princesa contempló el río. Su pelo suelto se movía con la brisa. Hércules se aproximó y se apoyó en la baranda, a su lado.

—Compréndalo. No sobreviviríamos en el desierto. Yo soy un viejo marinero retirado, Lincoln un ex agente de policía que conocí en Cuba hace muchos años y Alicia una mujer de ciudad. No podemos atravesar un desierto sin equipos, sin experiencia —dijo Hércules con tono suave.

—Lo comprendo. Les pido que me dejen en la primera ciudad que encontremos en el camino y que prosigan su viaje de placer sin mí. Fui yo la que hice la promesa a Omán. Seré yo la que lleve el Corazón de Amón a Meroe —dijo la princesa, a punto de echarse a llorar.

Hércules la miró a los ojos. La princesa Yamile parecía muy asustada. De repente comenzó a suspirar y él le puso la mano en el hombro. Ella se le abrazó e irrumpió en un llanto profundo, como si llevara mucho tiempo soportando la presión. El contacto con el cuerpo cálido de la mujer lo incomodó. En los últimos días había imaginado cómo sería besarla y estrecharla entre sus brazos, pero ahora sentía una extraña sensación de desasosiego al hacerlo.

—La acompañaremos hasta allí, por Dios bendito, no tenemos nada mejor que hacer. Venimos para conocer Egipto y lo conoceremos en profundidad —dijo Hércules con una sonrisa.

Desde el otro lado del barco, Lincoln y Alicia observaban la escena con inquietud. Atravesar el norte de África sin el equipo adecuado y sin experiencia era la aventura más difícil a la que se habían enfrentado nunca.

El Nilo, 17 de noviembre de 1914

Las rutinas diarias terminaron por relajar el ánimo de los cuatro compañeros. Pasaban muchas horas charlando, durmiendo o simplemente contemplando el paisaje. No había mucho más que hacer. Procuraban atracar por las noches en algún pequeño puerto y partían antes de la puesta de sol. El calor era incesante y lo único que variaba eran las orillas del río, que a ratos se convertían en estrechas lenguas verdes que ya no ocultaban el temido desierto.

A medida que viajaban más al sur, los pueblos se espaciaban más. Podían recorrer decenas de kilómetros sin cruzarse con otra embarcación y sin ver a ningún nativo. La influencia árabe en los habitantes de las orillas decrecía a medida que se alejaban de El Cairo. Cuanto más al sur, más africanos parecían los nativos. Era curioso observar como los habitantes de los pueblos más al norte despreciaban las costumbres y los hábitos de los que estaban más al sur. Su aspecto también era distinto. La mezcla entre árabes, egipcios y nubios era cada vez más evidente.

La rutina al llegar al puerto era siempre la misma. Decenas de personas se agolpaban a su alrededor y les pedían propina. Los marineros los echaban y ellos caminaban un poco por la aldea o el pueblo. Aquellos paseos nocturnos eran una fuente de relajación. Pasar la mayor parte del tiempo en el *Cleopatra* podía convertirse en tedioso y desesperante. Todo marchaba demasiado lento en Egipto, como si el tiempo se hubiera detenido en la tierra de los faraones.

Hércules pasó por alto la mayoría de las ruinas con las que se encontraban. Había determinado que al regreso sería más fácil visitar los monumentos y hacerse con algunas obras interesantes. En España apenas había objetos egipcios y pensaba donar la mayor parte de las piezas que encontrara al Museo de Ciencias. Lincoln leía la Biblia constantemente, era el único libro que llevaba siempre encima. Aunque también procuraba pasar más tiempo con Alicia, ya que Hércules y la princesa se alejaban muchas veces en sus paseos nocturnos o charlaban durante horas solos en cubierta. Alicia se sentía halagada por la atención de su amigo, pero echaba de menos a Hércules. Lo conocía desde niña y, desde la muerte de su padre, él se había convertido en un padre para ella. Los marineros apenas se dejaban ver y no cruzaban palabra con ellos.

Todos sabían que en un par de días llegarían a Korosoko y la tensión fue creciendo al aproximarse a su destino. Cruzar el desierto podía resultar mortal, pero en cierto modo confiaban en su buena estrella. La misma que les había librado de muchos peligros en Europa justo antes de que la guerra estallara.

En un par de días medirían sus fuerzas frente al verdadero Egipto, el duro y

peligroso país del desierto.

El Nilo, 19 de noviembre de 1914

—Nos queda un día para llegar a Korosoko —dijo Hércules señalando el mapa.

—¿Cuál es nuestro destino, después de dejar Korosoko? —preguntó Alicia.

—Desde allí partiremos hacia Berber. Nuestra principal preocupación será el agua. Únicamente hay una fuente de agua en todo el camino. En cuanto lleguemos a Korosoko tendremos que comprar camellos, víveres, agua y hacernos con un guía e intérprete. Puede que no encontremos mucha gente que hable inglés o árabe tan al sur —dijo Hércules.

—¿La zona está protegida por el Gobierno británico? —preguntó Lincoln.

—Oficialmente sí, pero su control siempre ha sido más teórico que real. Aquí son los jeques los que gobiernan los territorios y tendremos que congraciarnos con ellos. Además, el Reino Unido ha desplazado muchas de sus fuerzas a Europa y Asia. No creo que encontremos ni a un soldado británico tan al sur —dijo Hércules.

—Pues las expectativas parecen estupendas. Desierto, bandidos, poca agua y la posibilidad de perderse en medio de la nada —se quejó Alicia.

—No te preocupes Alicia. He recorrido medio mundo y creo que podremos atravesar el desierto sin dificultades —dijo Hércules, poniéndole un brazo sobre el hombro.

—Eso me tranquiliza, Hércules. Pero creo que tú recorriste medio mundo en barco y que no sabes más que nosotros sobre cómo atravesar un desierto.

—Debería confiar más en su mentor, señorita Alicia —recriminó la princesa a la joven, señalándola con el dedo.

Alicia la miró fijamente. Después se dirigió a Lincoln y le dijo:

—Creo que será mejor que tomemos el fresco. Aquí el ambiente está muy cargado.

Lincoln y Alicia salieron a cubierta. El barco marchaba muy despacio pegado a la orilla. Dos de los marineros navegaban en la barca intentando pescar algo y el capitán seguía al timón.

—No soporto a esa mujer. Me quiere dar lecciones de cómo debo comportarme con Hércules —dijo Alicia frunciendo el ceño.

—¿No estarás un poco celosa? —preguntó Lincoln. Pero enseguida se ruborizó. No era tan directo con las mujeres y mucho menos con Alicia.

—¿Celosa? No. Hércules ha vivido con muchas mujeres. Su difunta esposa era una persona encantadora. Pero Yamile oculta algo. Mi instinto me dice que no nos ha contado toda la verdad.

—Será mejor que nos tomemos este viaje como una aventura. ¿Por qué no

disfrutas de estos días en Egipto? Recorrer este río ha sido el sueño de miles de personas a lo largo de la historia.

—Sí, pero ellos tenían una misión clara. Buscaban algo, pero nosotros qué buscamos. Una ciudad nubia para depositar una piedra que una princesa prometió devolver a un esclavo moribundo. Yamile no me parece el tipo de persona que cumple la voluntad de un moribundo.

—Entonces, ¿para qué ir hasta Nubia? Podía haber regresado a Hungría o a cualquier parte de Europa —dijo Lincoln.

—Yo creo que en Meroe se oculta un tesoro. Aquel esclavo le debió de hablar de ello a la princesa y ahora ella quiere recuperarlo —dijo Alicia, bajando el tono de voz.

—¿Un tesoro? Si es verdad, ¿por qué no decirlo? En ese caso se aseguraría nuestra ayuda.

—Qué ingenuo es, Lincoln, la princesa no quiere compartirlo con nosotros —dijo Alicia.

—Pero cuando llegemos allí no podrá ocultarlo —dijo Lincoln, sin llegar a tomarse en serio a su amiga.

—Únicamente estoy especulando, lo que está claro es que nos oculta algo extraño.

Unas voces interrumpieron la conversación. Hércules y Yamile salían para intentar aprovechar la ligera brisa exterior.

—Espero que pesquen algo. La carne de cocodrilo nos va a matar a todos —bromeó Hércules.

—Que bromista es usted —dijo Yamile tocando el mentón del hombre.

Los dos rieron, mientras Lincoln y Alicia se miraban de reojo.

En ese momento un grupo de muchachos corrió hasta el río y comenzó a desvestirse. Antes de que los cuatro pudieran reaccionar, los egipcios, con todas sus vergüenzas al aire, se lanzaron al agua. Algunos se subieron a un tronco que flotaba sin mostrar la más mínima vergüenza. Después se acercaron a pedir propina, como siempre hacían todos los egipcios al ver a un occidental.

—¡Cielo santo! —gritó Alicia tapándose la cara con las manos.

Hércules se echó a reír, mientras Lincoln hacía gestos a los hombres para que se marchasen. Yamile permaneció impasible. No era el primer hombre que veía desnudo y en el harén era normal que los hijos de las otras mujeres entraran a los baños con ellas hasta los doce años.

—Pero, ¿por qué van desnudos? —preguntó Alicia cuando los muchachos se alejaron.

—No sienten vergüenza por su desnudez. Aquí todos los niños y los jóvenes llevan muy poca ropa —dijo Hércules, tranquilizando a su amiga.

—Pero esto es inadmisibile entre gente civilizada—dijo Lincoln.

—En España o Londres una mujer no puede enseñar ni un tobillo —dijo Alicia.

—En nuestra cultura la desnudez no es pecaminosa, pero está prohibida entre personas de distintos sexos. Las mujeres nos bañamos todas desnudas y nuestros hombres pueden ver nuestros cuerpos, siempre que lo deseen —dijo Yamile.

—Pero, usted no es árabe —dijo Lincoln.

—Sí lo soy. Me han criado como a una árabe, poco importa que naciera en Hungría. ¿Usted se considera africano? —preguntó Yamile.

—Naturalmente que no —contestó Lincoln torciendo el gesto—. Yo nací y me crié en Washington D. C.

—Entonces, ¿por qué se extraña?

—Mi familia lleva más de cien años en los Estados Unidos. ¡Yo no fui secuestrado y vendido como esclavo! —dijo Lincoln alzando la voz.

Hércules se adelantó un paso y se situó entre los dos. Nunca había visto a su amigo tan alterado.

—Por favor Lincoln, no olvide que se encuentra ante una dama —dijo Hércules.

Lincoln miró a Yamile y se retiró a su camarote. Alicia corrió detrás de él.

—Lamento lo sucedido, princesa —dijo Hércules.

—Yo no quería... —dijo la princesa apoyándose en el hombro de Hércules.

—No se preocupe, Lincoln no quería ofenderla.

Yamile se estrechó entre sus brazos. Hércules cerró los ojos y sintió como se le aceleraba el corazón. La princesa, con la vista perdida en el horizonte, pensó que el tiempo se terminaba, tenían que llegar a Meroe antes de que fuera demasiado tarde.

El Nilo, 20 de noviembre de 1914

Cuando el capitán Hasan se levantó para reanudar el viaje antes del amanecer le pareció escuchar el lejano murmullo de un motor. Se paró en silencio e intentó forzar su oído, pero no escuchó nada. Caminó hasta la cabina y preparó el barco antes de ponerlo en marcha. Le gustaba mucho ese momento del día. Todos dormían y por fin se sentía dueño de su vieja *Cleopatra*. Llevaban veinte años juntos y habían navegado por el río cientos de veces. Durante todo ese tiempo, había transportado a miles de viajeros occidentales, pero aquel grupo era diferente a todos. Un negro, dos mujeres, una de ellas árabe y un caballero español. Aunque todo eso ya importaba poco, aquella tarde, después de dejarles en Korosoko, daría media vuelta y regresaría a casa. Tenía una hija y dos nietas que esperaban que regresara cuanto antes. Alá no le había concedido el don de tener hijos varones, pero el amor de su hija era suficiente regalo.

Los marineros se despertaron y comenzaron a preparar el barco con sus movimientos torpes y ruidosos. El capitán les hizo gestos para que no molestaran a los viajeros, pero los marineros siguieron haciendo ruido. Pusieron el motor en marcha y el barco comenzó a moverse muy lentamente.

El capitán observó en el horizonte como los primeros rayos de sol se colaban bajo el manto de la noche y sonrió. No le gustaba la oscuridad y daba gracias a Alá de que, después de un mes de navegación, ningún bandido los hubiera asaltado. Debido a la guerra en Europa, el número de soldados egipcios se había duplicado, por lo menos hasta el Alto Egipto, Nubia era otra cosa. En Alejandría podía verse a miles de soldados británicos, que pasaban allí unos meses antes de ir a Europa. Aunque él evitaba trabajar para los soldados. Solían beber más de la cuenta y causar muchos problemas.

El capitán percibió que el ruido monótono de otro barco se acercaba en la oscuridad. Esta vez el sonido era fuerte y se distinguía del lento palpitar de su vieja caldera de carbón. Gritó algo a sus hombres y estos corrieron a por algunas viejas carabinas. Dudó en despertar a los occidentales. Tal vez solo se trataba de algún viejo barco de pescadores, aunque el motor del barco parecía demasiado potente para tratarse de una vieja barcaza.

Hércules apareció por la espalda y el capitán dio un respingo al escuchar su voz.

—Capitán, ¿quién viene? —preguntó Hércules vestido solo con pantalones y con el torso desnudo.

—No lo sé, señor. No quise importunarlo. Seguramente sea un barco de pescadores o un barco comercial.

—¿A estas horas de la madrugada?

El capitán se encogió de hombros. Hércules regresó al camarote y tomó su gran rifle. Al regreso, Alicia y Lincoln se le habían unido.

—Alicia, será mejor que nos esperes en el camarote —dijo Hércules muy serio.

—Ni hablar. No he estado practicando con mi rifle Fletcher durante todo el viaje para quedarme ahora con los brazos cruzados —dijo Alicia, quitando el seguro del arma.

—Está bien —refunfuñó Hércules—. Pero será mejor que nos pongamos a cubierto.

Todos aguantaron la respiración mientras el sonido se acercaba más y más. Lincoln tragó saliva y mustió una oración entre labios. Alicia miró a la oscuridad con el rifle apuntado hacia el ruido. Hércules permanecía sentado en el suelo, relajado, mientras abrazaba su gran rifle.

De repente el sonido cesó y eso les puso aún más nerviosos. Los marineros se acercaron a la borda con grandes faroles y examinaron el agua. De pronto, un grito rompió el silencio y uno de los faroles cayó al agua. Uno de los marineros luchaba con algo en la oscuridad, pero apenas podían distinguir una figura negra que rodeaba el cuello del pobre diablo. Lincoln intentó acercarse, pero Hércules lo retuvo y le hizo un gesto negativo con la cara.

Los gritos cesaron y el cuerpo del marinero cayó al agua. Los otros dos hombres se alejaron de la borda y se acercaron a Hércules y sus amigos.

—Apártense de en medio. Nos quitan visibilidad —dijo Hércules con un gesto.

Los hombres lo miraron aterrorizados y se cubrieron junto a ellos.

—El capitán. Puede que intenten matarle y atacarnos por la espalda —dijo Alicia poniéndose en pie. Comenzó a cubrirse con las cajas y se dirigió hacia la cabina.

—No, Alicia. Puede ser peligroso —dijo Hércules, pero un disparo le obligó a agachar la cabeza.

—No se preocupe, yo la acompañaré —dijo Lincoln empuñando su revólver.

Lincoln corrió tras la mujer y los dos se metieron en la cabina. Allí, el capitán estaba agachado con un cuchillo en la mano. Sus ojos expresaban verdadero pánico.

—No son bandidos —dijo en su mal inglés.

—¿Qué? —preguntó Lincoln.

—Los bandidos no disparan sin avisar. Amenazan y se llevan todo, pero no atacan de esta forma.

—Entonces, ¿quién nos ataca? —dijo Alicia asomando la cabeza. Dos balas pasaron rozando su pelo.

—¡Maldición! —gritó Alicia, después miró a Lincoln algo avergonzada—. Oh, lo siento.

—No se preocupe. ¿Este trasto no puede navegar más rápido? —preguntó

Lincoln.

—Hay que alimentar la caldera. Apenas había comenzado a calentarse cuando nos han atacado —contestó el capitán.

—Vaya y aumente la presión —dijo Lincoln tirando del brazo del capitán.

—¿Yo? —dijo resistiéndose.

—Es su barco, ¿no? Venga, que le cubrimos.

Alicia y Lincoln comenzaron a disparar a la oscuridad y el capitán salió a gatas. Entró en la sala de máquinas de la bodega y lanzó varias paletadas de carbón. Cuando regresaba para la cabina, una sombra se abalanzó sobre él.

—¡Ah!

Hércules miró a su espalda y vio al capitán tumbado en el suelo y un hombre sobre él con una gran cimitarra. Apuntó su rifle y disparó. El asesino quedó destrozado por la bala explosiva. El capitán se quitó de encima el cuerpo y corrió hasta la cabina. En ese momento Lincoln luchaba contra otro de los asesinos. El capitán se acercó por detrás y le hincó su cuchillo. El asesino se derrumbó, muerto.

—Gracias —dijo Lincoln. Después se agachó y recogió su revólver del suelo. Cuando entraron en la cabina, Alicia les apuntó con su rifle.

—Tranquila, somos nosotros —dijo Lincoln.

El capitán aumentó la potencia del barco y se escuchó el crujir de la madera.

—Han puesto su barco en la proa, pero el *Cleopatra* lo moverá —dijo el capitán alzando la barbilla.

El barco comenzó a moverse con más rapidez y se oyó el gorgoteo de un par de personas que se lanzaban al agua. El sol ya había despuntado y observaron como el barco de los asaltantes comenzaba a perderse en el horizonte. Lincoln y Alicia se reunieron con sus amigos y miraron los cuerpos inertes de los tres asesinos. Vestían igual que los que les habían asaltado al pie de las pirámides.

—¿Por qué nos siguen? ¿Cómo saben que nos dirigimos a Meroe? —dijo Alicia mirando directamente a Yamile.

La princesa retrocedió y se agarró al brazo de Hércules.

—No lo sé. Si lo supiera se lo diría —dijo la princesa, con los ojos llenos de lágrimas.

Todos se miraron impacientes, pero antes de que ninguno de ellos hablara el capitán gritó:

—Korosoko.

En el horizonte apareció la ciudad y por unos instantes se sintieron a salvo.

Korosoko, Alto Nilo, 22 de noviembre de 1914

Hércules pasó dos días regateando con el jeque el precio de las provisiones y los camellos. La princesa Yamile le había aleccionado sobre cómo negocian los árabes y era entretenido observar a Hércules y al jeque discutir mientras tomaban un té sentados en la alfombra de la casa en la que se alojaban. El jeque insistía en pedir un precio muy alto por sus camellos y Hércules se quejaba de lo delgados y enfermizos que parecían los animales. El primer día, el jeque se levantó y se marchó ofendido. Eso también formaba parte del ritual.

Cuando el jeque se marchó, Hércules se quedó anonadado.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? El jeque es el único hombre en la ciudad que tiene suficientes camellos para el viaje —dijo Hércules, nervioso.

—No te preocupes, volverá. Él es el que ha roto la negociación, ha dudado de tu inteligencia. Lo que tienes que hacer ahora es mandarle una carta alabando su sagacidad y enviarle algún presente. Antes de que llegue la noche responderá —dijo Yamile.

Hércules la miró sorprendido, pero el plan dio resultado. Al día siguiente había dieciséis camellos a la puerta de la casa, además de las provisiones, el agua, un cocinero, el *trujamán*^[17] y un guía.

—Es increíble —dijo Hércules al ver la caravana de camellos.

Partieron aquella misma mañana. Después de dos días de espera, todos estaban impacientes por enfrentarse al implacable desierto. El camino no era fácil. Tenían que atravesar una de las zonas más inhóspitas del mundo, con unas reservas pequeñas de agua y alimentos. No podían contar con encontrar fuentes de agua potable, tan solo había en el camino un viejo cráter apagado, en el que había agua amarga, conocido como Morad. Su destino era Abu Hammad, allí podrían aprovisionarse de nuevo y continuar hasta Meroe.

Cuando la caravana se introdujo en la inmensa llanura de arena y cielo, todos sintieron un escalofrío. Nunca la inmensidad había sido tan claustrofóbica.

En mitad del desierto, 1 de diciembre de 1914

No había día sin viento. El *simun* era un fuego abrasador que lamía la humedad de sus cuerpos hasta deshidratarlos por completo. A pesar de llevar más de quinientos litros de agua consigo en las *girbas* colgadas de los camellos y en unos toneles, no sería suficiente. Las *girbas* impedían la evaporación del líquido, pero por más que economizaban, en unos días la falta de agua comenzaría a ser su principal problema.

Cuando la caravana llegó al pozo de Morad, contemplaron decenas de cuerpos de camellos resecos por el calor del desierto. No sabían lo que había sido de sus dueños, pero la visión los inquietó. La inmensa llanura se interrumpía en el horizonte, pero las colinas que contemplaban a lo lejos eran tan estériles como la llanura. Durante la noche la temperatura caía hasta los veinticinco grados y por eso, escogieron viajar de noche y descansar de día.

Cuando llegaron a Morad, su moral estaba por los suelos. Lincoln llevaba días encontrándose mal, sentía una debilidad inexplicable y apenas podía hacer ningún esfuerzo. Alicia tampoco se encontraba bien. Tenía todos los síntomas de una insolación. Su ropa la aprisionaba y asfixiaba. Las mangas largas de la blusa, apretada, el cuello alto y el vestido largo la hacían sudar mucho, lo que suponía una constante pérdida de líquidos.

Cada día soportaban la misma rutina. El tintineo de las campanillas de los camellos, el gorgoteo y gemido constante de los animales que comenzaban a acusar la sed.

Los camelleros comenzaron a preocuparse por el estado de los animales, pero Hércules no quería cederles el agua potable que habían llevado. Por eso, cuando los camellos olisquearon el agua del pozo de Morad, corrieron hasta el agua y bebieron hasta saciarse. Los camelleros y el resto de los criados también bebieron con desesperación.

—Pensé que nunca llegaríamos al pozo —dijo Hércules contemplando la árida llanura.

—Ya estamos más cerca de nuestro objetivo —dijo Yamile, impaciente. Sabía que su tiempo se terminaba, los efectos de la joya podían desaparecer si el viaje se prolongaba por más tiempo. Desde su salida de Korosoko nadie les había seguido o, por lo menos, habían permanecido a gran distancia.

Lincoln se sentó en el suelo. Él no compartía la euforia del resto de sus compañeros, el cansancio no remitía y cada día iba a más.

Después de montar el campamento, las mujeres pudieron preparar un baño. Llevaban más de diez días sin bañarse y las cubría una gruesa capa de polvo y sudor.

Después les tocó el turno a los hombres. Cuando los sirvientes retiraron el agua, Hércules y el resto del grupo pudieron contemplar con asombro que su guía se bebía el agua jabonosa y sucia.

—¿Qué hace, Alí? —preguntó asombrado Hércules al guía.

—El agua del pozo está demasiado amarga, señor.

Alicia y Yamile no pudieron evitar poner un gesto de repulsión. Pero el guía se bebió el agua con ansia, como si estuviera bebiendo el más sabroso elixir. Los cuatro se sentaron en las sillas plegables y evaluaron lo que quedaba de viaje.

—No pensé que llegáramos tan lejos —dijo Alicia con buen humor. El baño había refrescado sus pobres músculos.

—Gracias por la confianza prestada —bromeó Hércules.

—Hemos de reconocer que hemos superado esta primera etapa del viaje con cierta tranquilidad. El camino es muy difícil y con toda seguridad muchos han sucumbido en él —dijo Lincoln, que comenzaba a recuperar fuerzas.

—Lo que no tiene solución es esto —dijo Yamile señalando sus brazos quemados por el sol.

Después de descansar durante unas horas, retomaron el viaje. A partir de Morad las cosas mejorarían un poco. Se podían ver algunas gacelas y algo de vegetación. Apenas tuvieron fuerzas para llegar a Abu Hammad. Tras descansar dos días en la pequeña ciudad, emprendieron de nuevo el viaje. La caza de gacelas y algunos restos de vida animal animó al grupo, que siete días más tarde llegó a Berber. Cuando avistaron la ciudad, creyeron ver las puertas del paraíso.

Berber, 9 de diciembre de 1914

La ciudad de Berber era lo más parecido a la civilización que había en el Alto Nilo. Aunque su grado de civilización era bastante relativo. Los caminos eran de tierra, las casas eran de adobe, con tejados planos de palma, pero los huertos y jardines de la ciudad resplandecían en mitad del desierto, a orillas del Nilo. Las palmeras cubrían el cielo azulado y las palomas cantoras llenaban de sonidos el silencioso desierto.

Su llegada a la ciudad fue todo un acontecimiento. Debido a la guerra, las caravanas escaseaban y el pueblo entero salió a recibirlos. Allí residía el gobernador local con un pequeño ejército de dos mil hombres. El gobernador dejó que instalaran el campamento en medio de los jardines del palacio y los visitó aquella misma tarde. Los cuatros se habían lavado, arreglado y cambiado de ropa. Después de semanas tenían de nuevo la sensación de haber vuelto a la vida.

Cuando el gobernador llegó a la tienda, el *simun* soplaba con tanta fuerza que tuvieron que recibir al gobernador sentados en el interior.

—Que Alá los proteja —dijo el gobernador sentándose junto a ellos en los cojines de la tienda.

—Muchas gracias por su hospitalidad —dijo Hércules.

—Es nuestro deber —contestó el gobernador.

—El viaje ha sido duro, pero ahora nos sentimos dichosos —dijo Hércules.

—¿Cuál es el motivo de su viaje y adónde se dirigen? —preguntó intrigado el gobernador.

—Nos dirigimos a Meroe —dijo Lincoln entrando en la conversación.

El gobernador lo miró con cierta curiosidad. La ciudad estaba poblada de nubios, pero nunca había visto a un negro vestido de occidental ni hablando como un occidental.

—¿De dónde son? —preguntó el gobernador.

—George Lincoln es norteamericano, mi nombre es Hércules Guzmán Fox, mi nacionalidad es española. La dama árabe es Yamile y la otra dama es Alicia Mantorella, española como yo.

—No solemos tener gente de su tierra aquí —dijo el gobernador.

—¿Hay algún peligro en el camino a Meroe? —preguntó Hércules.

—Si les dijera que no, mentiría. Aunque mis hombres protegen las tierras de aquí hasta Asuán, más allá no hay ley ni orden —dijo el gobernador, complaciente.

—¿La región es segura? —preguntó Alicia.

El gobernador la miró, pero no contestó a su pregunta. Hércules repitió la

pregunta al gobernador y este, con una sonrisa, contestó al hombre.

—Es absurdo ir tan al sur. Allí solo encontrarán desiertos, negros y pobreza. Desde que comenzó la guerra nadie se aventura a viajar tan al sur.

—Pero, ¿la zona está en paz? —preguntó Lincoln, frunciendo el ceño.

—La zona está en paz desde hace más de treinta años, desde tiempos del temible Muhammad Ahmad ibn as Sayyid abd Allah —dijo el gobernador.

—¿Quién fue este hombre? —preguntó Hércules.

—Durante años, muchos hombres han temido pronunciar su nombre. El *mahdi* fue un líder religioso musulmán originario del Sudán. Yo era un oficial egipcio cuando él se levantó en armas contra mi país —dijo el gobernador, como si algunos recuerdos fueran dolorosos.

—Algo he escuchado, sobre la muerte del general británico Gordon —dijo Hércules.

El gobernador miró al español y le dijo:

—El *mahdi* logró reunir bajo su autoridad religiosa a todos los clanes de Beggara para formar una alianza que pretendía establecer una república islámica como preludeo a un Estado islámico mundial.

—¿Un Estado islámico mundial? —preguntó Alicia.

El gobernador la miró de reojo y continuó con su explicación.

—Muhammad Ahmad creía ser el *madhi* tan largamente esperado. Por eso declaró una *jihad* o guerra santa, y llevó a su ejército a una guerra religiosa dirigida a acabar con la ocupación británica y egipcia. Su principal opositor fue el general Charles George Gordon.

—¿Cuándo sucedió todo esto? —preguntó Hércules.

—Entre 1883 y 1886, pero el movimiento perdió fuerza tras la muerte del *madhi* y quedó reducido a las fronteras del Sudán. Durante el Gobierno de lord Salisbury, los británicos dirigidos por lord Kitchener atacaron de nuevo a los sudaneses en venganza por la derrota de Jartum y la muerte del general Gordon. La batalla terminó con la destrucción del ejército de los seguidores del *madhi* en la batalla de Omdurmán en 1898 —dijo el gobernador.

—Hace tan solo dieciséis años —dijo Lincoln, sorprendido.

—¿Qué es un *madhi*? —preguntó Hércules, sirviéndose un poco más de té.

El gobernador dijo algo en árabe.

—«El guiado» —tradujo Yamile, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

El gobernador la miró con curiosidad. Su porte era sin duda el de una princesa y su velo no podía ocultar su gran belleza.

—El Imán Oculto o *madhi* prometido, otros lo conocen también como el *Imam-l Asr* o el Imán del Período o el *Sahib Al-Zaman*, el Señor de la Época. Pero estos

apelativos son supersticiones de la secta de los chiíes —dijo el gobernador con desprecio.

—¿Quiénes son los chiíes? —preguntó Lincoln.

—Los mal denominados imaníes o seguidores de Muhammad al Mahdi, de nombre original Muhammad ibn Hasan ibn Alí, el duodécimo y último imán.

—Pero los suníes también creemos en el *madhi*, aunque no pensamos que se trate de una persona concreta que ya hubiera existido, y por tanto tampoco admitimos que el imán sea oculto, aunque se coincide en la validez de la profecía —dijo Yamile ante la sorpresa de sus amigos y del jeque.

Las mujeres no solo tenían prohibido hablar directamente a un hombre, además les estaba vedado el estudio y predicación del Corán. El gobernador miró a la mujer entre enfurecido y sorprendido. Nunca había conocido una mujer como ella en Berber y dudaba que se pudiera encontrar una osada suní como ella en todo el Alto Nilo. A pesar de sus reticencias le dijo a la mujer:

—No olvide que el *madhi* es una *hadith*^[18] atribuida a Mahoma. Si no recuerdo mal, se dice que será un descendiente de los *Ahl al-Bayt*,^[19] de alguna manera vinculado a los pobres, que en un futuro vendrá, junto con Jesús, para establecer una sociedad islámica perfecta en la tierra antes del *Yaum al-Qiyama*^[20] —apuntó el jeque.

—Según la tradición, nació en Samarra el año 256 de la Hégira —dijo Yamile.

—¿Cómo tú, una mujer, sabes tanto sobre el Corán y nuestras tradiciones? —preguntó el jeque mientras se atusaba su largo bigote.

—Gran jeque de Berber, las mujeres árabes de otras partes del islam pueden estudiar la ley y las enseñanzas del profeta, cuando son sus padres o esposos los que las aleccionan —contestó Yamile con la voz temblorosa. Se había expuesto demasiado y el jeque podía pedir información sobre ella a El Cairo.

—Bueno, será mejor que terminen la historia y no nos dejen en ascuas —dijo Alicia en su mal inglés.

—En definitiva el *madhi* vivió hasta que su padre, el decimoprimer imán, fue martirizado el día 8 del mes Rabi' al-awwal, del año 260 de la Hégira. En ese momento desapareció, siendo aún niño. Según la creencia, viviría desde entonces oculto rigiendo desde la sombra los destinos de la *umma*^[21] y en un futuro volverá como redentor —terminó el jeque.

—Una especie de mesías —dijo Lincoln.

—Podríamos llamarlo así —dijo el jeque.

—Pero nadie sabe cuándo volverá y el último que se proclamó *madhi* murió hace más de quince años —concluyó Hércules.

—Algún día regresará —contestó el jeque, frunciendo el ceño.

—Necesitamos algo de usted. Nuestros camellos están agotados, nuestro guía no

sabe la lengua de los nubios y tenemos que renovar nuestras provisiones de agua y comida. ¿Podría facilitarnos ayuda? —preguntó Hércules, intentando cambiar de tema.

—Es deber de todo buen musulmán ayudar a sus semejantes —dijo con una sonrisa el jeque. Ellos sabían lo que significaba esa cara, tendrían que comenzar a regatear de nuevo.

Berber, 10 de diciembre de 1914

Al día siguiente partieron hacia Nubia. El jeque les había aconsejado que pospusieran el viaje unos días, pero no querían perder más tiempo. El *simun* empeoraba y podían pasar semanas encerrados en aquella ciudad en medio de la nada. El viento traía un polvo amarillento que produjo en ellos el efecto de una fiebre extraña que comenzó a complicar su viaje a los pocos días. Les dolía todo el cuerpo, en especial las extremidades, perdieron el apetito y su sed era insaciable.

A pesar de las penurias el viaje fue más rápido. Hércules había cambiado sus camellos por unos asnos pequeños, pero fuertes y veloces. El inconveniente es que bebían mucha más agua. Alicia y Yamile habían optado por vestirse con ropa masculina y montar a horcajadas sobre los animales. En aquella región era extraño encontrar a un occidental y parecían más dos jóvenes imberbes que dos damas disfrazadas de cazadores.

A medida que marchaban más al sur, el clima iba mejorando. El calor remitía. El *simun* cesó y le sustituyó una brisa fresca y reconfortante. El cielo comenzó a cubrirse con nubes secas y por las noches el canto del búho rompía la monotonía de los silencios del desierto.

Atravesaron Atbara y llegaron al Nilo Blanco. El río era menos caudaloso que el Nilo en su parte baja, pero corría con más fuerza, removiéndole la arena a su paso. Vieron los primeros hipopótamos, las gacelas, las hienas y los asnos salvajes. África comenzaba a transformarse ante sus ojos.

Los primeros campos de maíz y sorgo anunciaron que se acercaban a una tierra más fértil y amable con sus habitantes. Compraron pan de harina de *durra* y pudieron cambiar algo su dieta. Hércules practicó la caza con su rifle nuevo y olvidaron por completo a sus perseguidores y la razón que les había llevado a atravesar medio continente.

Al llegar a Abisinia las lluvias comenzaron a transformar el paisaje hasta convertirlo en un gran vergel.

Meroe, 814, año séptimo del reinado de Nerón

Cuando Claudio vio las pirámides negras se derrumbó en mitad de la arena anaranjada que lo cubría todo. A su lado, los dos pretorianos se pusieron de rodillas dando gracias a Marte, por haberles dado el don de llegar hasta la ciudad de los nubios.

Dos soldados de Meroe se acercaron a ellos. Su estatura colosal, su armadura de oro y sus túnicas de leopardo, impresionaron a los romanos, que durante meses solo habían visto tierras baldías y agricultores muertos de hambre que compartían con ellos unas tortas de pan.

Los soldados lo llevaron ante su comandante y, cuando Claudio explicó la naturaleza de su misión, le aseguraron que en unos días serían recibidos por el faraón.

Después de un gran festín, se retiraron a los cuartos donde les habían acomodado, pero Claudio no logró conciliar el sueño y salió al patio interior, donde un bello jardín refrescaba las habitaciones. Allí, sentado frente a una fuente, escuchó unos pasos que se acercaban sigilosos por su espalda. Claudio desenvainó rápidamente su espada y la puso sobre el cuello del desconocido. Una larga capucha mantenía su rostro en la sombra, pero cuando el desconocido levantó la capucha para descubrirse, el romano vio los brazos tatuados y las pulseras que tintineaban al descender por el antebrazo.

—Romano, no temas. Soy Kandake, la sacerdotisa de Amón —dijo la mujer, mostrando un rostro de finas líneas.

Claudio bajó la espada y observó a la mujer por unos instantes. Le recordó a las figuras talladas de reinas esculpidas en los templos de Egipto. Ella le invitó a que se volviera a sentar y después tomó un lugar junto a él.

—Pocos llegan desde el Bajo Nilo hasta nuestra tierra. Debe de haberte traído un gran deber de parte de tu rey —dijo la mujer, con voz pausada y dulce.

—Ciertamente, mi señora. Vengo con instrucciones de Nerón, nuestro amado joven César —respondió Claudio, recuperando la calma.

—Tu reino y el mío han luchado muchas veces el uno contra el otro. En otro tiempo, Roma evacuó la zona fronteriza con Meroe, temerosa de nuestros ejércitos.

—Yo vengo para anunciar la paz —dijo Claudio.

—¿La paz? No existe la paz entre los hombres, tan solo treguas antes de comenzar una nueva guerra —dijo Kandake con tristeza.

—Nerón quiere la paz.

—Nerón..., no quiere la paz —respondió Kandake—. Nerón quiere el secreto del Corazón de Amón.

Gozerajup, 14 de diciembre de 1914

El viaje parecía llegar a su fin, en unos días estarían en las puertas de la misma ciudad de Meroe, la antigua capital de los nubios. Gozerajup era una pobre y abandonada ciudad cercana a la confluencia del río Atbara con el Nilo. La ciudad estaba infecta y los niños pululaban medio desnudos por las calles sucias.

Alicia y Yamile pudieron comprobar la degeneración y degradación de aquella pobre gente. Después de descansar un día en la ciudad, las dos mujeres marcharon al mercado vestidas de damas con la intención de encontrar algunos útiles que habían perdido en el viaje por el desierto. Durante su estancia en el mercado, una niña de unos cuatro años las siguió sin pedirles nada. Cuando se dirigieron a ella, la que parecía ser su madre les dijo que no podían tocarla, se preparaba para una ceremonia sagrada y durante todo el día la niña podría hacer lo que quisiera sin el control de sus padres. Tras pasar el día con la niña, la curiosidad por la ceremonia llevó a las dos mujeres hasta una cabaña apartada repleta de mujeres. Allí el ambiente cargado se mitigaba con los olores de hierbas aromáticas hervidas en agua. A pesar de la oscuridad, Alicia pudo ver a la niña en medio de las mujeres, desnuda de piernas para abajo.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Alicia a Yamile.

La princesa levantó los hombros. La niña se tumbó en medio de la sala y, tras la orden de la madre, varias mujeres comenzaron a masajear los brazos, los hombros y las piernas de la niña.

Alicia sintió como se le secaba la garganta, tenía el presentimiento de que algo terrible iba a suceder, pero se sintió sin fuerzas para salir de la choza.

Una anciana extrajo un cuchillo y los masajes se convirtieron en la peor de las torturas. La anciana comenzó a cortar algo entre las piernas de la niña, que se retorció de dolor, suplicando a su madre que parara. Cuando terminó, la anciana mostró la herida a la madre para que diera su aprobación. La anciana reseco la herida con mirra y la cubrió con hojas de acacia.

Alicia se levantó y salió mareada de la choza. Yamile la siguió.

—La han mutilado con el consentimiento de su madre —dijo Alicia horrorizada.

—Había escuchado de esta práctica, pero nunca la había visto. Alicia, esto no tiene que ver nada con el islam, son costumbres bárbaras de pueblos bárbaros.

—Los hombres deben de temer enormemente a las mujeres para tratarlas así —dijo Alicia.

Alicia buscó con los ojos la fría mirada de Yamile. Por unos segundos, sus pupilas se cruzaron antes de que se perdieran entre la multitud.

Antes de salir de la ciudad y realizar el último tramo del viaje, Hércules contrató a dos jóvenes musulmanes. Compró de nuevo camellos, algunos de la raza *hygin*, que eran más cómodos para montar. Su cuidador, Bashit, era un anciano nubio de blancos cabellos. A pesar de su edad hablaba inglés y les había dicho que había luchado junto a Gordon en la batalla contra los seguidores del *madhi*.

La lluvia los acompañó durante días. Una lluvia intensa, pegajosa e incesante. Pasaron Atbara y, la noche antes de llegar a Meroe, la lluvia cesó. Los criados hicieron una gran hoguera y todos se sentaron alrededor para secarse.

El rostro de Alicia brillaba con el reflejo del fuego. Lincoln se acercó por detrás y la cubrió con una manta. En las últimas semanas se había vuelto a aproximar. Desde su viaje por Austria y Alemania, unos meses antes, apenas habían permanecido solos, pero la repentina llegada de Yamile los había alejado de Hércules, acercándolos más el uno al otro. Lincoln se sentó junto a ella. Su sola cercanía la envolvía en un estado de euforia que nunca antes había experimentado.

—Me alegro de haber recorrido este viaje junto a ti. Si hay alguien en el mundo con el que me siento feliz, es contigo —dijo Lincoln, mirando la cara pecosa de Alicia.

—Gracias, George —dijo la mujer cogiéndole de la mano—. Saber que estás a mi lado me tranquiliza.

La mujer apoyó la cabeza sobre el hombro de Lincoln y este contuvo la respiración. Notó el corazón acelerado y un agradable hormigueo en las manos.

Hércules llegó de la mano de Yamile, se sentaron al otro lado del fuego y observaron a Lincoln y Alicia. El anciano Bashit se acercó al fuego y arrojó varios troncos que avivaron las llamas.

—Bashit, tú eres de Atbara, habrás estado alguna vez en Meroe.

—Oh, sí señor. Meroe es la ciudad de los fantasmas. Ya solo quedan ruinas y las pirámides negras a orillas del Nilo Azul —dijo el anciano Bashit con la mirada perdida en el fuego.

—¿Es bella Meroe? —preguntó Alicia.

—Es hermosa, señorita. Un diamante negro en el corazón de Nubia. ¿Conocen la historia de Meroe? —preguntó el anciano Bashit.

Todos negaron con la cabeza. El hombre se sentó a horcajadas frente al fuego y, como sus antepasados habían hecho durante generaciones, comenzó a hablar.

—Amanirenas fue una de las más famosas kandakes de Meroe —dijo el anciano.

—¿Quién? —preguntó Lincoln.

—Kandake era el nombre con el que se conocía a las reinas de Meroe. A diferencia de otros reinos, aquí eran las mujeres las que gobernaban y dejaban el reino en herencia a sus hijas —explicó el anciano Bashit.

—Me gusta Meroe —dijo Alicia con una amplia sonrisa.

—Amanirenas sufrió uno de los reinados más difíciles. Tuvo que luchar contra los ejércitos de Roma hace muchos siglos. Ella luchó junto a su marido, el rey Teriteqas, pero en una de las batallas murió el rey y fue sustituido por uno de sus hijos Amanishakheto, Akinidad —dijo el anciano.

—Desconocía que los romanos hubieran llegado tan al sur —dijo Hércules.

El anciano afirmó con la cabeza y poniéndose en pie continuó.

—La lucha entre Roma y Meroe se produjo a causa de una invasión por el primer gobernador romano de Egipto, Cornelius Gallus, en Nubia, en un área llamada El Thebaid —dijo el anciano.

—Me sorprende que se hayan conservado en la memoria del pueblo todos esos detalles —dijo Hércules.

El anciano les sonrió y dijo:

—No, yo conozco la historia de boca de un hombre blanco. Un enamorado de las ruinas —bromeó el anciano.

—Un egiptólogo —dijo Lincoln.

—No sabía que su nombre era ese —dijo el anciano.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alicia.

—Su nombre es Garstang, el señor Garstang. Lleva varios años viniendo a Meroe. ¿No lo conocen? —preguntó al anciano.

—No, ¿es británico? —preguntó Lincoln.

—Sí.

Yamile sintió un escalofrío. ¿Y si ese hombre conocía la leyenda del Corazón de Amón? Podría constituirse en un problema. Ella se encargaría de que nadie se interpusiera en su camino, no había llegado hasta allí para morir.

—Según me contó Garstang, El Thebaid estuvo en constante revuelta desde la época de los Ptolomeos, creo que eran unos faraones griegos, y los romanos rápidamente intentaron poner Nubia bajo la protección de Roma. El Thebaid era la ciudad que los romanos querían usar para conquistar el resto de Nubia. Después de la conquista, el gobernador romano fue declarado el rey de Kush, en virtud de la protección romana. Después instaló en El Thebaid un príncipe designado por él mismo. También se erigió una estatua de Augusto en Philae para conmemorar su éxito. Aunque ya no quedan estatuas romanas por aquí, por lo menos yo no las he visto —bromeó el anciano.

—Nos deja muy sorprendidos. En esta región tan remota, con un acceso tan difícil, los romanos estuvieron guerreando —dijo Alicia, que no dejaba de observar la extraña expresión de Yamile—. Yamile, ¿tu conocías esta historia?

La mujer se quedó pálida y tardó un rato en contestar.

—No.

—¿No te contó esta historia tu esclavo eunuco? —volvió a preguntar Alicia.

—¿Cómo iba a saber él esta historia? Era tan solo un esclavo —dijo Yamile enfadada.

—No creo que mucha gente de la región conozca esta historia —dijo el anciano—. La gente de aquí es bastante ignorante. Yo estude inglés en una escuela misionera en Jartum. Me enseñaron historia, matemáticas y religión. Pero la gente de aquí no sabe leer, tampoco conoce nada sobre las antiguas ruinas de Meroe, se lo aseguro.

Hércules miró inquisitivo a Alicia. Su enemistad con Yamile comenzaba a ser alarmante. Él era consciente de que en las últimas semanas no había pasado mucho tiempo con su ahijada, pero había pensado que la proximidad de Alicia con Lincoln había suplido su ausencia.

El anciano miró a los cuatro extranjeros y volviendo a sentarse, continuó su relato.

Poco después, Amanirenas y su hijo Akinidad atacaron al ejército romano que estaba asentado junto a la frontera. Las legiones se encontraban muy lejos para socorrerlos, la guarnición romana más próxima estaba en Arabia. Amanirenas capturó Syene, Elefantina y Philae. Los habitantes fueron esclavizados y la estatua de Augusto fue derribada. La reina de Meroe desató toda la furia de Amón sobre sus enemigos. En respuesta a la osadía de la reina...

Un ruido alertó a todos. Hércules agarró el rifle que descansaba junto a él y apuntó a la oscuridad. No era raro que manadas de leones merodearan por las noches en esa región. Alicia tomó su rifle y Lincoln sacó la pistola del bolsillo interior. Todos guardaron silencio a la espera que el ruido se volviera a producir, pero el único sonido que se escuchaba era el del viento que había comenzado a soplar con más fuerza.

—Señor —dijo el anciano en un susurro—. Es un león.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hércules.

—El viento le ha llevado nuestro rastro.

Hércules hizo un gesto y dos de los sirvientes encendieron varias teas para iluminar el campamento.

—No haga eso —dijo el anciano.

—Él puede vernos, pero nosotros no podemos verlo a él.

—Si no le molestamos se marchará. Los hombres no son sus piezas favoritas.

Antes de que el anciano terminara de hablar, un gran rugido resonó en la noche. Hércules se giró y apenas tuvo tiempo de ver el gran felino que corría hacia Alicia y Lincoln. La mujer apuntó al animal, pero dudó durante unos instantes, que a Hércules se le hicieron eternos. Justo cuando el gran león estaba saltando sobre ellos, Alicia disparó a bocajarro contra él. El cuerpo se derrumbó con un golpe seco sobre el suelo polvoriento. Lanzó unos leves rugidos y murió.

—Cielo santo —dijo Alicia bajando el rifle—. He cazado un león.

Meroe, 16 de diciembre de 1914

El sol ascendió hasta iluminar la cúspide de las pirámides negras. A medida que se aproximaban, sintieron la melancolía que producen las ciudades abandonadas. La triste figura de los muros derruidos, de las paredes vencidas por el tiempo, el sueño de las estatuas recostadas sobre la arena, el silencio descarnado de las soledades.

Los camellos se pararon frente a las ruinas y todos permanecieron en silencio. Unos meses atrás habían contemplado la grandeza incommensurable de Giza, pero Meroe tenía el encanto de las cosas hechas a la medida humana. Sus pirámides negras apenas superaban los veinte metros de altura. Sus formas eran sencillas, pero rotundas.

Se pusieron en marcha, dejando atrás las tumbas, y se dirigieron hacia los restos de la ciudad. Lo primero que vieron fueron las ruinas de las murallas, después un gran templo y otros santuarios más pequeños. Cerca de unas grandes columnas observaron un pequeño campamento de tres tiendas. Delante de una de las tiendas, un hombre de unos cuarenta años con anteojos, una barba rala y un pelo liso peinado para un lado, leía tranquilamente sentado. Levantó la vista al oír que se acercaban. No se extrañó de verlos o por lo menos no lo manifestó. Cerró con cuidado su libro, lo depositó junto a una pequeña mesa auxiliar y se puso en pie. Vestía con un pantalón corto, una camisa con bolsillos y unas botas bajas con calcetines gruesos. El hombre hizo una ligera inclinación y los saludó.

—Bienvenidos, Dios los bendiga —dijo el egiptólogo sonriente.

—Buenos días, señor Garstang —dijo Hércules descendiendo del camello una vez que este se hubo sentado.

Hércules avanzó hasta el hombre y le dio un fuerte apretón de manos. Alicia lo saludó también con la mano y después Yamile y Lincoln.

—No esperaba esta agradable visita. No se ven muchos occidentales por esta región, de hecho, nadie ha pasado por aquí desde la última expedición francesa. ¿Ustedes no son franceses, verdad? —preguntó el señor Garstang.

—No, somos de diferentes nacionalidades. La señorita Alicia Mantorella es española; como yo, Hércules Guzmán Fox para servirle.

—Encantado.

—Estos son nuestros compañeros y amigos; la princesa Yamile, su origen es húngaro, pero ha sido criada en Estambul. Y mi fiel amigo, George Lincoln, uno de los más sagaces detectives de los Estados Unidos.

—Es un placer conocer a una eminencia como usted en Egipto —dijo Lincoln.

El hombre sonrió y amablemente le dijo:

—Mis estudios son más modestos, tan solo soy un enamorado de los faraones negros. Pero, por favor, desayunen algo, mis sirvientes les prepararán un poco de café y algo de pan de centeno. Después de su largo viaje ya sabrán que África es un continente fascinante, pero salvaje.

Colocaron varias sillas y se sentaron junto al egiptólogo. A su alrededor las ruinas de Meroe brillaban con las primeras luces de la mañana.

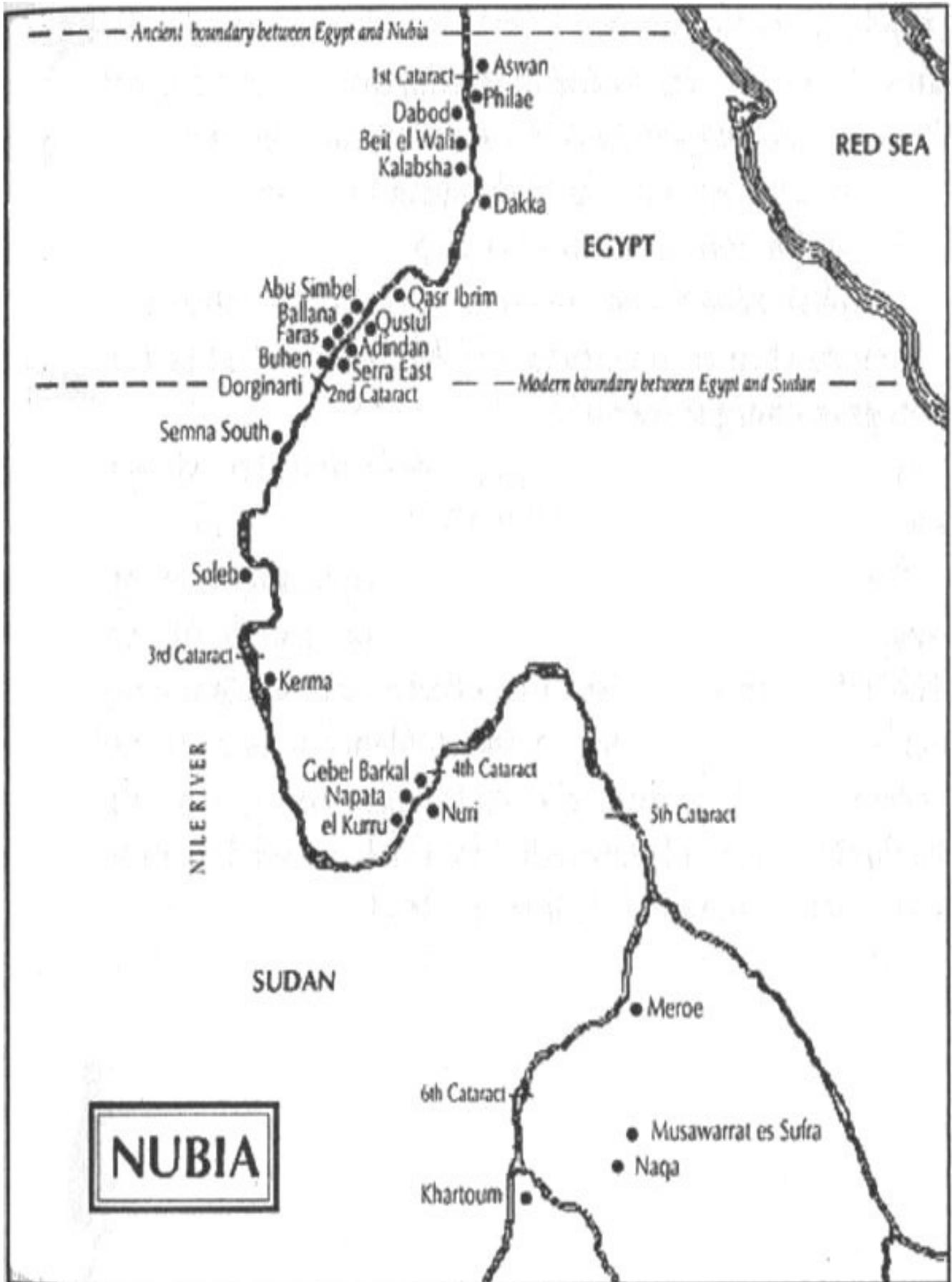
—Es bello, ¿verdad? Aquí uno experimenta una gran paz. Los hombres que construyeron esta ciudad, nos dejaron un gran legado, pero lo peor de ellos mismos ya desapareció. La violencia, la guerra, las ambiciones, ahora son como la arena que el viento amontona junto a las paredes. Todos son polvo.

Hércules apoyó los codos sobre sus piernas. Una brisa refrescó su rostro e intentó imaginar aquella ciudad llena de vida.

—Observen esa muralla derruida. Cuando cierro los ojos puedo ver al prefecto Cayo Petronio encabezando una fuerza de diez mil legionarios, con sus petos de cuero, sus túnicas rojas, ochocientos jinetes con sus corceles engalanados y numerosos auxiliares nubios, con sus pieles de tigre y sus cascos dorados. Petronio había enviado antes unos embajadores para que la reina se disculpara por sus ataques y devolviera los tesoros saqueados. La reina tuvo tres días de alto el fuego antes de que los romanos siguieran la campaña, para dar una respuesta, pero no mandó ninguna embajada a Petronio. La batalla comenzó cerca de aquí. La lucha fue feroz, pero no hubo nobleza ni valor. Las batallas se ganan con astucia y crueldad. Amanirenas perdió un ojo en la lucha. La reina blandió su espada con fiereza y mató a muchos romanos aquella mañana. Muchos de sus generales fueron capturados y enviados a Alejandría como esclavos. —El arqueólogo señaló un lado de la ciudad antes de continuar su relato—. Los romanos fueron conquistando la capital, antes habían caído las ciudades de Pselchis, Premnis y Napata. Meroe resistió el envite y Petronio regresó a Premnis y reforzó su guarnición antes de partir a Alejandría en el 22 a. C.

—Es emocionante —dijo Hércules embelesado por la narración.

—Al año siguiente, en el 21 a. C, la reina marchó sobre Premnis con miles de soldados. Petronio llegó primero y se reunió con los embajadores de Meroe. Por orden del emperador Augusto, los embajadores fueron llevados ante su presencia en la isla de Samos. Según el historiador Estrabón, Augusto concedió todas las peticiones a los embajadores y no exigió a la reina que restituyera los tesoros robados. Según la leyenda, entre los embajadores estaba la propia reina, que hechizó al emperador. Augusto recibió un haz de flechas de oro. La reina le dijo al entregarle su presente: «Son un presente de paz, pero si no deseáis la paz, las necesitareis para resistir mi fuerza» —dijo el arqueólogo.



Mapa de Moroe

—Era una reina muy valiente —dijo Alicia.

—El tratado de Kush culminó en la independencia y el mantenimiento de los puestos militares romanos, establecidos en la zona fronteriza mutuamente reconocida por las dos potencias, llamado Dodekaschoinos. Cayo Petronio describió a la reina como una mujer con el corazón de un hombre.

El sol ya estaba en lo más alto cuando el señor Garstang terminó su relato. Los muros de la ciudad brillaban y el viento comenzó a soplar con más fuerza. El arqueólogo se puso en pie y, con gran energía, les dijo:

—Ahora queda lo más importante, la ciudad de Meroe les está esperando impaciente.

Todos se levantaron y siguieron al arqueólogo que comenzó a andar con paso acelerado hacia las ruinas. Yamile sintió como el rubí que escondía bajo sus ropas comenzaba a calentarse. Ansiosa, miró por todos lados, el templo debía de estar cerca. Amón reclamaba su corazón, ella se lo daría con gusto, pero no a cualquier precio. El secreto de Amón debería ser desvelado y sería ella la que conseguiría la inmortalidad.

Segunda parte

Los assassini



Dos miembros de la secta de los asesinos

Meroe, 814, año séptimo del reinado de Nerón

Después de dos meses viviendo en la ciudad, Claudio comenzó a añorar Roma. Uno de sus hombres había muerto a causa de unas extrañas fiebres y tan solo quedaban vivos Petronio y él. Su misión no avanzaba y quería regresar cuanto antes.

Claudio conocía el templo de Amón, lo había visitado con Kandake en muchas ocasiones. La reina sacerdotisa pasaba mucho tiempo junto a él. Caminaban juntos por la orilla del Nilo, se adentraban en el desierto o descendían por el río hasta las zonas boscosas del sur. Él no le había descubierto el verdadero motivo de su misión. De otro modo, a Kandake no le hubiera quedado más remedio que denunciarlo y llenarle de cadenas.

Una de las tardes que paseaban frente al gran templo de Amón, Kandake miró las gigantescas columnas y le preguntó:

—¿Conoces la historia del dios Amón?

Claudio la miró extrañado. Nunca habían hablado de su dedicación al templo ni del dios al que servía.

—Apenas he oído hablar de él. Mis estancias en Egipto siempre han sido muy breves. He estado destinado en la Galia, Hispania y Roma, pero nunca en Egipto.

—Amón es uno de los dioses más antiguos de Egipto y de Nubia. Él personifica lo oculto y el poder creador asociado al abismo primitivo. Es el dios que no puede ser visto con ojos mortales, que es invisible tanto para los dioses como para los hombres —dijo la mujer.

—Creo que es algo similar a lo que es para nosotros Júpiter —dijo Claudio.

—Algo parecido, pero tiene unos rasgos que el dios padre de los romanos no tiene. Es tan antiguo como el mundo, en los Textos de las Pirámides se habla de él como de una divinidad asociada al aire, a la brisa, en cuya caricia se manifiesta y, como tal, es el protector de los navegantes y se le representa con la piel de color azul. Era conocido como «Padre de todos los vientos», «Alma del viento» y en muchas embarcaciones se grababa su nombre en el timón. También se creía que el solo hecho de pronunciar su nombre amansaba a los cocodrilos.

—No sabía que el gran Amón fuera el dios de los navegantes y de los vientos —bromeó el romano.

La mujer le miró de reojo mientras continuaba su explicación. Su devoción a Amón únicamente podía compararse al deseo creciente que su corazón experimentaba hacia Claudio.

—Amón era hijo de Maat y Thot, y miembro de la tríada tebana como esposo de Mut y padre de Jonsu. Con la reforma religiosa de Akenatón sufrió la furia

iconoclasta y casi desapareció de Egipto.

—He oído hablar de Akenatón. Un faraón rebelde —dijo Claudio.

—Para nosotros, los seguidores de Amón, Akenatón fue un enviado de los dioses para barrer todos los cultos falsos. Amón es un dios universal cuya autoridad se extendía por todo Egipto. En la XVIII dinastía se atestigua un Amón-Ra-Horajti-Atum. Estaba asociado directamente a la realeza, que vinculaba sus funciones a los deseos del dios y nadie podía alcanzar el rango de faraón sin el consentimiento de Amón. Eso demuestra la importancia de la que gozaba en la región de Tebas, que llegó a ser tal que los sacerdotes llegaron a acumular un poder equivalente al del faraón, actuando como una especie de estado independiente —dijo la mujer.

—Pero esto no es Tebas —dijo Claudio.

—No, aquí el culto a Amón está en peligro. Durante generaciones hemos servido al dios de los dioses, pero ahora dioses extranjeros están ocupando su lugar. La ambición de algunos no conoce límites —dijo la mujer bajando el tono de voz.

—El corazón del hombre es ambicioso.

—Pero la ambición puede llegar a destruir Meroe —dijo la mujer.

Claudio la miró, intrigado. No entendía lo que ella le quería decir. Hasta ese momento nunca habían hablado de Amón ni de la verdadera razón de su viaje a Nubia.

—Muchos desean el Corazón de Amón —dijo por fin.

—¿El Corazón de Amón? —preguntó el romano.

—¿No es acaso eso por lo que has venido de tierras tan lejanas?

El romano se quedó en silencio durante unos segundos, después tragó saliva e intentó decir algo, pero ella lo interrumpió.

—El Corazón de Amón está en peligro. Si se descubren sus secretos, el reino podría desaparecer. Tienes que ayudarme a sacarlo de Meroe.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Cuando conozcas el secreto del Corazón de Amón, te convertirás en un siervo suyo más. Tu emperador no puede igualar su poder.

—Yo he jurado fidelidad a Nerón —dijo Claudio poniéndose rígido.

—Tu emperador te puede quitar la vida, pero Amón puede hacer que vivas para siempre.

—¿Para siempre?

La sacerdotisa comenzó a caminar hacia el gran templo y Claudio la siguió entre las grandes columnas. A esa hora de la tarde, el templo estaba vacío. El romano entró en la gran sala y cuando vio la gran estatua del dios no pudo dejar de sentir un escalofrío.

Meroe, 16 de diciembre de 1914

Después de varias horas recorriendo las ruinas con John Garstang, el grupo se encontraba agotado. Habían tenido un guía excepcional, el hombre que conocía mejor la cultura y arquitectura de Meroe, pero después de dos meses de viaje por el desierto y el Nilo, todos estaban deseando tomarse un descanso. Los criados habían montado las tres tiendas junto al campamento del arqueólogo. Una vez tomaron una cena fría y ligera, el grupo se retiró cuando el sol se hubo puesto.

Hércules dejó su ropa sobre una de las sillas plegables y se lavó la cara. El roce de la barba le advirtió de que le hacía falta un buen afeitado. En África uno se acostumbraba a pasar semanas sin mirarse en el espejo. Al principio del viaje había tomado la decisión de cortarse el pelo, las melenas grises y blancas que le habían acompañado los últimos años habían dejado paso a su antiguo aspecto militar. Mantenía el bigote, pero muy recortado, y su piel estaba completamente morena.

Se tumbó en la cama plegable y notó como sus músculos comenzaban a relajarse. Garstang les había enseñado el templo de Amón, el palacio y otros edificios secundarios, apenas habían descansado un poco al mediodía y se sentían agotados. Ahora esperaba que Yamile cumpliera su promesa, se deshiciera de lo que llevara encima y todos pudieran regresar a El Cairo lo antes posible. El viaje había sido una verdadera aventura, pero a sus cincuenta años el cuerpo le pedía descanso y sosiego. Aunque la idea que tenía Hércules del descanso era muy particular. Había pensado proponer al resto de sus compañeros un viaje por mar hasta Cádiz y desde allí tomar el primer barco para Cuba, después de pasar unos días en la isla se dirigirían a México, tenía la intención de visitar las pirámides mayas y explorar toda la península del Yucatán. No sabía cómo iba a reaccionar Yamile, recorrerse medio mundo y atravesar la selva no era una gran oferta para una dama de su posición.

Hércules cerró los ojos e imaginó el viaje en barco, el reencuentro con Cuba, donde había servido durante muchos años como oficial de la Armada española, pero sus recuerdos eran dolorosos. Allí había perdido a su prometida y la desesperación había estado a punto de hundirle en los tugurios de la ciudad, pero en La Habana también había conocido a Lincoln, mientras investigaban la misteriosa explosión en el acorazado *Maine*.

Un ruido lo sacó de su ensimismamiento y le hizo ponerse en guardia. Se incorporó un poco y agarró el fusil que tenía junto a la cama. La lona de la entrada se levantó y en medio de la oscuridad apareció una sombra. El sonido de varias campanillas lo tranquilizó.

—Hércules —dijo la voz en mitad de la oscuridad.

—¿Qué sucede? ¿Se encuentra bien?

—He tenido una horrible pesadilla, esta ciudad me da escalofríos —dijo Yamile acercándose al camastro.

—No se preocupe, nadie puede hacerle daño aquí —dijo Hércules sentándose en la cama. Su pecho desnudo se escalofrió al quitarse la ligera sábana.

—Siento molestarlo. ¿Estaba durmiendo?

—No, simplemente pensaba. No es fácil que me quede rendido sin más.

—Mañana cumpliré con mi promesa y podremos regresar, si les parece bien.

—Sí, Meroe es un lugar apasionante, pero creo que ya hemos tenido suficiente cultura egipcia por ahora —dijo Hércules.

—Siento todos los problemas que les he ocasionado. En cuanto lleguemos a El Cairo dejaré de molestarles —dijo Yamile con la voz entrecortada.

El cuerpo de Yamile se traslucía en el ligero camisón. Hércules intentó concentrarse en otra cosa, la princesa era tan sensual.

—Ha sido un privilegio acompañarla en este viaje. Hemos tenido que sortear algunos peligros, pero sin duda ha merecido la pena. Nunca habríamos llegado tan al sur por nuestra cuenta. Tebas era el límite que nos habíamos impuesto. En cambio hemos aprendido mucho sobre los faraones negros, Meroe y la cultura del Alto Nilo —dijo Hércules, complacido.

—Usted siempre tan optimista —dijo sonriente Yamile.

—Pero lo mejor del viaje ha sido sin duda su compañía —dijo Hércules.

—Me halaga. No sabe lo duro que es para una mujer ser un mero objeto de adorno —dijo Yamile sentándose junto a Hércules.

Sus brazos se rozaron y Hércules sintió un escalofrío. El cuerpo templado de la mujer le devolvió al recuerdo dormido de la pasión. Su vida de asceta, desde su llegada a Madrid, apenas se había interrumpido un par de veces. Creía que nunca más iba a enamorarse, que tras cumplir los cincuenta años sus pasiones se moderarían, pero en realidad era todo lo contrario, cada día se sentía más vivo. Yamile giró la cabeza y su dulce aliento llegó hasta el rostro de Hércules. El hombre se aproximó lentamente y la besó. Primero lo hizo despacio, pero a medida que sus labios se unían comenzó a hacerlo con ímpetu. Los dos se recostaron sobre el camastro y Hércules sintió el cuerpo de Yamile bajo el suyo.

Un susurro dentro de la tienda alertó a Hércules. Al principio lo había confundido con sus propios gemidos, pero en seguida se dio cuenta de que había alguien más junto a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Yamile, cuando Hércules se separó bruscamente.

Hércules dio un salto y atrapó a la sombra que se movía por el suelo. Yamile acercó la lámpara y los dos observaron a una mujer negra, llena de magulladuras que gemía asustada en el suelo.

—¿Quién eres tú? —preguntó, enfurecida, Yamile.

El hombre se agachó y miró los ojos aterrorizados de la mujer. Unos gritos en el exterior lo alertaron. Tomó el rifle y salió. A unos cien metros del campamento, tres de sus camelleros estaban violando a una mujer negra. Mientras dos la sujetaban por las manos, el tercero la poseía bruscamente.

—¡Maldición! —giró Hércules levantando el fusil y disparando al cielo. Un fogonazo y el estallido de la bala paralizó al instante a los tres violadores. Hércules soltó el fusil y tomó uno de los *curbach*^[22] que los hombres habían usado para maltratar a las mujeres. Les golpeó y los camelleros comenzaron a gritar, y medio desnudos se apartaron a un lado.

—¿Por qué nos pega? —se atrevió a decir uno de los hombres.

—¿Por qué os pego? ¡Salvajes del demonio! —gritó Hércules mientras seguía azotándoles.

—Únicamente es una esclava, señor —dijeron, sin mostrar el menor remordimiento.

—Y vosotros sois bestias. Desapareced de mi vista.

Los hombres corrieron hacia la oscuridad. Hércules tomó las ropas de la mujer y la cubrió. Alicia, Yamile y Lincoln se acercaron, sobresaltados por el ruido.

—¿Qué han hecho? —preguntó Alicia al ver a la mujer magullada en el suelo.

—Los camelleros estaban violando a dos esclavas —dijo Hércules.

Alicia tomó de la mano a la mujer y la llevó hasta su tienda. La otra esclava había huido.

—Ven, te curaremos.

La esclava, con los ojos hinchados de lágrimas y la cara amoratada, siguió a Alicia con la cabeza agachada. Yamile miró a la esclava con desprecio, después observó el torso desnudo de Hércules y se lamentó de haber perdido aquella oportunidad. En unas horas tendría que encontrar la estela en la que estaba descrito el ritual. No había llegado hasta allí para ocuparse de escoria negra.

Meroe, 17 de diciembre de 1914

—Me enteré de que anoche tuvieron ustedes un percance con sus hombres —dijo Garstang mientras se sentaba a desayunar.

—Un engorroso asunto —dijo Hércules, sin entrar en más detalles.

—Habría que entregarlos a las autoridades más cercanas —comentó con el ceño fruncido Lincoln.

—Ya hemos discutido eso. No podemos perder más tiempo, tendríamos que ir hasta Jartum, pero las autoridades no nos harían caso, para ellos tan solo son unas esclavas sin derechos —dijo Hércules, aséptico.

—Lincoln tiene razón. Podían haberlas matado si no hubieras llegado a tiempo.

—África es un continente difícil de comprender para nosotros. Ellos siguen sus propias leyes. Yo he visto en estos años cosas terribles, pero ¿quiénes somos nosotros para cambiar la forma de vida de los africanos? —dijo Garstang.

—Observe el color de mi piel, yo soy negro, sé lo que es sufrir la discriminación. La indiferencia de los hombres buenos hace del mundo un lugar terrible —dijo Lincoln.

—Se acabó. Yamile cumplirá su promesa hoy mismo y regresaremos mañana a El Cairo. Reduciremos a la mitad la paga de esos hombres e informaremos a las autoridades de la ciudad, aunque dudo que nos tomen en serio —dijo Hércules.

El arqueólogo dio el último sorbo a su café y cuando el ambiente se hubo calmado, dijo:

—¿Cuál es la verdadera razón de su visita a Meroe? Este no es un sitio para turistas, si han atravesado media África para llegar hasta aquí, ha sido sin duda con algún propósito.

—Venimos custodiando a la princesa Yamile —dijo Hércules.

—¿Quién la persigue? —preguntó Garstang.

—No sé si la princesa querrá responder a esa pregunta —dijo Hércules.

—No importa. El Señor Garstang ha sido muy atento con nosotros y tiene derecho a conocer el motivo de nuestro viaje. Además, podrá ayudarnos a cumplir mi promesa. ¿Conoce la leyenda del Corazón de Amón? —Yamile sacó un pañuelo de su vestido y lo dejó sobre la mesa.

Garstang se puso pálido de repente. Claro que había oído en numerosas ocasiones la leyenda del Corazón de Amón, pero nadie había encontrado nunca la mítica joya.

—Hemos venido a devolver esto al dios Amón. Creo que le pertenece —dijo Yamile, desenvolviendo el gigantesco rubí.

Todos miraron la joya sin pestañear. El brillo que desprendía parecía tener un misterioso influjo en los que la observaban.

—El Corazón de Amón —dijo Garstang mientras cogía la joya de la mesa—. Nunca soñé que lo vería con mis propios ojos.

—Pero ¿qué es eso del Corazón de Amón? —preguntó Lincoln.

—Perdonen —dijo Garstang, volviendo en sí—. Hay una vieja leyenda alrededor de esta joya.

—¿Una leyenda? —preguntó Alicia. Se sentía molesta por la actitud de Yamile durante todo el viaje. Habían recorrido cientos de kilómetros por ella, habían puesto sus vidas en riesgo y no les había dicho nada de la joya.

—Déjenme que traiga un libro. Será mejor que lo escuchen de primera mano —dijo el señor Garstang, levantándose apresuradamente. Entró en su tienda y trajo consigo un libro encuadernado en una piel marrón desgastada.

—¿Qué es eso? —preguntó Lincoln. Hércules hizo un gesto para que guardara silencio y Garstang comenzó a leer:

—«He oído decir a dos centuriones que Nerón César, apasionado por todas las cosas bellas y especialmente por la verdad, mandó a buscar las fuentes del Nilo; que habiendo recorrido largo camino, favorecidos por el rey de la Etiopía y recomendados a los reyes inmediatos, quisieron penetrar más y llegaron a inmensos pantanos. Los habitantes, añadían, ignoran cuál sea el término, y necesario es desesperar de saberlo: tan mezcladas están las hierbas con el agua, y tan poco vadeables son aquellas lagunas e impracticables para las naves. Una barquilla con un hombre solo es todo lo que puede soportar una charca fangosa y llena de hierbas. Ahí, me dijeron, vimos dos peñascos, de los que caía un río inmenso. Que este sea el nacimiento o un afluente del Nilo, que brote en aquel punto o no haga otra cosa que reaparecer después de una carrera subterránea, ¿no crees que esta agua no viene de alguno de esos grandes lagos de que he hablado? Necesario es que la tierra encierre en muchos parajes aguas desparramadas, que reúne en un recipiente común, para que puedan brotar corrientes tan impetuosas.» —leyó el arqueólogo casi sin aliento.

—Pero ¿quién escribió eso? —preguntó Hércules.

—Séneca —dijo Garstang.

—¿El filósofo? —preguntó Hércules.

—Sí, Séneca fue el mentor de Nerón y escribió sobre el viaje secreto a las fuentes del Nilo, en su libro *Cuestiones naturales* —dijo el arqueólogo.

—Pero en el texto que ha leído, tan solo se habla del carácter científico del viaje —comentó Alicia.

—Disculpen, pero el texto continúa. Cuando termine lo entenderán todo: «Posteriormente las armas romanas se extendieron por aquellos lugares. Petronio, general romano del tiempo de Augusto, treinta años antes de la era cristiana tomó y destruyó Napata, la antigua capital de Tirhaka, situada en la gran curva norte del Nilo, en el monte Barjal, donde todavía se encuentran vastas ruinas». También Meroe, la capital de la reina Candace, de que se habla en el Nuevo Testamento (*Hechos de los Apóstoles* 8, 27) cayó ciertamente en poder de los romanos. Nerón, en

los albores de su reinado, envió una expedición bastante importante, con fuerza militar, al mando de dos centuriones, para explorar las fuentes del Nilo y los países del oeste del Astapo, o Nilo Blanco, que en aquellos tiempos remotos se creía que era el verdadero Nilo. Asistidos por un soberano etíope, quizá Candace, atravesaron la región conocida con el nombre de Nubia Superior, hasta la distancia de ochocientos noventa millas romanas de Meroe. En la última parte de su viaje llegaron a inmensos lagos, de los que nadie parecía conocer el fin, y entre los cuales había unos canales con tan poco caudal que la pequeña embarcación apenas podía pasar por ellos un hombre. No obstante, continuaron su viaje hacia el sur hasta que vieron el río caer o brotar de entre las rocas (quizá más allá de Gondókoro, entre Reyaf y Dufli, cerca del Alberto Nyanza); y entonces emprendieron el regreso, llevando consigo, para conocimiento y uso de Nerón, el mapa de las regiones por las que habían pasado. Después Plinio, Estrabón y otros autores romanos tuvieron noticia de esta parte del África interior, pero no dijeron al respecto nada importante o nuevo.

—Sigo sin entender nada —dijo Lincoln cruzándose de brazos.

—No sean impacientes. Según el relato de Séneca, dos centuriones pretorianos con sus respectivas centurias fueron al corazón del Nilo. El texto no aclara cuál era la misión última, pero nos da una clave muy interesante: Petronio, un general de la época de Augusto, treinta años antes de la era cristiana, saqueó Meroe. El texto no lo menciona, pero junto a los tesoros de Meroe se llevaron numerosos papiros de la biblioteca del templo de Amón. Según la leyenda, los bibliotecarios de Nerón descubrieron un texto muy antiguo donde se hablaba del Corazón de Amón —dijo el arqueólogo.

—Nos quiere decir que Nerón mandó su expedición para hacerse con la joya —dijo Lincoln.

—Nerón quería la joya, pero no por su extrema belleza y su gran valor. Según la leyenda, esta joya tenía unos poderes especiales —dijo Garstang.

—¿Unos poderes especiales? —preguntó Alicia—. ¿Qué tipo de poderes?

—«¡El que despierta saludable! Min-Amón, / Señor de la Eternidad, quien creó lo eterno, / Señor de la Alabanza, que está a la cabeza de la Enéada, / firme de cuernos, de bella faz» —recitó el arqueólogo.

—Es una poesía —dijo Yamile—. Mi viejo amigo el eunuco me la cantaba cuando vivía en Estambul.

—Es el himno de Amón. El himno dice que Amón es el Señor de la Eternidad, quien creó lo eterno —dijo Garstang.

—Pero no habla de la joya —dijo Hércules.

—No, pero menciona la Enéada. Un término griego que indica un grupo de nueve divinidades unidas. El himno dice que está a la cabeza de la Enéada, pero Amón no pertenece a los nueve dioses principales. Además, «la Enéada» es una palabra de

origen griego. Pero no fueron los griegos los que la implantaron en Egipto, fue la ciudad de Heliópolis —dijo Garstang.

—¿Heliópolis? —preguntó Hércules.

—Fue una de las ciudades más importantes del Antiguo Egipto. En la actualidad se encuentra casi absorbida por El Cairo. Justo en el actual barrio copto. Los coptos llamaron a la ciudad On. Se han encontrado algunos restos de esta época, se cree que el antiguo templo de Amón en la ciudad se sitúa debajo de la iglesia de...

—La iglesia de San Sergio —dijo Lincoln—. La iglesia donde conocimos a Yamile. ¿Por qué fue aquel día a la iglesia?

—Bueno... —dijo la mujer, comenzando a sudar.

Un disparo rozó el brazo de Lincoln. Todos se arrojaron al suelo, mientras las balas comenzaban a silbar a su alrededor. Lincoln y Alicia comenzaron a gatear hasta la tienda de Garstang. Después salieron por debajo de la lona y se alejaron hacia las ruinas. Hércules logró coger su fusil y disparar a los jinetes que se aproximaban a ellos, derribó a uno, pero mientras continuaba disparando, uno de los asaltantes le golpeó en la cabeza dejándolo inconsciente. Los criados comenzaron a correr hacia las ruinas, pero todos fueron degollados por los asaltantes. El profesor Garstang y Yamile levantaron los brazos cuando los asaltantes llegaron a su altura.

Un jinete galopó hacia las ruinas. Lincoln y Alicia se escondieron en una de las salas del templo de Amón. La gran estatua del dios estaba caída y rota por la mitad, en la parte posterior de la nave, una pequeña gruta semioculta les mantuvo a salvo, hasta que el jinete se alejó de nuevo.

Los asesinos cargaron el cuerpo de Hércules en uno de los camellos. Ataron a Yamile en otro y en un tercero a Garstang.

El arqueólogo miró a uno de los asaltantes y le preguntó:

—¿Por qué hacen esto? ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

El hombre sacó de una pequeña bolsa de piel el rubí. Lo levantó en alto y se lo enseñó al arqueólogo.

—El Corazón de Amón —dijo—. Es por fin nuestro.

—¿Quiénes son?

—Hemos tenido muchos nombres, algunos nos han conocido como los ismailíes o nizaríes, pero todos los que nos temen nos conocen por el nombre de *assassini*.

Meroe, 814, año séptimo del reinado de Nerón

—El Corazón de Amón es lo que viniste a robar. ¿No es cierto? —preguntó la sacerdotisa.

—No lo es.

—No hace falta que mientas. Aunque tú no lo sabes, es Amón el que te ha traído hasta aquí. La joya y yo tenemos que partir de la ciudad cuanto antes. Si cae en malas manos, esta joya puede tener un poder terrible —dijo la sacerdotisa después de extraer el gran rubí del interior de la estatua de Amón.

Claudio sintió un escalofrío al contemplar el rubí a la luz de los grandes candelabros.

—¿Por qué me lo das?

—No te lo doy. Tú y yo seremos sus guardianes y lo llevaremos al templo de Amón en Heliópolis. Allí guardaremos también el libro de Amón, donde se describe el ritual.

—Pero ¿cómo sabes que no lo robaré y se lo entregaré a Nerón? —preguntó Claudio.

—Nerón piensa que estás muerto como el resto de tus hombres. Tienes que matar a tu compañero y te daré algo que nadie te ha dado jamás —dijo la mujer, con el rubí en la mano. De repente, Claudio tuvo la sensación de que el rubí comenzaba a brillar con luz propia.

—Un soldado romano no se deja comprar por nada o por nadie —dijo Claudio frunciendo el ceño.

—Eso mismo dijo Augusto cuando me reuní con él en la isla de Samos.

—¿Con Augusto, Octavio Augusto? —preguntó Claudio sorprendido.

—Sí. Un gran hombre, pero podía haberle convertido en un dios si no hubiera sido tan orgulloso.

—Pero eso fue hace más de setenta años. ¿Cuál es tu edad?

El hombre miró temeroso a la sacerdotisa. Ella apretó con fuerza el rubí entre sus manos y comenzó a reírse a carcajadas. Cientos de hombres le habían hecho la misma pregunta durante siglos.

El Cairo, 5 de enero de 1915

El camino de regreso fue mucho más rápido. En uno de los poblados consiguieron dos caballos. Lincoln y Alicia lograron llegar hasta Suakin en la costa del mar Rojo y tomar un barco en el puerto. Los asaltantes no se habían llevado el dinero ni la mayor parte de los víveres y, aunque habían matado a los camellos que no habían utilizado para llevarse a sus rehenes, no habían visto los asnos que había a las orillas del río.

A pesar de lo rápido de la marcha, Alicia y Lincoln se sintieron angustiados. No sabía cuál había sido la suerte de sus amigos. Sin duda, ellos habían regresado por el desierto hasta algún lugar por la costa y les sacaban por lo menos un día de ventaja. No era mucho, pero si aquellos hombres averiguaban lo que querían, la vida de Hércules, Yamile y Garstang no valdría nada.

La llegada a Suez y la partida a El Cairo la realizaron el mismo día. Una vez en la capital se inscribieron en el hotel Shepheard's. Después de meses de privaciones, en el hotel podían disfrutar de camas confortables, almohadas y agua caliente; pero mientras sus amigos permanecieran secuestrados, no se sentían con fuerzas para disfrutar de ninguna de sus comodidades.

Una vez en la habitación y sin haberse cambiado de ropa, Alicia y Lincoln se sentaron en la cama y comenzaron a trazar sus planes.

—¿Por dónde vamos a empezar? —preguntó Alicia, mientras se recostaba en la cama.

—Creo que deberíamos comenzar por la iglesia de San Sergio. Los secuestradores tienen que ir hasta allí para encontrar algo, no sé el qué, pero tiene relación con el Corazón de Amón. Posiblemente lleven con ellos al arqueólogo, si se trata de una inscripción o un objeto, él es el más indicado para reconocerlo. Tal vez, también se encuentre con ellos Yamile, no creo que se arriesguen a ir con Hércules.

—La iglesia de San Sergio está en el barrio copto. Ellos debieron de llegar ayer, estarán impacientes por encontrar lo que buscan y deshacerse de los rehenes. ¿No crees que irán hoy mismo a la iglesia?

—Casi con total seguridad. Aunque esperarán a la noche. No se pueden presentar allí a plena luz del día, con varios occidentales secuestrados —dijo Lincoln acercándose al espejo. El viaje le había envejecido, pero sin duda lo que más le sorprendió fueron sus ojos apagados.

—Deberíamos advertir al cónsul general británico de lo que está sucediendo.

—No estoy seguro de que sea lo más adecuado. Si avisamos al cónsul, no podremos buscar en la iglesia la clave que los secuestradores necesitan, pero si la tenemos en nuestro poder será más fácil negociar con ellos.

—Pero los dos solos no podemos enfrentarnos a esos asesinos profesionales — dijo Alicia.

Llevaba muchos días intentando encontrar una solución, pero no era fácil. Si perdían la oportunidad de liberar a sus amigos en la iglesia de San Sergio, posiblemente eso era lo mismo que firmar su condena a muerte. Además, un grupo de soldados asustaría a los secuestradores y se alejarían de la iglesia antes de que ellos les vieran.

—Yo también me siento confundida. Si le sucediera algo a Hércules, no sé qué haría —dijo Alicia, con los ojos inundados de lágrimas.

Lincoln se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Durante el viaje, la soledad y el desasosiego les había unido, pero Lincoln siempre evitaba el contacto físico. No quería aprovecharse de la situación de vulnerabilidad de Alicia para conseguir su afecto. No dudaba que ella sentía algo por él, pero no estaba seguro de que se tratara de algo más que simple aprecio y amistad.

—No se preocupe, los encontraremos. Eso si Hércules no ha logrado escaparse, ya sabe que es capaz de hacerlo —dijo Lincoln suavemente.

Alicia apoyó su cara en el hombro de Lincoln y durante unos segundos no hablaron. Después, levantó la cabeza y miró a los ojos del hombre. Sin mediar palabra acercó sus labios y lo besó. Lincoln apenas reaccionó. Abrió mucho los ojos e intentó pensar en algo, pero tenía la mente en blanco. Entonces Alicia lo volvió a besar, el corazón de Lincoln comenzó a bombear con fuerza. Ahora estaba seguro de que ella también lo amaba.

27

El Cairo, 6 de enero de 1915

Llevaban semanas con los ojos vendados y amordazados. Primero por el desierto, después en el barco y ahora en un viejo almacén en el Gran Zoco de El Cairo. El olor a especias era muy fuerte. Sin duda se encontraban en los sótanos de una de las tiendas en la zona de las especias. Hércules había logrado desatarse en parte, pero por

ahora prefería mantenerse quieto y esperar. Un hombre les guardaba de día y de noche. No podía verlo, pero escuchaba sus pasos por la sala, sentía su presencia y en ocasiones le oía rezar o cantar en voz baja. El único momento de descuido era cuando los secuestradores cambiaban la guardia. Apenas unos segundos, pero suficientes para terminar de desatarse, liberar a Yamile y Garstang e intentar abatir a sus secuestradores.

Hércules desconocía la suerte de Lincoln y Alicia, pero confiaba en que hubieran escapado y estuvieran a salvo. Con casi total seguridad les esperarían en la iglesia. Por eso dudaba si posponer su plan hasta que estuvieran allí, con el apoyo de sus amigos la huida sería más fácil.

La puerta comenzó a abrirse y Hércules temió que fuera el momento. La poca luz que entraba por una rejilla en el techo y le daba directamente sobre la venda de los ojos le indicaba que aún seguía siendo de día. Sus secuestradores no podían arriesgarse a sacarles de allí a plena luz del día.

Se escucharon unos pasos. Parecían de varios hombres. Una voz suave y delicada dijo algo en árabe que Hércules no logró entender. Después se dirigió hacia ellos.

—En nombre de Alá el misericordioso, paz a vosotros. Mi nombre es Al-Mundhir, soy su anfitrión, sé que no se encuentran cómodos, pero lo hacemos por su seguridad. En unos momentos les quitaremos la venda de los ojos y podrán comer algo arriba en el salón. No quiero que piensen que somos unos salvajes —dijo la voz.

El hombre comenzó a dar órdenes y varios de sus esbirros levantaron a los prisioneros y los arrastraron al piso superior; mientras ascendían a trompicones por la escalera, Al-Mundhir les advirtió:

—Cuando estén arriba será mejor que no intenten gritar o escaparse. No querría matarles antes de tiempo.

Llegaron a una sala amplia y perfumada. Los hombres les quitaron rudamente las vendas y el impacto de la luz los cegó por unos instantes.

—Por favor, acomódense —dijo Al-Mundhir señalando los confortables cojines de la alfombra—. No quiero que vayan hablando mal de los nazaríes a nadie.

—¿Por qué nos han capturado? ¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Garstang perdiendo los nervios.

—Cálmese, profesor Garstang. Lo conocemos todo de usted. Llevamos años vigilándolo. Sabíamos que la joya fue realizada en Meroe, que de allí partió al Bajo Nilo. Aquí tengo todo sobre su vida: «John Garstang nacido el 5 de mayo de 1876. Hijo del Dr. Walter Garstang, de Blackburn, y hermano menor de Walter Garstang, biólogo marino y zoólogo. Se educó en la Queen Elizabeth's, Blackburn y en el Jesus College de Oxford. Después de los estudios de matemáticas en Oxford, se centró en la arqueología. De 1897 a 1908 dirigió las excavaciones en sitios romanos en Gran Bretaña, Egipto, Nubia, Asia Menor y el norte de Siria. En los últimos cinco años ha estado investigando en el Sudán y Meroe». ¿Me he olvidado de algo?

—Sí —contestó el arqueólogo, molesto—. Soy profesor de arqueología en la Universidad de Liverpool desde 1907.

—Bueno, tendremos que actualizar la información —dijo Al-Mundhir.

—Pero eso no responde a mi pregunta —dijo Garstang.

El árabe lo miró con desprecio y, dirigiéndose a Hércules, le dijo:

—Usted es Hércules Guzmán Fox, ¿verdad? Nos costó encontrar algo sobre usted, pero en su embajada fueron muy amables. Ex oficial de la Armada española, suspendido por deshonor e insubordinación, heredó una gran fortuna y desde entonces se dedica a vagar por el mundo.

Después, dirigiéndose a la mujer, sonrió y le dijo:

—Yamile es una vieja conocida. Le prometimos la libertad a cambio de la joya, pero ella pensó que podía obtener las dos cosas al mismo tiempo.

Hércules observó la cara inmutable de la mujer. ¿Cómo había estado tan ciego? Ella lo había utilizado desde el principio. Su encuentro en la iglesia de San Sergio había sido casual, pero después ella comprendió que sería más fácil llegar a Meroe con su ayuda.

—Señor Garstang, su conocimiento sobre Meroe y el culto al dios Amón nos serán de gran ayuda. Hasta donde conocemos, la inscripción debe de encontrarse en la iglesia. Pero hay que saber qué se busca para encontrarla. Además, tendremos que descifrarla —dijo Al-Mundhir.

—No comprendo por qué nos retienen. Si querían la joya ya la tienen, también saben dónde está la inscripción. Hay decenas de hombres que pueden leer jeroglíficos —dijo Garstang.

—Perdimos el secreto una vez, hace mucho tiempo. La joya nos fue arrebatada, pero ahora está de nuevo en nuestro poder —dijo Al-Mundhir.

—Pero ¿quiénes son los nizaríes? —preguntó Hércules.

—¿No conoce nuestra historia? En otro tiempo fuimos muy famosos en Occidente. Aunque el nombre que utilizaban era el de *assassini*, nuestros enemigos también nos llamaron *hashshashín*, de la que procede el término «asesino» en su lengua.

—¿Asesinos? —preguntó Hércules.

—Los historiadores hablan de ellos en sus libros. Fueron una secta religiosa ismailí de Oriente Medio; para ser más exactos, comenzaron a actuar en Persia. Entre los siglos ^{viii} y ^{xiii}, aterrorizaron a musulmanes y cristianos, pero su fama comenzó a crecer después del siglo ^{xi} por su actividad estratégica de asesinatos selectivos contra dirigentes políticos o militares. En ese período, tuvieron su sede principal en la fortaleza de Alamut, en los montes Elburz, al norte del actual Irán —dijo Garstang.

—Veo que usted también ha aprendido la lección —dijo Al-Mundhir.

El arqueólogo arqueó la ceja y continuó con su explicación:

—El grupo era una comunidad de partidarios del ismailismo en Irán, es decir, una secta minoritaria del chiísmo. El gran centro de poder ismailí era el califato Fatimí con sede en El Cairo. En 1090, para ponerse a salvo de las persecuciones, y dirigidos por el carismático Hasan al-Sabbah, tomaron la fortaleza de Alamut, una posición inexpugnable en las montañas, al sur del mar Caspio.

—Pero lo que usted no sabe, es que Hasan descubrió el secreto del Corazón de Amón y lo llevo consigo a Alamut —dijo Al Mundhir.

—Ahora lo entiendo, por eso Hasan tenía la fama de ser inmortal y de haber escapado de la muerte mil veces —dijo Garstang.

—Alamut era el castillo más conocido de nuestro grupo, pero poseíamos muchas otras plazas fuertes en Persia y Siria, con las fortalezas formábamos una red cohesionada y bien comunicada, que aterrorizaba a los visires, califas y emires. Nuestros castillos eran inexpugnables. Desde nuestros refugios, enviábamos nuestros misioneros al resto de Persia, Siria e incluso a la India. Todos los sultanes nos temían —dijo con una sonrisa Al-Mundhir.

—Bueno, hubo quién se enfrentó a su poder —apuntó Garstang—. Los sultanes emprendieron varias acciones militares contra los ismailíes, que no tuvieron gran éxito. En revancha, los ismailíes aterrorizaron a sus enemigos con su estrategia del asesinato político y la amenaza. Una de sus primeras víctimas fue el visir Nizam al-Mulk en el año 1092.

—Todos creyeron que Hasan había muerto al poco tiempo de llegar a Egipto. Tuvo que recorrer muchos lugares antes de encontrar su hogar. Vivió en Persia, en Isfahan, después viajó a Egipto en el año 1076. Fue entonces cuando descubrió la iglesia de San Sergio y el secreto del Corazón de Amón —dijo Al-Mundhir.

—¿Quién le mostró la joya y su poder? —preguntó Hércules.

—El gran visir del califa, Bard al-Yamali. El visir había descubierto el Corazón

de Amón por casualidad. Una mañana en el barrio copto se dirigió hasta las proximidades de la iglesia. La vio vacía y entró a curiosear. No es normal que un musulmán entre en un templo cristiano, pero allí se veneraba la estancia de Jesús en Egipto y los musulmanes consideramos a Jesús uno de los mayores profetas de la antigüedad. La iglesia estaba desierta, la recorrió con tranquilidad y después bajó a la cripta donde se guardaban restos de la Familia Sagrada en Egipto. Allí se encontraba un viejo. Nunca había visto a alguien tan anciano en su vida —dijo Al-Mundhir.

—Una historia increíble —dijo Garstang—. ¿Quién se la contó a usted?

—Está escrita en la Crónica de los Nizaríes —dijo el árabe.

—Nunca había escuchado nada sobre ese documento.

Al-Mundhir dio una orden y uno de sus hombres trajo un gran códice. Dejó el libro sobre un gran atril y con una guía de oro comenzó a leer.

29

El Cairo, año de gracia de 1075

«Mis ojos miraron el rostro de la muerte. Aquel anciano de ojos hundidos, barba larga y enmarañada, de pelo blanco y piel pálida, parecía venir de otro mundo. Del lugar donde los demonios descansan. Se dirigió a mí con gran familiaridad y sin temor, como si no supiera que yo era el gran visir Bard al-Yamali.

—He esperado mucho tiempo a que vinieras —dijo la voz cansada del anciano.

Me sobresaltó más su expresión seca y angustiada que las palabras que me había dedicado. Pensé que se trataba de uno de esos peregrinos locos que viajaban a los lugares sagrados para cumplir votos a Cristo.

—Venerable anciano. Ni yo sabía que esta mañana estaría aquí. ¿Cómo lo sabíais vos? ¿Sois acaso agorero?

—Hay cosas que los hombres saben y los dioses desconocen —contestó enigmático.

—¿Quién sois vos? ¿Un franco?

—No, visir.

Al pronunciar mi título sentí un escalofrío que recorría mi espalda. Sabía quién era. ¿Lo habría enviado alguno de mis enemigos?

—Bien dices, soy visir. Pero harías bien en presentarte. Tu vida y tu muerte está en mis manos —dijo para atajar la osadía del cristiano.

—Nunca pronunciaste unas palabras tan ciertas. En tu mano está la muerte o el descanso.

El frío de la cripta comenzó a helarme los huesos y pensé en salir de la iglesia y dejar a ese viejo chiflado, pero algo me ataba allí. Una fuerza misteriosa que no podía explicar.

—No has respondido a mi pregunta.

—Me han llamado de muchas maneras, pero mi verdadero nombre, ya que quieres saberlo, es Claudio—dijo el hombre, con la voz fatigada, como si la sola pronunciación de su nombre le trajera recuerdos dolorosos.

—¿Sois franco?

—Soy romano.

—¿Romano? ¿De los Estados del papa?

—He visto como Egipto era conquistado por muchos pueblos, ahora sois vosotros los árabes, qué más da. Él continúa aquí desde el principio y ahora que se acerca mi final te ha traído hasta aquí —dijo el hombre, mudando la voz.

—¿Quién es él? —pregunté con el corazón en la boca.

—Ha tenido muchos nombres a lo largo de la historia. Llámale Inmortalidad si quieres.

—No entiendo tus palabras.

El anciano se giró y levantó el brazo, se acercó con algo en la mano y me lo entregó. Pesaba y era ligero al mismo tiempo. Su tamaño sobrepasaba mi mano y estaba caliente.

—¿Lo notas? Está ardiendo. Lleva así desde ayer, desde que me comunicó que vendrías a por él.

—¿Quién te comunicó que vendría? ¿Qué es esto?

—El Corazón de Amón te pertenece. Mejor dicho, tú le perteneces a él. Cuando pronuncie las palabras escondidas, serás como yo —dijo el anciano.

—Pero yo no quiero, no puedo...

El anciano levantó los brazos y pronunció unas palabras en un idioma muerto hacía siglos. Cada una de ellas se quedó grabada en mi mente, como si las hubiera puesto con hierro incandescente. Después, ante mis ojos, el anciano comenzó a girar y girar. Creí que se caería, pero siguió girando sobre sí mismo. Ante mis ojos se comenzó a deshacer como si fuera de arena. En unos segundos se había convertido en polvo y hasta sus ropas habían desaparecido. Así fue como me lo relató el visir y así lo he contado.»

El Cairo, año de gracia de 1075

«Cuando mi mirada se cruzó con la del visir Bard al-Yamile, supe que algo le había sucedido. Su rostro había rejuvenecido, sus ojos brillaban como los de un niño y sus pasos eran ahora ligeros y ágiles.

—Estimado visir, Alá sea contigo —dije a Bard al-Yamile.

—Tengo que contaros algo que me tiene trastornado el alma y el cuerpo —dijo el visir con los ojos desencajados.

Se levantó después de sus cojines y se acercó hasta la puerta para cerrarla.

—¿Qué os sucede? —le pregunté extrañado.

—Esta mañana estuve en la iglesia de San Sergio —dijo nerviosamente.

—¿No os habréis hecho cristiano? —bromeé.

—No estoy bromeando. Allí había un «anciano de días» que me recibió como si me estuviera esperando. Me entregó esto —dijo el visir sacando algo envuelto en un pañuelo de seda.

Cuando el visir destapó el objeto, mis ojos se quedaron prendados del gran rubí que tenía entre las manos. Su color era tan brillante, que cegaba mis ojos.

—Sois rico —le dije al visir.

—¿Rico? No sé el valor de esta joya, pero os aseguro que su precio no es monetario. Según el anciano, el rubí tiene el poder de alargar la vida.

—¿Alargar la vida? Creo que el anciano os ha engañado. Únicamente, Alá puede acortar o alargar la vida. ¡Blasfemáis! —contesté levantándome de la alfombra.

—Su nombre era Claudio, de origen romano. Me contó que llevaba aquí desde hacía siglos. Me dio la joya y pronunció un conjuro.

El visir pronunció unas palabras y la joya comenzó a brillar con más fuerza.

Cuando abandoné el lugar, comprendí que aquella joya debía ser nuestra. Aquel visir había descubierto el secreto que podía darnos la supremacía sobre los demás grupos del islam. Me marché con el corazón y la cabeza puesta en el rubí. Unos días más tarde, cuando el visir me mandó llamar para un asunto, aproveché para localizar la joya en sus dependencias privadas. Guardaba la joya, por lo que pude ver, en un gran armario con llave. Después de trabajar nos sentamos a la mesa, yo le hice beber más de la cuenta y, cuando estuvo totalmente embriagado, tomé la llave que llevaba colgada del pecho, abrí el armario y cogí el Corazón de Amón. Al estrecharlo entre las manos sentí su fuerza. Lo guardé en una bolsa de cuero y abandoné el palacio. Esa misma noche viajé hasta Alejandría y me embarqué en el primer barco que salía de Egipto. El navío de francos me llevó hasta Tiro, pero naufragó y tuve que hacer el resto del viaje a pie. De allí partí hacia Isfahan...»

El Cairo, 7 de enero de 1915

Al-Mundhir dejó de leer el libro y levantó la mirada para observar la reacción de sus prisioneros. Sus rostros reflejaban la sorpresa e inquietud de los que se notan confundidos. En cambio, la princesa se mantenía ausente. Con sus hermosos ojos verdes mirando a un punto indefinido de la sala. Ella los había engañado, muy pocas personas se atrevían a traicionar a los *assassini*, pero ella lo había hecho. Al principio no la había reconocido. Las transformaciones que la piedra había operado en la mujer eran realmente espectaculares. Su rostro arrugado y su boca sin dientes habían recuperado su primitiva belleza. El cuerpo reseco y huesudo era ahora insinuante y torneado. Al-Mundhir sintió un escalofrío al pensar que aquella joya podía ser muy peligrosa.

—Una gran lección de historia, pero sigo sin comprender qué tiene eso que ver con nosotros. Ya tienen lo que querían, suéltenos. Le aseguro que no recurriremos a las autoridades —dijo Hércules.

El árabe lo miró con desdén. Si fuera por él, ya habría acabado con sus vidas, pero sabía que podían serles muy útiles todavía. Al fin y al cabo, de alguna forma la joya les había elegido a ellos y hasta que llegara el momento, era mejor que intentara mantenerlos con vida.

—Había escuchado muchas veces la historia de Hasan, pero he de confesar que nunca me habían narrado las verdaderas razones por las que dejó Egipto —dijo Garstang.

—Todavía no he terminado. Hasan llegó a Siria, pero no descansó hasta encontrar un refugio donde guardar la joya y predicar sus creencias. El lugar elegido fue una zona montañosa al norte de Persia. El pico del Elburz era un lugar retirado del que se contaban muchas leyendas. Además era el único lugar de la región en el que sobrevivía una pequeña comunidad de chiíes. Entre las montañas se encontraba el castillo más inexpugnable del mundo, el castillo de Alamut. Hasan pasó varios días examinando la fortaleza. Parecía perfecta, con un solo camino de acceso, agua y cultivos en su interior, pero el castillo estaba habitado. Con paciencia y astucia extendió sus creencias entre la población del valle y varios soldados de la guarnición se convirtieron a la fe de Hasan. Cuando sus seguidores estuvieron dispuestos, tan solo tuvo que presentarse en el castillo, pedir refugio y, cuando se ganó la confianza del visir que gobernaba la plaza, hacerse con el castillo —contó Al-Mundhir.

—Por lo que he leído esa era la práctica habitual de los nizaríes —dijo Garstang.

—Alá nos dio astucia para que defendiéramos su causa. Aunque los nizaríes también sabemos luchar a cara descubierta. Hasan tuvo que defender el castillo de las

tropas de Yurun Tash, el señor feudal de la zona. Hasan no solo venció a Yurun, también extendió su credo por toda la región de Persia y Afganistán. Entonces, por primera vez, nuestro maestro nos enseñó el poder del asesinato. En Sava, una pequeña ciudad de la región, el muecín local se negó a aceptar su fe y los denunció ante las autoridades. Nuestros hermanos lo asesinaron al salir de la mezquita. Las autoridades mataron poco después a nuestro primer mártir, su nombre era Tahir —dijo Al-Mundhir.

—Pero, ¿cómo pueden matar a otros en nombre de su religión? —preguntó Hércules sorprendido.

El árabe sonrió y se sentó de nuevo junto a sus invitados. Los occidentales eran capaces de mandar sus ejércitos para defender una mina de carbón o de plata, arrasar poblaciones enteras, desposeer a los más pobres de sus tierras y enviar a sus misioneros para robarles sus tradiciones, pero sentían escrúpulos ante actos totalmente justificados, como la mentira o la traición, para salvar la propia vida.

—¿Es mejor que muera un solo hombre y se salve toda una ciudad? —preguntó Al-Mundhir.

—Depende —contestó Hércules.

—Gracias a nuestra estrategia, la muerte de un solo hombre entregaba una ciudad o un castillo en nuestro poder, sin derramamiento innecesario de sangre. Un asesinato a tiempo podía evitar una guerra o la persecución de nuestros hermanos —dijo el árabe alzando la voz.

—No se puede justificar el asesinato y menos la traición. Hay algo mezquino en matar a un hombre por la espalda —dijo Hércules mirando directamente a los ojos de su captor.

—La verdad tiene que brillar, aunque eso suponga la muerte no de una persona, sino de miles. La vida humana no tiene valor en sí misma. Su vida, por ejemplo. Usted solo es un hereje, que viene a territorio musulmán, para robarnos y humillarnos. Trata a los hermanos árabes como si fueran sus esclavos, viaja para ver ruinas y después regresa a su casa robándonos nuestros tesoros. ¿De verdad cree que su vida tiene algún valor, para un buen musulmán? —dijo el árabe extrayendo un gran cuchillo.

Garstang levantó las manos y se interpuso entre los dos hombres.

—Por favor, tranquilícense. Usted nos necesita y nosotros estamos dispuestos a ayudarle. Nunca entenderemos sus razones, pero ¿qué importancia tiene eso? —dijo Garstang, intentando calmar la tensión.

Al-Mundhir miró a Hércules directamente a los ojos. Percibió su arrogancia y el desafío en las pupilas del español. Sintió como su boca se reseca por el miedo. Entonces, con tranquilidad guardó el cuchillo.

—Será mejor que termine con la historia. Está oscureciendo y en cuanto el sol se

ponga iremos a hacer una visita a la iglesia de San Sergio —dijo el árabe, regresando al gran códice.

La voz de Al-Mundhir volvió a llenar la sala. El murmullo del zoco comenzaba a diluirse y la luz apenas se atrevía a penetrar entre las celosías.

32

Kahf, año de gracia de 1159

«Mi llegada a Siria no pudo ser en mejor momento. Los francos amenazaban con conquistar toda la tierra para su fe, Hasan lo sabía y me envió para promover el *Quiyama*. Hasan confiaba en mí, más que en cualquier otro hombre sobre la tierra. En Alamut me enseñó todo lo que sé. Él era, es y será por siempre.

Alepo está gobernada por Nur-ed Din, un enemigo de nuestra causa. Por eso he buscado refugio en Kahf, la fortaleza más grande que poseemos en Siria. Mi principal misión era predicar el *Quiyama*, aunque algunos interpretan mis palabras como una herejía. Dicen que animo a los musulmanes a abandonar la *sharia*.^[23] Muchos creen que mis hombres y yo vivimos en pecado, depravación y libertinaje. Algunos dicen que somos capaces de deshonar a nuestras madres, hermanas e hijas. Las mentiras de nuestros enemigos son tan burdas e infantiles que la gente humilde no les cree.

Los francos están divididos. Los bizantinos, con su emperador Juan Comneno a la cabeza, han atacado Antioquía para reclamar su dominio sobre ella. He enviado a Amalrico I, rey de Jerusalén, una propuesta de paz. Como siempre, debemos utilizar la astucia antes que la fuerza. El rey parece convencido de la conveniencia de aliarse con nosotros. Nos conoce y nos teme. Sabe de lo que somos capaces, pero la Orden de los Caballeros Hospitalarios le aconseja mal y buscan nuestra desgracia. Raimundo III, conde de Trípoli, no nos ha perdonado haber matado a su padre. Pero nuestro peor enemigo es Saladino. Su verdadero nombre es Salah al-Din. Según nuestros informadores en Egipto, ha formado un poderoso ejército que se propone conquistar Siria, Palestina y expulsar a los cristianos de Jerusalén.»



Masacre en la ciudad de Cesarea durante las Cruzadas

Kahf, año de gracia de 1174

«Damasco ha caído. Nuestros más terribles presagios se han cumplido. Saladino recorre Siria destruyendo todo a su paso. Alepo está asediada. No tardará en sucumbir. Gumeshtekin nos ha ofrecido dinero por la cabeza de Saladino. Nada nos proporcionaría más satisfacción que aniquilarlo. He enviado a varios hermanos para que se unan a sus hombres. Sabemos esperar y cuando menos lo espere, terminaremos con su infame vida.»

Kahf, año de gracia de 1176

«La maldición caiga sobre Saladino. Nuestros hermanos lo atacaron en su campamento frente a Alepo, hace un año, pero salió ileso. Un maldito emir, que reconoció a nuestros hermanos, dio la voz de alarma, aunque murió por su atrevimiento. La escolta de Saladino rodeó y exterminó a nuestros hombres. Pero algunos de los hermanos no se descubrieron y han seguido junto a él, para esperar mejor ocasión.

Por segunda vez ha escapado de nuestra mano. Cuando nuestros hombres lo asaltaron en su campamento frente a la ciudad de Azaz, su genio malo lo protegió. Nuestras cuchilladas no pudieron atravesar su armadura y nuestros hermanos fueron asesinados. Ahora, como un perro rabioso, Saladino ha jurado exterminarnos.»

Masyaf, año de gracia de 1177

«Hace unos días parecía todo perdido, pero uno solo de nuestros hombres venció al gran ejército de Saladino. Fue suficiente una daga envenenada clavada a su almohada y uno de nuestros pasteles de avena, para que el gran Saladino saliera huyendo como un conejo asustado. Nunca más meterá su hocico en nuestros asuntos. Alá sea alabado.»

Masyaf, año de gracia de 1192

«Los francos han vuelto a reorganizarse; tras la pérdida de Jerusalén creíamos que se disolverían como la niebla que lleva el viento, pero de nuevo los malolientes guerreros pálidos están llegando en bandada a Tiro y no tardarán en atacar de nuevo al islam. Entre ellos destaca Conrado de Montferrato. Lo que no sabe el tal Conrado es que su cabeza ya tiene precio y lo ha puesto el rey Ricardo I de Inglaterra. Ahora que el rey Ricardo se marcha, será más fácil expulsar a los cristianos de Palestina. Es una gran ironía que sea un rey cristiano el que nos pague para terminar con nuestro

mayor enemigo.»

Masyaf, año de gracia de 1193

«Alá el grande y el misericordioso sea contigo, Hasan. Yo me alejo de esta tierra para llegar al paraíso. Guarda mi camino, tú que vives para siempre. Mientras conserves tu vida, guardada en mil nombres, la causa nizarí prevalecerá. Hasta que llegue el día de la resurrección, cuando todos nos reunamos con Alá en el paraíso.»

33

El Cairo, 7 de enero de 1914

Los criados habían encendido varios candiles, pero la sala se mantenía en penumbra. El rostro de Al-Mundhir se iluminaba con la luz de un gran cirio que descansaba sobre un enorme candelabro. Levantó la vista, con los ojos desorbitados, como si hubiera entrado en trance tras la lectura, y contempló las caras de sus prisioneros.

—¿Hasan estaba vivo? —preguntó Garstang.

—No han entendido nada. El Corazón de Amón le había mantenido con vida más de ciento treinta años —dijo Al-Mundhir.

—Bueno, no son tan extraños los casos de longevidad. Hay hombres capaces de superar los cien años, ciento treinta no son tantos. No me creo esas leyendas de viejas; en este mundo, aunque gente como usted no lo entienda, todo tiene una explicación lógica —dijo Hércules muy serio.

—¿Una explicación? Los occidentales piensan que todo tiene una explicación. Pues hay cosas que no la tienen —dijo Al-Mundhir.

—¿Por ejemplo? —contestó Hércules.

—Por favor, princesa Yamile, ¿puede decirnos en qué año nació usted? —preguntó Al-Mundhir.

La princesa se puso muy seria y por unos momentos no pudo proferir palabra. Después miró a Hércules y con voz débil, dijo:

—Nací en 1840 en Nagy-Enyed, en Hungría. Sufrí con mi padre, el militar Lajos Perzcel, la guerra con Austria. Tras la muerte de toda mi familia, mi padre me llevó de batalla en batalla hasta Orsova, donde los húngaros perdieron la última batalla contra los austriacos. Acompañé a mi padre a Turquía, a Vidin y allí fui secuestrada y llevada al harén. El resto ya lo sabes.

Hércules miró boquiabierto a Yamile, su aspecto era el de una mujer poco mayor de veinticinco años, pero si lo que ella contaba era cierto, su edad era de setenta y seis años. Garstang se puso en pie y le dijo a la mujer:

—¡Cielo santo! ¿Cómo puede ser?

—Mi eunuco pertenecía a la secta de los asesinos o nizaríes. Llevaba más de cinco años intentando hacerse con el rubí, pero nadie podía acercarse a la sala donde se guardaba. De hecho, yo tardé más de cuarenta años en conocer su existencia. La sala en la que se escondía estaba vetada a todos los habitantes de palacio, incluidas las mujeres del sultán. Omán, mi eunuco, me contó la leyenda del Corazón de Amón y me dijo que si lo robaba para la secta, podría escapar de palacio y me devolverían la juventud. Al principio pensé que estaba loco, que era imposible regresar atrás. Pero al final me persuadió, ¿qué tenía que perder? No me quedaba mucho de vida y durante sesenta y seis años había sido una prisionera en una celda de oro. Robamos la joya, pero mataron a Omán antes de que escapara conmigo del palacio. En cuanto noté los efectos del rubí sobre mi cuerpo, me negué a devolver la joya y escapé a Egipto; según las leyendas que me había contado Omán, en Meroe o en la iglesia de San Sergio podían estar las pistas para convertir mi recién recuperada juventud en inmortalidad. Me siguieron hasta El Cairo los hombres de mi esposo, el califa de Estambul, y el resto de la historia ya la conoce.

Hércules no sabía cómo reaccionar. La historia parecía increíble. El rostro de Yamile brillaba en toda su belleza frente a él, pero detrás de su fina piel se encontraba una mujer anciana a punto de morir.

—Entonces, ¿el efecto que produce la joya es la inmortalidad? —preguntó Garstang.

—El contacto directo con el rubí retrasa la muerte y produce un rápido rejuvenecimiento, pero pasado unos meses, si no se completa el ritual, el efecto de envejecimiento vuelve, pero se produce de una forma tan acelerada como el rejuvenecimiento —dijo Al-Mundhir.

—Eso significa, que Yamile morirá si no realiza el ritual —dijo Hércules, intentando aceptar aquella increíble historia.

—Morirá y muy pronto. Si aceptan colaborar con nosotros, salvaremos su vida. Podrá empezar de nuevo. Al estar alejada de la joya no alcanzará la inmortalidad,

pero vivirá una vida nueva —dijo Al-Mundhir.

Yamile comenzó a llorar. Se acercó a Hércules y lo abrazó. Uno de los guardianes intentó separarlos, pero Al-Mundhir se lo impidió con un gesto.

—Si quiere salvar a Yamile, será mejor que coopere. Si veo a alguno de sus amigos merodeando por la iglesia de San Sergio o intentando frenar nuestros planes, ella morirá —dijo el árabe señalando a la mujer.

Tercera parte

Las ruinas de la Acrópolis



El Partenón de Atenas

El Cairo, 7 de enero de 1915

La noche cerrada ocultaba las casas del barrio copto. En otro tiempo las casas de los primitivos cristianos egipcios habían sido las más ricas de El Cairo, pero ahora, el comercio británico y el resurgir del islamismo habían empobrecido a la minoría cristiana. Debido a la guerra, el número de peregrinos se había reducido drásticamente. Era extraño encontrar a grandes grupos de extranjeros frente a la iglesia de San Sergio. La escalinata estaba vacía y el gran portalón de madera lamía la poca luz de algunas farolas cercanas.

Alicia y Lincoln esperaban agazapados en una de las esquinas de la calle. Lincoln intentaba respirar despacio. Notaba el corazón acelerado y las manos sudorosas. El viejo revólver en el bolsillo era lo único que lograba templarle los nervios. Alicia, agarrada de su mano intentaba contener el aliento. Cualquier ruido la sobresaltaba y apretaba con más fuerza la mano de su amigo. No había sido una buena idea ir los dos solos. Aquellos asesinos eran un grupo peligroso, que no dudarían en matarlos en cuanto los vieran o, lo que era peor, acabarían con la vida de Hércules y sus acompañantes.

Alicia no podía apartar de su mente a Yamile. Ella era la culpable de todo. En aquel mismo lugar, tres meses antes, sus amigos se habían cruzado con aquella maldita mujer y su destino había cambiado para siempre. Después de escapar de Munich y de la guerra en Europa, ahora iban a morir allí, en Egipto.

Lincoln intentó forzar la vista. La penumbra de la calle los protegía, pero también favorecía a sus enemigos. Sabía que un revólver no podría detenerlos por mucho tiempo. Alicia llevaba una pequeña pistola de dos balas, lo que sumaba apenas siete disparos en total. Aun así, él confiaba en que Hércules supiera reaccionar y ayudarles en la huida.

Un ruido les hizo dar un respingo. Lincoln apuntó con la pistola, pero de las sombras apareció un gato harapiento que rebuscaba entre la basura. Se habían asegurado de que aquella era la única entrada a la iglesia. Antes de que anocheciera, habían visitado la iglesia, revisado cada rincón y tomado la decisión de permanecer fuera.

Su primer plan había consistido en esperar al grupo dentro de la misma cripta, pero enseguida habían comprendido que eso era precisamente lo que esperaban sus enemigos. Además, la cripta era un callejón sin salida. Por eso, esperarían fuera a que el grupo entrara en la iglesia. Después eliminarían a los vigilantes exteriores y atacarían por la espalda a los secuestradores.

Tras dos horas de tensa espera, una vieja carreta se detuvo a cien metros de la

iglesia. Dos hombres viajaban delante, azuzando a un viejo jamelgo. Cuando el carro se detuvo y los hombres levantaron la tela, aparecieron los cuerpos maniatados de Hércules, Garstang y Yamile. Al momento llegaron otros cuatro hombres a caballo. Uno de los secuestradores se quedó con los caballos y los otros cinco llevaron a sus prisioneros hasta la puerta de la iglesia. Uno de ellos inspeccionaba el terreno antes de entrar. Cada prisionero llevaba un escolta y un quinto hombre guardaba las espaldas del grupo.

Llamaron al portalón y alguien les abrió desde dentro. Lo que Lincoln interpretó como una mala señal. Si tenían a un hombre infiltrado en la iglesia, sin duda les había visto a ellos merodear por la tarde por allí y les había reconocido. Un hombre negro y una mujer blanca con el pelo rojo no podían pasar desapercibidos en El Cairo. Sin duda, les estaban esperando.

Uno de los secuestradores se quedó en la puerta y el resto entró en la iglesia. El vigilante, de espaldas a la puerta, no dejaba de mirar hacia la escalinata. La única posibilidad que le quedaba a Lincoln era arrastrarse hasta una de las paredes y ascender por uno de los laterales. Una vez arriba, tan solo la rapidez podría salvarle de una muerte segura.

Lincoln hizo una señal a Alicia y comenzó a gatear hacia la escalinata. Su ropa oscura y el color de la piel le ocultaban de la vista. Cuando se encontró cerca del pie de las escaleras se arrastró hasta la pared. Se aferró a una puerta de madera labrada y ascendió despacio. La altura de la pared apenas era de tres metros, pero una vez superada la puerta, debía dar un salto sobre la barandilla de madera y lanzarse sobre el vigilante, antes de que este pudiera reaccionar.

Alicia salió de su escondite para intentar llamar la atención del hombre y dar un par de segundos más de margen a Lincoln. El vigilante giró la cabeza y dio dos pasos hacia la escalinata, pero antes de que pudiera levantar su rifle, Lincoln se lanzó sobre él y con un gesto rápido le partió el cuello. Haber pertenecido al servicio secreto de los Estados Unidos durante tantos años le había servido de poco, pero todavía conservaba algunas habilidades.

El vigilante murió al instante. Alicia subió la escalinata procurando que sus botines no la delataran y con sus cómodos pantalones llegó a la puerta en unos instantes. Ayudó a Lincoln con el cuerpo del vigilante y lo escondieron en uno de los laterales, fuera de la luz.



Iglesia de San Sergio. El Cairo

Otro de los problemas era abrir la pesada puerta de madera sin hacer ruido. Al final, Lincoln decidió ascender por una de las columnas de madera hasta la balconada e intentar introducirse por una de las ventanas superiores. Una vez arriba, miró a través de las celosías y pudo ver al grupo en medio de los bancos de madera. La luz de los grandes cirios y de los pequeños altares con iconos coptos era tan tenue que apenas se podían distinguir las figuras de los que estaban dentro, pero Lincoln pudo escuchar sus voces.

—Desde hace años hemos examinado la cripta de la iglesia buscando alguna fórmula o jeroglífico egipcio, pero nunca hemos encontrado nada —dijo Al-Mundhir.

—Puede que partan de un error de base —apuntó Garstang—. En algunas ocasiones, las ideas prefijadas nos ocultan lo que realmente deberíamos ver. Si no recuerdo mal la iglesia de San Sergio y San Baco conocida por los árabes como *Abu Serga* fue construida en el siglo *iv* después de Cristo, por tanto es la iglesia más antigua de El Cairo.

—Todo eso ya lo sabemos —contestó secamente Al-Mundhir.

—Garstang miró de reojo al árabe y continuó su discurso al tiempo que se dirigía hacia el altar mayor.

—Según la tradición cristiana, la iglesia fue construida en el lugar donde la Sagrada Familia vivió durante sus años en Egipto. Según se cree, puede que vivieran aquí mientras que José trabajó en la fortaleza romana —dijo Garstang subiendo al altar.

El altar mayor estaba cubierto por un templete de madera, y una cortina roja tapaba la vista del interior. Garstang corrió la cortina y observó el altar.

—Pensé que la Sagrada Familia había vivido en Alejandría. Allí había una gran comunidad judía —dijo Hércules.

—Ellos estaban huyendo de Herodes, no podían confiar en nadie. Alguno de sus hermanos judíos podía haber delatado su presencia —apuntó Garstang.

—Será mejor que se concentren en encontrar la inscripción —les interrumpió el árabe.

—La iglesia está dedicada a Sergio y Baco, que eran soldados santos que fueron martirizados durante el siglo *iv* antes de Cristo en Siria por el emperador romano Maximiano. La característica más interesante es la cripta donde se dice que María, José y el niño Jesús descansaron. La cripta es de diez metros de profundidad y, cuando los niveles del Nilo son altos, a menudo se inunda. Por tanto hemos de descartarla como lugar en donde esconder algo tan valioso como la inscripción que buscamos. Entonces, ¿dónde podemos encontrarla?

El resto del grupo permanecía expectante. El arqueólogo se acercó al altar y

observó una pequeña inscripción a los pies de una figura de Jesús crucificado.

—No, esto no es —dijo Garstang, pensando en voz alta.

El arqueólogo comenzó a buscar en uno de los altares más pequeños hasta que entre la velas vio algo reflejado a los pies de una pequeña estatua de la virgen. La imagen estaba ennegrecida por el paso del tiempo y, a diferencia del resto de tallas, era de bronce. Las incisiones en la base parecían simples arañazos realizados por un niño.

—Eureka —dijo Garstang eufórico.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Al-Mundhir acercándose al pequeño altar. Hércules y Yamile también se aproximaron y formaron un círculo alrededor de la estatua.

—He visitado esta iglesia en numerosas ocasiones y nunca me había fijado en la figura de la virgen.

—Pero, señor Garstang ¿por qué la clave iba a estar inscrita en una estatua pequeña? —preguntó Hércules.

—Los que la hicieron querían que pasara desapercibida y lo han conseguido durante casi mil quinientos años.

—¿Eso son letras? —preguntó Al-Mundhir, frunciendo el ceño—. ¿En qué idioma está escrito?

—Para hacer el grabado han utilizado la letra primitiva. La lineal A es una escritura de la civilización minoica en Creta. Los investigadores creen que se empleó entre los siglos ^{xvii} al ^{xv} a. C, pero hace muy poco que se encontró esta forma de escritura. Sir Arthur Evans descubrió esta escritura en Cnosos, en un palacio de cultura minoica. Al parecer, la escritura estaba en tablillas de barro y tras un incendio se cocieron. Por eso han llegado hasta nosotros. Que yo sepa, tan solo hay un especialista en el mundo que pueda descifrarlo, pero está en Atenas —dijo Garstang.

—Lo que no comprendo, es ¿por qué la inscripción está en esta virgen? —dijo Hércules.

—Realmente no es una virgen. Fíjense bien —dijo Garstang.

Todos miraron la estatuilla. No se parecía a ninguna estatua de la virgen que hubieran visto hasta entonces. La estatuilla era de un tamaño pequeño. Estaba de pie, con los brazos extendidos, vestía una larga falda y llevaba en la cabeza un sombrero elevado. La figura era muy estilizada, casi insinuante. No parecía una virgen cristiana.

—¿Cómo tomaron esta estatua como una representación de la virgen? —preguntó Hércules.

—No es tan excepcional. En muchos lugares, el cristianismo tan solo cambió los altares o los nombres a los dioses locales. Esta diosa de la fertilidad debía encontrarse aquí desde antes de que el templo cristiano se levantara, cuando aquí se encontraba el

templo de Amón —dijo Garstang.

—¿Cómo podemos descifrar la inscripción? —preguntó, nervioso, Al-Mundhir.

—No podemos, ya se lo he dicho. Este tipo de escritura solo ha podido ser descifrada en una pequeña parte. Algunos investigadores piensan que es la predecesora de la escritura lineal B. Se ha llamado a la lengua escrita con este sistema minoica o eteocretense, lengua que nos es desconocida.

—¿Desconocida? —preguntó el árabe—. ¿No dijo antes que hay alguien que puede descifrarla?

—A pesar de que la lengua eteocretense nos es desconocida casi por completo, en los últimos años se ha intentado deducir el valor de muchos de los signos a través de la comparación con la lineal B de forma más o menos fiable —dijo Garstang, comenzando a asustarse de la expresión fanática de Al-Mundhir.

—¿Quién puede ayudarnos? Será mejor que responda —dijo el árabe sacando un gran puñal.

Garstang se quedó sin habla, mirando fijamente el cuchillo.

—Cálmese —dijo Hércules adelantándose unos pasos. Uno de sus captores le cogió por el brazo y le obligó a retroceder.

—¿Quién puede descifrar esta maldita letra? —preguntó, amenazante, Al-Mundhir.

—Nadie, la gran cantidad de signos logográficos permite deducir el contenido de los textos encontrados. Deducir, pero no traducir; no creo que nadie sea capaz en la actualidad —dijo Garstang con voz temblorosa.

—Miente, quiere engañarme. Pero nadie engaña a Al-Mundhir.

En ese momento, todos escucharon un fuerte golpe en el techo. Una figura se lanzó sobre Al-Mundhir y le derrumbó al suelo. Hércules aprovechó para golpear a su captor. Le robó el puñal del cinto y se lo clavó en medio del corazón. La puerta del templo se abrió y al fondo del pasillo surgió otra figura que corría hacia el grupo. Los raptos miraron hacia la entrada y mientras que dos corrieron hacia la figura, uno se mantuvo vigilando a Yamile.

Lincoln golpeó a Al-Mundhir, pero al final este logró levantarse y correr hacia el altar mayor. Hércules miró al fondo de la nave y observó como dos de los hombres corrían hasta Alicia. Esta levantó su pistola y disparó directamente al pecho de uno de los captores. El hombre se agarró el brazo dando un alarido, pero su compañero logró derrumbar a la mujer. Lincoln se levantó y miró a Al-Mundhir que se escabullía por la parte trasera, luego miró hacia Yamile. Uno de los hombres la tenía cogida por el cuello con el puñal en la otra mano y la arrastraba hacia la salida, aprovechando la confusión.

Hércules derribó al hombre herido en el brazo y después frenó al otro asesino que con la mano levantada estaba a punto de clavar un puñal a Alicia. El hombre se giró,

pero antes de que pudiera reaccionar, Hércules comenzó a estrangularle. El hombre soltó el puñal y se aferró a su cuello.

Lincoln apuntó a la cabeza del hombre que tenía atrapada a Yamile y dudó por unos segundos antes de disparar. La bala atravesó la cara del secuestrador, que se desplomó hacia atrás. El rostro de Yamile se cubrió de sangre, dio un par de pasos con las manos levantadas, pero sin poder pronunciar palabra. Garstang corrió hasta el resto del grupo. Los cinco miraron la sala poco iluminada, la entrada de la iglesia y se quedaron inmóviles sin saber a dónde dirigirse.

—Gracias, amigos, por venir. Han llegado en el momento más oportuno —dijo Garstang.

—¿Cuál es su plan de fuga? —preguntó Hércules.

Alicia y Lincoln cruzaron su mirada. La salida principal podía ser peligrosa, por lo menos un asesino esperaba en el exterior. El americano levantó los hombros y Hércules observó la gran puerta.

—Bueno, será mejor que nos marchemos de aquí, antes de que vengan más asesinos —dijo Hércules. Tomó de la mano a Yamile que seguía con la mirada perdida y corrieron hacia la puerta.

—Al-Mundhir escapó con la joya —dijo Garstang.

—No se preocupe. Ya nos ocuparemos de él más tarde —contestó Hércules.

La plácida noche contrastaba con el gran revuelo que se había levantado en la iglesia. Las calles seguían desiertas y mudas. Los cuatro bajaron a toda prisa la gran escalinata. Lincoln observó que el asesino que guardaba los caballos había huido, pero que todavía quedaban varios caballos y el pequeño carro. Corrieron hasta ellos, debían alejarse cuanto antes del barrio copto.

En cuanto llegaron al hotel, el grupo se dirigió a la habitación de Lincoln y Alicia. Aquella noche descansarían en la ciudad antes de abandonar El Cairo. Alicia y Yamile dormirían en la misma habitación, Lincoln, Hércules y Garstang se turnarían haciendo guardia en la habitación contigua.

Pudieron ducharse y cambiarse de ropa. Llevaban más de un mes sin cambiarse y sin sentir el frescor del agua. Cuando todos terminaron, se reunieron en la habitación de las mujeres. Hércules pensó que lo mejor era que Lincoln y Alicia conocieran la historia del Corazón de Amón y cómo Yamile había huido del harén en Estambul y, sobre todo, cuál era la verdadera edad de la princesa y qué le sucedería si no encontraban la joya lo antes posible. Lincoln y Alicia escucharon sorprendidos el relato de su amigo.

—¿Eso quiere decir que Yamile morirá si no encontramos la joya? —preguntó Alicia, sintiendo por primera vez lástima por la princesa.

—Sí —contestó Hércules, que se había sentado en la cama junto a Yamile.

—No puedo negar que me encuentro asombrado —dijo Lincoln—. Esa joya tiene

un poder que me asusta.

El profesor Garstang, que había estado caminando de un lado para otro de la habitación, se detuvo y les miró fijamente.

—Por lo menos sabemos dónde debemos buscar —dijo Garstang.

—¿Dónde? —preguntó Alicia.

El arqueólogo rebuscó en sus pantalones y sacó la pequeña estatuilla con el grabado. Todos la miraron con asombro, en mitad del estruendo y la pelea se habían olvidado por completo de ella.

—Al-Mundhir logró escapar con el rubí, pero se olvidó de algo muy importante. ¿No creen? —dijo Garstang con una amplia sonrisa.

—Es increíble —dijo Hércules admirando la estatuilla.

—Pero, ¿cómo encontraremos la joya? —preguntó Alicia.

—No se preocupen, mientras tengamos esto, la joya nos encontrará a nosotros. Será mejor que intentemos descifrarlo cuanto antes. No hay muchos barcos de pasajeros debido a la guerra, pero conozco a un armador que me ayuda a transportar antigüedades cuando necesito sacarlas de Egipto. Saldremos mañana hacia Alejandría y desde allí nos dirigiremos hacia Atenas —dijo Garstang.

—¿Por qué a Atenas? —preguntó Lincoln.

—Allí se encuentra el único hombre que puede descifrar esta inscripción —dijo el arqueólogo.

—¿Quién es el hombre que puede descifrar la inscripción? —preguntó Hércules.

—Nikos Kazantzakis, un brillante especialista en griego clásico que conocí en París, mientras estudiaba filosofía en la Sorbona —dijo Garstang.

—¿Un estudiante podrá resolver este enigma? —preguntó Hércules.

—Esperemos que sí —contestó el arqueólogo sonriente.

—Disponemos de poco tiempo —dijo Hércules mirando a Yamile—. No sabemos cuánto durará el efecto de la joya.

—Será mejor que crucemos los dedos —contestó Garstang—. Si el ejército griego ha movilizad a Nikos Kazantzakis, estamos perdidos.

Desde hacía días se habían olvidado de que la guerra continuaba en Europa. No sería fácil atravesar un mar infectado de buques de guerra, llegar a Atenas y encontrar al joven estudiante de griego, mientras la sombra de los asesinos se cernía amenazante sobre ellos.

Aleandría, 9 de enero de 1915

El puerto más grande de África se encontraba bajo el control del Gobierno británico. Desde allí partían barcos a todas las partes del mundo. El trasiego de mercancías de todo tipo era enorme, lo que convertía a Alejandría en la ciudad más rica de Egipto y de todo el norte del continente.

El grupo llegó a la ciudad poco antes de la puesta del sol, pero Garstang logró visitar al armador y pedirle que les dejara partir en el próximo barco para Grecia. El armador le dio todo tipo de excusas. Desde hacía meses, el ejército inglés había confiscado gran parte de la flota mercantil para su propio uso. Según le informó, se preparaba una operación de gran envergadura en el frente turco y los británicos estaban reuniendo material y hombres en la ciudad. Al parecer habían llegado tropas desde Australia y Nueva Zelanda, un nuevo ejército que pretendía abrir un segundo frente en Turquía.

Garstang tuvo que desistir y, con una carta de recomendación del armador, se dirigió, junto a Lincoln y Hércules, al Alto Mando británico, para solicitar que les transportaran hasta Grecia. Él era el único ciudadano británico y el ejército podía negarse a transportar al resto del grupo, especialmente a Yamile que era ciudadana turca, pero no les quedaba otra alternativa.

Los tres hombres se armaron de valor y se presentaron a la mañana siguiente en el edificio del Alto Mando. Al llegar, un sargento les pidió los pasaportes y los acomodó en una salita de espera.

Unos minutos más tarde, un oficial entró en la sala y con gesto cansado les saludó. Les pidió que le siguieran y les llevó al despacho del comandante Yard.

—Por favor, siéntense —dijo el comandante sin ni siquiera mirarlos. Continuó leyendo unos papeles y, tras unos minutos, levantó la vista, esperando que le contaran su caso.

Los tres hombres se miraron, pero fue Garstang el que se decidió a hablar.

—Discúlpenos comandante. No queremos robarle su precioso tiempo, pero necesitamos salir de Egipto cuanto antes, y hasta el momento nuestros intentos han sido infructuosos. Nos han informado que la mayor parte de los barcos ha sido requisada y que es imposible salir por vía marítima de Alejandría.

—Cierto, no puedo ayudarles en eso. No somos una línea de transporte de viajeros, profesor... —dijo el comandante mirando el pasaporte.

—Profesor Garstang, de la universidad de Liverpool —se adelantó Garstang.

—Ah, de Liverpool —dijo el comandante. Para alguien educado en Cambridge, ser profesor de una universidad en Liverpool era poco más que nada.

—Estoy realizando trabajos de suma importancia y necesito viajar a Atenas para confirmar algunas de mis teorías...

—Estamos en guerra, señor mío. Esa es ahora la prioridad del Reino Unido, sus estudios pueden esperar—dijo el comandante, arrojando los tres pasaportes sobre la mesa.

—¿Qué? Soy ciudadano británico y exijo que me lleven fuera de Egipto —dijo Garstang, comenzando a enfadarse.

—¿Exige? ¿A un comandante de la Royal Navy? —dijo el comandante, mientras su cara comenzaba a enrojecer.

—¡Es su deber sacarme de aquí! —dijo Garstang, señalando al hombre con el dedo.

El comandante se puso en pie y a gritos le echó del despacho. Mientras caminaban hacia la salida, Garstang no hacía más que rezongar. Lincoln y Hércules lo miraban sin decir palabra.

—¿Cómo es posible? Nos ha tratado a patadas.

—Tranquilícese, señor Garstang. Seguro que hay otra manera de salir de aquí —dijo Lincoln.

—Las comunicaciones con Turquía están cortadas. Lo único que nos queda es tomar un barco egipcio a Trípoli, aunque sea un barco de pescadores, viajar a Italia y desde allí a Grecia —dijo Hércules.

—Pero eso demoraría mucho el viaje y además el Mediterráneo puede ser peligroso —dijo Lincoln.

Hércules se encogió de hombros. Atravesaron el gran *hall* y se dirigieron hacia la puerta. Entonces una voz seca y ronca se dirigió a ellos.

—¡Cielos, nunca pensé que volvería a ver a dos viejos amigos de La Habana!

Las palabras fueron pronunciadas en español áspero, casi ininteligible.

Los tres hombres se dieron la vuelta y observaron al oficial que se dirigía a ellos con paso decidido. Había ganado peso en los últimos diecisiete años, caminaba apoyado sobre un bastón a pesar de sus treinta y nueve años. Sus carrillos hundidos estaban ahora algo hinchados, pero sus ojos saltones y su mirada picarona seguían intactos.

—Sir Winston S. Churchill, usted era la última persona que esperaba ver aquí —dijo Hércules, dando un efusivo abrazo al inglés.

—A los que no hacía en este lado del mundo es a ustedes dos. Desde que dejé La Habana en 1898 no he sabido nada de sus andanzas.

Lincoln se acercó y le dio un fuerte apretón de manos.

—¿No conoce al señor Garstang? —dijo Hércules, presentando al arqueólogo.

—Encantado —dijo Churchill con una sonrisa.

—Veo que pertenece al ejército —dijo Hércules.

—Bueno, mi cargo es más bien político, soy primer lord del Almirantazgo —dijo con voz ramplona.

—Un pez gordo —dijo Hércules.

Churchill hizo una mueca y, poniendo la mano sobre el hombro de Hércules, les dirigió de nuevo hacia las oficinas.

—¿Qué hacen en Egipto? ¿Necesitan ayuda? —dijo el inglés, mientras se dirigía con ellos a su despacho.

—La razón de nuestra estancia en Egipto requiere una explicación muy larga, pero sí, necesitamos ayuda —dijo Hércules justo antes de introducirse en el despacho.

El inglés encendió su lámpara de mesa y les pidió que se sentaran. A pesar de la luz exterior, el despacho estaba en penumbra.

—Discúlpenme, pero no aguanto la claridad de estas tierras —dijo señalando la ventana.

—Lo entiendo —contestó Hércules.

—Bueno, ustedes dirán —dijo Churchill encendiendo un gran puro. Pasó la caja abierta al resto y el aroma a tabaco inundó la habitación.

Hércules fue el único en aceptar el ofrecimiento. Encendió uno de los habanos y se apoyó en el respaldo.

—No me creerá si le digo que llevo meses sin probar uno de estos.

—Le creo, Hércules. Me ha sido muy difícil hacerme con una caja. La guerra nos roba los pequeños placeres de la vida —dijo Churchill, después de dar una profunda bocanada.

El humo comenzó a flotar por la habitación. Garstang miraba impaciente a Hércules, pero este se tomó su tiempo antes de comenzar a hablar. Después, en breves palabras, le narró el rescate de Yamile en El Cairo, el viaje a Meroe y su secuestro. Habló de la joya con Churchill, pero en ningún momento mencionó sus posibles poderes sobrenaturales.

—Por eso necesitamos un transporte urgente a Atenas —concluyó Hércules.

—Comprendo. No dispongo de muchos transportes. Además, sabe que la relación con Grecia es ambivalente. Nadie puede garantizar su seguridad una vez allí. Nuestro servicio secreto nos ha informado que Atenas es un nido de espías turcos y austriacos. El Gobierno de Grecia no quiere entrar en un conflicto armado con Turquía. En secreto nos ha pedido apoyo para recuperar parte del territorio europeo de Turquía, esos locos nos han pedido hasta Estambul, pero nos hemos negado a satisfacer sus reivindicaciones —dijo Churchill, recostándose sobre la silla.

—No se preocupe por nosotros. Al fin al cabo, somos dos ciudadanos españoles, un norteamericano, una mujer turca, que en realidad es húngara y un profesor británico —dijo Hércules.

—Daré una orden para que viajen esta misma noche en el *HMS Queen Elisabeth*. Es nuestro mejor acorazado. Tiene una misión de reconocimiento en la zona del mar Adriático. Recalará en Atenas para el 12 o 13 de enero.

—Es perfecto —dijo Garstang.

—Ha sido un placer verlos de nuevo, pero es mejor que se pongan en camino. Tienen que estar en el puerto antes de dos horas —dijo Churchill, al tiempo que escribía una carta y firmaba cinco salvoconductos.

Los tres hombres se levantaron. Churchill permaneció sentado, les alargó los papeles y lanzando una larga bocanada de humo, dijo:

—Deben entregar la carta al general sir Ian Hamilton. Maldeciré mi estampa por haberle enviado a cinco civiles a su barco en medio de una operación militar, pero para algo sirve ser el mandamás.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Hércules estrechándole la mano.

—Los viejos amigos, es lo mínimo que podemos hacer unos por otros. Ustedes me salvaron el pellejo aquel día en La Habana; me enteré de la muerte de Helen, era una gran reportera —dijo Churchill, mientras sus ojos se cerraban.

—Gracias, señor —contestó secamente Lincoln.

—Si necesitan alguna otra cosa o se meten en algún lío, mi nombre en clave es Aquiles. Si pronuncian ese nombre en cualquier embajada o a un oficial del ejército, les pondrán en contacto conmigo.

—Gracias de nuevo —dijo Hércules guardando la documentación.

—Buena caza, me gustaría acompañarles en este nuevo viaje, pero el deber me lo impide —dijo Churchill poniéndose en pie.

—Ya sabe que siempre tendrá un lugar en nuestra compañía —dijo Hércules.

El primer lord del Almirantazgo les acompañó hasta la puerta y observó que se alejaban por el pasillo. Su mente voló diecisiete años atrás, cuando tuvo que cubrir como corresponsal el hundimiento del *Maine* y la guerra entre España y Estados Unidos. Hércules y Lincoln no habían cambiado mucho, pero él tenía que asumir un enorme peso sobre sus hombros. Se debía a su cargo y no podía estar de un lado para otro, viviendo aventuras. Cerró la puerta y regresó a la penumbra de su despacho.

En mitad del Mediterráneo, 11 de enero de 1915

El mar llevaba varios días embravecido y no habían podido salir a cubierta en todo el viaje. El grupo intentaba matar el tiempo de cualquier manera. Alicia y Lincoln pasaban juntos la mayor parte del día. Desde el primer momento, habían mostrado al resto su relación. No era extraño verlos de la mano por los pasillos, sentados juntos susurrándose cosas al oído o cruzando miradas a cada instante. Alicia procuraba complacer a Lincoln en todo. Buscaba en la cocina del barco las mejores frutas para él, pero Lincoln también se deshacía en cuidados con ella.

Hércules y Yamile hacían lo propio, pero en los últimos días la salud de la mujer había empeorado. Comenzaba a fatigarse con facilidad y había perdido el apetito casi por completo. Hércules pasaba encerrado en su camarote junto a ella muchas horas, por lo que el grupo solo se reunía a las horas de las comidas.

El general había sido muy amable, pero les había ordenado que se mantuvieran alejados del resto de la tripulación, y tenían prohibido moverse de aquella parte del barco. En una de las solitarias cenas, Garstang se dirigió al resto con un inusual entusiasmo.

—Mientras ustedes disfrutaban del viaje, me he dedicado a estudiar la secta de los *assassini* o asesinos. Como recordarán, Al-Mundhir nos contó en parte el origen de la secta y sus actividades en Persia y Siria. En nuestra corta estancia en Alejandría, visité a un colega egipcio, que me facilitó algunos libros sobre el tema. Desconocía que, a lo largo de la historia, varios cronistas occidentales han hablado de este grupo. No pensaba que fueran tan importantes como para que el mundo no islámico se interesara por ellos, pero estaba equivocado.

—¿Qué puede decirnos de los *assassini*? ¿Los ha llamado de esa manera, verdad?
—preguntó Lincoln.

—Los primeros que los mencionan son los cronistas musulmanes, pero cuando los cruzados entraron en contacto con la secta, en seguida comenzaron a hablar de ellos en sus escritos. Algunos repitieron las mismas historias fantásticas que los cronistas árabes, pero otros buscaron información directa sobre ellos. Uno de los primeros en mencionarlos fue Guillermo de Tiro, que escribió sobre la secta y los castillos que poseían en Siria. En contra de lo que podamos imaginar, desde el principio hubo cierta relación entre cruzados y *assassini*, incluso colaboraron contra enemigos comunes. En el siglo ^{xii}, francos y nizaríes se unieron contra enemigos comunes. Pero el cronista más conocido fue el propio Marco Polo —dijo Garstang.

—¿Marco Polo? —preguntó Alicia.

—El mismo. ¿Todos conocen la historia de Marco Polo y su viaje al reino de

Kublai Kan?

Algunas de las cabezas se movieron negativamente.

—Al parecer, en su viaje se encontró con miembros de la secta de los *assassini* y escuchó diferentes leyendas sobre ellos. En sus memorias narra su paso por una región de Persia, se cree que era la tierra cercana a la famosa roca de Girdkuh, donde se encontraba una importante fortaleza de la secta. Marco Polo narra en sus memorias el fanatismo de este grupo, dirigido, según él, por Alaodin. Los seguidores de Alaodin eran capaces de asesinar en cuanto su amo se lo pidiera, aunque ello les costara la vida. La razón de su fanatismo, según Marco Polo, era el oscuro método de su líder. En mitad de los territorios de los asesinos, su amo había construido el más bello de los jardines. En él había todo tipo de árboles frutales, comida y bellas mujeres. El jeque, que los gobernaba, los criaba desde pequeños en las ideas fanáticas de la secta y los entrenaba para convertirlos en fieros asesinos. Al parecer, después de adiestrarlos, les facilitaba una droga para que se durmiesen y los introducía en su paraíso particular, una vez allí, les permitía vivir durante un breve periodo de tiempo rodeados de todo tipo de placeres. Pasado ese periodo, les volvía a dormir y les sacaba del jardín. Si querían gozar de todas aquellas delicias, debían estar dispuestos a morir y matar por su jeque. Los Asesinos del Jeque de la Montaña, como los llamó Marco Polo, eran escogidos entre los jóvenes de la región, aislados del mundo, entrenados hasta la extenuación y educados en las diferentes religiones y lenguas, para que estuvieran preparados para infiltrarse en cualquier reino o palacio —concluyó Garstang.

—La historia parece increíble. Pero, ¿qué hay de verdad en ella? —preguntó Hércules—. He escuchado que el relato de Marco Polo no es muy fiable.

—No, la mayoría de las cosas que narra son leyendas que seguramente escuchó en su viaje, pero he podido leer un artículo muy interesante publicado por un tal Antoine Isaac Silvestre de Sacy —dijo Garstang.

—¿Qué dice el artículo? —preguntó Yamile. Interesándose por primera vez en la conversación.

Todos la miraron. Su rostro estaba completamente pálido, como si la piel estuviera perdiendo la pigmentación. Las ojeras apagaban sus brillantes ojos verdes y sus labios rojizos habían perdido su color.

—Silvestre de Sacy estudió el origen de la palabra «asesino». Lo primero que hizo fue estudiar las diferentes crónicas árabes y relacionarlas con los nizaríes o asesinos. Una de las que usó fue la de Abu Shama. En ella se mencionaba el intento de asesinato de Saladino. El nombre que el cronista utilizaba para referirse a sus agresores fue el de *al-Hashishiyya*. Guillermo de Tiro también los conoció por un nombre muy parecido, los llamó *assassini*. Silvestre de Sacy cree que el origen del nombre procede del consumo de hachís de los asesinos —dijo Garstang.

—¿Qué es el hachís?—preguntó Lincoln.

—Es una droga que proviene de Afganistán —dijo Hércules—. Aunque también se cultiva en la zona de Marruecos.

—Silvestre de Sacy descubrió a través de los escritos del cronista árabe Maqrizi, que el término *hashishiyya* significa «gente de clase baja», ya que los consumidores de hachís solía ser gente humilde. Por eso el término *hashishiyya* equivaldría a decir «chusma de clase baja» —dijo Garstang.

—¿La secta comenzó entre gente humilde? —preguntó Alicia.

—Sí. Eso parecen indicar los datos. Otro de los cronistas cristianos es Buchard de Estrasburgo, un enviado diplomático del emperador Federico Barbarroja para negociar con los nizaríes, él los denominó *heysseini*. También comentó que el líder de los asesinos levantaba los temores, tanto en los señores musulmanes de la zona, como en los cristianos. La razón del temor que despertaba se debía a su gran crueldad. Podían introducir a asesinos en cualquier sitio y esperar pacientemente durante meses o años, hasta que se ganaban la confianza de sus señores, para después asesinarlos —dijo Garstang.

El barco se movió ligeramente y tuvieron que sujetar los platos y los vasos para que no se cayeran de la mesa. Cuando el barco se enderezó de nuevo, continuaron con la conversación.

—Eran una secta terrible —dijo Lincoln.

—Me temo que son una secta muy peligrosa. Como hemos podido comprobar, siguen actuando, aunque ahora no sean tan conocidos. Algunos pensaron que las invasiones de los mongoles en el siglo ^{xiii} los habían destruido por completo, pero no fue así. Los mongoles destruyeron sus fortalezas en Persia, pero algunos nizaríes sobrevivieron en Siria, la India, Afganistán y otras regiones. Al parecer su líder, Shams al-Din fue rescatado y escondido en Afganistán. Cuando los mongoles se marcharon, los nizaríes regresaron a Persia y poco a poco se establecieron en la zona de Anjudan, en la zona central del país. Pero tuvieron que abandonar al país definitivamente en 1573, cuando el sah mandó un ejército a Anjudan para eliminar a los *assassini*. A principios del siglo ^{xix} regresaron de nuevo a Persia, pero unas nuevas revueltas los enviaron de nuevo al exilio. Agá Kan I escapó a Afganistán, donde se alió con el ejército británico que estaba colonizando el territorio y, más tarde, a Calcuta. Por lo que he leído, nuestro anterior rey Eduardo VII, lo visitó cuando hizo su primer viaje a la India —dijo Garstang.

—No puede ser. ¿El rey del Reino Unido lo visitó? —dijo Hércules.

—No solo eso, además le invitó a su coronación en Inglaterra —contestó Garstang.

—Entonces, la secta de los *assassini* no solo existe, sino que sigue teniendo mucho poder —dijo Hércules.

—Muchísimo poder, por eso nos localizaron. Seguramente tienen informadores dentro del ejército británico —dijo Garstang.

Yamile se levantó de la mesa y les pidió que la disculparan. Hércules la acompañó hasta el camarote y regresó al comedor. Alicia observó la mirada triste de Hércules. Nada deseaba más que su felicidad. La princesa no le había caído bien desde el principio, pero ahora que conocía su historia y la veía enferma, no podía evitar sentir un profundo pesar por ella.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Alicia levantándose y acercándose a Hércules.

—Mal. Cada día peor.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Garstang.

Alicia le hincó la mirada y el arqueólogo agachó la cabeza.

—No sé, tal vez un mes o dos. No creo que aguante mucho más —dijo Hércules, sin poder evitar que se le hiciera un nudo en la garganta.

—Tenemos que ser muy rápidos. Al-Mundhir tiene el rubí, pero estoy seguro de que ha encontrado alguna manera de llegar a Atenas. Él escuchó perfectamente que la única persona que puede descifrar la inscripción vive allí —dijo Lincoln.

—Tendremos que tenderle una trampa y recuperar la joya. Una vez que la tengamos, Yamile mejorará —dijo Alicia.

—Eso espero. Lo siento, pero no creo que una piedra pueda cambiar las cosas. Pienso que Yamile engañó a los *assassini* haciéndose pasar por la mujer del califa, pero que en realidad se trataba de una de las concubinas más jóvenes del harén. El contacto con la joya le ha producido algún tipo de reacción y eso la ha hecho enfermar, pero de modo alguno una joya puede rejuvenecer a una persona.

—Pero Hércules, eso no tiene sentido. ¿Por qué nos iba a mentir a nosotros? —dijo Alicia.

—No lo sé. Tal vez no acepta su pasado.

—Entonces, ¿por qué buscar la joya? Si no puede salvarla —dijo Lincoln.

—Mire, Hércules. He dedicado toda mi vida a la ciencia, creo que el método científico nos ha liberado de la esclavitud de la ignorancia, pero sé que hay muchas cosas que no podemos cuantificar, medir o pesar. Llámelo fe si quiere, pero sin ella, la vida no tendría sentido —dijo Garstang.

—Yo solo tengo fe en esto —dijo Hércules levantando sus manos.

—Pues vamos a necesitar algo más que eso para salvar a Yamile —dijo Lincoln levantándose de la mesa mientras seguía diciendo—: Nos enfrentamos a fuerzas oscuras, que tienen poderes que el hombre ha olvidado hace mucho tiempo. Será mejor que empecemos a aceptarlo, si queremos salir victoriosos.

Aleandría, 11 de enero de 1915

El árabe se acercó al navío. Observó cómo los marineros cargaban lentamente la mercancía. Era de noche y el puerto, normalmente atestado, se encontraba vacío y silencioso. Aprovechó el descuido de la tripulación y se introdujo en un inmenso tonel vacío. Un fuerte olor a pescado le revolvió las tripas, se tapó la boca con la mano y esperó en silencio a que le introdujeran en la gran bodega.

Unos minutos más tarde se encontraba en las entrañas del barco. Salió del tonel y miró a su alrededor. Apenas se veía nada. Estaba completamente a oscuras. Buscó en su bolsa un mechero de mecha y lo encendió. Miró la gran sala. Había cientos de cajas de diferentes tamaños. Se acercó a una y la abrió, dentro había suficientes latas para alimentarse durante todo el viaje.

Se sentó en el suelo e intentó calcular qué hora era y dónde se encontraba la Meca. Cuando se sintió seguro, se puso de rodillas y comenzó sus oraciones.

Mientras oraba, su mente voló a su pequeña aldea de Persia. Se imaginó a su madre trayendo un gran cuenco de leche de cabra y las risotadas de su padre cuando regresaba del huerto. *¿Qué habrá sido de ellos?*, se dijo. Notó un fuerte pinchazo en el corazón e intentó frenar una lágrima que se escapaba de sus ojos.

Rebuscó en uno de los bolsillos y sintió el tacto frío de la joya. A medida que la frotaba entre los dedos, comenzó a calentarse y a él le invadió una especie de paz. Abrió los ojos y al mirar hacia su mano, vio como la joya brillaba en medio de la oscuridad.

Aleandría, 15 de enero de 1915

Los cinco hombres de la sala parecían adormilados a aquella hora de la mañana. Vestían uniformes impecables, su cara estaba afeitada, pero sus ojos no podían disimular la tensión de las últimas semanas.

Un alto oficial entró en la sala. A diferencia del resto, su rostro no expresaba dudas, fatiga o cansancio. Se sentó en la mesa y con una gran sonrisa dio por comenzada la reunión.

Varios de los oficiales se fueron levantando y leyendo diferentes informes. Uno sobre las defensas marítimas del enemigo, otro sobre las fuerzas de tierra, hasta un total de cinco exposiciones. Cuando el último hombre hubo terminado, el oficial al mando se levantó de la mesa y se dirigió hacia un gran mapa que había colgado en la pared. Señaló un punto del mapa y comenzó a hablar.

—Por lo que han informado, nuestras fuerzas son superiores por mar y tierra. Los turcos no están preparados para resistir nuestro ataque. Durante los meses de enero y febrero atacaremos las defensas turcas con nuestra flota. De esa manera prepararemos el terreno para la invasión. Hemos ido reuniendo tropas de Australia y Nueva Zelanda, soldados voluntarios que estaban destinados al frente de Francia, pero que ahora son más útiles aquí —dijo el hombre.

—Sí, señor. Disponemos de miembros de la infantería formados en Australia y Nueva Zelanda^[24] que comprende la 1ª División de Australia y de Nueva Zelanda. También nos han asignado la 29ª División británica, de la Royal Navy, y el Cuerpo Expedicionario Francés Oriental^[25] —dijo uno de los oficiales.

—Gracias contestó el oficial al mando—, se ha decidido que las fuerzas de tierra son necesarias para eliminar la artillería turca móvil. Esto permitirá detonar explosivos para limpiar las aguas de los buques más grandes. El secretario de Estado británico para la guerra, lord Kitchener, nos apremia para que demos comienzo a las operaciones. Se han producido retrasos de más de seis semanas en el despliegue de las tropas que vienen de Gran Bretaña; si la situación continúa, la misión puede peligrar. Además, las fuerzas turcas tendrían tiempo para preparar sus defensas para un asalto. Saben que Egipto está lleno de espías y confidentes turcos —dijo el oficial al mando.

—A eso hay que añadir la sorprendente rapidez con la que los turcos reponen sus existencias de municiones y otros suministros. Hemos infravalorado la capacidad de nuestros enemigos, nuestro ejército en Oriente Medio está encontrando serias dificultades para mantener sus posiciones y avanzar —dijo un oficial.

—Esos malditos turcos estarían perdidos si no fuera por los alemanes. El Quinto

Ejército Turco está bajo el mando del asesor alemán, el general Otto Liman von Sanders —dijo uno de los oficiales.

—El Quinto Ejército es el encargado de defender las dos orillas de los Dardanelos, integrado por seis de las mejores divisiones de Turquía con un total de 84.000 hombres. En Bulair, cerca del cuello de la península de Gallípoli, se encuentran las Divisiones 5ª y 7ª. En el cabo Helles, en la punta de la península, y a lo largo de la costa del Egeo, se sitúa la 9ª División y, en la reserva en Gaba Tepe, en el centro de la península, la 19ª División, bajo el mando de Mustafa Kemal. La defensa de la costa de Asia a Kum Kale, que se encuentra a la entrada de los Dardanelos, está asignada a la 3ª y la 11ª División del ejército —dijo otro de los oficiales, señalando las fuerzas enemigas en el mapa.

El grupo de oficiales comenzó a murmurar entre sí, hasta que el oficial al mando alzó la voz y dijo:

—Estamos esperando que uno de nuestros informadores llegue de Estambul, y, si su información es correcta, el plan de invasión está previsto para el 25 de abril de este año. En primer lugar, desembarcará la 29ª División en el cabo Helles, en la punta de la península y luego avanzaría a los fuertes en Kilitbahir. El *anzac* cubrirá la franja de tierra al norte de Gaba Tepe en la costa del Egeo, una zona no muy dura, desde donde puede avanzar a través de la península y prevenir la retirada de los refuerzos o de Kilitbahir. Los soldados franceses podrán desembarcar con facilidad en Kum Kale en la costa de Asia —dijo el oficial al mando.

—Si es que son capaces de encontrar Asia en el mapa —bromeó uno de los oficiales y el resto estalló en una carcajada.

—Caballeros, no hablen así de nuestros aliados —dijo el oficial al mando con su media sonrisa—. Al menos no huelen a canguro.

La risotada fue general y el oficial al mando tuvo que pedir que se calmaran. Unos segundos más tarde, el grupo comenzó a concentrarse de nuevo en sus planes.

—Lo que me preocupa de verdad —dijo el oficial al mando mordisqueando su puro—, es la tardanza de nuestro confidente, sin su confirmación no podemos seguir con nuestro plan.

—No se preocupe. La situación en Turquía es desesperada y han reforzado los controles terrestres y marítimos, pero estoy seguro que nuestro hombre logrará atravesar las líneas.

—Eso espero por el bien de todos —comentó el oficial al mando lanzando una larga bocanada de humo.

Estambul, 15 de enero de 1915

Los cantos de los muecines resonaron por toda la ciudad. El sol ya se había puesto y los fieles se dirigían a la última oración del día mientras Roland Sharoyan intentaba llegar al puerto antes de que un control lo localizara. Había logrado atravesar el centro de la ciudad, que en la actualidad estaba ocupado por el ejército, pero llegaba tarde y su contacto podía haberse esfumado. No partían barcos para Grecia, a pesar de su frágil neutralidad, tampoco para Egipto y la única manera de salir del país era por tierra hasta Irak o en algún barco pesquero que se arriesgara a ser detenido por los guardacostas o hundido por algún barco aliado.

Roland miró a un lado y al otro antes de entrar en el barco. Le extrañó que el viejo capitán no saliera a recibirlo como en otras ocasiones, pero se imaginó que la prudencia le había mantenido aquella noche alejado de la cubierta. El crujido de sus propios pasos sobre la madera vieja del barco le causó un escalofrío. Acudieron a su mente los rumores que corrían por todo el imperio de que los soldados armenios estaban siendo detenidos en campos de concentración y que, en breve, le seguirían el resto de armenios. Se imaginó a su madre y a su hermana arrastradas por las calles de su pequeño pueblo en la provincia de Adana, como unos años antes le había pasado a su padre y se estremeció. Esa era la razón principal de su odio por los turcos. Su pueblo se había visto sometido a humillaciones y torturas, pero todo eso iba a terminar con la guerra. Se preparaba una gran revuelta y, tras la derrota de los turcos, recuperarían su Estado y su honor.

Roland se dirigió a la cabina del barco y llamó al viejo marinero.

—Abu, sal de donde estés escondido, soy yo y tenemos que partir cuanto antes. Ahora todo el mundo está en la oración y nadie controla el puerto.

Nadie respondió a las palabras del joven. Se acercó a la entrada y descorrió la cortina. Frente a él se encontraba el cuerpo del viejo. Sus ojos permanecían abiertos, pero el cuello cortado y la sangre que había cubierto todo su pecho y la madera, reseca, no dejaban lugar a dudas. Unas botas resonaron en la cubierta y Roland intentó lanzarse al agua, pero varias manos se aferraron con fuerza a sus delgados brazos y le derrumbaron al suelo. El joven sintió un fuerte dolor en la cabeza y percibió el olor a pescado podrido de la cubierta antes de perder por completo el conocimiento.

Atenas, 15 de enero de 1915

La llegada a Atenas no pudo ser en peor momento. El Gobierno griego intentaba no enemistarse con sus vecinos turcos, pero la derrota de Serbia y la toma de Belgrado habían complicado la situación en la región. La evacuación de las tropas en Corfú por la marina italiana y la reorganización de las tropas aliadas y su instalación en Salónica complicaba la política de neutralidad del Gobierno griego y de su rey, de origen alemán.

La tensa calma de la ciudad podía sentirse en las calles ocupadas por militares griegos, en los mercados vacíos y en la cara malhumorada de los atenienses.

El grupo buscó alojamiento en una discreta pensión del centro de la ciudad. Si alguien los buscaba, seguro que el primer lugar donde lo harían sería en los hoteles de Atenas. Hércules y sus compañeros sabían que para recuperar la joya, Al-Mundhir tenía que encontrarlos, pero ellos elegirían el lugar y el momento. La pensión estaba regentada por una oronda judía de origen sefardí. Era una charlatana impenitente, pero cocinaba muy bien, era limpia y a Hércules le hizo ilusión escuchar a alguien hablando en español, aunque fuera el viejo castellano del siglo xv.

Una vez instalados, Garstang reunió a todos en el salón de la casa para elaborar un plan.

—Una de las cosas fundamentales es localizar cuanto antes a Nikos Kazantzakis. Él es el único que puede traducir nuestra inscripción. No veo a Nikos desde su estancia en Francia y no le escribo desde hace cinco años. Esperemos que siga viviendo en la misma dirección.

—Pero, ¿quién es Nikos Kazantzakis? —preguntó Hércules.

—Ya les comenté que se trata de un escritor y filósofo griego. Estudió leyes en la Universidad de Atenas y filosofía en París, pero también es un aficionado al griego antiguo, en especial a la lineal A, que es el idioma en el que está la inscripción.

—Una vez que lo hayamos encontrado, si consigue traducir el texto de la estatuilla, ¿cómo atraeremos a Al-Mundhir? —preguntó Lincoln.

—Lo único que se me ocurre es dejar pistas en nuestras embajadas, para que sepa que estamos en la ciudad. Todos los días yo iré a la embajada británica y uno de ustedes comprobará si me sigue alguien. Después habrá que buscar un lugar amplio y espacioso donde enfrentarnos a él —dijo Garstang.

Alicia se puso en pie y se acercó a los hombres. Había estado sentada con Yamile, que intentaba descansar en uno de los sofás. En los últimos días, la princesa apenas se podía mover y no había probado bocado.

—No será tan fácil. Con toda seguridad, Al-Mundhir cuenta con *assassini* en

Atenas. La última vez que nos enfrentamos a él fue extremadamente peligroso. Ahora tiene la joya y no va a dejar pasar esta oportunidad, debemos estar preparados para lo peor.

—Tienes razón Alicia. Debemos actuar con cautela —dijo Lincoln pasando el brazo por su cintura.

—Bueno, empecemos por buscar a Nikos. He mandado una carta a su antigua casa, en ella le pido que se reúna con nosotros esta misma tarde. Si conocemos el significado de la inscripción, por lo menos tendremos algo que ofrecer a Al-Mundhir si está dispuesto a negociar —dijo Garstang.

Hércules miró a Yamile, su cara de piel casi transparente parecía a punto de partirse. Tragó saliva y dijo en voz baja:

—No tenemos mucho tiempo, si no logramos hacernos con la joya y la inscripción, ella morirá.

Estambul, 15 de enero de 1915

El agua helada despertó a Roland. Desconocía el tiempo que llevaba inconsciente, pero todavía sentía un fuerte dolor en la cabeza. Comenzó a tiritar de frío y levantó la cara instintivamente, dirigiendo su mirada hacia la mortecina luz del techo.

—Roland Sharoyan. Ese es tu verdadero nombre, ¿no es cierto? —preguntó uno de los hombres uniformados.

El miedo empezó a invadirlo por completo. Si conocían su nombre, no tardarían en ir a por su madre y hermana. Las había puesto en peligro por su negligencia.

—Hemos encontrado la carta para los ingleses. Es inútil que niegues nada. Además, la palabra de un sucio armenio no valdría mucho en un tribunal —bromeó el oficial.

Los otros dos soldados rieron a carcajadas, hasta que uno de ellos cruzó la cara al joven, que comenzó a sangrar por la boca.

—A tiempo hemos sacado del ejército a escoria armenia como tú. En la carta hablas de una revuelta que se está organizando en Van, pero también informas a los ingleses sobre nuestro ejército y las defensas de la península de Gallípoli. El Alto Mando se pondrá muy contento con toda tu información —dijo el oficial.

—¿Me van a matar? —preguntó el joven con voz temblorosa.

—¿Matarte? No, tienes que llevar un importante mensaje para el ejército de su majestad británica, con la única diferencia de que llevarás el mensaje que nosotros te demos. Un grupo de mis hombres ha salido hacia tu aldea para capturar a tu madre y hermana. Si quieres verlas con vida, tendrás que llevar nuestro mensaje, cualquier vacilación o la más mínima señal de que nos has traicionado y ellas morirán. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

—Ah, no intentes ir a buscarlas, nunca llegarías a tiempo. Uno de nuestros hombres te acompañará hasta el cuartel general y no se separará de ti hasta que regreses aquí.

Roland sintió alivio cuando le soltaron los brazos y comprendió que no iba a morir por ahora. Le devolvieron su macuto, una carta idéntica a la que llevaba y un acompañante con cara de mono y de boca mellada. En los próximos días tendría que elegir entre las dos cosas que más amaba en este mundo, salvar al pueblo armenio o retrasar la muerte de su familia, por un poco de tiempo.

Estambul, 15 de enero de 1915

Mustafa Kemal observó los planos e intentó meterse en la cabeza de su enemigo. Los servicios de reconocimiento habían descubierto varios barcos británicos en la zona próxima de Gallípoli y eso le preocupaba. Su ejército había avanzado notablemente en Palestina y ahora estaban frente a frente con los británicos en el propio canal de Suez. Los rusos presionaban por el noroeste y el desastroso comportamiento de las tropas turcas en la batalla de Sarikamis, donde las fuerzas turcas huyeron despavoridas, le hacía temer que los aliados abrieran un tercer frente. No podía ser por otro sitio que por la pequeña península de Gallípoli, que era la puerta de Estambul. Si la capital caía en manos aliadas, el descabezado imperio no resistiría ni un día más en la guerra.

Mustafa Kemal estaba tan absorto en sus pensamientos que no escuchó los pasos de Ismail Enver.

—Querido Mustafa —dijo Ismail, saludando a su amigo.

—Ismail, pensaba que te encontrabas en el Cáucaso.

—No te has enterado, Mustafa —contestó el hombre con la cara desencajada.

—No, ¿qué ha sucedido? —disimuló Mustafa.

—La batalla de Sarikamis fue un desastre, los rusos nos barrieron.

—Lo lamento mucho.

—La culpa no fue de nuestros hombres. Los traidores armenios nos vendieron a nuestros enemigos. Localizamos a varios soldados armenios que pasaban información a los rusos.

—No puede ser.

—Como lo oyes. He dado orden de que todos los soldados armenios sean desmilitarizados y encerrados en campos de control.

—Pero ¿eso no supondrá una merma en nuestras fuerzas?

—Mira, Mustafa, conviene más al ejército contar con menos hombres, pero saber que por lo menos no te van a atacar a traición. Los armenios son un problema y tenemos que terminar con ese problema.

—Estoy de acuerdo contigo, Ismail. Las pretensiones de los armenios son inaceptables. Nunca habrá un Estado armenio.

—Será mejor que hagamos con ellos lo que hicimos con los griegos tras su independencia, expulsarlos del país.

—Pero ¿a dónde? Ellos no tienen un territorio en el que establecerse.

—Una vez que estén fuera de Turquía, ese dejará de ser nuestro problema.

Mustafa Kemal observó los ojos de Ismail. Aquel hombre había logrado, con un

puñado de oficiales y el Movimiento de Jóvenes Turcos,^[26] revolucionar la anquilosada sociedad otomana, pero a veces le preocupaba. Hablaba de los judíos de Salónica, de los armenios o de los kurdos, como si no fueran turcos. Anhelaba un país completamente musulmán, Mustafa prefería una sociedad más libre, parecida a sus vecinas europeas. Él había nacido en Tesalónica, dentro de Europa. Los últimos meses los había pasado en Sofía, la capital de Bulgaria. Eso lo había inclinado hacia la secularización del Estado y la separación de lo religioso y lo oficial.

—Turquía es musulmana, Mustafa. Únicamente Alá puede devolvernos la grandeza del pasado, pero antes tenemos que limpiar nuestra casa de impureza.

Atenas, 15 de enero de 1915

Nikos Kazantzakis parecía más un burócrata que un filósofo. Sus quevedos sobre la fina nariz, los ojos pequeños, su frente despejada y su perilla le daban un aire vulgar. Vestía un traje gris, con una camisa blanca impoluta y corbata corta. Su estatura era pequeña y parecía incómodo dentro de su ropa rígida. Sus maneras eran formales, pero se notaba que sus modales dejaban mucho que desear. Parecía un ermitaño condenando a vivir en la ciudad.

—Nikos Kazantzakis, estos son mis amigos —dijo Garstang presentándolos uno a uno.

—Mucho gusto —dijo Nikos, apartando la mirada, como si le diera vergüenza mirarlos a los ojos.

—Necesito su ayuda. Para una vez que vengo a Atenas, y tengo que importunarlo —se lamentó Garstang.

—No se preocupe, señor Garstang. En París usted fue uno de los pocos anclajes que tuve con la realidad. Usted y mi amado Henri Bergson —apuntó Nikos.

—¿Qué sabe de Henri?

—Se encuentra bien, ya sabe, con sus escritos y pensamientos. Hércules hizo un gesto impaciente y Garstang se decidió a entrar en el asunto. Se acercó a una bolsa de piel y extrajo la pequeña estatuilla. Nikos abrió mucho los ojos y por primera vez dejó que su rostro mostrara alguna expresión.

—¿Cómo han conseguido esto?

—La encontramos.

—¿Dónde? ¿Han estado en Cnosos?

—¿Cnosos? —preguntó Lincoln.

—La antigua capital de Creta —contestó Garstang.

—No había escuchado nada sobre esa ciudad —dijo Lincoln.

—Las ruinas fueron descubiertas en Cnosos en el año 1878 por Minos Kalokairinos, un anticuario y comerciante cretense. Él realizó la primera excavación, que sacó a la luz parte de los almacenes en el ala oeste y una sección de la fachada oeste del famoso palacio. Después de Kalokairinos, varias personas trataron de continuar las excavaciones, pero por una u otra razón fracasaron —dijo Nikos, comenzando a entusiasmarse. No paraba de mover las manos y cada vez se le veía más animado.

—He leído algo sobre el tema. Al final fue un inglés el que realizó el descubrimiento más importante —señaló Hércules.

—Tiene toda la razón, fue el 16 de marzo de 1900, cuando el arqueólogo Arthur

Evans, un caballero inglés de medios independientes, compró el terreno y realizó excavaciones de envergadura. Algunos han criticado sus métodos, demasiado agresivos. Pero hay que reconocer que Evans realizó una fuerte inversión y quería recuperar parte de su dinero. Sin duda, tanto la excavación y la restauración del palacio de Cnosos como el descubrimiento de la cultura minoica se deben a sus importantes trabajos, aunque no nos gusten sus métodos —dijo Nikos.

—Es cierto que sus métodos no fueron los más adecuados, hoy en día la arqueología es un campo de trabajo realizado por un equipo académico y en el que se aplica el más estricto rigor científico, pero hace unos años, eran proyectos impulsados por hombres ricos y altruistas —dijo Garstang.

—Bueno, Evans no hizo el trabajo solo, ni a ciegas. Estuvo en todo momento asistido por el doctor Duncan Mackenzie, que ya se había distinguido por sus excavaciones en la isla de Melos, y por el señor Fyfe, un famoso arquitecto del Colegio Británico en Atenas. Además, Evans empleó un gran número de trabajadores locales y en unos meses había descubierto una parte importante de lo que él denominó el Palacio de Minos —dijo Nikos.

—¿Un palacio? —preguntó Lincoln.

—Bueno, nosotros lo denominamos de esa manera, pero en realidad, el término palacio puede inducir a error. Lo cierto es que Cnosos fue una compleja construcción de más de mil habitaciones unidas entre sí; algunas eran talleres de artesanos, otros tipos de talleres. Sirvió de punto de almacenamiento de ese territorio, y era centro administrativo y religioso de la cultura minoica —comentó Nikos.

El griego se quedó en silencio por unos momentos y contempló la estatuilla que descansaba encima de la mesa. Hizo un gesto para poder tocarla y Garstang asintió. Nikos comenzó a observarla detenidamente, acercando sus quevedos a la estatua como si se tratara de una lupa.



Diosa de las serpientes. Cnosos. Creta

—¿Dónde me han dicho que la encontraron? —preguntó por fin.

—No se lo hemos dicho —contestó Garstang.

—¿Han estado en Creta?

—No, la encontramos en el sitio más inesperado —dijo Hércules.

—Me tienen en ascuas.

—En la iglesia de San Sergio, que se encuentra en el barrio copto de El Cairo —dijo Lincoln.

—Sé dónde se encuentra la iglesia de San Sergio, pero lo que no comprendo es qué hacía la estatua de una diosa pagana de la fertilidad en un templo cristiano —refunfuñó Nikos.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Garstang.

—Todas las estatuillas se han encontrado en el Palacio de Cnosos y en Creta, pero hasta ahora, que yo sepa, no se había encontrado ninguna en Egipto —dijo Nikos.

—Ha dicho que es una diosa de la fertilidad, pero también he leído algunos estudios que la identifican como la diosa tierra o una posible sacerdotisa. ¿Podría tratarse de una sacerdotisa? —preguntó Garstang, levantando las gafas y pegando su nariz a la estatua.

—Podría ser. Esta no lleva las dos serpientes en las manos, es una característica común en todas las estatuillas que se han encontrado —dijo Nikos.

—Tiene las manos en alto y los puños cerrados, posiblemente alguien quitó las serpientes hace siglos y comenzó a venerar a la estatuilla como si fuera una representación de la Virgen —dijo Garstang.

—¿Usted cree? —preguntó Lincoln sorprendido—. Pero si lleva los pechos al aire.

—Hay varias estatuas y cuadros que representan a la Virgen con el pecho desnudo —dijo Alicia.

—Sí, pero normalmente está también el niño y lo está amamantando —contestó Nikos.

—Lo que está claro es que debieron de considerarla una imagen venerable y ha sobrevivido en la iglesia hasta ahora —dijo Garstang zanjando el tema—. ¿Cuántos años puede tener?

—Es difícil de calcular. Algunos han hablado del 1450 antes de Cristo, pero es demasiado pronto para saberlo —dijo Nikos.

—¿Y la inscripción? —preguntó Hércules señalando los signos en la falda de la estatuilla.

Nikos volvió a mirar la estatua de cerca y comenzó a leer entre labios. Todos lo observaban expectantes. El griego se detuvo y mirándoles les dijo:

—Sin duda se trata de escritura en lineal A.

—¿Qué nos puede decir de ella? —preguntó Hércules.

—La escritura lineal A es una de las dos escrituras lineales de signos que se

utilizaban en la antigua Creta. Bueno, hace poco hemos descubierto que hay un tercer tipo de escritura, a la que hemos denominado *hieroglyphs*. Las dos primeras fueron descubiertas y nombradas por Arthur Evans —dijo Nikos.

—¿Se puede descifrar un tipo de letra de un idioma muerto? —preguntó Hércules.

—La verdad es que tan solo se puede deducir. Hace poco que hemos conseguido descifrar la escritura lineal B, pero sabemos que comparten signos: usando las sílabas asociadas con la escritura lineal B se puede llegar a leer la lineal A —dijo Nikos.

—De que se trata, ¿de una especie de griego primitivo? —quiso saber Alicia.

—No, se cree que este lenguaje es anterior al griego; se le ha denominado minoico y corresponde a un período en la historia cretense antes de una serie de invasiones griegas alrededor de 1450 antes de Cristo —explicó Nikos.

—Si se tratara de griego arcaico, todo sería mucho más sencillo —dijo Garstang.

—Entonces, es imposible descifrar la inscripción —dijo, desanimado, Lincoln.

—Bueno, hay una pequeña posibilidad. Si algunas de las letras coinciden con la lineal B, podríamos intentar descifrarlo. Déjenme que lo observe con detenimiento —dijo Nikos sentándose en una de las sillas. Sacó una pequeña libreta de piel y comenzó a dibujar los signos en el papel.

Hércules comenzó a mirar por encima del hombro. Nikos levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Perdón —dijo Hércules, separándose.

—Creo que ya tengo una de las letras —dijo el griego y todos se acercaron en tromba—. Creo que aquí dice «Amón».

Antes de descender del barco, Al-Mundhir se había afeitado su larga barba y había cambiado sus ropas árabes por unos pantalones y una chaqueta. El traje estaba medio raído y le quedaba grande, pero al menos le permitiría pasar desapercibido en la ciudad. Los turcos no eran bien recibidos en Grecia y, aunque él era persa, para un occidental todos los árabes eran iguales. Llevaba casi cinco años fuera del valle de Alamut y comenzaba a echar de menos su tierra. Notó la angustia al bajar del barco y apretó la joya con la mano, y le invadió una ola de seguridad y paz. Últimamente era lo único que le relajaba, no encontraba paz ni en sus oraciones diarias ni en sus meditaciones.

Caminó hacia la ciudad e intentó pasar desapercibido entre la multitud. No sabía dónde estaba la calle en la que vivían sus hermanos musulmanes, pero no quería arriesgarse a ser descubierto en cuanto escucharan su acento.

Empezó a recorrer la ciudad vieja e intentó leer los letreros en caracteres griegos. Después de más de dos horas caminando, encontró el edificio y entró en el portal. La construcción era muy vieja, con la forma de los edificios turcos. Los escalones estaban desgastados y del pasamano solo quedaban algunos trozos de madera astillada.

Se paró delante de la puerta y llamó con la mano. Se escuchó un ruido al otro lado y el chirrido de las bisagras al abrirse.

—*Assalamu'alaikum* —dijo Al-Mundhir, contento de haber dado con sus hermanos.

—Será mejor que no usemos el árabe —dijo el hombre fríamente y le hizo un gesto para que pasase.

—Bueno he logrado descifrar dos palabras, pero necesito más tiempo para leer el resto de la inscripción. En casa tengo libros y otros materiales que me pueden ayudar.

—Está bien Nikos, podemos vernos mañana por la tarde en la Acrópolis. De esa manera aprovecharemos para ver la ciudad —dijo Garstang. Sabía que la Acrópolis era uno de los lugares más visitados y que Al-Mundhir no dudaría en buscarlos allí.

—Está bien, en la Acrópolis a las seis de la tarde —dijo Nikos.

—A esa hora estará a punto de anochecer —dijo Lincoln.

—No se preocupe, nos iremos antes de que anochezca —dijo Garstang.

Nikos Kazantzakis miró la estatuilla y preguntó:

—¿Puedo llevármela?

Hércules cogió la estatuilla de la mesa. Garstang frunció el ceño y le dijo a su amigo:

—Tienes la inscripción transcrita en el cuaderno. Será mejor que nosotros guardemos la estatuilla, podría ser peligrosa para ti.

—De acuerdo.

—Muchas gracias por todo —dijo Alicia, extendiendo la mano.

—Es un placer; la escritura y la investigación son dos de mis grandes pasiones —le dijo, besándole el dorso de la mano.

Lincoln se adelantó y le ofreció su mano.

—Encantado —dijo muy serio.

Garstang acompañó a Nikos hasta la puerta y regresó poco después.

—Se ha comportado de una manera muy grosera —dijo el inglés.

—No podíamos dejar que se llevara la estatuilla —se justificó Hércules.

—De ninguna manera le hubiera dejado llevarse la estatuilla, pero no por desconfianza, sino por miedo a que le sucediera algo.

—¿Por qué hemos quedado con Nikos en la Acrópolis? —quiso saber Alicia.

—Queremos que Al-Mundhir nos encuentre cuanto antes. Mañana por la mañana me dejaré ver por el consulado y la estafeta de correos, después iremos por la tarde a la Acrópolis, algún miembro de la secta de los *assassini* tiene que vernos a la fuerza —dijo Garstang.

—Muy buena idea —señaló Hércules más animado. El estado de Yamile le tenía paralizado y le costaba pensar con claridad.

—Será mejor que descansemos, mañana nos espera a todos un día muy largo y peligroso —dijo Garstang saliendo del salón hacia su habitación.

Acrópolis de Atenas, 16 de enero de 1915

—La gran diosa Atenea hace siglos que observa desde lo alto de la Acrópolis a su ciudad. La gran estatua construida en el siglo v antes de Cristo fue durante siglos la que recibía a los viajeros que atracaban sus barcos en El Pireo. Parte de la belleza de la Acrópolis ha sido vencida por el paso del tiempo, pero las columnas de muchos de sus templos se levantan orgullosas sobre la roca sagrada. Durante siglos Atenas fue el faro que alumbraba a toda la humanidad. Aquí nacieron y vivieron personajes como Sócrates, Platón, Aristóteles, Pericles, Fidias, Herodoto o Sófocles —dijo Garstang mientras ascendían por las escalinatas del recinto.

Todos miraban el conjunto de templos con admiración, menos Hércules, que ayudaba a Yamile a ascender por las escaleras.

—Entre los hermosos edificios que componen la Acrópolis, se encuentra el Partenón. El templo, edificado en época de Pericles, fue embellecido por Fidias, que construyó además la gran estatua a Atenea. Después fue templo cristiano, mezquita y polvorín turco en la guerra contra Venecia en el siglo xviii.

—Es una pena que se destruyera en parte —comentó Alicia, que marchaba del brazo de Lincoln. Algunos transeúntes los miraban con descaro, pero ellos preferían ignorar los malos gestos y los cuchicheos.

—Si no hubiera sido por una bomba veneciana que cayó justo en el edificio, el Partenón se conservaría mucho mejor. Además, debemos entonar un *mea culpa*, ya que los británicos nos llevamos gran parte de la decoración del friso a Inglaterra y ahora se exhibe en el Museo Británico.

Una vez en la cima, observaron la gran explanada que empezaba a vaciarse de gente. El sol estaba a punto de desaparecer y los pocos turistas que se arriesgaban a cruzar una Europa en guerra, se apresuraban a sus hoteles temerosos del toque de queda anunciado por el Gobierno.

—¿Qué hora es? —preguntó Hércules, inquieto.

Lincoln extrajo su reloj de bolsillo y abrió la tapa.

—Son las seis menos cuarto.

—¿Está seguro de que los *assassini* le han visto en la embajada o en la oficina de correos? —preguntó Hércules, mientras jugueteaba con su arma dentro del bolsillo.

—Eso espero —contestó Garstang, que casi se había olvidado de los *assassini* al contemplar la hermosa Acrópolis.

—Será mejor que no estemos todos juntos, seríamos una presa fácil. Si les parece bien, Alicia, Yamile y yo nos esconderemos entre la ruinas del Templo de Atenea Niké —dijo Hércules.

—Me parece correcto —dijo Garstang.

—¿Eso quiere decir que nosotros serviremos de anzuelo? —preguntó Lincoln.

—Sí, pero debemos esperar primero a que llegue Nikos Kazantzakis —dijo Garstang.

Rodearon el Partenón, pero al final tuvieron que sentarse en unas piedras, Yamile se encontraba agotada. Unos minutos más tarde, prácticamente se encontraban solos en la gran explanada. Al fondo apareció un hombre caminando con paso firme hacia ellos. Garstang reconoció enseguida a su amigo Nikos.

—Me alegro de verlos —dijo el hombre con un gesto cortés.

—Lo mismo digo —contestó Garstang.

Todos lo observaban con inquietud. La vida de Yamile estaba en juego. No podía resistir mucho más en esa situación, pero sin la inscripción, poco o nada podían hacer para negociar con Al-Mundhir.

—¿Lo ha descifrado o no? —preguntó Hércules, angustiado.

El hombre se acarició la barbilla y esperó unos segundos antes de responder.

—No ha sido tarea fácil, pero...

—Pero, ¿qué? —dijo Hércules.

—¡Lo he conseguido! —exclamó Nikos Kazantzakis sacando su libreta del bolsillo—. He dado con la clave que buscaban.

Base aliada en Salónica, 16 de enero de 1915

Roland Sharoyan dejó la barca de pesca con la sombra de su guardián pisándole los talones. Durante toda la travesía apenas había podido dormir nada. Cada vez que cerraba los ojos se imaginaba la cara que pondrían su madre y su hermana cuando los soldados turcos entraran en su casa. Procuraba borrar esos pensamientos, pero no podía evitarlo. No ignoraba que una vez terminada su misión, le matarían a él y posiblemente a toda su familia, pero intentaría evitar su sufrimiento todo el tiempo que le fuera posible.

Entregó sus papeles al guarda de la garita y su guardián se quedó a unos metros, disimulando mientras miraba un puesto de fruta cercano. Roland, tembloroso, entró en el edificio. Le dolían la cabeza y el cuello. No se sentía seguro de poder mentir a los ingleses, pero debía intentarlo de todas formas.

Cuando entró en la sala de mapas, los oficiales lo miraron con curiosidad. Sus ropas estaban algo sucias y todos podían percibir su estado de ánimo.

—Adelante, muchacho. Lo estábamos esperando desde hace días. Desde Alejandría no dejan de mandarnos mensajes, tiene a medio ejército británico loco —bromeó el general sir Ian Hamilton. Su porte elegante y su elevada estatura contrastaban con el cuerpo pequeño y algo grueso del armenio.

Roland extendió su mensaje sin mediar palabra. Esperaba que se conformaran con lo que decía el papel y lo dejaran marchar cuanto antes. Había planeado matar a su guardián e intentar buscar a su madre y hermana. No creía que las llevaran a Estambul de inmediato, si estaban encerradas en la cárcel de su pueblo o en alguno de los campos donde se estaba empezando a concentrar a los armenios, las encontraría y por lo menos pasaría esos últimos días con ellas.

—Muy bien, excelente. Como pensábamos, los turcos no están protegiendo la península de Gallípoli, sus defensas son muy escasas y con tan poca resistencia no tardaremos más de dos semanas en llegar a las puertas de Estambul —dijo el general Ian, sin poder contener su euforia—. Tenemos que informar cuanto antes al primer lord del Almirantazgo, Churchill debe saberlo todo de inmediato.

—Entonces, ¿podemos comenzar los ataques por barco y desplegar a los marines en la península de Gallípoli? —preguntó uno de los oficiales.

—No nos precipitemos, mandaremos un mensaje hoy mismo al primer lord del Almirantazgo y en cuanto recibamos las órdenes lanzaremos nuestro ataque —contestó el general Ian.

Roland hizo amago de marcharse, pero el general lo llamó de nuevo.

—Muchacho, tengo que preguntarte algo. ¿Entiendes mi idioma?

El joven asintió con la cabeza, un segundo antes de pensarlo mejor. Si el general hubiera creído que no le entendía, le habría dejado en paz.

—¿Cómo están los preparativos de la revuelta armenia en la provincia de Van?

—No lo sé, señor.

—Está bien. Quiero que esperes fuera, tengo un mensaje para ti. ¿Entendido? El mensaje es muy importante, si cae en manos turcas podría suponer el exterminio de tu pueblo y un retraso en el final de la guerra.

Roland asintió con la cabeza y salió con la vista gacha. Cuando estuvo en el pasillo se sentó en un banco y esperó. Las palabras del general resonaban aún en su cabeza. *El exterminio del pueblo armenio.*

Estambul, 16 de enero de 1915

La mesa de Mustafa Kemal estaba repleta de mapas y planos. Sus profundos ojos azules no dejaban de mirar la península de Gallípoli. Había tratado de convencer a sus superiores de que reforzaran la zona. Si los británicos querían atacar Estambul, ese era el punto más débil. No le gustaba la idea de que los aliados estuvieran concentrando fuerzas en Salónica, a unas pocas horas de la capital de Turquía, pero el ataque tan solo podía ser por mar. Sus defensas en las fronteras con Grecia y Bulgaria habían sido reforzadas y los aliados tardarían semanas en romper sus líneas.

Se acarició el bigote rubio, mientras con su mente comenzó a reproducir la conversación con su amigo Ismail Enver. No solo pretendía desmilitarizar a los armenios, también había propuesto el encarcelamiento de más de dos mil líderes armenios y que la población armenia fuera alejada de la frontera rusa. Mustafa sabía lo que podía suponer eso. Miles de hombres, mujeres y niños caminando por medio país en plena guerra. ¿Dónde los establecerían? ¿Acaso no sería más peligroso tenerlos a todos juntos? ¿Cómo los alimentarían? Si había una cosa clara, era que a Ismail no le importaba lo más mínimo lo que ocurriera con los armenios. Pero ¿qué pensarían sus aliados, los alemanes y austriacos? Al fin y al cabo, los armenios eran cristianos. Tampoco le gustaban las ideas islamistas de algunos de los Jóvenes Turcos, él pensaba que Turquía solo sería fuerte si alejaba el islam de la política. Muchas de las ideas de la religión se oponían al avance y desarrollo del país.

Mustafa Kemal se alejó de los planos y miró por la ventana de su despacho. El perfil de Santa Sofía se dibujaba sobre la ciudad. Parecía arder bajo el sol del crepúsculo. La gran cúpula resplandecía como una estrella caída del cielo. Pudo olfatear el olor de la batalla que se avecinaba; pólvora, sangre y sudor ante el altar de la guerra.

Atenas, 16 de enero de 1915

Nikos Kazantzakis se puso delante de todos y comenzó a detallar cómo había llegado a traducir el texto. Hércules y sus amigos no entendían mucho las explicaciones que daba sobre la escritura lineal A, pero se sentían tan eufóricos que escucharon con placer los comentarios del griego.

—Siempre, cuando intentamos descifrar algo escrito en lineal A, nos encontramos con el mismo problema. El número de inscripciones conocidas en lineal A es relativamente pequeño en comparación con las existentes en lineal B. A menor número de muestras, no podemos usar tanto las coincidencias y localizar la especie de alfabeto que hay detrás de la escritura. Más aún, una comparación basada en el número de signos en vez de en el de documentos aumenta esa desproporción, porque muchos documentos en lineal A están mal preservados o son muy breves.

—¿Cómo ha resuelto el problema? —preguntó, impaciente, Garstang. Era consciente de que en cualquier momento podían llegar los *assassini* y no podía permanecer por más tiempo al descubierto.

Nikos miró malhumorado a su amigo. Llevaba un día entero sin comer ni dormir intentando descifrar la inscripción, pensó que lo menos que podía hacer esa gente era escuchar con atención sus explicaciones.

—La colección más amplia de tablillas en lineal A que hemos encontrado proviene del palacio minoico de Hagia Triada, muy cerca de Faistos, al sur de la isla de Creta. Pero se han encontrado tablillas diseminadas por el resto de la isla, por lo que podemos concluir que este sistema de escritura era general en Creta con fines mercantiles. Un idioma comercial.

—¿Una forma de apuntar mercancías? —preguntó Alicia.

—Podríamos denominarlo así, por eso me extrañó que la inscripción estuviera en un objeto sagrado. Eso nos decía que la escritura lineal A también se desarrolló en otro tipo de contextos. La segunda cosa que me sorprendió es que lo encontraran en Egipto. Se han hallado algunas inscripciones en Grecia continental y en zonas más alejadas de Europa y Asia Menor, por lo que podemos concluir que la escritura lineal A fue el sistema de escritura de la civilización minoica de Creta y sus posesiones en ultramar. No simplemente una forma de hacer listas de mercancías.

—¿Qué importancia tiene todo eso? —preguntó Lincoln.

—Tiene mucha importancia, para descifrar un texto, debemos saber antes de qué trata. No es igual una inscripción en la que se pone una lista de mercancías, que una tabla con leyes o ritos religiosos —contestó Nikos, animado al ver el interés creciente del grupo.

—Y, ¿qué ha concluido? —preguntó Hércules.

—Debido al soporte y a las primeras palabras que descifré me di cuenta enseguida de que era un texto ritual o sagrado. La relación entre la lineal A y la lineal B es muy cercana. Muchos de los signos son identificables con los equivalentes en lineal B, aunque algunos son desconocidos para este último, y hay signos en lineal B que no tienen un claro antepasado en lineal A. Los ideogramas también son muy similares y eso nos ayuda a hacernos una idea del significado de las tablillas en lineal A. Además, el sistema numérico es el mismo, aunque menos arreglado formalmente. La lineal A es más primitiva, menos cuidada.

—Más tosca —apuntó Garstang.

—Sí, eso. Bueno, iré al grano. El único caso que se conocía como este era el de las estatuillas encontradas en el sur de Fenicia y en Ugarit. Uno de ellos es una inscripción grabada en un ídolo femenino de barro que porta la doble hacha entre los pechos. Procede de monte Morrone, en el lado italiano del mar Adriático, y se calcula que es de 1800 a 1600 antes de Cristo. Comparé las dos inscripciones y tenían símbolos parecidos. La inscripción va de izquierda a derecha y se trata de una ofrenda del adorador a la diosa del mar Ya-mu. La intencionalidad de la ofrenda hecha por un marino es aplacar a la diosa, para que lo cuide en su viaje. El texto que me dieron también tenía forma de advocación, pero en este caso era al dios Amón. Un dios egipcio, pero no debemos de olvidar que la cultura cretense tuvo muchos contactos con la egipcia, algunos han afirmado que, en realidad, no se trata más que de una rama más de esta. Las siguientes palabras no fueron tan sencillas: inmortal, vida, carne, sacrificio...

—¿Cuál es la traducción exacta? —preguntó, impaciente, Hércules.

Nikos lo miró de reojo, leyó la hoja y se dispuso a pronunciar el texto, y lo hubiera hecho de no ser por las balas que comenzaron a silbar a su alrededor, que les obligaron a agacharse y correr hacia el Partenón para ponerse a cubierto.

Acrópolis de Atenas, 16 de enero de 1915

Cuando se pusieron a cubierto pudieron observar los tres puntos desde donde les disparaban. No podían saber de cuántos hombres se trataba, pero el número no podía ser menor de tres y, por la continuidad de fuego, parecían media docena de tiradores.

Hércules y sus amigos no respondieron al fuego. Tan solo llevaban tres pistolas con unas dieciocho balas en total y, desde aquella distancia, les hubiera sido imposible acertar en el blanco.

—¿Qué vamos a hacer, Hércules? —preguntó Lincoln empuñando su pistola.

—No lo sé. Ellos son más, están mejor armados y no tenemos ninguna oportunidad. Lo mejor será que negociemos y nos rindamos.

—Pero si nos rendimos ¿quién nos garantiza que después no acaban con nosotros de todas formas? —preguntó Lincoln, mientras las balas seguían silbando sobre su cabeza.

—Al-Mundhir querrá probar el rubí sobre alguien. Yamile es su candidata perfecta. Puede devolverle la vida, aunque luego termine con ella y con todos nosotros —dijo Hércules—. Por lo menos ganaremos algo de tiempo.

Lincoln levantó un pañuelo blanco y los disparos se detuvieron por completo. Hércules se puso en pie y gritó:

—¡Nos rendimos con la condición de que utilice el ritual con Yamile y nos deje marchar en paz!

Un silencio total invadió la explanada. Un hombre con bigote y vestido de occidental se levantó. Al principio no lo reconocieron. Al-Mundhir no llevaba sus ropas árabes ni su larga barba.

—¡Si se rinden, no les haremos nada!

—¿Usará el ritual con Yamile? —preguntó Hércules.

Un nuevo silencio y después la voz seca del árabe.

—¡Estoy de acuerdo! Suelten las armas.

Alicia y Lincoln miraron a Hércules, este les hizo un gesto afirmativo y lanzó su arma a tierra. Lincoln y Alicia le imitaron. Seis hombres armados se dirigieron lentamente hacia ellos.

—Pero ¿qué hacen? Nos matarán a todos —dijo Garstang.

—No nos queda más remedio. Es inútil resistirse. Por favor, Nikos, ¿puede entregarme el texto? —dijo Hércules.

Nikos cortó una de las hojas de la libreta y se la entregó. Los *assassini* llegaron hasta ellos y sin dejar de apuntarles los rodearon por completo.

—¿Puede decirle a sus hombres que dejen de apuntarnos?

Al-Mundhir lo miró con desconfianza, pero al final hizo un gesto con la mano y todos bajaron las armas. El árabe extendió la mano, pero Hércules se negó a darle el papel.

—No olvide que me ha dado su palabra. Júrelo por Alá.

—¿Está loco?

Hércules arrugó el papel y se lo metió en la boca.

—Quieto, se lo juro...

Volvió a sacarse el papel y se lo extendió a Al-Mundhir. Este lo miró y se lo devolvió enfurecido.

—No sé leer griego.

Nikos dio un paso al frente y cogió el papel de la mano de Hércules.

—Yo lo leeré.

—No, espere. Hay que seguir un ritual. No podemos hacerlo aquí. Será mejor que nos acompañen —dijo el árabe.

Se encaminaron hacia la gran escalinata. Alicia, Lincoln, Garstang y Nikos iban primero. Justo detrás iba Yamile, que se apoyaba en Hércules. A los lados y cerrando el grupo se encontraban los seis *assassini*.

Apenas habían comenzado a bajar la escalinata cuando un grupo de soldados británicos comenzó a ascender a toda prisa y a extenderse por los lados. Hércules y sus amigos se arrojaron al suelo y comenzó el fuego cruzado. Tres de los *assassini* cayeron de inmediato. Al-Mundhir y los otros dos comenzaron a correr. Los soldados británicos los pasaron y comenzaron a perseguir a los fugitivos. Hércules y Lincoln cogieron las armas de los *assassini* muertos y los siguieron.

Unos minutos más tarde regresaron con un *assassini* vivo.

—Al-Mundhir ha escapado —dijo Hércules, entre jadeos.

—Eso es terrible —comentó el profesor Garstang—. Se ha llevado la joya y la transcripción.

—Eso es lo que él cree —dijo Hércules enseñando la libreta—. Arranqué una hoja al azar. Tuvimos suerte de que no supiera griego.

—Muy inteligente por su parte —dijo, aliviado, Garstang.

—Su idea de involucrar al ejército británico tampoco estuvo mal, pero por lo menos nos podía haber avisado —se quejó Alicia.

—Bueno, sus contactos con el alto mando facilitaron mucho las cosas —dijo Garstang.

—Hace tiempo que conocemos al primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill es un viejo amigo —dijo Hércules.

—¿Cómo encontraremos la joya? —preguntó Yamile con voz débil.

—Interrogaremos a este tipo, lo encontraremos en Atenas y recuperaremos la joya —respondió Hércules, pero él desconocía que las cosas estaban a punto de

complicarse.

Cuarta parte

Los cimientos del mundo



Hasan-i Sabbah, fundador de la secta de los asesinos

Estambul, 16 de enero de 1915

El sultán se encontraba agotado. Sus grandes ojos achinados estaban ojerosos y apagados. Normalmente no concedía audiencias por la tarde, pero los jóvenes oficiales que dominaban ahora la política no aceptaban un no por respuesta. El más tenaz y persistente, por no decir el más altivo y despreciativo, era Mustafa Kemal. Sabía que si dependiera de él, hacía tiempo que habría perdido el trono y hasta la vida, si bien algunos seguían viendo en él al último sultán otomano, sino, sobre todo, al nonagésimo noveno califa del islam, una figura sagrada e inviolable.

Uno de los sirvientes anunció la llegada del general, y Mehmed V intentó poner su más amplia sonrisa. Mustafa Kemal entró golpeando sus botas sobre el suelo de mármol, lo miró con el ceño fruncido y, sin descubrirse, le dijo:

—Sultán, tenemos que actuar lo más rápido posible. Un espía armenio nos ha informado de que los británicos van a atacar por el sur, por la península de Gallípoli, su intención es atacar Estambul.

Mehmed V no pudo evitar la expresión de miedo en su mirada. Si los británicos llegaban a Estambul, su cabeza sería la primera en caer.

—¿Cómo lo sabe?

—Era un agente británico que hemos interceptado. Ahora ha llevado un mensaje falso a los ingleses, pero si no reforzamos rápido ese frente, no podremos resistir.

—Enfrentarnos a los ingleses es una locura. Nuestros ejércitos se batirán en retirada —dijo el sultán, temeroso.

—Hemos vencido a los rusos en el Cáucaso.

—Es cierto, general, pero eso fue hace meses. Ahora nuestro ejército retrocede frente a los rusos.

—Nuestras tropas están a punto de cerrar el canal de Suez y de atacar Egipto.

—No será tan fácil, y menos si ahora hay que enviar tropas a Gallípoli.

—Sultán, la cobardía es nuestra peor enemiga.

—No, general. Nuestra peor enemiga es la imprudencia.

Mustafa Kemal miró fijamente a los ojos del Mehmed V e hincando su dedo índice en el pecho le dijo:

—¿No es usted el califa, la cabeza de la *umma*?

—Alá es poderoso, pero solo podemos vencer con la astucia.

—Pues sea astuto y firme la orden de envío de refuerzos a Gallípoli.

Mustafa le extendió la orden y el sultán la recogió con mano temblorosa. Tomó una de las estilográficas de la mesa y garabateó su nombre.

—Le prometo que no se arrepentirá.

—Por favor, ¿puede dejarme solo?

Mustafa Kemal tomó el papel, lo ojeó y se dirigió hacia la salida.

—General, ¿qué pretenden hacer con los armenios?

—Eso no me incumbe. Yo soy un militar, pregúntele al Gobierno.

—Pero ¿quién ha dado la orden de que los reagrupen?

—Han sido los tres pachás.^[27]

El sultán apoyó la cara en su mano. Desde hacía tiempo era una marioneta en manos del Ejército. Su viejo corazón no lo resistiría mucho, que Alá se apiadara de su alma.

Aleandría, 16 de enero de 1915

El cable de Salónica no dejaba lugar a dudas. El informador armenio había confirmado la vulnerabilidad de Gallípoli y solo quedaba dar luz verde al plan. Churchill se levantó en medio de la reunión y, apoyándose sobre la mesa, comenzó a hablar.

—Caballeros, la historia nos brinda una ocasión única. Si conquistamos Estambul y conseguimos una victoria rápida sobre los turcos, podremos reforzar el frente ruso. Los Estados neutrales de Rumania, Bulgaria, Grecia e Italia perderían el miedo a los austriacos y, con las pertinentes promesas territoriales, se unirían a nosotros en el avance hacia Viena. En menos de seis meses la guerra habrá concluido.

—Pero ¿qué sucederá si no conquistamos Gallípoli? —preguntó uno de los oficiales.

—¿Qué ocurrirá? Recuérdeme, a partir de ahora, que fusile a cualquier oficial que dude de nuestra victoria —dijo, en tono jocoso, Churchill.

Todo el alto mando estalló en una carcajada.

—Los turcos tienen sus fuerzas divididas. Dejmél Pachá está en el canal de Suez, con la pretensión de conquistar Egipto; Enver Pachá ha recibido una buena tunda en Armenia y el Cáucaso, cuando la rebelión armenia triunfe en el frente, los problemas turcos aumentarán.

—Pero Gallípoli lo defiende el V Ejército, dicen que es uno de los mejores del ejército turco —respondió un oficial.

—El mejor ejército de los turcos es como la peor de nuestras infanterías hindúes. No se preocupe, hasta los buenos de los canguros podrán derrotar a esos soldaditos infieles —contestó, altivo, Churchill.

—Pero están dirigidos por Liman Otto von Sanders —contestó el oficial.

—No tengo miedo a un alemán. Un hombre solo no puede cambiar nuestra suerte.

Churchill levantó la barbilla y sus saltones ojos azules miraron a los oficiales. Aquel era su plan, no importaba lo que se pusiera en contra. Él terminaría con el conflicto y volvería como un héroe a casa. Aquella era su guerra y no iba a dejarla escapar.

Atenas, 16 de enero de 1915

Los soldados británicos les llevaron hasta el consulado. Afortunadamente, los griegos habían preferido quedarse al margen cuando el cónsul les explicó que se trataba de unos espías turcos que se habían introducido en el país.

Una vez en el consulado, Hércules y Lincoln interrogaron al *assassini* capturado en una pequeña habitación de los sótanos de la embajada.

El tiempo jugaba en su contra, si Al-Mundhir escapaba de Atenas, las posibilidades de salvar a Yamile se reducían al mínimo y, aunque Hércules se resistía a reconocer el poder milagroso del Corazón de Amón, quería creer que en algo aliviaría su enfermedad.

—Está bien —dijo Hércules en árabe—. Sé cómo hacerte hablar.

Llevaban más de dos horas sin conseguir prácticamente resultados y comenzaban a estar desesperados. La camisa de Hércules tenía grandes cercos de sudor, pero la situación del prisionero era mucho peor. Habían dejado que los soldados lo golpearan, por eso tenía el labio partido, los ojos morados y la cara repleta de cardenales.

—Si colaboras te dejaremos en paz, si no lo haces, te ahorcarán por espía.

—¡Moriré como un mártir, maldito infiel! —gritó el prisionero y después escupió en la cara de Hércules.

—Pero lo peor no es morir. Te haremos vivir con deshonra para tu pueblo —dijo Lincoln.

Aprovechando que estaba atado le obligó a beber alcohol por un embudo. El vino le corría por el pecho y a ratos se ahogaba, pero le suministraron más de dos litros. La cabeza comenzó a darle vueltas, pero se mantuvo firme. Hércules sacó una jeringuilla y le pinchó en el brazo.

—Esto amplificará el efecto —dijo.

Pasados unos minutos el hombre comenzó a echar la cabeza para atrás y poner los ojos en blanco.

—Intentaré hablarle como si fuera su líder —dijo Hércules al oído de Lincoln.

—Nizáριο. Hijo de Alamut, buen *muyahidín*.^[28] Los infieles han engañado al hermano Al-Mundhir, le han dado un papel falso. Si no lo encontramos a tiempo, el ritual será invalidado. ¿Dónde está Al-Mundhir?

—No puedo decirlo, ellos me oirán.

—Tranquilo, estamos solos.

—Ellos me han atrapado —dijo el prisionero como en trance.

—Hermano, no temas. Si no advertimos a Al-Mundhir será la desgracia para el

islam y para los hermanos.

—No puedo.

—No tengo tiempo, si huye no lo encontraré.

—Él regresa a casa.

—¿A casa?

—Vuelve a Alamut, allí está nuestro imán. Alá bendiga su nombre para siempre.

—¿Cuándo partirá?

—Esta misma noche. En el barco rojo.

—¿El barco rojo? ¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, hermano.

Hércules le hizo un gesto a Lincoln y los dos abandonaron la sala.

—¿Crees que dice la verdad? —preguntó Lincoln.

—Está como bajo hipnosis. Lo que nos ha contado parece coherente.

—Entonces debemos darnos prisa y llegar al puerto antes de que escape.

—No tenemos mucho por donde empezar, esperemos que no haya muchos barcos rojos en el puerto —dijo Hércules, poniéndose la chaqueta y subiendo a la planta principal.

El puerto se encontraba completamente desierto. Apenas se veían las luces en algunos de los barcos y el silencio se interrumpía con el sonido del mar y el crujir de los barcos. Hércules y Lincoln buscaron durante más de una hora el barco sin conseguir nada. Lincoln pensaba que el prisionero los había engañado, al fin y al cabo, se trataba de un fanático religioso, que hubiera estado dispuesto a dejarse matar por su religión. Hércules insistía en buscar un poco más, en sus ojos cansados y su expresión de angustia se observaba el miedo a volver a la pensión con las manos vacías.

Cuando estaban a punto de abandonar, observaron un barco pequeño que les había pasado inadvertido. Su casco tenía un color indefinido. El salitre y la erosión habían comido gran parte de la pintura y era difícil determinar el color. Llevaba bandera de Italia, pero era bastante normal que los barcos turcos llevaran banderas falsas para pasar los controles y atracar en puertos occidentales.

Hércules hizo un gesto para que subieran a la cubierta y Lincoln sacó su revólver. No parecía haber nadie en cubierta. Caminaron despacio, de puntillas, para evitar que el crujido de la madera los delatase. Entonces, de las sombras salió una figura que corrió hasta la escalinata. Hércules y Lincoln corrieron tras él y lo atraparon justo cuando estaba a punto de abandonar la cubierta. Allí en el suelo, comenzó a gritar y agitar las piernas.

—Déjenme marchar, por favor.

Los dos hombres se dieron cuenta de que aquella no era la voz de Al-Mundhir y de que sus gritos no eran en árabe. Lincoln siguió apuntando a la cabeza del hombre, pero dejaron que se incorporara un poco. Unos grandes ojos negros los observaron durante unos instantes. Era tan solo un chiquillo asustado, con la cara manchada de grasa y sudor.

—¿Quién eres tú? —preguntó Hércules.

El muchacho no les respondió. Se sentía aturdido por los golpes y tenía la mirada perdida.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? —insistió Hércules zarandeando al joven.

—Soy Roland Sharoyan —contestó el muchacho con voz temblorosa.

—No eres árabe, ¿verdad? —dijo Hércules.

—No, soy armenio.

—¿Qué haces en este barco? ¿Dónde está el resto de la tripulación? —preguntó Hércules, impaciente.

—Se han marchado, bueno todos menos mi guardián.

Hércules soltó al joven, que cayó sobre el suelo. Se puso las manos sobre la cara y dijo algo que no lograron entender. Lincoln ocupó su puesto y siguió interrogando

al muchacho.

—¿Qué haces en este barco? ¿Sabes adónde se han marchado?

—No sé mucho señor, yo era su prisionero. Me iban a llevar con este barco a Estambul, pero algo debió de salirles mal y huyeron en una lancha más pequeña. Me dejaron con mi cuidador, un tipo desagradable. Justo antes de que subieran al barco, había logrado liberarme de él —contestó el muchacho en inglés.

Hércules comenzó a reaccionar y se dirigió de nuevo al muchacho.

—¿Adónde han ido? ¿Hace cuanto tiempo se marcharon?

—Escuché que iban a Estambul y desde allí viajarían al valle de Alamut. No sé más.

—¿Estaba con ellos Al-Mundhir? —preguntó Lincoln.

—Desconozco sus nombres.

—¿Por qué te tenían detenido? —preguntó Lincoln.

—Llevaba un mensaje para el Alto Mando británico en Salónica, me interceptaron y me obligaron a llevar otro mensaje, ahora regresaba para Estambul con la respuesta. Tienen a mi familia —dijo el joven derrumbándose y comenzando a llorar.

—Tranquilo —dijo Lincoln guardando su pistola y rodeando con el brazo al muchacho.

—¿Por qué te retuvieron los *assassini*? —dijo Hércules.

—¿Quién? Los que me retuvieron fueron los soldados turcos, señor.

—¿Los soldados turcos? —dijo Lincoln.

—Eso significa que los *assassini* y los servicios secretos turcos están colaborando —concluyó Hércules.

—No conozco a ese grupo, los servicios secretos turcos me detuvieron, amenazaron con matar a mi familia y me llevaban de vuelta a Estambul, eso es todo lo que sé.

—Han escapado, Lincoln. ¿Qué haremos ahora? ¿Qué sucederá con Yamile? —dijo Hércules totalmente desmoronado.

Lincoln lo miró sin saber que contestar. Conocía esa expresión de angustia e impotencia. Muchos años antes la había contemplado en su rostro, tras ver la muerte de una de sus mejores amigas, la periodista Helen Hamilton.

—Encontraremos la solución, querido Hércules. La encontraremos, se lo prometo —dijo Lincoln poniendo su mano sobre el hombro de su amigo, antes de que este se echara a llorar como un niño.

Estambul, 17 de enero de 1915

Nada más llegar a la ciudad se dirigió directamente a la casa del general. Ya tenía la joya y la transcripción, se sentía eufórico y nervioso al mismo tiempo. Llamó a la puerta del pequeño palacete y esperó respuesta. Unos criados le llevaron hasta un salón y después entró en el despacho.

El general era un hermano más. Tenía que vivir en medio del lujo y la ostentación, pero a veces Alá pedía sacrificios diferentes para unos que para otros. Siempre había sucedido así. Los hermanos se introducían entre los poderosos y en el momento adecuado, se ponían en marcha para servir a la causa.

Apenas había luz en la estancia. Sentado en la mesa le esperaba el general. Al-Mundhir se puso enfrente y saludó al hombre.

—¿Lo has conseguido?

—Sí, señor.

—Alá sea alabado.

—Alá sea alabado.

—Ahora tenemos poco tiempo. Debes partir cuanto antes.

—En cuanto salga el sol partiré.

—¿Has logrado matar a esos hombres?

—No, general, pero no creo que sean ya un problema. Desconocen el gran poder que tiene el rubí. La mujer árabe está a punto de morir, creo que abandonarán.

—Será mejor para todos.

—En cuanto llegue a Alamut y lo tengamos todo preparado, regresaré.

—Nuestro plan sigue adelante. El califa hará lo que nosotros digamos. A los armenios los estamos concentrando en varios campos y muchos han muerto ya, pero no te preocupes, los de Estambul son todos tuyos —dijo el general, sonriente.

—Alá sea bendito —dijo Al-Mundhir con el rostro iluminado por la alegría—. Por fin, devolveremos a los musulmanes lo que les pertenece.

Salónica, 19 de enero de 1915

—¿Quieren atravesar Turquía y Persia en plena guerra? —preguntó el primer lord del Almirantazgo. Acababa de llegar a la ciudad desde Alejandría, para planear los últimos detalles sobre el ataque a Gallípoli.

—No nos queda más remedio —contestó Hércules.

—Comprendo su posición, son unos caballeros y tienen que salvar a una dama en apuros, pero entrar en Turquía es un suicidio.

—No es solo eso, tememos que los *assassini* estén tramando algo. Algo que pueda cambiar el rumbo de la guerra —dijo Lincoln.

Hércules lo fulminó con la mirada. Habían acordado no hablar de ciertos temas con Churchill. El inglés los miró con los ojos muy abiertos.

—¿Los *assassini*? ¿Están bromeando, verdad?

Churchill miró socarronamente a los dos hombres, pero la cara seria de sus dos viejos amigos no dejaba lugar a dudas.

—Pero, ¿me están hablando de la secta que asesinaba a soldados cruzados en los siglos ^{xi} y ^{xii}?

—Como usted sabrá, la secta sigue en activo, hace poco su imán en la India fue gratificado por el rey. De hecho, el rey le conoció siendo aún príncipe de Gales —dijo Lincoln.

—Ahora los *assassini* son tan solo un grupo religioso inofensivo, que ha prestado servicios a la Corona Británica, pero no creo que sean peligrosos.

—Tienen una... —empezó a decir Lincoln, pero Hércules le interrumpió.

—Tienen un as en la manga. Tenemos pruebas de que se han aliado con los turcos, posiblemente pretenden traicionar a su majestad.

Churchill se quedó pensativo. Estaba demasiado ocupado como para perder el tiempo con esas fantasías de sectas de asesinos.

—Les prometí ayuda y no voy a dejarlos en la estacada. Un barco les acercará hasta la costa turca, una vez allí, no puedo garantizar su seguridad. El profesor Garstang no podrá viajar con ustedes, él es británico y sería inmediatamente detenido.

—Muchas gracias, señor —dijo Lincoln, dibujando una sonrisa en su rostro.

—Pero, tengo una segunda condición. En cuanto regresen me informarán de todo lo que sea útil para el ejército británico.

—¿Nos está pidiendo que hagamos de espías? —preguntó Hércules, sorprendido.

—Les estoy ofreciendo un trato.

—Está bien, haremos todo lo que podamos, pero debemos salir cuanto antes —dijo Hércules.

—Esta misma noche partirán hasta una zona próxima a Gallípoli. Recen para que nadie los vea descender de un buque de guerra británico. Si alguien los relaciona con nosotros, están perdidos —dijo Churchill, entornando sus grandes ojos.

—Seremos cinco. Alicia, Lincoln, Nikos Kazantzakis, un joven armenio y yo.

—Espero que sepan lo que hacen. Los griegos y los armenios no son muy bienvenidos en Turquía —contestó Churchill.

—Por eso necesitamos que nos falsifique dos pasaportes, les haremos pasar por judíos persas —dijo Hércules.

—Y ustedes, ¿por qué se harán pasar? ¿Por hindúes? —bromeó Churchill de manera socarrona.

Estambul, 21 de enero de 1915

Después de ser transportados hasta una playa cercana a Estambul, el grupo tuvo que encontrar un transporte y dirigirse por sus propios medios a la capital. Los controles se sucedían constantemente y tuvieron que explicar por qué sus pasaportes no tenían un sello de entrada al país y cuál era el motivo de su visita a Estambul. Para las autoridades turcas, eran un pequeño grupo de comerciantes de países neutrales que pretendían vender material sanitario al ejército.

La ciudad estaba completamente tomada por el ejército. Algunas calles tenían barreras de sacos de arena y en cada sector había que enseñar la documentación. No había duda de que los turcos estaban preparando la ciudad para una posible invasión.

Roland Sharoyan les sirvió de guía en la ciudad. Debían contar con la ayuda de los armenios, al fin y al cabo, tenían que atravesar su territorio. Una zona que oficialmente pertenecería al Imperio otomano, pero que, de facto, se mantenía semiindependiente.

El joven armenio les llevó hasta una villa a las afueras. La casa estaba rodeada por hombres armados. Allí vivía uno de los líderes armenios que aún no había sido detenido. Roland habló con los guardas y entraron en el amplio jardín. Una vez dentro de la casa, Roland les presentó a Chrisostomo Andrass, uno de los líderes de la resistencia armenia en la ciudad. Roland habló atropelladamente en un intento de ocultar su nerviosismo, si la organización se enteraba de que los había traicionado, no dudarían en acabar con él.

—El joven Roland ha hecho bien en traerlos aquí. El mundo necesita testigos de lo que están haciendo a nuestro pueblo. Lo que quiero que sepan es que su misión será muy peligrosa. Turquía está en pie de guerra y se considera a todos los extranjeros como espías, especialmente si estos son cristianos.

—No entiendo por qué sucede esto —preguntó Lincoln—. ¿Acaso no han convivido durante cientos de años?

—No se puede negar que hubo una convivencia pacífica de seis siglos, pero con un final nada feliz para uno de los protagonistas, nosotros los armenios —dijo Andrass.

—Pero los armenios quieren independizarse, es normal que el Gobierno de Estambul no esté de acuerdo. En mi país, los Estados Unidos, varios estados quisieron independizarse de la Unión y sufrimos una guerra civil para impedirlo —argumentó Lincoln.

—Pero nuestra lucha es distinta. Los armenios hemos contribuido al progreso cultural, económico y político del Imperio otomano. Es más, los consejeros de los

más grandes sultanes otomanos siempre han sido armenios. El Imperio otomano ha ido perdiendo fuerza y paulatinamente se ha inclinado hacia Asia. Las autoridades otomanas han reforzado sus relaciones con Oriente y ahora los cristianos sobramos.

—Es normal —replicó Hércules.

—Sí, pero eso también ha llevado a una paulatina turquización, intentando reunir bajo un solo territorio un amplio cinturón imperial de pueblos de origen turco y de otras etnias. Pero los armenios estábamos ahí para recordarles que nosotros éramos los antiguos pobladores de Asia Menor.

—Vivimos en una época de nacionalismos. Pero no veo por qué no pueden integrarse en el Estado. En mí país hay personas de cientos de pueblos distintos y todos conviven en paz —comentó Lincoln.

—Y la gente de su raza, ¿también ellos viven felices en su país? —contraatacó Andrass.

—El pueblo negro empieza a tener oportunidades. Partíamos de una gran desigualdad, pero poco a poco recuperamos nuestros derechos —contestó Lincoln con el ceño fruncido.

—Los armenios estamos muy alejados de los turcos, mientras ellos siguen con sus costumbres ancestrales, nosotros leemos sobre nuevas ideas progresistas que provienen de Europa. Los turcos solo nos han traído pesados tributos, desigualdad, saqueos constantes, y somos considerados ciudadanos de segunda categoría en nuestra propia tierra —dijo Andrass.

—Entiendo su postura —dijo Alicia.

—Naturalmente. Mi pueblo también fue oprimido por los otomanos durante siglos. Cada pueblo tiene derecho a elegir su destino —dijo Nikos Kazantzakis.

—Por eso surgieron rebeliones en mí país y las revueltas comenzaron a ser sofocadas con masacres. Turquía es un conglomerado de muchos pueblos: kurdos, circasianos, cherkezes, y hasta judíos sefarditas. Desde el sultán Abdul Hamid II, pasando por el Triunvirato Ittihad: Se está produciendo un genocidio lento que dura más de treinta años —dijo Andrass.

—Creo que exagera —dijo Hércules.

—¿Que exagero? Primero con Abdul Hamid II y más tarde con su hermano Murat V lo habían dispuesto todo para expulsar o exterminar a los armenios. La nueva constitución de Midhat Pashá pudo haber terminado con las arbitrariedades de los califas, pero la ascensión al poder de Hamid significó la llegada del autoritarismo extremo, del absolutismo ultrajante en el cual el poder se concentra en una sola persona. La constitución turca otorgaba prerrogativas claras para todas las minorías étnicas del imperio, pero fue derogada y Midhat Pashá fue enviado hacia el exilio —se lamentó Andrass.

—Lo ve, todos los turcos no son malos —dijo Lincoln.

—Eso ya lo sé. Tengo amigos turcos. Pero el Gobierno nos considera a todos espías rusos.

—Bueno, a decir verdad, actúan contra ellos —dijo Lincoln.

—Qué otra alternativa queda. Nos han sacado a la fuerza del ejército. Desde la guerra ruso-turca las tensiones en la convivencia entre las distintas etnias del imperio no han hecho más que crecer. Una de ellas fue la inmigración de circasianos y tártaros a la región de Anatolia. Estos y los kurdos se encontraban amparados por leyes totalitarias como la llamada Haffir o Derecho de Protección, en la cual se otorgaba permiso al pillaje hacia los cristianos —dijo Adrass.

—¿Qué dice? —preguntó, sorprendido, Lincoln.

—Lo que oye, fue uno de los permisos más reaccionarios que otorgaba el absolutismo Hamidiyé, aquel por el cual «cualquier musulmán tenía permiso de probar su sable en el cuello de un cristiano».

—Pero eso es bárbaro —dijo Lincoln.

—Es que el problema de los armenios también es una cuestión religiosa, desde que Rusia atacó las ciudades de Batum, Ardahán y Kars, a los armenios nos han culpado de traición por haber ayudado al avance de las tropas del zar. Como escarmiento, el sultán Hamid alentaba a que kurdos, circasianos y tártaros formasen escuadrillas de la muerte, que él mismo denominaba «*Hamidiyé*», que se encargaban de saquear los hogares armenios, hasta dar muerte en caso de resistencia.

—No sabía nada sobre las crueldades de los Gobiernos de Estambul hacia los armenios —dijo Alicia.

—Los rusos, en cambio, prometían que si se anexionaban a su imperio las ciudades ocupadas, protegerían a la población armenia. Por eso el 3 de marzo de 1878 se firmó el Tratado de San Stefano, en el cual el Imperio otomano, a través del artículo dieciséis, proponía a los rusos que dejaran los territorios ocupados a cambio de la implantación de mejoras en las provincias habitadas por armenios. ¿Lo comprenden? Los turcos se comprometieron internacionalmente a tratarnos con dignidad, pero no han cumplido su palabra.

The GROWTH of the OTTOMAN EMPIRE

From the Early 14th Century Till 1517



El Imperio otomano

—Es cierto, no lo han hecho —dijo Roland, que hasta ese momento había permanecido callado. Sus ojos reflejaban la ira y la furia de todo su pueblo.

—Fue la primera vez que la diplomacia mundial tomaba cartas en el tema armenio, pero unos meses más tarde se firmó en el Congreso de Berlín un texto ambiguo sin especificaciones de las mejoras reales para la población. El sultán Hamid entendió que los armenios aprovecharían la reforma administrativa del territorio del imperio para conseguir la autonomía como lo había hecho Bulgaria años antes —dijo Andrass.

—¿Y no lo hubieran hecho si hubieran podido? —preguntó Hércules.

—Naturalmente que lo hubiésemos intentado. Estábamos en nuestro derecho, pero en ese momento tan solo pedíamos la autonomía.

—Seguramente las cosas se calmarán cuando la guerra acabe —dijo Lincoln.

—El despertar nacional es imparable. Hay varios partidos políticos armenios en el exterior, pero con intensa actividad dentro del Imperio otomano. Está el Partido Armenagán, la Federación Revolucionaria Armenia, el Partido Hunchakian y el Partido Ramgavar. Nosotros pertenecemos a la Federación Revolucionaria Armenia —dijo Andrass.

—¿La zona por la que tenemos que atravesar es peligrosa? —preguntó Alicia.

—Hay rebeliones en varias ciudades y pueblos como Zeitún y Sassoun. Los armenios nos hemos levantado en respuesta a los ataques que los kurdos realizan por mandato del sultán —dijo Andrass.

—Es cierto, mi padre me contaba que el sultán no podía soportar que los armenios tuvieran contactos con el mundo exterior y con el protestantismo a través de los misioneros evangélicos que habitaban toda la Anatolia en busca de nuevos adeptos. Por eso, a mediados de 1895 el Sultán Rojo^[29] ordenó que masacraran armenios en toda la región de Anatolia, especialmente aquellos vinculados a los partidos políticos y misiones religiosas cristianas —dijo Roland—. Lo sé porque mi padre, que era pastor evangélico, fue masacrado por ellos y nuestra iglesia arrasada.

—Lo lamento —dijo Lincoln. Él mismo era hijo de un ministro bautista de color y sabía lo dura que era la vida de misionero.

—Pero los armenios no nos quedamos con los brazos cruzados, arremetimos contra los kurdos por primera vez en la batalla de Janasor y en Estambul, un grupo de armenios tomó al Banco Otomano y amenazó con volarlo si no se llevaban a cabo las medidas prometidas. Los hombres no detonaron la bomba, pero sí detonaron la furia de Abdul Hamid, quien ordenó nuevas masacres para las poblaciones próximas a Estambul —dijo Andrass.

»La popularidad de los turcos se hundió en Europa, el propio Abdul Hamid tuvo

que enfrentarse a una crisis diplomática. Las embajadas de toda Europa y de los Estados Unidos pidieron explicaciones a causa de las muertes indiscriminadas de armenios y de los misioneros extranjeros. El descontento era grande y la tensión causada por las pérdidas territoriales en los Balcanes era insostenible. Fue así que fue gestándose en Salónica un movimiento secreto, supuestamente progresista y racionalista.

—Los Jóvenes Turcos —dijo Nikos Kazantzakis.

—Sí, los Jóvenes Turcos, que estaban en conexión con los miembros de varias organizaciones secretas y diplomáticas de Europa y los Estados Unidos, y que consiguieron relegar del poder al sultán Hamid. Fue justamente un 24 de abril de 1908, hace apenas seis años, cuando toda la población otomana, inclusive nosotros, los armenios, celebramos el cambio de régimen sin llegar a imaginar que la semilla destructiva que germinó Abdul Hamid II daría su fruto bajo el Gobierno de los Jóvenes Turcos —dijo Andrass, sin poder evitar que su voz se quebrase por la angustia.

—Lo lamentamos —dijo Lincoln.

—No se preocupen. Cuando los británicos venzan, podremos tener al fin nuestra nación. Vengan que les enseño la ruta que deben seguir —dijo el hombre, dirigiéndose a una mesa.

El resto del grupo lo siguió y se puso a su alrededor.

—Les acompañarán cuatro hombres de los nuestros. Les servirán de escoltas y de guías. Observen —dijo, inclinándose sobre el mapa—, atravesarán territorio turco durante todo el camino. La ruta más segura, aunque no sea la más directa, es que tomen el tren Estambul-Ereván. Desde allí tendrán que continuar en coche por la vieja carretera hasta Bakú y en un barco ir hasta Rasht, desde donde partirán hasta Qazvin y desde allí al valle de Alamut. El regreso es mejor que lo hagan por Siria. Es frente de guerra, pero encontrarán ayuda británica.

—¿Cuántos días tardaremos en hacer todo el viaje? —preguntó Hércules, preocupado por Yamile. Su estado era estable, pero no sabía cuánto podía continuar en esa situación.

—Desde aquí a Ereván en tren son tres días si no hay interrupciones, pero tendrán que bajarse antes. La ciudad está en la parte rusa de Armenia. Desde Ereván a Bakú, se tardan dos días en coche y desde allí a Qazvin no lo sé, nunca he estado, pero en dos o tres días estarán al pie de las montañas —dijo Andrass.

—Eso suma en total entre ocho y diez días —dijo Alicia.

—Más lo que tardemos en atravesar el valle de Alamut y en regresar —añadió Hércules.

—Un mes, si todo va bien, en un mes estarán de regreso.

Hércules sintió la boca seca. Se sentía culpable por no haber atrapado a Al-

Mundhir y ahora, tenían que atravesar Turquía, Irak e Irán, detrás de un loco fanático.

Estambul, 22 de enero de 1915

Armen Movsisian miró a su espalda, pero no había nadie siguiéndolo. En los últimos días se sentía inquieto. Varios amigos del sultán le habían dicho que los militares tramaban algo contra los armenios, pero él se imaginaba que eran los pogromos de siempre, unos cuantos armenios cristianos muertos para aplacar la furia de los musulmanes y todo volvería a la normalidad. No se creía un cínico, pero unos pocos armenios pobres no le preocupaban mucho. Él era primero turco y después armenio. Su familia había servido a tres sultanes y ni en los peores momentos del Sultán Rojo habían tenido nada que temer.

La noche se cernía sobre Estambul y Armen Movsisian aceleró el paso, dejó el barrio armenio y se dirigió a palacio. Le resultaba extraño que el sultán lo hubiese convocado a esas horas, pero quién era él para discutir nada al descendiente directo de Mahoma.

Empezó a caminar por la gran avenida. El toque de queda mantenía las calles vacías en cuanto se ponía el sol, pero él tenía un pase especial. Se ajustó el abrigo y sintió un escalofrío. Una niebla densa comenzaba a humedecer el ambiente y lamía sus viejos huesos armenios.

Escuchó un murmullo y se giró asustado. Tres jóvenes judíos charlaban animosamente. Era extraño ver a judíos a esa hora por la calle, pero algunos estudiaban la Torá hasta tarde en las escuelas rabínicas. El grupo se aproximó hasta él y uno de los jóvenes comenzó a hablarle.

—Perdone. Nos hemos perdido. ¿Sabe dónde está la calle Osmanada mahallesi?

Armen Movsisian se extrañó de la dirección. Ese barrio estaba al otro lado del Cuerno de Oro^[30] y en esa zona no eran bienvenidos los judíos.

—Tienen que ir hasta el puente.

—¿Qué puente? —preguntó en perfecto árabe.

—Aquel —dijo el hombre, señalando con el dedo.

—¿No puede acompañarnos? —dijo el joven judío.

—Lo siento, pero tengo que ir de inmediato al palacio de Dolmabahçe.^[31]

El anciano Armen Movsisian murmuró algo entre labios y se alejó de los jóvenes, pero antes de que pudiera reaccionar, estos le volvieron a rodear. Se levantaron sus capas y extrajeron tres puñales.

—¡San Gregorio, protégeme!

Los tres hombres se abalanzaron sobre él. Le acuchillaron una y otra vez, mientras él intentaba parar las cuchilladas con las manos.

—Viejo infiel —dijo uno de ellos—. Los *assassini* te enviamos al infierno de los

no creyentes. Dentro de poco, toda tu casta desaparecerá del islam.

El anciano cayó al suelo en medio de un charco de sangre. Se le nublaba la vista mientras sus asesinos seguían acuchillándole en el suelo. Comenzó a rezar una oración entre labios. El viejo Dios de los armenios, el mismo que había despreciado tantas veces, era ahora su único consuelo.

—¡Hoy ha sido uno, pero dentro de poco morirán a cientos! —gritó uno de los *assassini* mientras limpiaba su daga con la ropa del anciano. Sus compañeros sonrieron y los tres hombres se dirigieron a por su próxima presa.

Estambul, 23 de enero de 1915

Cuando Mustafa Kemal entró en la sala del trono, el rostro del sultán estaba angustiado. Sus grandes ojos se mantenían cerrados y tenía la cabeza inclinada. No se había aseado aquella mañana y su aspecto era lamentable.

—¿Qué sucede, sultán? —preguntó el general.

—¿No lo sabéis?, pues a esta hora conoce la noticia todo Estambul.

Mustafa conocía las muertes violentas de la noche anterior, pero se resistía a que no se lo contara su angustiado monarca.

—Han matado a mi secretario de economía, Armen Movsisian, a tan solo unos metros de palacio. Nuestros enemigos están por todas partes —dijo el sultán en voz baja.

—Era un maldito armenio, qué importa su vida. Hace mucho tiempo que le pedimos que lo destituyera.

—Su familia ha servido a la mía durante más de doscientos años. ¿Por qué iba a destituirlo?

—Porque era cristiano y ya sabe lo que opina el pueblo de los favoritismos a los cristianos.

—¿Favoritismos con los infieles? Pueden criticar mi gobierno, pero he sido implacable con los armenios rebeldes.

—¿Acaso los hay leales? —preguntó Mustafa con media sonrisa.

—Pero, eso no es todo. Alguien mató a dos soldados de la guardia y, lo que es más grave, han asesinado a Yapar Büyükanýt —dijo el sultán horrorizado.

—¿El maestro de la *madraza*^[32] más famosa de Estambul?

—Sí, en cuestión de horas comenzará una matanza en la ciudad. Será el caos.

—¡No lo permitiré! —gritó Mustafa—. Los ingleses están preparando un asalto a la ciudad. La ira contra los creyentes tendrá que esperar. Sacaré todos los soldados a las calles y protegerán hasta el último armenio. Cuando el peligro haya pasado en Estambul y los ingleses se alejen, ya veremos lo que hacemos con esos malditos armenios.

El sultán lo miró sorprendido. Nunca había visto a Mustafa Kemal tan alterado, normalmente era un hombre frío e inexpresivo.

De Erzerum a Ereván, 24 de enero de 1915

El tren marchó con puntualidad suiza hasta la zona armenia. Ninguno de sus guías podía creerse que hubieran atravesado toda Turquía sin el más mínimo incidente. La explicación parecía encontrarse en un grupo de altos funcionarios del Gobierno que viajaban en el tren y por los que se había dado preferencia al convoy.

Hércules parecía siempre como ausente. Apenas hablaba con nadie y se pasaba las horas observando el paisaje por la ventana. Lincoln y Alicia intentaban animarle, pero sin conseguirlo del todo. Poco a poco su relación iba afianzándose, aunque también discutían con frecuencia. Nikos y Roland conversaban animadamente sobre multitud de temas y, los cinco guías que les acompañaban vigilaban discretamente a los pasajeros que pasaban por su vagón.

Tras su llegada a Erzerum el camino se hacía más peligroso y difícil. No había comunicación con Ereván, pero lograron alquilar un pequeño camión, que intentaron hacer más confortable con varios colchones. La carretera principal estaba cortada, por lo que tuvieron que utilizar varias carreteras secundarias para acercarse a la frontera rusa.

El espectáculo espeluznante de miles de armenios desplazados hacia el oeste les acompañó el resto del viaje. La excusa oficial era que el Gobierno quería alejarlos de la zona de conflicto, pero los kurdos y otros pueblos no eran molestados. Las columnas de desplazados tenían un aspecto patético. Hombres, mujeres y niños atravesaban los campos helados, sin apenas comida, ropa o agua. Los soldados los escoltaban indiferentes. Si un anciano o un niño caía extenuado en el camino, allí lo dejaban a su suerte. Normalmente eran asaltados por kurdos y otros grupos, que les quitaban los zapatos y sus pobres posesiones, para dejarlos morir sin compasión.

Los soldados no los pararon ni una sola vez. Tenían miedo de que un rápido avance ruso los atrapara, pero los rusos concentraban sus fuerzas más al norte, por la zona de Kars y Ardahán. Las diferencias que percibieron al atravesar la frontera rusa fueron notables. Las tierras estaban labradas y sembradas, los campesinos vestían ropas más ricas y su aspecto era más saludable. Sorprendía el cuidado de los edificios y en especial de las iglesias, que era muy distinto al de la parte turca, con iglesias quemadas y abandonadas.

El camión llegó a Ereván. El grupo se encontraba agotado, pero en contra de lo que imaginaban, la ciudad tenía todo tipo de comodines y su aspecto era completamente europeo. Al fondo de la ciudad se veía el gran monte Ararat, donde según la tradición cristiana había reposado el Arca de Noé después del diluvio.

Los guías les llevaron hasta una de las iglesias de la ciudad a la que llamaban

catedral. Subieron una gran escalinata y se introdujeron en la iglesia. A pesar de las imágenes, su interior tenía poco que ver con las recargadas iglesias ortodoxas en Grecia o Egipto. La luz penetraba por todas partes y las telas púrpuras y los tapices recubrían las frías piedras de los muros.

—Descansaremos hoy en la ciudad —dijo Artmut, el jefe de los guías.

—¿No podemos salir esta misma noche? —preguntó Hércules.

—Sería inútil. Llegaríamos a Bakú de noche y de todas formas tendríamos que perder un día, hasta que saliera el primer barco —contestó Artmut.

—Estamos agotados, nos vendrá bien un descanso —dijo Lincoln, animando a su amigo.

—Está bien —contestó, resignado, Hércules.

—Seremos huéspedes del obispo Levon Kocharian. Es uno de los hombres más prestigiosos de toda Armenia —dijo Artmut.

—Me sobrestima —dijo un sacerdote, que se acercaba a ellos por el largo pasillo. No vestía los hábitos episcopales. Su indumentaria era parecida a la de algunos sacerdotes anglicanos. Traje negro, camisa negra lisa y un alzacuellos blanco.

—Eminencia, Levon Kocharian, me alegra volver a verle —dijo Artmut, fundiéndose en un abrazo con el obispo.

—¿No me vas a presentar a tus amigos?

Artmut hizo las presentaciones. El obispo saludó uno a uno a sus invitados, pero se detuvo en Hércules.

—¿Ustedes son los que quieren visitar el valle de los Asesinos? —le preguntó sin soltar la mano.

—Sí —contestó Hércules, aturcido por la expresión de la cara del obispo.

—Allí hay algo más que páramos solitarios y arboledas. Desde hace siglos se concentra toda la potencia del mal entre los muros de los castillos que levantaron los *assassini*. Dice la leyenda que el que se adentra en el valle se convierte automáticamente en uno de ellos.

—Tendremos cuidado —comentó Hércules, soltando la mano del obispo.

—Hay cosas que la voluntad humana no puede controlar. Como usted no puede disimular la angustia de su mirada.

Hércules lo miró sorprendido, pero luego pensó que todo era un truco. El mensajero que había avisado de su llegada, también le había hablado de la situación de Yamile.

—Estamos preparados para enfrentarnos con lo que sea —dijo Hércules.

—No se puede combatir el mal con armas humanas. Se lo aseguro. Tendrán que aprender a luchar contra él con otro tipo de pistolas.

—Lo siento padre, pero yo no creo en el agua bendita y todas esas mojigaterías religiosas.

El obispo frunció el ceño y lo miró directamente a los ojos. Después relajó la expresión y puso una mano sobre sus hombros.

—Perdóneme, no es de buen anfitrión discutir con sus huéspedes recién llegados y cargados de maletas. Le pediré a mi criado que los acomode, y esta noche en la cena seguiremos hablando.

Todos se dirigieron a sus habitaciones y el obispo se acercó al altar mayor. Comenzó a rezar en voz alta, hasta que una imagen terrible cruzó su mente y empezó a sudar.

Ereván, 24 de enero de 1915

La casa pastoral del obispo era modesta, pero estaba bellamente decorada. Hércules había visitado algunos palacios episcopales en España y la suntuosidad y el lujo contrastaban con la decrepitud de sus titulares. Levon Kocharian era un hombre joven para el cargo que ostentaba. Sus rasgos infantiles todavía se descubrían debajo de una barba rubia, no muy poblada y larga. Sus ojos azules se achinaban al sonreír y, cuando no le llevabas la contraria, se deshacía en halagos y amabilidad.

No había habitaciones para todos, pero Hércules y Lincoln recibieron una de las habitaciones más amplias, Alicia fue acomodada en una habitación sola, mientras que a Nikos Kazantzakis y Roland se les alojó en otra.

Después de darse un baño relajante, el primero que se daban desde su salida de Atenas, el grupo se dirigió al gran salón. En el centro, una gran mesa de caoba con diez sillas, estaba servida con varios manjares. A todos se les fueron los ojos tras la comida. Su alimentación a base de conservas había sido uno de los suplicios del viaje.

El obispo Levon Kocharian estaba sentado en la cabecera de la mesa. Hércules y Nikos se pusieron uno a cada lado, después Alicia, Lincoln y Roland.

—Me imagino que mi buen amigo Crisóstomo Andrass les habrá contado la historia de nuestro desgraciado pueblo.

—Nos informó de la situación actual y de las persecuciones que empezaron en el siglo pasado —dijo Hércules.

—No siempre hemos sido un pueblo perseguido —dijo el obispo, haciendo un gesto para que los criados sirvieran el vino—. Hubo una época en la que fuimos una nación admirada y temida por nuestros vecinos. Estamos orgullosos de ser la primera nación que adoptó el cristianismo como religión de Estado. La Iglesia armenia actual es la heredera de esa tradición. Nuestra sede es independiente de la católica y las iglesias ortodoxas de los países del Este.

—¿No son ortodoxos? —preguntó Lincoln.

—No exactamente, nuestra iglesia se separó de Roma en el 451 después de haber rechazado el Concilio de Calcedonia. La Iglesia apostólica armenia forma parte de la comunión ortodoxa oriental, pero no es una Iglesia ortodoxa oriental. Nuestras creencias son muy diferentes. San Gregorio el Iluminador fue nuestro gran patrón. Debido a sus creencias, fue perseguido por el rey pagano de Armenia, y fue castigado a ser lanzado por un acantilado en Khor Virap.

—¿Por qué le llaman el Iluminador? —preguntó Alicia.

—Él obtuvo el título de Iluminador porque ilumina los espíritus de los armenios

trayendo la fe cristiana a estas tierras.

—Entonces, ¿el pueblo armenio no puede explicarse sin la Iglesia armenia? —dijo Nikos—. Algo parecido sucede en Grecia con la Iglesia Ortodoxa griega.

—En el año 406, la situación política de Armenia parecía incierta, pero el rey de Armenia, Mesrop Mashtots, realizó una renovación nacional. Creó el alfabeto único para adaptarse a las necesidades de la población y gracias a él, se inició una nueva Edad de Oro. Pero durante siglos, el paganismo acechó a Armenia. En el siglo v, el Imperio sasánida del sah Yazdegerd II, trató de conquistar Armenia e imponer la religión zoroástrica. Pero esto provocó una rebelión al mando de uno de nuestros caudillos, Vartan Mamikonian, que lideró a los rebeldes. Yazdegerd mandó un gran ejército para aplastarle y los dos contendientes se enfrentaron en la batalla de Avarayr. Los sesenta y seis mil rebeldes, en su mayoría campesinos, perdieron la esperanza de ganar la batalla, cuando Mamikonian cayó muerto. Sabían que sin su liderazgo no tenían posibilidad de enfrentarse al numeroso ejército persa. A pesar de la derrota, nuestro pueblo no se resignó y comenzó una posterior guerra de guerrillas que desgastó a los persas y desembocó en el Tratado de Nvarsak, que garantizaba la libertad religiosa a los armenios. Fue nuestra primera batalla por la libertad —dijo el obispo, comenzando a comer el primer plato.

—Hay algo en lo que no estoy de acuerdo, Armenia es cristiana, pero no tiene que pertenecer a la Iglesia apostólica armenia. La iglesia oficial muchas veces ha dado la espalda al pueblo y ha servido al invasor de turno —dijo Roland—. Tampoco ha hecho nada para impedir el asesinato de misioneros extranjeros, ni de cristianos de otras confesiones, cuando los turcos empezaron a perseguirlos, la Iglesia armenia miró para otro lado.

—No siempre hemos podido ayudar a todos. Primero hemos ayudado a los nuestros, pero ahora todo el pueblo armenio está unido contra los turcos —dijo el obispo.

—Pero a favor de Rusia. Mientras tengamos un amo, no seremos libres —dijo Roland, alzando algo la voz.

El obispo le hincó la mirada. Respiró hondo y le contestó.

—Nuestra historia ha sido siempre un peligroso equilibrio entre lo ideal y lo posible. Primero tendremos que estar bajo el yugo suave de Rusia, al menos ellos son cristianos como nosotros. Lo mismo sucedió en el año 591, cuando el gran guerrero y emperador bizantino Maurice derrotó a los persas e incorporó parte del territorio de Armenia a su imperio. No éramos libres, pero estábamos mejor que con los persas —dijo el obispo.

—Sí, pero las luchas de las diferentes facciones cristianas debilitó a Bizancio y nuestro pueblo también aceptó con agrado la invasión de los ejércitos musulmanes —contestó Roland.

El resto de comensales seguía con dificultad la conversación. Cuando los dos armenios se enfadaban hablaban en su idioma, dejando al resto fuera de la discusión. El obispo, comenzando a perder la compostura, dijo al joven:

—Sin embargo, muchos armenios apoyaban a los bizantinos. El mismo emperador Heraclio era de origen armenio, como sucedió también con el emperador Philippicus. El emperador Basilio I, que tomó el trono bizantino en 867, fue el primero de lo que se considera la dinastía armenia. Me temo que esos misioneros protestantes ingleses te han explicado una historia distinta a la verdadera.

—No eran ingleses, eran norteamericanos, pero la historia la aprendí de mi padre, que era un gran hombre y un gran estudioso —dijo Roland ofendido.

—Bueno, caballeros. Lo importante ahora es que tienen un enemigo temible. Durante todo el camino hemos visto filas interminables de deportados. Muchos no llegarán con vida a la costa —dijo Hércules.

—La situación empeorará si los turcos avanzan en el frente —comentó Nikos—. Grecia e Italia están en negociaciones con Gran Bretaña para entrar en la guerra. Creo que los rusos han pedido desesperadamente que los ingleses abran un nuevo frente a los turcos. Temen que logren romper sus líneas y hagan una pinza con el ejército alemán.

—Los armenios sobreviviremos —sentenció el obispo. Después miró a Roland y le dijo—: Desde el siglo ix Armenia fue reconocida como un reino soberano por las dos grandes potencias de la región. Se construyó Ani, la nueva capital de Armenia, lo que la convirtió en una nación próspera y poblada, que ejercía influencias políticas y económicas sobre las naciones vecinas. Pero, al estar entre dos grandes imperios rivales, el Imperio bizantino y el abasí del Califato de Bagdad, sufrimos numerosas desgracias —dijo el obispo.

—Pero la mayor desgracia vino con los turcos, como le pasó a Grecia —dijo Nikos.



Mapa de Armenia

—Sin duda, los turcos tomaron la capital en el 1064. Y poco después, en el 1071, después de la derrota de las fuerzas bizantinas en la batalla de Manzikert, los turcos capturaron el resto de la Gran Armenia. Lo que significó el final de la libertad religiosa en Armenia durante casi mil años —dijo el obispo.

—Las cruzadas favorecieron a los armenios —dijo Lincoln.

—No mucho —dijo el obispo.

—Pero, si eran cristianos que venían a liberar tierra santa —dijo Alicia.

—Sí, es cierto que los caballeros de la primera Cruzada cooperaron con los armenios creando un estado floreciente en el sureste de Asia Menor hasta que fue reconquistada por los musulmanes. Cuando el conde Baldwin atravesaba Asia Menor con destino a Jerusalén, Thoros de Edesa negoció con él —dijo el obispo.

—Entonces favoreció la llegada de cruzados —dijo Hércules.

—Bueno, durante la Tercera Cruzada, prevalecieron los intereses de Bizancio, del Sacro Imperio Germano, del Papado, e incluso los Abásidas. León II fue nombrado príncipe de Armenia, por el emperador de Alemania y el emperador de Bizancio. Los representantes de toda la cristiandad y una serie de estados musulmanes asistieron a la coronación. Debido a su importancia estratégica, Armenia sufrió una guerra constante y pasó de manos de los persas a la de los otomanos en varias ocasiones. En el peor momento de las guerras turco-persas, Ereván cambió de manos catorce veces entre 1513 y 1737 —dijo el obispo.

Los criados retiraron los postres y todos los comensales se levantaron de la mesa. Era costumbre que los hombres y las mujeres se separaran en ese momento. Que los caballeros bebieran algunos licores y fumaran cigarrillos mientras discutían de política, mientras que las mujeres se retiraban a otra estancia para hablar de sus cosas, pero dado que Alicia era la única dama, se incorporó a la conversación en el salón contiguo.

Las paredes estaban repletas de estanterías. Hércules pidió permiso para hojear algunos libros y comenzó a sacar tomos al azar.

—Veo que sus lecturas son muy variadas. Hay libros en francés, alemán, ruso, árabe e inglés —dijo Hércules.

—Bueno, estudié en Europa. En la Sorbona de París, y me doctoré en Teología en la Universidad Ortodoxa de Moscú.

—¿Por qué regresó a Armenia? —preguntó Alicia.

—Era mi deber. Yo podía escapar de la pobreza y esclavitud que soportaba mi pueblo, pero no podía estar impasible ante su dolor. Durante siglos hemos soportado guerras y sufrimientos. En el siglo ^{xvii} padecimos la primera deportación en masa. La excusa fue el ataque persa del sah Abbas I que llegó hasta aquí, el valle de Ararat.

Tras el asedio de Kars, llegó un gran ejército otomano, al mando de Djghazadé Sinan Pachá. El sah ordenó la retirada, pero al mismo tiempo ordenó la destrucción de la mayoría de las ciudades y granjas de la llanura. La población recibió la orden de seguir al ejército persa en su huida. Se calcula que fueron desplazadas más de trescientas mil personas, los que se resistieron a la deportación fueron ejecutados en el acto. El sah ordenó también la destrucción del único puente, por lo que los deportados tuvieron que cruzar el río a pie, lo que provocó una gran cantidad de ahogamientos, al verse los refugiados arrastrados por la corriente; pero ese fue tan solo el comienzo de su calvario. Un testigo ocular, el padre De Guyan, describió la terrible deportación en un libro. Ese de allí, ¿me lo alcanza por favor, Hércules?

El obispo abrió un ajado volumen encuadernado en piel y comenzó a leer:

—«No fue solo el frío invernal que causaba la tortura y la muerte a los deportados. El mayor sufrimiento vino del hambre. Las provisiones que los deportados habían traído con ellos pronto se consumieron... Los niños lloraban pidiendo alimentos y leche, pero no había nada para darles, porque las mujeres tenían los senos secos por el hambre... Muchas mujeres, hambrientas y agotadas, abandonaron a sus niños famélicos en la orilla de la carretera, y continuaron su camino con la mirada perdida. Algunos se escapaban a los bosques cercanos en busca de comida, pero por lo general no regresaban. Muchas veces los muertos fueron el único alimento que quedaba.»

—Pero eso es terrible, ¿la gente se comía a sus muertos? —dijo Alicia, horrorizada.

—El hambre es capaz de volvernos locos —comentó Nikos—. A lo largo de la historia ha habido varios casos de canibalismo a causa de la extrema carestía. Al fin y al cabo, tan solo somos animales primarios.

—Es preferible la muerte —dijo Lincoln, indignado—. No podemos aprobar esa conducta, por muy desesperada que sea.

—Incapaz de mantener su ejército en la llanura desolada, el general otomano, Sinan Pachá se vio obligado a pasar el invierno en Van. Pero tras el invierno los ejércitos del sah derrotaron a los turcos, si bien su táctica de tierra quemada había causado un coste de vidas tremendo, se calcula que de los 300.000 deportados, menos de la mitad sobrevivió a la marcha de Isfahan. Además Abbas estableció el kanato^[33] de Ereván, poniendo a un musulmán al mando. Los armenios fueron deportados del valle de Ararat a las regiones circundantes —dijo el obispo, dejando el libro sobre una mesita.

Lincoln se sentó enfrente del obispo. No podía ni imaginar la trágica historia del pueblo armenio. Durante siglos había vivido sojuzgado, pero había logrado superar todas sus adversidades.

—¿Cuándo llegaron los rusos a esta zona? —preguntó Hércules.

—A raíz de la guerra entre Rusia y Persia, en los años 1826 al 1828. Parte de Armenia se encontraba bajo control persa, pero los rusos conquistaron Ereván y el lago Sevan, e incorporaron los nuevos territorios a Rusia. Los rusos lo llamaron la provincia de Ereván. Desde entonces, en esta parte de Armenia hemos vivido en paz, en comparación con nuestros hermanos de la parte otomana, aunque los enfrentamientos con los tártaros y los kurdos son frecuentes. Somos demasiados pueblos para un territorio tan pequeño.

Hércules miró a sus compañeros. A pesar de la animada charla no podían ocultar su agotamiento.

—Será mejor que nos retiremos. Todavía nos queda un largo viaje hasta el valle de Alamut —dijo Hércules.

—Sí, nos vendrá bien dormir en una cama de verdad —dijo Lincoln poniéndose en pie.

—Una última pregunta —dijo Hércules dirigiéndose al obispo—. ¿Por qué nos dijo cuando nos recibió en la iglesia, que deberíamos enfrentarnos a fuerzas que no eran humanas?

—Los *assassini* son extremadamente peligrosos. Conservan conocimientos ocultos que han transmitido de generación en generación. Será mejor que se acerquen al valle con cuidado y no se dejen engañar por sus maquinaciones. Que Dios los proteja.

Estambul, 26 de enero de 1915

El sultán Mehmed V caminaba con aire ausente por el frondoso jardín de palacio. En unos meses las flores comenzarían a brotar y su aroma rompería con el olor a muerte y desolación que se cernía sobre su ciudad y su imperio. La guerra no marchaba del todo mal. Los rusos les habían parado en el norte, pero uno de sus ejércitos se dirigía a través de Palestina hasta Egipto, si bien no quería enturbiar su agradable paseo con la guerra.

Se sentó en uno de los bancos del jardín, apoyó sus dos brazos sobre el respaldo y echó la cabeza para atrás.

—Alteza —dijo una voz a su derecha.

La cara de Enver Pachá sustituyó al cielo infinito cubierto de nubes. El sultán lo miró incrédulo. Sus criados sabían que nadie podía interrumpir sus paseos por el jardín, que a esa hora no aceptaba audiencias.

—Mustafa, ¿quién le ha dejado entrar?

—No podía esperar a mañana. Nos ha llegado una noticia de nuestro servicio secreto en Inglaterra —dijo inexpresivamente el general.

El sultán odiaba la actitud altiva de los oficiales jóvenes. Su mirada de desprecio y sus modales bárbaros, pero lo que le sacaba de sus casillas era la inexpresiva mirada de Enver.

—¿De qué se trata? —preguntó con desgana. Sabía que su opinión no iba a contar, aunque todavía su firma tenía poder para dar y quitar la vida.

—Al parecer, el ministro David Lloyd George ha entrado en contacto con los Gobiernos griego y búlgaro, ofreciendo aumentar la presencia militar en la zona, para animarles a entrar en la guerra. Sabíamos que habían concentrado algunos barcos en Salónica, pero no que iban a concentrar un gran ejército allí. Eso decía una carta enviada por el Alto Mando a los rebeldes armenios y que ha sido interceptada.

—Y, ¿qué se supone que debemos hacer nosotros?

—En primer lugar, reaccionar. No podemos quedarnos con los brazos cruzados. Demos una lección a esos griegos y búlgaros. Deportemos a los armenios, que vean lo que les puede suceder a ellos si se unen a los británicos. En segundo lugar, evitaremos tener una quinta columna dentro de nuestro territorio. Sabemos que los armenios preparan una rebelión en Van, aprovechando el avance ruso. Actuemos primero y alejémoslos de allí. Mandemos a esos malditos traidores hacia los griegos, que se entretengan salvando a sus hermanos y se piensen lo que puede sucederles a ellos.

—Pero ¿cómo podremos mover a toda esa población en medio de una guerra? No

hay trenes ni camiones suficientes, no podremos alimentarlos.

—Que su Dios los proteja. Si no queda ni uno vivo no se perderá nada.

El sultán miró a Enver, sus ojos centelleaban, tenía los labios apretados y el puño de la mano derecha cerrado.

—¿Y los soldados que tendremos que emplear?

—No se necesitan muchos pastores para dirigir a un grupo de ovejas obedientes. Les diremos que es por su seguridad. Que tan solo los desplazamos provisionalmente. Muchos de ellos ya han sido desplazados del frente. Las zonas más seguras para crear los campos de internamiento, hasta que los enviemos a Grecia, serán Siria e Irak.

—Pero no tenemos barcos suficientes.

—No se preocupe, majestad. Cuando hayamos terminado con ellos, no nos harán falta.

Enver sonrió al sultán, pero este permaneció serio mientras sentía que un escalofrío le recorría la espalda. Si Alá lo permitía, quién era él para impedirlo, pensó con el habitual providencialismo árabe. Para los musulmanes todo estaba escrito y nadie podía cambiar su destino.

Qazvin, 27 de enero de 1915

Los guías armenios los custodiaron hasta el puerto de Bakú. Allí les llevaron hasta uno de los barcos pesqueros que los transportaría hasta Rasht, en Persia. Afortunadamente la región estaba bajo la influencia rusa y no fue muy difícil entrar en el país. Una vez en Rasht tuvieron que buscar un nuevo guía que les llevara a Qazvin y después al valle de Alamut.

Hércules había estudiado los escasos mapas de la zona y sabía que la ruta más directa desde Qazvin era cruzar la cordillera de Talaghan y llegar hasta el río Alamut, el castillo de los *assassini* se encontraba próximo, en un lugar llamado Qasir Khan.

En Qazvin pudieron descansar en el Gran Hotel de Qazvin. Hércules y Lincoln aprovecharon la mañana visitando al señor Sookias, uno de los líderes armenios de la zona. Él fue el que les proporcionó un guía árabe, un tal As'ad el Hukuma, que les acompañaría hasta el valle.

Cuando Hércules, Lincoln, Alicia y Nikos hablaban de los *assassini* a los lugareños, un velo misterioso de silencio se ceñía sobre sus anfitriones. Allí la gente prefería no nombrarlos y ni siquiera pensar en ellos. Lo único que sacaron de Sookias fue que el castillo de Alamut estaba abandonado y que hacía tiempo que no se escuchaban historias sobre los *assassini* en la zona.

As'ad el Hukuma les proporcionó un *chavandar* o maletero de confianza. Su nombre era Kerbelai 'Aziz de Garmrud. Aziz era uno de los hombres que mejor conocía la cordillera y les llevaría directamente al valle de Alamut.

La expedición comenzó a aumentar con rapidez. Aziz contrató a otros dos ayudantes, pero también trajo a su esposa, vestida con un *chador* de algodón blanco y a su hijo menor.

Cuando por fin salieron de Qazvin a la llanura y observaron su muralla derruida, sus vides pardas y los rosales silvestres, todo el grupo comenzó a sentir una fuerte opresión. Aquel viaje podía ser el último que realizaran. A pesar del halo de leyenda que rodeaba a los *assassini*, era evidente que dominaban el valle y que tenían espías en toda la región.

Al poco tiempo, abandonaron la carretera y se dirigieron al nordeste, a los pies de las colinas. Las montañas nevadas se veían todavía a lo lejos, sus crestas blancas se parecían a las jorobas de los camellos con los que habían tenido que atravesar los desiertos de Egipto.

Las aldeas se sucedían a lo largo de todo el camino. Los maizales cubrían los lados del sendero y, de vez en cuando, veían a un campesino arando con uno de sus gigantescos bueyes negros.

Durante aquellos tres días de viaje, el grupo se alimentó de latas, pero también del rico requesón de las cabras de la zona. Las ricas tierras de Ashnistan terminaron pronto y el paisaje se tornó más árido e inhóspito. Allí la tierra no era muy fértil y se encontraba sin cultivar.

Los lugareños escaseaban en esa zona. Muy de vez en cuando se cruzaban con algún caminante vestido con amplios pantalones de algodón.

Una de las primeras paradas fue en una aldea semiabandonada, donde había un pequeño arroyo. Los guías no parecían experimentar la misma fatiga que el resto del grupo. Vestidos a la manera tradicional, con sus sombreros negros de fieltro, su pelo largo y oscuro, el apretado justillo de algodón azul, el fajín de la cintura, donde llevaban un cuchillo en su funda de cuero, parecían inalterables a la constante ascensión de las montañas.

Alicia los había definido como salvajes, sencillos y pacíficos. Su lealtad parecía total, pero el grupo no terminaba de fiarse de ellos. Al fin y al cabo eran musulmanes del valle de Alamut y eso les hacía sospechosos de ser espías *assassini*.

Descansaron durante dos días en aldeas pequeñas y pobres. Hasta llegar a Dastgird, donde las montañas comenzaban a ser empinadas y peligrosas. Allí tomaron los últimos suministros, en el resto del viaje tendrían que abastecerse con lo que cazaran o las latas que habían traído en el viaje.

En la pequeña plaza que componían las cuatro casas viejas y destartaladas, los ancianos del lugar fumaban largas pipas al sol y miraban a los extranjeros con total indiferencia.

El grupo se dirigió al norte, por el paso de Chala. En la montaña, la vegetación comenzaba a reinar de nuevo, pero en su mayoría eran arbustos de diferentes tipos. Allí lo único que se criaba era la cabra y los pastores eran los únicos habitantes de la zona. También se cruzaron con pequeñas caravanas que transportaban el arroz desde el mar Caspio hasta Persia.

El tintineo de las campanillas de sus mulas los avisaba de la llegada de habitantes del valle, pero su aspecto pacífico no tranquilizó a Hércules ni a sus amigos. Sabían bastante de la leyenda de los *assassini* para saber que no podían fiarse de ellos. Caminaban a zancadas, tirando de sus mulas, con sus tradicionales chalecos blancos para protegerse del frío de la montaña, con su pipa kurda de tallo recto en el fajín, con sus barbas negras o pelirrojas y sus caras cuadradas de frente despejada.

Llegaron a Shah Rud, donde la nieve todavía ocupaba las laderas en sombra. El frío iba en aumento y todos sentían el cansancio del largo y empinado camino. Cruzaron el paso de Salambar y lograron esquivar la nieve que se agolpaba montaña

arriba. El valle era tan inexpugnable, que no les extrañó que durante siglos los *assassini* pudieran mandar desde allí a sus matarifes, sin que nadie pudiera hacerles frente. Comenzaron a descender rápidamente, por estrechos y empinados desfiladeros, después el valle se abría mucho más y las laderas comenzaban a cubrirse de campos arados, de arroyos y bosquecillos de juníperos.

Llegaron de noche a las puertas del valle y, como el viejo puente de Alamut seguía derruido, pasaron la noche en una aldea. Al día siguiente llegarían al castillo. Pero aquella noche, frente al fuego, era momento de leyendas y cuentos de terror envueltos en el misterio de los *assassini*.

El valle de Alamut, 30 de enero de 1915

La aldea era apenas un conjunto de casas dispersas en la ladera de la montaña. Hércules y sus amigos fueron acomodados en una pequeña casa de piedra de tejas rojas, pero tan derruida, que el frío entraba entre los agujeros.

Encendieron una hoguera y se sentaron en círculo junto a sus guías. La larga marcha los había unido, aunque los viajes prolongados por lugares encrespados y difíciles tienden a convertir al espíritu más animado en un ser meditabundo y silencioso. Las conversaciones al calor de la hoguera servían para romper esa especie de embrujo que las montañas tienen sobre los caminantes.

Aquella noche era especial. Estaban dentro del valle que temían y ansiaban conocer. Al día siguiente se presentarían frente al castillo de Alamut y, a pesar del silencio generalizado, un temor recorría las mentes de todos.

Aziz removió las brasas con un palo y pequeñas luciérnagas de madera chisporrotearon en la noche nublada sin estrellas. El frío era intenso, pero el fuego transmitía una serena y confortable sensación de calidez. Comieron pan de maíz, queso y algunas latas de sardinas. Sus guías estaban encantados de comer pescado en las montañas, lo consideraban algo parecido a un milagro. Aziz había dejado hacía días a su mujer y su hijo en su aldea, y ahora se mostraba más parlanchín y animado.

—Nunca había traído a un cristiano a estos valles —dijo Aziz en su precario árabe. Al ver que no le entendían demasiado bien, comenzó a expresarse en inglés. Era un inglés rudimentario, aprendido en la escuela misionera de Teherán, pero suficiente para que todos siguieran su relato.

—No creo que muchos occidentales visiten este valle —dijo Hércules, que al encontrarse próximo a su objetivo comenzaba a recuperar su energía y buen humor.

—Tampoco vienen muchos árabes. Es una zona apartada y, debido a su pasado, los viajeros temen llegar hasta aquí. Pero, como verán, no hemos tenido ni un solo percance.

—La verdad es que son tierras muy tranquilas y la gente parece hospitalaria a pesar de su pobreza —dijo Lincoln.

—La gente de las montañas somos siempre hospitalarios, nunca sabemos cuándo necesitaremos ayuda de los demás y por eso nos ayudamos mutuamente —contestó Aziz.

—¿Qué sabes del castillo de Alamut y de los *assassini*? —quiso saber Hércules.

El rostro de Aziz se turbó y bajando mucho el tono de voz les dijo:

—Es mejor que no los nombren. Dicen que la montaña tiene oídos y ojos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alicia, que se acurrucó en los brazos de

Lincoln.

—¿Qué sabes de ellos? —volvió a preguntar Hércules.

—Llevan aquí casi tanto tiempo como estas montañas, nadie conoce su verdadero origen, muchos son hijos de los antiguos habitantes de Alamut, pero otros vinieron desde la lejana India, Siria y Egipto. Por eso al principio se les consideró forasteros y luego se les temió.

—¿Por qué se les temía? —preguntó Alicia.

—Secuestraban niños pequeños y los encerraban en su castillo. Nunca más se les volvía a ver. Algunos aldeanos decían que ellos mataban niños en sus misteriosos rituales. Pero lo cierto es que los convertían en miembros de su grupo...

—En asesinos sanguinarios —apuntó Hércules.

Aziz frunció el ceño y todos guardaron silencio mientras comenzó a narrar su historia.

—Todo se complicó tras la muerte de su fundador. Luchas de poder, cambios en sus doctrinas. De eso no sé mucho, pero uno de los hombres que visitó Alamut, un viajero al que traje hace un par de años, me habló de algo que me dejó temeroso durante mucho tiempo.

Los ojos de todo el grupo estaban puestos en el desgarbado cuerpo de Aziz, que con su expresividad, contaba su intrigante historia.

—Aquel sabio, me contó que uno de los sucesores de Hasan, el fundador del grupo, llamado Hasan-i Sabbah, introdujo una doctrina secreta que dividió a los adeptos durante algún tiempo. No sé si conocen nuestra creencia en el regreso del Imán Oculto.

Aziz, como buen chií, creía en el regreso de un Imán Oculto o *madhi*. Una creencia muy extendida en Persia. Según la tradición, el decimosegundo y último imán reaparecería poco antes del final del mundo, para extender el islam por toda la tierra.

—Una especie de mesías —dijo Lincoln.

—No sé que es un mesías —contestó Aziz—. Lo que este viajero me contó es que Hasan-i Sabbah hizo una extraña ceremonia, que nosotros los musulmanes consideramos una herejía y una afrenta al islam. Hasan-i comenzó a elaborar herejías tan terribles, que su propio padre lo desautorizó, pero tras la muerte de su padre Muhammad, su hijo puso en práctica sus doctrinas. Hasan-i tenía unos treinta años cuando tomó el control del grupo. Hasan-i se veía como un nuevo profeta para la humanidad. Después de dos años en la dirección del grupo, convocó a los principales dirigentes de todas las zonas donde se habían instalado. A este valle llegó gente de toda Asia y África. En el patio del castillo, Hasan-i reunió a la gran multitud de líderes de su secta. Era el 8 de agosto de 1164, nunca me acuerdo de las fechas, tengo muy pocas letras, pero la historia de aquel viajero me marcó tanto, que todavía

retumba en mi cabeza.

—¿Por qué en esa fecha? —preguntó Nikos.

—Esa fecha es importante para los ismailíes, los chiíes y los nizaríes. En ella se conmemora el asesinato de Alí, el yerno del profeta Mahoma, que estaba llamado a sucederle tras su muerte, pero también era importante porque cae justo en medio del Ramadán. Nuestro ayuno sagrado.

—¿El Ramadán? —preguntó Lincoln.

—Sí, durante unos días, los buenos musulmanes tenemos que ayunar desde la salida del sol hasta que se pone. Consideramos un grave pecado comer por el día y romper el ayuno. Aquella tarde, cuando todavía el sol no se había puesto, Hasan-i se acercó a la plataforma y el púlpito que había levantado y comenzó a hablar a la multitud. Me contó el viajero, que en las cuatro esquinas de la plataforma había cuatro estandartes, uno blanco, otro rojo, amarillo y otro verde. Hasan-i dividió a sus seguidores entre las diferentes zonas de las que procedían. Los que venían de oriente fueron colocados a la derecha del púlpito, los de occidente a la izquierda y los del norte en el centro. Sin que se dieran cuenta, Hasan-i les había colocado de espaldas a la Meca. Nuestro centro más sagrado y hacia el que debemos dirigir nuestras oraciones. Hasan-i hizo su entrada solemne vestido con una túnica blanca y un turbante del mismo color. Se inclinó ante cada grupo con su espada en la mano, como símbolo de su poder sobre la vida y la muerte. Cuando comenzó su discurso, la audiencia estaba expectante. No sabían por qué les habían llevado hasta allí, ni el mensaje que su líder les iba a transmitir.

El viento comenzó a soplar y las llamas se avivaron de repente. El rostro de Aziz se iluminó y todos observaron las sombras que el fuego dibujaba en su rostro.

Hasan-i habló con voz fuerte y poderosa. Anunció que había entrado en contacto con el Imán Oculto. El imán le había dicho que el tiempo de los pactos había terminado. El final del mundo se acercaba y el Imán Oculto estaba a punto de manifestarse con todo su poder. Su voz parecía poseída por algún extraño espíritu, convocó a los habitantes de los mundos, tanto hombres como ángeles y habló del mensaje revelado. Ante el asombro de sus oyentes, Hasan-i anunció que el imán le había dicho que el tiempo de la ley había terminado, que la *sharia* o ley santa ya no tenía vigor, porque el momento de la resurrección había llegado.

—Pero eso era una grave herejía —dijo Hércules.

—Sí, pero Hasan-i dijo hablar por boca del propio Imán Oculto. Ahora, Hasan-i era la encarnación del califa en persona. Por eso, el momento del *Quiyama* o la resurrección, había llegado.

—¿El *Quiyama*? —preguntó Nikos.

—Es el fin del mundo y la resurrección de los muertos. El día en el que cada uno deberá rendir cuentas ante Alá. Por eso Hasan-i dijo a sus seguidores que se había

terminado el tiempo de la *sharia*. Según él, la ley solo era la preparación del tiempo para el *Quiyama*. Por eso ya no necesitaban la ley. El Imán Oculto había nombrado su vicario o *da'ia* Hasan-i, por lo que todo lo que decía era sagrado. La multitud estaba paralizada por las nuevas revelaciones, sus prácticas religiosas dejaban de tener sentido, qué harían a partir de ese momento. Hasan-i quiso escenificar su ruptura con la ley y con un chasquido de dedos ordenó que decenas de criados entraran con manjares de todos los tipos. Hasan-i había organizado una gran fiesta, cuando el sol todavía estaba en lo alto. Todos comieron y rompieron su ayuno. Las noticias de la llegada del *Quiyama* llegaron hasta el último rincón en donde había un nizario. Se dejó la oración diaria de cinco veces al día. La llegada del *Quiyama* convertía al grupo en el único medio para salvarse, el resto del islam quedaba fuera. Ceremonias como las de Alamut se sucedieron en otros castillos del grupo. Hubo fiestas, comilonas y el vino corrió en las, hasta ese momento austeras, vidas de los miembros de la secta. Hasan-i fue asesinado poco después por algunos disidentes encabezados por su propio cuñado Hasan ibn Namawar, pero la leyenda cuenta que Hasan-i no murió, que sigue vivo y ha podido engañar a la muerte.

Las últimas palabras de Aziz silbaron con el viento que comenzaba a soplar con más fuerza. Tuvieron la sensación de enfrentarse con algo que escapaba a su entendimiento. Luchando con fantasmas que habían venido a proteger la memoria de los *assassini* y se escondían en aquellas montañas desde hacía siglos.

Valle de Alamut, 31 de enero de 1915

Aquella mañana, Hércules fue el primero en levantarse. Se acercó a la pequeña mezquita de paredes de barro y observó al pequeño grupo de niños que estudiaba la *sharia* antes de comenzar sus quehaceres. Envidió su fe sencilla, su manera de entender el mundo y su sueño de eternidad. Hacía tiempo que había dejado de creer, tanto tiempo, que su fe le parecía algo viejo y desgastado. Ascendió por la ladera entre eglantina y estrechas terrazas cultivadas de maíz y judías, para contemplar desde la altura el misterioso paisaje de Rudbar. Al fondo se extendían las cumbres nevadas de Gavan Kuh y Takh-i-Suleiman. Cuando Hércules descendió a la aldea, los guías habían preparado un té. Desayunaron en silencio y comenzaron la marcha.



Restos del castillo de Alamut

La entrada al valle del castillo se encontraba tan escondida, que el grupo se perdió y tuvo que dar un rodeo. Aziz tomó el viejo camino de piedra, lo que hizo muy difícil la ascensión. Después de una hora de dura caminata, llegaron al otro lado de la colina, donde el sol brillaba con toda su fuerza. La zona era llana y árida, pero había algún bosquecillo disperso y varios arroyos cristalinos. Unas torres de piedra medio derruidas fueron el primer vestigio del antiguo dominio de los *assassini*. La tierra estaba abandonada, y los barrancos pronunciados obligaban a los hombres y las mulas a pegarse a la pared de piedra.

—El camino es peor de lo que imaginaba —dijo Hércules girando la cabeza hacia Lincoln.

—Espero que no tengamos que recorrer muchos kilómetros al borde del abismo.

Alicia caminaba incomoda con sus botines de piel y su falda se enganchaba a los salientes de las rocas. Roland y Nikos cerraban el grupo, con dos guías a sus espaldas.

—La corriente es más fuerte aquí —dijo Hércules señalando el río Alamut que bajaba embravecido a sus pies.

Un puente medio derruido era el único paso sobre la corriente. Pasaron de uno en uno, acompañados tan solo por su mula. Primero Alicia, Roland y Nikos, después Lincoln y Aziz, los últimos eran Hércules y los otros dos guías. Cuando Hércules estaba a punto de pasar la primera mitad del puente, la mula de uno de los guías se asustó y comenzó a acercarse al precipicio. El guía intentó calmarla, tiró de las riendas, pero el animal había perdido el control, sus pezuñas empezaron a escurrirse por las piedras y cayó al vacío, la otra mula también comenzó a retroceder y los dos guías se aferraron a ella para que no cayera también por el abismo. Hércules cruzó el puente, dejó su mula y corrió para ayudarles. El animal asustado levantó sus patas delanteras y perdió el equilibrio. Los guías no soltaron a tiempo las riendas y cayeron con el animal por el precipicio.

Hércules se asomó al barranco y pudo ver cómo los cuerpos se estrellaban contra las rocas y eran arrastrados por la embravecida corriente. Aziz corrió por el puente y se puso junto a Hércules. Cuando este miró a Aziz, pudo ver las lágrimas que corrían por sus ojos. El musulmán se puso de rodillas y oró por unos instantes con las palmas de las manos para arriba y los ojos hacia el cielo. Después se levantó y se dirigió hacia las mulas.

Caminaron en silencio hasta el pozo de Badasht, saciaron su sed y comenzaron a marchar por la lengua de tierra rojiza hasta Shutur Khan, desde donde La Roca del castillo de los *assassini* puede contemplarse a lo lejos. Allí pararon para descansar de nuevo.

—Está anocheciendo. Será mejor que pasemos aquí la noche. No quiero llegar al

castillo en mitad de la oscuridad. Mañana iremos a explorarlo Aziz, Lincoln y yo, el resto os quedaréis aquí. No podemos encender fuego de ninguna clase, nos descubrirían. Tendremos que cenar algo frío y rápido, y descansar. No sabemos si podremos hacerlo en los próximos días —dijo Hércules, descargando sus cosas. Después extrajo un gran rifle de su funda de cuero y lo cargó.

Alicia sacó también su rifle y entregó un arma a Roland, Nikos prefirió no tomar ninguna.

—Esta noche tendremos que hacer varias guardias. Empezaré yo, después Lincoln y terminará Roland.

—Lo siento Hércules, pero yo no he venido hasta aquí para hacer de florero —dijo Alicia mientras cargaba su rifle.

—Está bien —dijo Hércules, mirando de reojo a la mujer—. Tú harás el último turno.

Comieron en silencio, escuchando hasta el último murmullo que salía de los árboles cercanos. Después comenzó el primer turno y la noche se cernió sobre ellos, amenazante.

La Roca, 1 de febrero de 1915

La noche se hizo larga y pesada. Tan solo los ronquidos de Aziz y el sonido del viento lograron romper la tensión del resto del grupo. Hércules se levantó muy temprano, despertó a Lincoln y junto a Aziz, comenzó a ascender hacia La Roca, que era el nombre que los lugareños daban al castillo de Alamut.

En su ascensión observaron una cascada y una casita abandonada, en la que crecía silvestre un huerto salvaje. Los chopos se mecían con el viento, pero todavía estaban desnudos y sin vida. Aziz recomendó que no accedieran por el lecho hundido de Qasir Rud, era más sencillo, pero podían verlos desde las almenas del castillo. Si lograban entrar por detrás, ningún hombre los vería aproximarse a la muralla.

Aziz pasó delante de una tumba abandonada en un costado del camino y besó la piedra mecánicamente, en un ritual mil veces repetido. Después el camino descendía al profundo del lecho del río, hasta un viejo camino abandonado que llevaba a una aldea abandonada bajo cuatro viejos sicomoros. La sombra del castillo se cernía próxima, pero los árboles los protegían de las posibles miradas de los guardias.

—Todo parece abandonado. Tengo la sensación de estar en una tierra encantada y dormida hace siglos —dijo Lincoln.

—Ellos no quieren testigos molestos. Hace décadas que los últimos campesinos abandonaron estas tierras. Durante muchos años el castillo estuvo desierto, pero ellos volvieron, algunos dicen que desde la India, para reclamar lo que era suyo —dijo Aziz.

La Roca los contempló desde la altura. El monte Haudegan, sobre el que descansaba, tenía grandes dientes de granito y después una pequeña pradera verde con un riachuelo obligaba al que se acercaba a ponerse al descubierto frente a la muralla.

—Si nos acercamos más, nos verán —dijo Aziz.

Contemplaron el castillo, pero no vieron ni rastro de vida humana. Regresaron con el resto del grupo. Hércules se pasó el camino de vuelta pensativo. Aquella fortaleza era absolutamente inexpugnable. Únicamente con la astucia podrían entrar en el castillo y hacerse con la joya.

—Iré yo solo a por la joya —dijo Hércules, después de contar a sus amigos lo que habían visto.

Todos lo miraron sorprendidos. Eso no era lo que habían hablado. Habían ido juntos hasta allí y lo justo era que todos intentaran recuperar la joya.

—No podemos dejar que vaya solo —dijo Nikos.

—Si nos capturan a todos, estaremos perdidos. Nuestra única oportunidad es

intentar engañar a Al-Mundhir. Le diré la verdad, que nosotros tenemos la transcripción.

—Pero Hércules, lo que hará será matarte y quedarse con ella. No adelantaremos nada —dijo Alicia nerviosa. Se resistía a la idea de perder a Hércules, como había perdido a su madre y a su padre. Él era lo más parecido a una familia que le quedaba.

Hércules se acercó a ella y la abrazó. Por unos instantes todos permanecieron en silencio.

—Ahora tienes a Lincoln. Si me sucede algo, nunca más estarás sola.

Lincoln miró a su amigo con una mezcla de angustia y desesperación. Sabía que cuando Hércules tomaba una decisión era muy difícil hacerle cambiar de opinión.

—Está bien. Entrará usted solo en el castillo, pero si en menos de cuarenta y ocho horas no ha salido, iré yo mismo a buscarle —dijo Lincoln con los puños cerrados.

—Amigo —dijo Hércules, estrechándole la mano.

Después se despidió de todos y comenzó a caminar hacia el castillo. Sabía que estaba metiéndose en las mismas entrañas del infierno, pero a veces hay que jugar con el diablo a los dados para poder ganar.

Los guardias dieron la señal de alarma y en unos segundos se vio rodeado por media docena de hombres. Dejó el arma en el suelo y levantó las manos con una sonrisa. Le llevaron a empujones al interior de la fortaleza. El castillo estaba semiderruido, en su interior la mayor parte de las casas eran apenas muros derribados y tejados agujereados. El gran patio central estaba despejado. Al fondo, la ciudadela se levantaba intacta. Era evidente que los *assassini* habían concentrado sus esfuerzos en reconstruir la parte más infranqueable.

Aunque era imposible calcular el número de hombres que había en el castillo, Hércules pensó que difícilmente bajarían del centenar. Todos ellos iban bien pertrechados. Además de sus temibles puñales guardados en el fajín, llevaban rifles, pistolas y le había parecido ver algunas piezas de artillería en los torreones. Una guarnición de esas características habría podido resistir semanas un asedio.

Le llevaron a la ciudadela. Atravesó dos puertas de madera y una reja. Después entró en un pequeño patio de armas y ascendió por una escalinata a la torre del homenaje. Después de más de cien escalones de una escalera estrecha en forma de espiral, llegó a una sala amplia. Las paredes estaban cubiertas de tapices y los suelos alfombrados eran de piedra. Sentado en el suelo, entre unos cojines, estaba Al-Mundhir.

—Veo que nos ha encontrado. Su osadía es igual de grande que su imprudencia. No hacía falta que viniera de tan lejos para morir.

Hércules sonrió y se sentó junto al hombre. Sentía cómo el corazón le latía a toda velocidad, pero no daría el gusto a su enemigo de mostrarle su angustia.

—Yo soy de los que piensa que la muerte es la que nos encuentra a nosotros, no importa dónde nos escondamos.

El árabe se sirvió un poco de té y después le sirvió a Hércules.

—Usted sabe que no le puedo matar mientras esté en el castillo, ¿verdad? —dijo Al-Mundhir.

—Conozco algo de las costumbres de la hospitalidad árabe. Mientras sea su invitado, no puede acabar con mi vida.

—También conocía que no le mataría allí fuera y que mi curiosidad sería más fuerte que mi sed de venganza. Nos lo han puesto muy difícil, pero la verdadera gloria está en la lucha. Sin lucha no hay victoria.

—En eso estamos de acuerdo. Aunque yo difiero en los métodos. No creo que sea de buen musulmán matar a gente inocente o engañar para derrotar a sus enemigos.

—Creo que no conoce todas nuestras creencias. Gracias a la doctrina de la cautela o la *taqiyya*, podemos ocultar nuestras verdaderas intenciones o desobedecer la ley si es para bien de nuestra causa.

—Eso es jugar con trampas —dijo Hércules, dando un sorbo a su té.

—Nosotros somos pocos todavía, pero cuando se manifieste el *Quiyama*, no necesitaremos ocultarnos por más tiempo y el Imán Oculto será manifestado.

—¿Quién es el Imán Oculto?

—Para nosotros el Imán Oculto o *madhi* es el redentor profetizado en el islam, que reinará en la tierra siete años, antes de la llegada de El Día de la Resurrección. Él restablecerá la justicia y cambiará el mundo en una perfecta sociedad islámica.

—Y ustedes quieren adelantar su venida. Pero ¿qué tiene que ver el rubí con todo eso? El Corazón de Amón es tan solo una piedra preciosa.

—Usted sabe mejor que yo que el Corazón de Amón es más que una piedra preciosa. Hace mucho tiempo que nuestro fundador lo comprendió y la guardó celosamente hasta la llegada del *madhi*.

—Una piedra no puede hacer nada.

—Esta piedra sí —dijo el árabe, sacando la joya de un bolsillo y alzándola con la mano.

La gema brilló con luz propia e iluminó la estancia. Los dos hombres se quedaron mirando el color sangre de la joya, pero al final, Al-Mundhir cerró su puño sobre ella y volvió a guardarla.

—La llegada del *madhi* no es un concepto aceptado por todo el islam. Alá dio esta revelación a unos pocos. Del *madhi* han hablado diferentes maestros musulmanes sufíes, pero es el centro de nuestras creencias nizaríes y de las ideas religiosas chiíes que creen en Muhammad al-Mahdi. Sin embargo, entre los suníes, nunca se convirtió en una doctrina formal.

—¿No lo creen todos los musulmanes? —preguntó Hércules.

—Lo más importante no es eso. Lo realmente trascendente es que nosotros y nuestros hermanos chiíes vemos en el *madhi* un símbolo del decimosegundo imán, que ha permanecido vivo, pero oculto, desde el 1200. Todo esto está escrito en la *hadith* del libro sagrado de los chiíes.^[34]

—Pero, ¿cómo puede ser que el decimosegundo imán siga oculto después de setecientos años? —preguntó Hércules.

—No ha estado vivo en el sentido en el que lo estamos usted y yo. Pero su cuerpo no se ha corrompido y un día resucitará.

—¿Resucitará? ¿Como Jesucristo?

—Sí, como el propio Muhammad dijo: «Incluso si toda la duración de la existencia del mundo ya se ha agotado y solo un día antes de la sentencia final es el Día del Juicio, Dios ampliará ese día a esa cantidad de tiempo, como para dar cabida al reino de una persona fuera de Ahl al-Bayt que será llamado por mi nombre. Luego llenará la tierra con la paz y la justicia, ya que se han cubierto con la injusticia y la tiranía antes de esa fecha».

—¿El *madhi* es cómo un mesías musulmán?

—Según nuestra tradición, su venida se producirá en algún momento antes de la fecha de la sentencia, estableciendo un reino de justicia, y en los últimos días justo antes de la lucha de Isa Al-Maseeh (Jesús) contra el Dajjal.

—¿Quién es Dajjal?

—El Anticristo. El tiempo ha llegado. Los cristianos, por eso sabemos que se ha cumplido el tiempo. Mientras los cristianos se matan entre ellos, nosotros nos hacemos fuertes. Él vendrá para liderar la *umma* y terminará con los abusos de los malos musulmanes que se han vendido a los cristianos. Umm Salamah lo dijo muy claramente: «He oído al Mensajero de Alá (la paz sea con él) decir: "El *madhi* es de mi linaje y la familia..."». Abu Sa'eed al-Khudri dijo: «El mensajero de Alá (la paz sea con él) dijo: "Él es uno de nosotros..."».

—¿Llevan esperando tanto tiempo la manifestación del *madhi*? —preguntó Hércules.

—¿Acaso no llevan ustedes casi dos mil años esperando el regreso de Jesús? Alá nos ha enseñado la paciencia. Después de la ocultación, es nuestra segunda regla fundamental.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el rubí, con el Corazón de Amón?

—Dios utiliza maneras misteriosas para cumplir sus propósitos. Nuestro fundador Hasan descubrió el Corazón de Amón y enseguida comprendió que era la herramienta que Alá usaría para provocar el *Quiyama* y devolvernos al Imán Oculto.

—Pero ¿cómo lo hará? —preguntó Hércules, que comenzaba a sentirse mareado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Al-Mundhir.

—¿Qué me ha echado en el té?

—Eso no importa, la droga que ha tomado comenzará a surtir efecto en unos minutos. Usted se convertirá en nuestro esclavo y nos ayudará en nuestros planes.

—No —dijo Hércules intentando ponerse en pie, pero las piernas no le respondían.

—Por mucho que se esfuerce, cuando la droga se haya extendido por todo su cuerpo, cumplirá mis órdenes. Otros muchos antes que usted intentaron resistirse a su fuerza, pero fracasaron.

—Maldito —dijo Hércules intentando abalanzarse sobre el hombre, pero tropezó y cayó de bruces.

—Ahora le puedo decir por qué la joya es tan importante, dentro de unos minutos no recordará nada de lo que hemos hablado. Con el ritual adecuado, la joya tiene el poder de resucitar muertos. Dentro de unos días, cuando la luna llena brille sobre el cielo, se cumplirán los días y nuestro líder Hasan regresará de entre los muertos, pero esta vez, para reinar para siempre.

La Roca, 2 de febrero de 1915

Después de veinticuatro horas sin dormir, Lincoln y Roland estaban agotados. Aquella mañana el cielo estaba encapotado y unas tímidas gotas comenzaban a empapar la sierra, regando los caminos polvorientos. Lincoln estaba dispuesto a entrar en la fortaleza. Ya no podía esperar más. Si su amigo Hércules estaba en peligro, no sería él el que se quedara con los brazos cruzados.

Observó las defensas con los prismáticos. Todo parecía en calma. Pero cuando estaba a punto de guardarlos, una figura conocida apareció junto a Al-Mundhir. No había duda, se trataba de Hércules. Caminaba al lado del árabe y parecía tranquilo y confiado. Lincoln no pudo evitar sonreír. De alguna manera, pensó, Hércules había llegado a un acuerdo con los *assassini*.

Lincoln pasó los prismáticos a Roland y este miró unos instantes.

—Se trata de Hércules, ¿verdad? —preguntó, impaciente, Lincoln.

—Yo juraría que sí. Es inconfundible, pero ¿por qué va con ese árabe?

—No lo sé, pero ya nos lo explicará.

Roland le pasó de nuevo los prismáticos a Lincoln.

—Parece que van a salir. Tenemos que avisar inmediatamente a los demás.

Lincoln y Roland corrieron ladera abajo y en diez minutos estaban en su improvisado campamento. Alicia, Nikos y su guía esperaban, cada uno a su manera, la llegada de nuevas noticias.

—Alicia, Hércules está bien. Le he visto con mis propios ojos. Parece que va a partir con Al-Mundhir para algún lado. Probablemente vengán a buscarnos.

—¿No te parece todo esto muy extraño?

—Es cierto, pero sin duda Hércules ha llegado a algún acuerdo con el musulmán.

—Y, ¿por qué no se ha puesto en contacto con nosotros?

—A mi manera de ver —dijo Nikos—, sería más prudente que nos escondiéramos. Esos *assassini* pueden llevarlo amenazado.

—Será mejor que nos ocultemos —concluyó Alicia.

El camino principal distaba un kilómetro de su campamento, pero estaban al descubierto y sus burros pastaban tranquilamente por toda la pradera. Ataron a los animales a un árbol y se refugiaron cerca del camino.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Un grupo de hombres a caballo, unos veinte, escoltaban un carro de madera cubierto. Hércules cabalgaba junto a Al-Mundhir en la vanguardia. La expresión de su cara era distante, pero no parecía asustado ni amenazado.

La comitiva continuó camino abajo. Entonces Lincoln y el resto del grupo

comenzaron a hablar.

—No parecía asustado —dijo Lincoln.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó Nikos.

—Hay tres posibilidades. Puede que se dirijan a Bagdad, Teherán o Estambul. Son los únicos caminos practicables en esta época —dijo Alicia.

—Pero ¿cómo podemos saberlo? Cuando intentemos seguirlos habrán desaparecido —dijo Lincoln.

—Hay una manera —dijo el guía, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—¿Cómo? —preguntó Alicia. Percibía que algo marchaba mal. Hércules era incapaz de marcharse y dejarles solos. Lo único que se le ocurría es que él intentara protegerlos de alguna manera.

—Yo conozco muy bien los caminos. Sea cual sea su destino, tendrán que pasar primero por Qazvin. Puedo llegar allí antes que ellos, cuando sepa adónde se dirigen, les esperaré a ustedes y les informaré de su camino.

—Me parece muy buena idea, Aziz —dijo Lincoln.

El guía corrió hasta el prado, desató uno de los burritos y bajó a toda velocidad por la explanada. Enseguida les pasó, pero antes de desaparecer camino abajo les dijo:

—No se preocupen, mandaré a alguien para que les ayude a encontrar el camino de regreso.

Los cuatros se quedaron con la vista fija en el sendero. Ahora se encontraban sin guía, en mitad de la nada, Hércules se había esfumado y un sentimiento de angustia recorrió la mente de todos ellos.

—No se preocupen —dijo Lincoln, intentando animar al resto—. Hércules se ha encontrado en situaciones más difíciles que esta y siempre ha salido airoso.

Alicia se acercó al hombre y le abrazó. Intentó creer sus palabras, pero de alguna manera supo que aquella vez era diferente. Estaban solos y comenzaba a dudar de que pudieran correr esa aventura sin Hércules. Lincoln apretó los dientes intentando controlar la sensación de angustia que le revolvía las tripas. Rezó una breve oración, Dios era una buena opción cuando se habían terminado las demás opciones.

Alepo, 15 de febrero de 1915

La estación de tren estaba abarrotada de gente. Muchos querían marchar a Estambul ante la guerra que se avecinaba en la zona. Un ejército británico intentaba avanzar por Basora, en Irak. Las cosas no marchaban bien en el frente de Egipto y las tribus árabes se habían rebelado contra los turcos.

Aziz envió a un familiar para que los guiara, como les había prometido y cuando los vio en Qazvin, les recomendó que viajaran por Irak y Siria, evitando Armenia. Al parecer, el levantamiento de los armenios en la zona y la proximidad con el frente ruso convertían el territorio en un verdadero polvorín. Además, por lo que había podido observar y escuchar el guía, los *assassini* y Hércules se dirigían hacia Mosul y, desde allí, a Estambul.

El camino por Mosul era más largo, ya que no les quedaría más remedio que bordear el desierto de Siria y después recorrer los viejos caminos de Turquía. Mientras, Lincoln y sus amigos atravesarían el desierto y, desde Alepo, tomarían el tren de Damasco-Berlín. De esa manera, llegarían a Estambul en dos días, ahorrándose un día y adelantando a Al-Mundhir y el resto de los *assassini*.

Lincoln y sus compañeros, durante su viaje, habían especulado mil veces sobre la actitud de Hércules. Al final todos habían concluido que se trataba de una estratagema. Hércules debía de tener una razón de peso para hacer lo que hacía y ellos se debían limitar a seguirle y ayudarle.

El tren partió puntual de la estación de Alepo. Lograron colocarse en dos pequeños compartimentos privados. Alicia en uno de ellos y el resto en el otro. Aunque Lincoln pasaba más tiempo con ella que en su compartimento.

Atravesaron toda Anatolia, adentrándose en el corazón mismo del Imperio otomano. Sabían que sería difícil localizar a Hércules en Estambul, pero confiaban en que la suerte les sonriera. Lincoln planificaba la búsqueda una y otra vez con Alicia. A pesar de que en muchas de las ocasiones se sentía superado por las circunstancias, no había perdido la fe en Hércules.

—No te desesperes, George —dijo Alicia, pasando la mano por su hombro.

—La ciudad es muy grande y está abarrotada de soldados. No lo conseguiremos.

—Hércules nos echará una mano. No sé cómo, pero lo hará.

—Eso espero.

—Hemos atravesado Egipto, hemos sobrevivido a varios ataques y hemos logrado llegar al corazón mismo del valle de los *assassini*, llegaremos hasta el final.

Lincoln observó a la mujer. Si había algo que le gustaba de ella era su seguridad y su valor. Estaba dispuesta a realizar cualquier sacrificio por una buena causa. Su

corazón era puro y su determinación le animaba a seguir adelante.

—Tienes razón. Lo conseguiremos —dijo Lincoln más animado.

—Así me gusta —contestó Alicia con una sonrisa y estrechó al hombre entre sus brazos. Permanecieron unos segundos en aquella posición sin hablar, hasta que Lincoln se apartó y miró a Alicia a los ojos.

—Tengo algo más que decirte.

La voz del hombre temblaba ligeramente. Tenía la boca seca y el corazón le latía a toda velocidad.

—Tú dirás —dijo Alicia, aferrando sus manos.

—Nos conocemos hace tiempo. En el último año nos hemos acercado mucho. Me siento muy bien junto a ti, tú me has hecho muy feliz.

—Gracias, George —dijo Alicia, con los ojos acuosos.

—Sabes que eres la persona que más quiero en este mundo.

Alicia se quedó observando la cara de Lincoln. Era un buen hombre, atractivo y leal hasta la muerte. El marido que cualquier mujer desearía.

—Por eso, no puedo permitir que sufras por mi culpa. Ser la mujer de un hombre negro en un mundo como el nuestro, es vivir eternamente infeliz. Nuestros hijos no pertenecerían a ninguno de los dos mundos y tú tendrías que renunciar a todo lo que amas —dijo Lincoln, con la garganta seca.

Ella no reaccionó al principio, tan solo agachó la cabeza y se mantuvo callada. En su vida había estado tan segura de amar a una persona. Ya no era una niña y sabía lo que quería, pero que Lincoln no lo supiera, le rompió el corazón.

—Tienes razón, será mejor que lo dejemos —acertó a decir la mujer, alzando la barbilla.

—Gracias —dijo Lincoln, apretándole las manos.

Alicia soltó las manos y se apoyó en el respaldo. Sentía un profundo dolor en el corazón, un dolor físico que le quitaba la respiración.

—Por favor, ¿puedes dejarme sola?

—Sí —contestó Lincoln, poniéndose en pie.

Salió del compartimento y se quedó en el pasillo. Miró por la ventana abierta la noche estrellada. Nunca había sentido tanta rabia por ser como era. El color de su piel había sido siempre un motivo de orgullo para él, pero ahora se la habría arrancado a tiras por ella. Intentó ahogar su furia y su dolor, pero no pudo evitar que las lágrimas atravesaran su piel caoba. Se sentía más solo y desesperado que nunca.

Estambul, 16 de febrero de 1915

Los miembros del Alto Mando se sentaron en sus sillas y esperaron con impaciencia el discurso del general Enver. El general se puso en pie y guardó silencio hasta que el murmullo se fue apagando.

—Nuestros temores se han confirmado. Los armenios se están aliando a los rusos en Van y las regiones limítrofes. Han traicionado al imperio y tan solo nos queda una manera de actuar.

La voz del general sonaba enérgica. Muchos de los miembros del Alto Mando asentían con la cabeza. En su mayoría eran turcos musulmanes; desde la llegada de los Jóvenes Turcos al poder, los judíos, armenios y kurdos habían sido relevados de sus puestos en la administración y el ejército.

—Pero ¿no se opondrá el sultán? —preguntó uno de los oficiales.

—El sultán hará lo que nosotros digamos —contestó Enver.

—¿Qué pensarán nuestros aliados? —dijo otro de los oficiales.

—Ya hemos comunicado nuestra decisión a austriacos y alemanes. Lo que más les importa ahora es ganar la guerra, tampoco desean una Armenia independiente prorrusa. Nos piden que seamos discretos y terminemos con el problema cuanto antes —dijo Enver.

—¿Cómo podremos terminar con un problema de más de tres millones de personas? —preguntó Mustafa Kemal.

Los ojos de Enver brillaron de rabia. Conocía la aptitud pragmática de su amigo. Aprovechase de las decisiones impopulares, pero mantenerse al margen.

—Haremos lo mismo que con los griegos hace unos años. Deportarlos...

—Pero ¿a dónde? Los griegos de Anatolia tenían Grecia. ¿Los enviaremos a la parte rusa para que se alistén en su ejército? —preguntó Mustafa.

—Evidentemente no, Mustafa. Llevamos semanas desplazando a los armenios hacia el oeste. Muchos ya están concentrados en Siria. Mientras la guerra continúe no moveré un dedo por ellos.

—Pero eso supone dejarles morir —dijo Mustafa.

—Es la única manera de terminar con el problema. Debemos eliminar a toda su élite, a la mayoría de los hombres jóvenes y dejar que la naturaleza algo otro tanto con el resto —dijo Enver, dando un golpe en la mesa con el puño cerrado.

Un denso silencio recorrió la sala. El único que mantuvo la mirada al general Enver fue Mustafa Kemal.

—Pero tendremos que utilizar soldados y material para llevar a esos malditos armenios a Siria y la costa oriental. No podemos esperar a que la guerra termine —

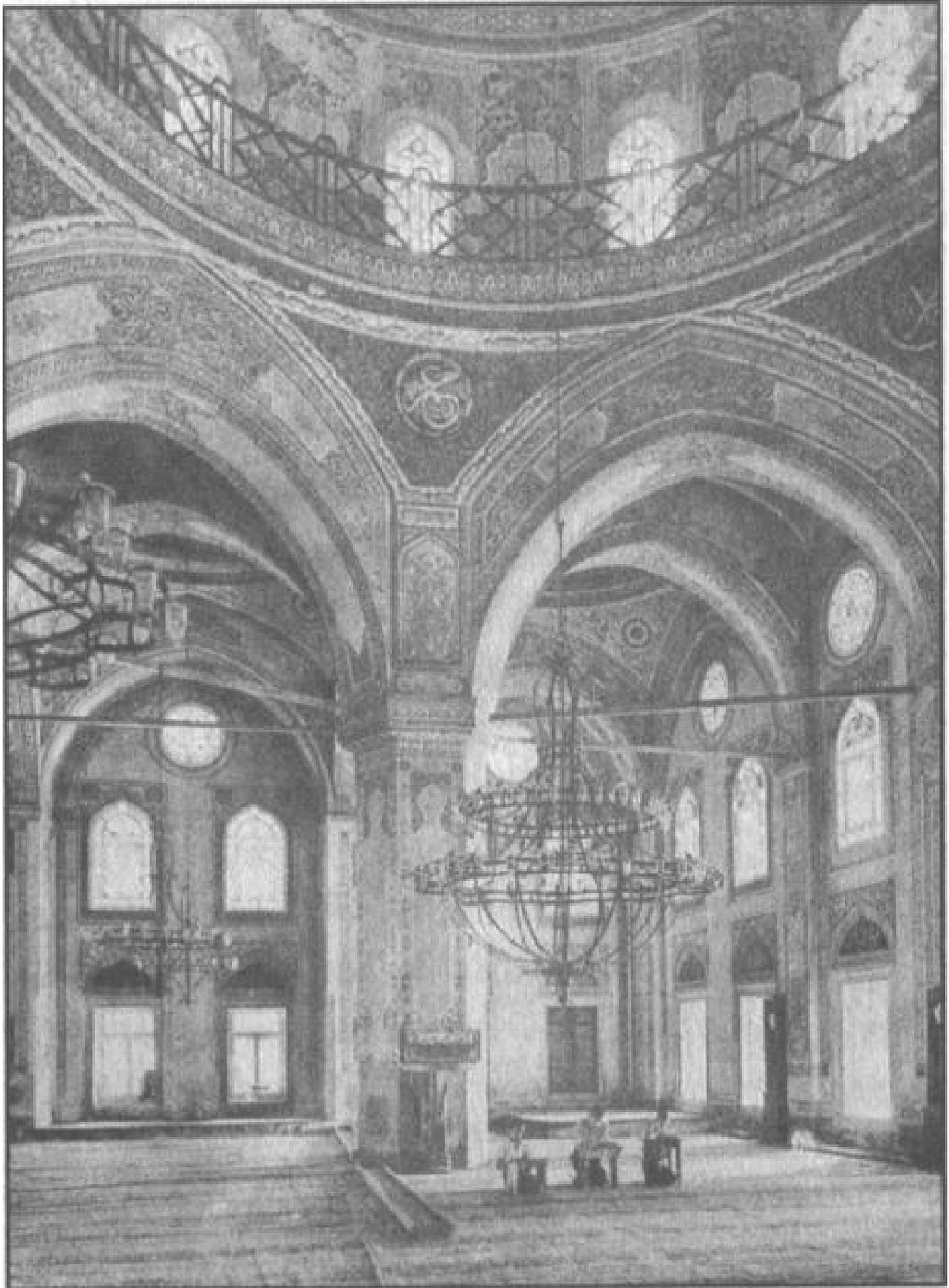
dijo Mustafa Kemal.

—Es nuestra última oportunidad. Ahora nadie preguntará por ellos. Cien mil o doscientos mil muertos más, no son nada en una guerra —dijo Enver sonriente.

Los oficiales asintieron con la cabeza. Eliminando a los armenios el ejército podía justificar sus torpezas, necesitaban un chivo expiatorio que justificara su ineptitud. Los armenios eran la pieza más débil del complicado puzzle étnico turco y ellos serían los primeros en probar el sabor de la venganza.

Quinta parte

La matanza de los inocentes



Mezquita de Süleymaniye. Estambul

Estambul, 19 de febrero de 1915

A través del Cuerno de Oro navegaban decenas de buques de guerra, que cada día salían a proteger las costas del Imperio otomano, pero la pequeña flota turca no podía impedir los bombardeos de franceses y británicos, que destruían las defensas costeras y atacaban a todos los buques que intentaban atravesar el bloqueo. El paso de los Dardanelos, la salida al mar Mediterráneo, era la más afectada, pero los ataques eran tan intensos que a veces podía escucharse el sonido de los bombardeos.

Lincoln, Alicia y sus compañeros habían buscado refugio en la casa de Crisóstomo Andrass, el líder armenio que los había acogido en su primer viaje a la ciudad. Crisóstomo apenas salía de su pequeña villa. Las persecuciones hacia los armenios de Estambul se había intensificado en las últimas semanas y eran comunes las desapariciones y los asesinatos de armenios a plena luz del día. Crisóstomo era uno de los pocos altos funcionarios de origen no musulmán, pero todos temían que la orden de deportación o encierro llegara también a los armenios de la ciudad.

Se escuchaban rumores sobre la rebelión de los armenios en Van y las victorias rusas en la frontera, pero eran pocos los que creían en una pronta liberación.

Gracias a la ayuda de la red de espías armenios, Lincoln pudo ponerse en contacto con Yamile e introducirla en Estambul. La princesa había llegado esa misma mañana a la ciudad con una identidad falsa. Cuando la vieron entrar no pudieron menos que lamentar su aspecto. A pesar de conservar intacta su belleza y su juventud, se percibía el estado avanzado de su proceso degenerativo. Su rostro estaba pálido y ojeroso. Sus labios comenzaban a arrugarse y el brillo de sus ojos había desaparecido por completo.

—Yamile, querida —dijo Alicia recibéndola con un abrazo. Cuando la apretó contra ella notó su cuerpo huesudo y débil.

—Os he echado mucho en falta. El amable señor Garstang me ha intentado animar todo el tiempo, pero nada me tranquiliza, sufro terribles dolores —dijo Yamile intentando sonreír. Después miró a su alrededor con los ojos desorbitados—. ¿Dónde está Hércules?

Lincoln se acercó a la mujer y le besó la mano. Intentó buscar las palabras adecuadas, pero las ideas se le agolpaban en la mente. Al fin y al cabo, no sabía a ciencia cierta dónde estaba Hércules ni cuál era su estado.

—No sabemos mucho de él. Lo único que conocemos es que está con los *assassini*.

—¿Con los *assassini*? Por Dios, lo han secuestrado.

—No, creemos que él colabora con ellos por algo, seguramente ha llegado a algún

tipo de acuerdo que desconocemos —dijo Nikos.

—¿Un acuerdo? Los *assassini* no son personas razonables con las que se pueda llegar a un acuerdo —dijo Yamile.

—El hecho es que estamos buscándolo por toda la ciudad —dijo Lincoln.

La princesa perdió todas sus fuerzas, y Lincoln y Roland la sostuvieron y la sentaron en uno de los sofás. Alicia comenzó a abanicarla, pero el rostro de la mujer se había vuelto de un pálido casi transparente.

Unos minutos más tarde, la princesa logró recuperarse y todos la rodearon. Crisóstomo le proporcionó un vaso de agua.

—Ya me encuentro mejor, gracias.

—Tenemos sospechas de que los *assassini* están detrás de la muerte de algunos armenios y musulmanes de la ciudad. Traman algo contra nosotros, pero no sabemos muy bien qué.

—Al-Mundhir nos contó cuando estuvimos prisioneros en El Cairo, que para que llegara el advenimiento del Imán Oculto, antes debía producirse un gran sacrificio en su nombre —dijo Yamile.

—¿Sacrificio? —preguntó Lincoln.

—Una especie de holocausto u ofrenda —apuntó Nikos.

—¿Y qué tienen que ver los armenios con eso? —preguntó Alicia.

—Ellos son el holocausto —dijo Lincoln—. Ahora lo entiendo. Pretenden hacer algo en la ciudad con el Corazón de Amón, un gran rito. Por eso necesitaban la transcripción del ritual. Pero el sacrificio no será esta vez de animales. Será de personas.

Un fuerte golpe en la planta inferior los sobresaltó. Después se escuchó el taconeo de unas botas escaleras arriba. Las puertas de la sala se abrieron de par en par y una docena de soldados los rodeó. Apuntaron sus fusiles hacia ellos y les pidieron que levantaran las manos. Después, un oficial entró en la estancia.

—¿Crisóstomo Andrass? —preguntó el oficial.

—Sí —dijo el hombre.

—Queda usted detenido por alta traición.

—¿Traición?

—Sabemos que trabaja para los servicios secretos británicos.

—¿Qué pruebas tienen? Esto es un atropello —dijo el hombre, resistiéndose al arresto.

—Roland Sharoyan fue capturado por nosotros hace tiempo y prometió ayudarnos a capturar la red de espías si liberábamos a su madre y su hermana. Hace unas semanas estuvimos a punto de capturarlo, pero nos dijo que unos espías americanos y griegos tenían que realizar algún trabajo en Armenia y retrasamos su captura. Esta misma mañana volvió a ponerse en contacto con nosotros.

Todos miraron a Roland, el mismo joven sensible y valiente que los había acompañado en su largo viaje al valle de los asesinos los había traicionado. Roland agachó la cabeza y dos soldados lo condujeron a la salida, después de esposarlo.

—Se trata de un error. No somos espías —dijo Lincoln—. Quiero ver a mi embajador.

—Los espías no tienen derechos. Aprésenlos a todos —dijo el oficial con un gesto.

Los soldados los rodearon y fueron esposados uno a uno. Después, en un carro de caballos cubierto fueron transportados hasta la cárcel militar de Estambul.

Estambul, 20 de febrero de 1915

Mehmed V se anudó la bata y se sentó frente a su escritorio de marfil. Era una pieza única, labrada por artesanos africanos y traída desde Etiopía para él. Abrió uno de los cajones y extrajo el documento. Los sellos colgaban de uno de los extremos, el texto era escueto, pero no dejaba lugar a dudas sobre la suerte de más de un millón de almas. No sentía una especial simpatía por los armenios, aunque alguno de sus colaboradores más íntimos lo había sido, pero el exterminio por abandono, el exilio o la conversión forzosa no eran la forma en la que él entendía las cosas. No quería ser conocido por su crueldad como lo fue su hermano Abdul Hamid II, pero en su poder ya no estaba decidir nada.

Alargó la pluma y comenzó a salpicar la hoja con tinta. Apenas había trazado una línea cuando se detuvo, se puso en pie y se dirigió al gran ventanal. El Cuerno de Oro parecía apacible a aquellas horas de la mañana. Los barcos navegan sin prisa por el estrecho y el cielo azul irradiaba una especie de perfección, que le subió levemente el ánimo.

Cuando el mundo se desmorona, pensó, Alá sigue iluminando cada amanecer. Él que había vivido siempre en el lujo y la riqueza, no sabía qué era la paz y la tranquilidad. Constantemente temeroso de que su hermano lo eliminara, con el corazón angustiado por gobernar un imperio vasto que se desmoronaba de día en día y con el orgullo herido por los Jóvenes Turcos que controlaban el Gobierno y el país.

Se volvió a sentar. Miró el documento y lanzando un gran suspiro, firmó. Se puso en pie y decidió ir a desayunar. Sus pobres nervios le habían levantado terriblemente el apetito.

Yamile se pasó gritando toda la noche, como si hubiera decidido gastar sus últimas fuerzas en liberar a sus amigos. Gritaba en árabe, pedía ver a su marido el sultán. Uno de los oficiales del turno de mañana, cansado de los gritos, sacó a la mujer de su celda y dejó que se sentara en la mesa exterior.

—Se ha vuelto loca. Si sigue gritando terminarán por matarla —dijo el joven oficial, apiadándose de la mujer.

Yamile miró con sus ojos ojerosos al hombre y le dijo:

—Soy la mujer del sultán, su favorita...

—Señora, entiendo su desesperación, pero es inútil que simule conmigo. Usted es una espía armenia.

—No soy armenia, ya lo he repetido mil veces.

—El pasaporte que utilizó para atravesar la frontera pone que su nombre es Fátima Jamini, pero sabemos que es un pasaporte falso, realizado por falsificadores de un grupo armenio independentista. ¿Por qué un grupo armenio independentista iba a fabricar un pasaporte falso a la mujer del sultán?

—Me escapé del harén hace cuatro meses, pero cuando mi esposo sepa que he vuelto, me acogerá de nuevo. Usted solo tiene que llevarle un mensaje.

—Si le llevo un mensaje me harán un consejo de guerra.

—Tengo algo que él reconocerá. Un anillo que el sultán me regaló hace tiempo —dijo la mujer sacando un anillo de su escote.

—Pero señora.

—Enséñele el anillo. En cuanto él lo vea me reconocerá y le prometo que recomendará su ascenso.

El oficial se quedó pensativo. Aquello parecía una locura, pensó, pero no perdía nada yendo al palacio del sultán e intentando hablar con él. En todo caso cumplía con su deber.

—Mire, si el sultán reconoce el anillo, recibirá un ascenso; en el caso de que se busque un problema, podrá quedarse con el anillo. Tiene un gran valor, esas piedrecillas son diamantes.

—¿Diamantes? —preguntó el oficial mientras cogía el anillo entre sus manos—. No le puedo prometer nada, pero en cuanto termine mi turno lo intentaré.

Yamile regresó a la celda con una sonrisa. El resto del grupo permanecía cabizbajo, les habían mantenido a todos juntos a excepción de Roland, que estaba en la celda contigua.

—¿Qué le ha dicho? —pregunto Lincoln.

—Lo intentará —contestó la mujer, triunfante. Por unos momentos la alegría y el vigor iluminaron su mirada, volvía a sentirse fuerte de nuevo.

El *mulá* los introdujo en la mezquita y la docena de hombres inspeccionó el terreno palmo a palmo. Hércules permaneció al lado de Al-Mundhir como un perro fiel. Al árabe le divertía tener de guardaespaldas a su enemigo más fiero, por eso, cuando se acercó el general con sus soldados, apenas se inmutó. A una orden suya, el occidental se lanzaría sobre sus enemigos hasta masacrarlos.

El general se paró frente a los dos hombres e hizo un gesto señalando a Hércules.

—No se preocupe por él. Ahora es mi perro guardián, ¿quiere ver cómo actúa? —dijo Al-Mundhir mientras chasqueaba los dedos y Hércules saltó como un resorte sobre los dos soldados más próximos al general. Los derrumbó con rabia, después miró a su amo. El árabe hizo un gesto para que soltara su presa.

—Impresionante. Si tuviéramos un ejército de hombres tan... —dijo el general buscando las palabras.

—¿Implacables? —dijo el árabe.

—Implacables, terminaríamos la guerra en pocas semanas.

—Usted, general, es un fiel musulmán. Si todo sale bien, nada podrá resistírsenos. En los últimos años hemos visto cómo los Jóvenes Turcos arrancaban del corazón del imperio sus creencias en Alá y la religión, pero todo eso está a punto de terminar.

—Eso espero, Estambul está en peligro. Los aliados pueden asaltarla en cualquier momento.

—Nadie puede tocar el *madhi*, instaurará una nueva era de...

—El trato es la muerte del sultán. Nuestra parte ya la hemos cumplido, los armenios de la ciudad son suyos —cortó bruscamente el general.

Al-Mundhir hincó la mirada en la figura arrogante del general. Los *assassini* tenían que negociar con gente como él para lograr sus objetivos, siempre había sido así, pero cuando el *madhi* regresara, todo sería muy distinto.

El oficial jugueteaba con su sombrero mientras esperaba en el salón. Le sudaban las manos y, de vez en cuando, se pasaba el dedo por el cuello de su camisa. Se puso en pie y paseó por la estancia. Nunca había visto tanto lujo reunido. Grandes jarrones, mesitas de madera y oro, cuadros y tapices. Todo aquello debía de valer una fortuna.

La puerta de la sala se abrió y dos guardias se situaron uno a cada lado de las hojas de madera blanca. El sultán entró en la sala apoyado sobre su bastón. El oficial se inclinó ante él y comenzó a temblar.

—Oficial —dijo el sultán mirando con ojos indiferentes al soldado.

—Señor —tartamudeó el hombre.

—¿Usted ha traído este anillo? —preguntó el sultán mostrando la sortija de brillantes.

—Sí, señor —respondió temeroso el oficial.

—¿Dónde lo encontró?

—Me lo dio una mujer que está en la cárcel militar. Dice que es una de sus esposas.

—¿Dice que es mi esposa? —preguntó el sultán inquieto.

—Sí, señor.

El sultán miró de nuevo la joya, no pensó que volvería a ver a la princesa. El corazón le dio un vuelco y acercó su cara a la cabizbaja cabeza del oficial.

—¿Qué hace en la cárcel? —le preguntó con un susurro.

—La han detenido, señor.

—¿Acusada de qué?

—De espía armenia, señor.

—Espía armenia —repitió el sultán, sin poder contener la risa. Su mujer era muchas cosas, pero nunca se le había ocurrido algo tan gracioso.

El sultán bajó las escaleras con el corazón acelerado. No había pensado que volvería a verla. Por unos instantes recordó la primera vez que se encontraron. Ella era poco más que una niña asustada. Acababa de cumplir diecisiete años, su rostro infantil contrastaba con su mirada inteligente y su capacidad para persuadir y convencer. No tardó mucho en convertirse en la favorita y eso que, en el ambiente de un harén, en el que las mujeres compiten hasta por el último privilegio, no era fácil destacar. Había nacido para ser una de las concubinas del sultán y en cambio se convirtió en la esposa más amada.

Cruzó el pasillo y se dirigió hasta la reja de la celda. Con un gesto ordenó que la abriese. Dentro había un hombre negro, otra mujer pelirroja, un segundo extranjero y Yamile. Era ella sin duda, pero no lo parecía. Su avejentado rostro había recuperado milagrosamente la juventud. Aunque parecía cansada y enferma.

—Yamile —dijo el sultán abriendo los brazos. Había pensado torturarla, mandarla azotar e incluso matarla, pero al verla comprendió de golpe por qué se había sentido tan solo y deprimido aquellos meses.

La princesa lo miró con compasión. No lo amaba, pero había aprendido a quererlo. Él siempre la había tratado bien, con respeto y cariño. Había sabido comprender sus miedos y había tenido mucha paciencia con ella.

Yamile avanzó unos pasos y abrazó al sultán. Notó las lágrimas que corrían por la cara del hombre y caían sobre sus hombros desnudos.

—Mi amada Yamile.

—Perdona, te abandoné. No podía vivir más en tu cárcel dorada. Te dediqué los mejores años de mi vida, pero quería volver a ser joven y experimentar lo que se siente al ser libre —contestó la mujer, con la cabeza gacha.

—No hay nada que perdonar —dijo el sultán. Después, agarró la barbilla de la mujer y la miró detenidamente—. ¿Qué te ha pasado? ¿Pareces mucho más joven? ¿Fue la joya, el Corazón de Amón?

La mujer permaneció unos segundos callada. Si quería que el sultán les ayudara, debía ser sincera con él.

—Sí, fue el rubí. Las leyendas que había alrededor de él eran ciertas. Es una joya mágica. Con su simple contacto recuperé la juventud, pero ahora ya no la tengo yo.

—¿Quién la tiene?

—Un grupo llamado los *assassini*.

—¿Los *assassini*? —preguntó incrédulo.

—Sí.

—He oído rumores sobre ellos, pero no sabía que estaban en Turquía.

—Están en todas partes. Sabemos que tienen la joya y que quieren hacer un

extraño ceremonial con ella y, al parecer, han provocado la persecución de armenios, para usarlos como sacrificio en sus macabros planes.

El sultán miró a la mujer con incredulidad. Él mismo había firmado la sentencia contra los armenios. Los *assassini* no tenían nada que ver en el asunto.

—Tienen amigos en el Ejército, en la política, en todas partes —añadió Yamile, al ver la mirada incrédula de su marido.

—Sultán, ella dice la verdad —comentó Lincoln, dando un paso al frente.

Dos soldados se lanzaron sobre él y le cogieron por los brazos. El sultán hizo un gesto con la mano y le soltaron al instante. Lincoln continuó hablando.

—No sabemos lo que traman exactamente, pero su intención es producir una matanza. Al parecer esperan el advenimiento de un líder religioso, el Imán Oculto.

—Una vieja creencia de los chiíes —dijo el sultán—. Pero tan solo es una vieja creencia.

—Es más que eso —dijo Nikos—. ¿No ve el poder del rubí? Mire lo que ha conseguido con Yamile, pero su vida está en peligro. Si no recuperamos el Corazón de Amón cuanto antes, ella morirá.

El sultán dirigió su mirada hacia la princesa. Su aspecto enfermizo y su extrema palidez le confirmaron que aquellos hombres decían la verdad.

—Está bien, síganme —dijo el sultán, saliendo de la celda—. Es hora de parar a esos locos.

Mustafa Kemal bajó del vehículo y se internó en una de las callejuelas de la ciudad. No llevaba el uniforme. Miró a un lado y otro de la calle, antes de introducirse en un portal viejo y húmedo. Subió por las escaleras de madera, escuchando el crujido de los resacos escalones. Llamó a una de las puertas y le abrieron enseguida. Se introdujo por un pasillo oscuro hasta una sala que daba a un patio de luces sombrío.

—Querido general, debemos ser prudentes —se escuchó una voz que salía de entre las sombras.

—Usted dirá —contestó secamente.

—No le cuento nada nuevo, sí le informo de que el sultán ya ha firmado la «concentración» de armenios en la zona oriental —dijo la voz.

—Ya lo sé.

—Pero lo que no sabe es que si los planes del general Enver se llevan a término, Turquía se convertirá en un Estado musulmán. Los ulemas y los predicadores lo controlarán todo y la *sharia* se impondrá a la población.

—Soy un buen musulmán —respondió Mustafa.

—No lo dudo, general. Pero si esta guerra nos está enseñando algo, es que el camino de los últimos cien años no ha traído la prosperidad al imperio. ¿Sabe cómo nos ha afectado en los últimos treinta años la pérdida progresiva de todo nuestro territorio europeo? Anatolia era antes el apéndice del Imperio otomano y Estambul la frontera del mundo civilizado; ahora, Estambul es la frontera del retraso y la barbarie. No podemos permitir que unos locos arruinen nuestra apuesta por recuperar nuestras viejas posesiones en Europa.

—Y, ¿qué puedo hacer yo? —preguntó el general.

—Planean matar al sultán. Sabemos que es una figura simbólica, pero después pretenden proclamar el *Quiyama*. Los locos de toda la *umma* se les unirán y será el fin de nuestra cultura. Los occidentales nos aplastarán. Se unirán en una nueva cruzada contra nosotros. Debe parar la matanza y prevenir el asesinato del sultán —dijo la voz.

—¿Hermano maestro, la logia le apoya cien por cien?

—Sí, nosotros queremos que pare el genocidio y que lo pare ahora. Si lo consigue, le convertiremos en el presidente de Turquía.

Estambul, 21 de febrero de 1915

Un coche les llevó hasta el palacio del sultán. La ciudad estaba revuelta y no era extraño ver a grupos de incontrolados asaltando comercios armenios o llevando prisionero a un pobre incauto, que había salido a la calle en el peor momento. El vehículo entró a un recinto ajardinado cercado por una verja. Después, se acercó a la puerta principal y paró. Lincoln y sus amigos descendieron del coche. Siguieron al sultán hasta su despacho y escucharon cómo hacía varias llamadas.

—Les he dicho que paren... ¿qué? Es inadmisibile —dijo el sultán, colgando de golpe el teléfono.

El hombre los miró con sus grandes ojos rasgados y se encogió de hombros. Su cara mostraba la derrota y la angustia del que se sabía vencido desde el principio.

—Pero ¿no puedes hacer nada más, corazoncito? —preguntó Yamile, que siempre había creído en la autoridad del sultán.

—Estamos en guerra y los que realmente tienen el poder son los militares. Yo le debo el sultanato a los Jóvenes Turcos. El general Enver me ha comunicado que es imposible detener las deportaciones, que un retroceso pondría de manifiesto nuestra debilidad y que las demás minorías étnicas se levantarían contra nosotros.

—Pero señor, morirán decenas de miles de inocentes —dijo Alicia.

—Alá escogerá a los justos de entre los injustos —dijo el sultán—. No puedo hacer nada más, tan solo garantizarles su protección y ayudarles a salir del país.

—Denos al menos un salvoconducto para movernos con seguridad por la ciudad durante unas horas —dijo Lincoln.

El sultán se dirigió a su escritorio y firmó una carta que les garantizaba su seguridad.

—Necesitamos que libere a un par de personas. Roland Sharoyan y Crisóstomo Andrass y su familia —dijo Alicia.

—¿Son armenios? —preguntó el sultán.

—Sí —contestó Lincoln.

El sultán firmó un nuevo documento de mala gana y se lo entregó.

—Los salvoconductos duran veinticuatro horas, después no puedo garantizar su seguridad —dijo el sultán.

—Gracias —dijo Yamile, besándole la mejilla.

—Pero tú, tú no te vas, ¿verdad? —preguntó aturrido el sultán.

—Debo irme, nuestros destinos hace tiempo que se separaron. Espero que lo comprendas.

Los cuatro se dirigieron a la salida. Hasta que no atravesaron la gran verja con el

coche, no comenzaron a relajarse. Temían que el sultán se arrepintiera en el último momento y les mandara detener. Contaban con muy poco tiempo. Primero sacarían a Roland y Crisóstomo de la cárcel y los llevarían a la embajada norteamericana, después tratarían de encontrar a Hércules y parar el ritual. Alicia se aferró a la mano de Lincoln y la apretó con fuerza. El mundo parecía desmoronarse a sus pies; al final, la guerra les había alcanzado y ya no podían huir a ninguna parte. Debían enfrentarse a sus propios fantasmas y vencerlos. Y sabían que solo tendrían una oportunidad para conseguirlo.

El oficial de guardia se resistió al principio, argumentando que debía confirmar la orden de liberación. Pero, al final, lograron sacar de la prisión a Roland, Crisóstomo y su familia. En la puerta de la cárcel les esperaba el coche con el motor en marcha. Se apretaron en los asientos y se dirigieron hacia la embajada.

—¿Por qué me han liberado? Yo los traicioné —dijo Roland, con la vista gacha.

—No se preocupe, todos nosotros en su misma situación habríamos reaccionado de la misma manera —dijo Alicia.

—Sí, pero he puesto en peligro sus vidas y he sido un ingenuo, los turcos nunca liberarán a mi familia.

—No se desespere, seguro que todavía hay una posibilidad —dijo Alicia.

—No le dé falsas expectativas al joven —dijo Nikos—. Las probabilidades de que su familia se salve son muy pequeñas.

—Por favor, Nikos —dijo Alicia, indicándole con la mirada que se callase.

—Está bien, pero es mejor que todos nos hagamos a la idea de que hemos fracasado. Lo mejor será que intentemos salir de Turquía cuanto antes.

—Si usted quiere marcharse, está en su perfecto derecho —dijo Lincoln—. Nosotros no nos iremos de aquí hasta que encontremos a Hércules y ayudemos a Yamile.

El griego lo miró con arrogancia. Había dejado la seguridad de su casa en Atenas por esta loca aventura, pero no estaba dispuesto a ir más lejos. No se consideraba un hombre de acción y aquello le superaba.

El coche se detuvo frente a la embajada americana. Una larga fila de refugiados recorría la calle hasta perderse por una de las esquinas. Lincoln se acercó a las rejas y habló en inglés con uno de los guardias.

—Ciudadanos americanos, por favor, abran.

Los soldados movieron ligeramente la verja para que pasaran. La multitud comenzó a agolparse contra ellos. Todos querían pasar, era su última posibilidad de sobrevivir. Cuando la verja volvió a cerrarse, algunas mujeres con sus hijos en los brazos suplicaron que les dejaran pasar. Los soldados se pusieron de nuevo firmes y la multitud regresó a la fila.

—El embajador les recibirá en unos momentos —dijo el secretario, un joven delgado y rubicundo, con expresión infantil.

Unos minutos más tarde, les permitieron entrar en el despacho. El embajador estaba mirando por la ventana con un puro encendido. Se giró y les dijo:

—No hay sillas para todos. Pero, por favor, siéntense.

El embajador permaneció de pie y las mujeres se sentaron.

—Es terrible lo que está sucediendo en este país, ¿no creen? La guerra les ha

vuelto locos a todos.

—Gracias por acogernos —dijo Lincoln.

—Únicamente podemos salvar a unos pocos. A los que pueden justificar que tienen familiares en los Estados Unidos. Se dan cuenta, les están persiguiendo por ser cristianos —dijo el embajador—. Y, como cristiano mi deber es ayudarles.

—Es más complejo que todo eso —dijo Alicia.

—Seguramente, pero eso no salvará sus vidas —dijo el embajador señalando la ventana.

—Tal vez podamos parar la matanza —dijo Lincoln.

—¿Qué? ¿He oído bien? —preguntó el embajador.

—Sabemos quiénes han trazado el plan, si lográramos desenmascararlos, podríamos salvar al menos a los armenios de Estambul —dijo Lincoln.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Sí, señor embajador.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Observa esa puerta, lleva directamente a la mezquita. Te esconderás aquí hasta que comience la oración del viernes. Cuando escuches los primeros rezos, subirás y con paso tranquilo te acercarás al sultán y le dispararás. ¿Has entendido lo que he dicho? —preguntó Al-Mundhir.

Hércules asintió con la cabeza. Su cara inexpresiva no mostraba la más mínima emoción. Sus manos caídas a los lados y su falta de vitalidad mostraban su total sumisión a su nuevo amo.

—Ahora toma esto —dijo el árabe extendiendo una pequeña botellita de alabastro.

El hombre se la bebió de un trago y se la entregó a su amo.

—Después te dispararás en la cabeza. ¿Entendido?

—Sí —contestó mecánicamente Hércules.

El árabe abandonó la vieja cripta y caminó hasta el gran altar en dirección a la Meca. Rezó brevemente y después se acercó a una de las viejas capillas.

—¿Está todo preparado? —preguntó a dos de sus hombres.

—Sí, señor.

—Nadie debe descubrirlo hasta que comience la ceremonia. Todo el plan podía venirse abajo.

Al-Mundhir salió de la mezquita a la gran explanada y observó la noche sobre el Cuerno de Oro. Oriente había estado separado de Occidente por la religión, él iba a cambiar las cosas. El *Quiyama* estaba a punto de llegar y el mundo temblaría de nuevo al escuchar el nombre de los *assassini*.

La mesa del embajador estaba muy bien provista. Después de semanas a base de queso de cabra, tortas de trigo, arroz y latas de sardinas, aquello les pareció a todos un manjar. Por unos momentos olvidaron sus preocupaciones, la tensión de las últimas semanas y la gran matanza que se avecinaba. El embajador les había disuadido para que no partieran aquella misma tarde, la noche no era segura en la ciudad. Grupos de vándalos iban a la caza de los armenios y de todo occidental que se cruzara en su camino.

—Me alegro de que se hayan quedado —dijo el embajador.

—¿Por qué tiene tantas cajas acumuladas por toda la embajada? —preguntó Lincoln.

—Bueno, me imagino que ya no es un secreto que nuestro Gobierno tiene intención de entrar en la guerra. Debemos estar preparados para abandonar el país en cualquier momento.

—¿No podríamos causar un problema diplomático al recibir su ayuda? —preguntó Alicia.

—Es muy posible, por eso los hombres que he asignado para que les ayuden no pueden vincularse directamente con la embajada.

—Pero ¿son profesionales? —preguntó Lincoln.

—Naturalmente. Es un grupo de apoyo que tenemos en situaciones de emergencia, pero oficialmente están en el país como hombres de negocios. Lo que no me han dicho es dónde sucederá la matanza.

—No estamos seguros del todo, pero pensamos que será en un edificio grande, posiblemente una mezquita —contestó Nikos.

—En Estambul hay muchas mezquitas grandes —dijo el embajador.

—Tendremos que visitarlas una a una —dijo Lincoln.

—Eso podría llevar días —dijo el embajador.

—¿Qué otra alternativa nos queda? —preguntó Alicia.

El embajador se quedó pensativo, con la mano apoyada en la barbilla y la vista perdida.

—Veamos —dijo pensativo el embajador.

—La mezquita más grande es la de Santa Sofía —dijo Alicia.

—No, es un error muy común entre los turistas. La mezquita más grande de Estambul es la mezquita de Süleymaniye, en turco, *Süleymaniye Camii*. Fue construida por orden del sultán Suleimán I, conocido en Occidente por el nombre de Suleimán el Magnífico.

—Nunca había oído nada acerca de esa mezquita —dijo Lincoln extrañado.

—Tiene razón el embajador, la mezquita de Süleymaniye es la más grande de la

ciudad. Está considerada como una especie de respuesta a la arquitectura bizantina de Santa Sofía. La obra bizantina fue encargada por el emperador Justiniano. Después de la ocupación de la ciudad por los turcos, la iglesia de Santa Sofía fue convertida en mezquita por Mehmed II, y sirvió de modelo a otras muchas mezquitas otomanas en Estambul. Suleimán el Magnífico quería superar a Santa Sofía y construir un edificio más suntuoso —dijo Nikos.

—Entonces, si quisieran hacer un ceremonial, ¿serviría perfectamente para congregarse a una gran multitud? —preguntó Lincoln.

—Sin duda —dijo el embajador.

—Entonces, puede que sea el sitio que buscamos —dijo Nikos.

—La mezquita de Sinan Süleymaniye es de formas más simétricas que Santa Sofía. Suleimán quería convertirse en un «segundo Salomón». Por eso, construyó la mezquita, intentando superar a Justiniano, que tras concluir Santa Sofía exclamó: ¡Salomón, te he superado!

—Entonces, el sitio elegido puede ser esa mezquita —dijo Lincoln.

—Pero hay un problema, ¿cómo va a llevar a tantos armenios a la mezquita? —dijo el embajador—. Aunque la segunda cuestión es aún más difícil de contestar. ¿Cómo los va a matar a todos a la vez?

Estambul, 22 de febrero de 1915

La ciudad amaneció con el cielo despejado y un inesperado adelanto de la primavera. Cuando Lincoln se asomó a la ventana de su habitación en la embajada, el sol ya estaba en lo alto del cielo. El Cuerno de Oro, a lo lejos, brillaba con destellos dorados, parecía un día perfecto para dar un paseo, sentarse en una terraza y saborear un buen café. Pero cuando el norteamericano dirigió su mirada a la verja de la embajada, pudo observar como el número de refugiados, no solo no se había reducido, sino que era aún mayor. Intentó apartar la mirada del mosaico de rostros que miraban hacia el edificio, como si esperaran que la ayuda les cayera del cielo, cuando medio centenar de camiones entró por el fondo de la calle. De cada camión salieron seis soldados. Un oficial comenzó a gritar órdenes y los soldados arrinconaron a la multitud. Un par de hombres intentó escapar o enfrentarse a los soldados, pero fueron tiroteados al instante. Después, con los rifles apuntando hacia ellos, los armenios comenzaron a ascender a los camiones. Había mujeres, niños, ancianos y varones de todas las edades. Parecía haber familias enteras. Los cincuenta camiones se llenaron hasta rebosar y la multitud se vio reducida a la mitad. A los pocos minutos, llegaron más vehículos, el resto de los armenios ascendió a los camiones y, en media hora la calle estaba completamente vacía.

Lincoln bajó al salón principal. Allí ya se encontraban Alicia, Yamile, Roland y Nikos con el embajador.

—¿Han visto lo que ha sucedido? —preguntó Lincoln, sin dar crédito a lo que acababa de contemplar desde su habitación.

—Sí, la actitud del Gobierno turco es del todo inadmisibles. Muchos de esos refugiados eran norteamericanos o familiares de norteamericanos. Voy a redactar una queja oficial ahora mismo, además, acabo de enviar un telegrama urgente a Washington. Si creen que vamos a permanecer con los brazos cruzados mientras maltratan a todos esos inocentes, están muy equivocados —dijo, indignado, el embajador.

—No creo que sirva de mucho —dijo Yamile, recostada en el sofá.

—¡No se puede detener a gente sin cargos, no en un país civilizado! —bramó el embajador.

—Han escogido el momento propicio. Toda Europa está en guerra, nadie levantará un dedo por los armenios —contestó Nikos.

—Pero, al menos tenemos que advertir al mundo —dijo el embajador.

—¿A dónde llevan a toda esa gente? —preguntó Alicia.

—Puede que los lleven a la mezquita —dijo Lincoln.

—Eso significaría que el ceremonial está preparado —dijo Nikos.

En un lado de la habitación se escuchó el llanto ahogado de Roland. El joven estaba sentado, con la cabeza agachada y las manos sobre su pelo negro.

—Roland, ¿qué sucede? —preguntó Alicia.

—Mi madre y mi hermana pueden estar entre esa multitud o en alguna parte de Estambul para ser sacrificadas como el resto.

Alicia se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros. El muchacho comenzó a llorar como un niño.

—Iremos a visitar la mezquita a la hora de la oración, de esa manera pasaremos desapercibidos —dijo Lincoln.

—¿A la hora de la oración? —preguntó, extrañado, el embajador.

—Sí, pero necesitamos otras ropas —dijo Lincoln, agarrando con los dedos su camisa—. Debemos pasar desapercibidos.

No le gustó su imagen reflejada en el espejo. Su aspecto avejentado, sus mejillas arrugadas, la luz apagada de sus ojos. Sus siervos le pusieron una de las túnicas más lujosas, bordada de oro y seda, de color rojo sangre, pero le parecía vulgar e inapropiada.

—No puedo ir así a la mezquita —dijo, agarrando la túnica por el borde.

—Majestad, su aspecto es impecable. Todos se quedarán boquiabiertos cuando lo vean entrar.

—No digas sandeces. Parezco una meretriz de Mosul.

El sultán golpeó en la cabeza al criado y le pidió otra de las túnicas, esta de color púrpura y con bordados más discretos. Mientras le vestían, recordó a Yamile. *Estaba muy bella*, pensó. Ahora se arrepentía de haberla dejado marchar. Lanzó un largo suspiro y se miró de lado en el espejo.

—Alá no me ha dado una hermosa vejez. Ya ni siquiera puedo dormir con mis esposas. La guerra, esos malditos oficiales, y ahora los armenios. ¿Nadie puede darme buenas noticias?

El sultán se puso las babuchas y caminó con pasos cortos hasta el coche descubierto que le esperaba en la salida. Ascendió al vehículo y los tres coches de la comitiva se pusieron en marcha.

La distancia que tenía que recorrer era muy corta. La multitud se agolpaba como cada viernes en el trayecto, para verlo pasar. Los niños y las mujeres le saludaban con banderitas, pero él tenía la mirada perdida y la mente en otras preocupaciones.

Llegaron a la Gran Mezquita de Süleymaniye. Observó la inmensa cúpula y lamentó que en todos los años de su reinado, no había construido nada sublime que le sobreviviese. El mundo se olvidaría de él, sería un sultán más en la larga lista de sultanes del imperio, si es que el imperio sobrevivía a la guerra.

Descendió del coche y caminó por una alfombra roja hasta la puerta principal. Por aquella puerta solo podía pasar él. Por razones de seguridad, el sultán entraba el último en la mezquita y salía el primero.

Las dos grandes hojas se abrieron y la multitud de fieles irrumpió en grandes gritos de júbilo.

Lincoln se arremangó la túnica e intentó no tropezar con ella al subir los escalones. A su lado marchaban Roland, Nikos y cinco hombres más. Alicia y Yamile habían optado por vestirse de hombre. Si hubieran entrado vestidas de mujeres, tendrían que haber esperado en un lugar aparte, alejadas del resto de los fieles.

Entraron a la mezquita y después de hacer sus abluciones, guardaron los zapatos y caminaron descalzos por las alfombras. La gran sala cuadrada estaba a rebosar de fieles. El viernes era el día preferido para rezar para los musulmanes. Los hombres salían de sus trabajos y se acercaban a la mezquita para descargar sus corazones y encontrarse con Alá.

Lincoln notó el frío metal de la pistola bajo la túnica. Todos estaban armados a excepción de Yamile y Nikos. Si los fieles se enteraban de que unos cristianos habían entrado en la mezquita el viernes, disfrazados de musulmanes, con dos mujeres y armados, les lapidarían en la misma puerta del templo.

El murmullo de los fieles mientras se colocaban en su lugar para la oración fue decreciendo. Los hombres se dispusieron en largas hileras y comenzaron a ponerse de rodillas. De repente, el murmullo se convirtió en gritos de júbilo. Todos se giraron y vieron al sultán entrando por el fondo de la sala. Se puso de rodillas, rodeado de sus hombres; por su seguridad, las dos filas delanteras y a cuatro cuerpos a cada lado permanecían vacías.

El imán levantó la voz y el murmullo cesó de repente. Los fieles fueron haciendo el ritual cientos de veces repetido. Como un solo hombre, se inclinaron a la vez y su oración retumbó en las paredes del templo.

El murmullo de las voces penetraba hasta la fría cripta. Hércules, en estado catatónico, esperaba a que las voces hubieran terminado la primera parte de la oración para ascender a la gran sala y correr hacia el sultán.

Sintió un fuerte pinchazo en la cabeza y se agarró las sienes. Escuchaba la voz de su propia conciencia lejana, casi imperceptible, pero los efectos de la droga le impedían tomar el control de su cuerpo. Tenía la sensación de que su mente marchaba por un lado y su cuerpo, como caballo desbocado, por el otro.

Intentó concentrar su pensamiento en la cara de las personas que más quería, pero cuanto más lo intentaba, más terrible era su dolor de cabeza.

Con el cuerpo en tensión, cada músculo rígido y la respiración acelerada, esperaba el último rezo para correr a por su víctima. Tomó un trozo de piedra de la pared y se arañó el brazo, con la esperanza de que el dolor le devolviera el autocontrol, pero apenas sintió el corte.

Las voces cesaron de repente y una rabia incontrolada le embargó. Caminó despacio los primeros escalones. La voz de su amo retumbaba en su cabeza una y otra vez: mata, mata, mata.

Sacó la pistola y sintió el aire templado de la gran mezquita. Miles de ojos lo observaron estupefactos. Comenzó a correr y se olvidó de quién era, de todo en lo que creía y amaba; ya solo había una idea en su mente: matar, matar, matar.

Por primera vez en su vida no se encontraba rezando como el resto de los fieles. Al-Mundhir observaba a la multitud enfervorizada aclamando al sultán, que en esos momentos aparecía en la mezquita.

Una ola de ira le agitó en su escondite. El pueblo aclamaba a aquel ser degenerado y ególatra. Deseó salir y matarle con sus propias manos, pero se contuvo. El occidental haría el trabajo sucio por él. A lo largo de la historia los *assassini* habían usado a hombres como él para cambiar el mundo.

—Maestro, todo está preparado —dijo en voz baja uno de los colaboradores.

—¿Está todo sincronizado?

—Sí.

—Asegúrese de que las puertas estén cerradas. En unos momentos cundirá el pánico —dijo Al-Mundhir.

—Sí, maestro.

Al-Mundhir miró de nuevo a través de la celosía, pero esta vez vio algo que no le gustó nada. El rostro negro de Lincoln brillaba bajo un turbante blanco. A su lado estaban varios de sus compañeros.

—Maldición —dijo el árabe en un susurro.

Pensó en ir hasta donde se encontraban los infieles y asesinarles, aquellos cerdos estaban manchando con sus sucias manos aquel lugar sagrado, pero debía esperar. La paciencia era una de las virtudes de los *assassini* y debía ser paciente.

El norteamericano siguió los pasos de la oración de manera torpe y desordenada. Era la primera vez que entraba a una mezquita y, aunque era hombre de iglesia, nunca pensó que las dos religiones se parecieran tan poco. Por eso, no dejaba de mirar a los fieles que tenía delante, los imitaba y movía los labios, como si de verdad supiera las palabras en árabe.

Sus compañeros hacían lo que podían. Roland y Nikos conocían el ritual en parte, Yamile parecía un creyente más, pero Alicia también se perdía en cada nuevo gesto.

Lincoln comenzó a sudar y notó el corazón acelerado. Se sentía preocupado por Hércules. Llevaban mucho tiempo sin saber nada de él y era extraño que su amigo no hubiera intentado ponerse en contacto con ellos.

Levantó la vista y observó la enorme cúpula. Después miró a la multitud y, su rostro se demudó. Miró hacia arriba de nuevo y vio un pequeño cable disimulado en la fachada. El cable recorría toda la cúpula y llegaba a las cuatro grandes basas del templo.

—Mira eso —le dijo a Alicia con gesto.

La mujer dejó de hacer sus oraciones y siguió el dedo de Lincoln. Por unos momentos fueron los únicos que permanecieron levantados, mientras el resto de fieles se inclinaban.

—¿Para qué es ese cable? —preguntó Alicia.

—Si es para lo que pienso, ya sé cómo van a completar su ritual.

—¿Son bombas? —preguntó Alicia, incrédula.

Pero Lincoln no pudo responder. Un tipo alto, con el pelo cano y vestido con un ennegrecido traje blanco corrió entre los fieles hacia el sultán. Era Hércules Guzmán Fox y parecía poseído por mil diablos.

El aburrimiento del sultán se expresaba en sus lentos y desganados movimientos. Apenas escuchaba las palabras del oficiante. Se movía con gestos mecánicos.

Notó como las tripas le rugían. Pensó en los pastelitos dulces que probaría antes de la cena y su mente voló a la contemplación del último placer que podía disfrutar, el de la gula.

Volvió a levantar la vista y observó las miles de espaldas de diferentes colores. Los fieles eran en su mayoría desarrapados que olían mal. Odiaba aquella pantomima de los viernes por la tarde. Prefería ir a la oración en la pequeña mezquita de palacio, pero el califa del islam debía mostrarse orando en público.

Le comenzaron a doler las rodillas. La edad, el sobrepeso, sus pobres y viejos huesos le molestaban terriblemente. Miró al techo con sus manos levantadas boca arriba y murmuró las palabras de la oración.

Justo enfrente escuchó un cuchicheo que se levantaba y extendía como una ola. Después, contempló a un hombre vestido de blanco que corría hacia él con una pistola en la mano. Se quedó paralizado, sudando, con la vista clavada en el cañón del arma. Intentó gritar algo, moverse y escapar, pero sus músculos estaban rígidos y no respondían a las órdenes de su cansada cabeza.

Dos de sus hombres se levantaron a toda velocidad para parar al suicida, pero este logró esquivarlos y, en un rápido movimiento, derribarles, dejándolos inconscientes sobre el suelo. Cuando el asesino estuvo tan cerca que el sultán pudo sentir su aliento, cerró los ojos y oró fervientemente por primera vez en años.

Hércules derribó a los dos hombres y apuntó con su arma a la amplia frente del sultán, que rezaba tembloroso y con los ojos cerrados. Por su cabeza comenzó a pasar todo lo que había sucedido en las últimas semanas. El rostro enfermo de Yamile, la cara de Alicia, de su amigo Lincoln; golpearon su mente y un fuerte pinchazo le hizo retorcerse de dolor y cerrar los ojos.

Apretó ligeramente el gatillo y el bombín del arma comenzó a girar. El sultán dio un pequeño grito de horror y Hércules volvió a abrir los ojos y observar su rostro sudoroso y el gesto de pánico en su cara.

En su cabeza, una voz interior le decía que no disparase, pero no podía obedecer, su voluntad estaba anulada. Tenía que matar, matar o morir, sin piedad, sin pasión, sin remordimientos.

El árabe observó desde su escondite como el maldito norteamericano negro corría hasta su amigo. Detrás de él, otros cinco o seis hombres le seguían. El sultán estaba con los ojos cerrados y temblando como un cerdo antes de ser degollado. La multitud permanecía impasible, paralizada por la sorpresa y el horror.

Al-Mundhir sacó su pistola del fajín y la levantó en alto. Estaba dispuesto a matar al sultán con sus propias manos si era necesario. Soltó la palanca del detonador y sacó parte de su cuerpo de la celosía.

Varios soldados comenzaron a correr hacia los atacantes. Llevaban armas ligeras, ya que dentro de la mezquita no se permitían los rifles. Los dos grupos se encontrarían en unos segundos, pero Hércules y Lincoln eran los únicos que ya estaban pegados al sultán. Vio como Hércules apuntaba a su objetivo, pero no disparó inmediatamente.

—Maldito estúpido, dispara —dijo Al-Mundhir, echando espumarajos por la boca.

Lincoln dio un salto y se lanzó hacia los pies de Hércules. Le atrapó por las rodillas y tiró con todas sus fuerzas. Las piernas musculosas de su amigo se mantuvieron firmes unos instantes, pero al final cedieron y los dos rodaron por la alfombra. Lincoln agarró la mano donde llevaba la pistola Hércules y forcejeó con él. El rostro de su amigo permanecía inexpresivo a pesar del dolor y el esfuerzo. Lincoln logró golpearle con el puño izquierdo en la cara, pero Hércules apenas reaccionó.

—¡Maldita sea, Hércules! ¡Despierte! —gritó Lincoln mientras su amigo lograba removerle y colocarle bajo él.

Hércules comenzó a mover su mano y colocó el cañón de la pistola sobre la cabeza de Lincoln. Su fuerza era increíble y los esfuerzos de Lincoln no lograron retorcerle la mano. Cerró los ojos para intensificar su empuje.

Hércules, con la mirada inexpresiva, apretó el gatillo y el sonido de la bala retumbó en toda la gran sala.

El sultán se apartó un poco. Los dos hombres yacían en el suelo y el estallido del disparo logró hacerle reaccionar. Los fieles se pusieron a correr de un lado para otro, buscando la salida y el propio sultán se puso en pie.

Los soldados y los hombres que seguían a Lincoln se encontraron en mitad de la sala y levantaron sus armas sin atreverse a disparar. Observaron como los dos hombres estaban en el suelo, inmóviles, con el sonido de la bala retumbando en la gran mezquita y el olor dulzón de la pólvora.

En ese momento llegaron Alicia, Yamile, Roland y Nikos hasta los cuerpos inertes de sus dos amigos. Uno de los cuerpos comenzó a moverse y salió de debajo del otro.

El sultán se puso a correr con la multitud y Al-Mundhir salió de la celosía y se dirigió hacia él. En mitad de la confusión, nadie se percató de su arma ni de su expresión fanática.

La gran sala se fue vaciando despacio. La multitud se agolpaba en las puertas, taponando la salida. Tan solo un pequeño grupo permanecía en mitad de la mezquita, con las armas apuntadas, inmóviles y con la mirada puesta en los hombres del suelo.

Alicia se agachó y tiró del brazo del hombre. Sus ojos horrorizados ahogaban las lágrimas, mientras se mordía los labios para no gritar. Respiró hondo y tiró con más fuerza. El cuerpo se movió otra vez, liberándose casi por completo de su peso.

—¡Ayúdenme! —gritó Alicia, comenzando a llorar.

Roland y Nikos se agacharon y movieron el cuerpo inerte hasta darle la vuelta. Sus ojos parecían vacíos.

Cuando levantó la mirada observó a Alicia, sintió un fuerte dolor en el pecho y la caliente humedad de la sangre que le cubría la cara. Se tocó el cuerpo buscando alguna herida, pero no le dolía nada. Se incorporó y respiró hondo. El corazón le latía con fuerza. A su lado estaba el cuerpo inerte de su amigo. Se giró y lanzó un grito de desesperación.

—¡Hércules!

Notó las lágrimas que recorrían su cara y se mezclaban con las manchas de sangre. Agarró el cuerpo, pero lo notó exánime y sin vida. A pesar del barullo, él no era capaz de escuchar nada, excepto un fuerte zumbido en la cabeza. Después miró a lo lejos y vio a Al-Mundhir que se acercaba con un arma al sultán.

—La joya —dijo mientras dejaba el cuerpo con cuidado sobre el suelo. Al menos conseguiría el Corazón de Amón. Era lo mínimo que podía hacer por Hércules.

Corrió hacia la salida, pero varios soldados se interpusieron y le agarraron de los brazos.

—El sultán está en peligro, ese hombre le va a matar —dijo, desesperado, Lincoln.

Los soldados se giraron y vieron como Al-Mundhir se acercaba al sultán con la pistola en la mano. Apuntaron y dispararon sobre el árabe. El hombre no tuvo tiempo de reaccionar y se derrumbó sin vida, alcanzado por varios impactos.

Lincoln logró liberarse y corrió hasta Al-Mundhir. Estaba bocabajo, con los brazos extendidos y con la pistola todavía agarrada. Empujó el cuerpo y pudo ver su expresión vacía. Le registró los bolsillos y encontró una pequeña bolsita de terciopelo. Se la guardó y regresó hasta sus amigos.

—¿Tenía la joya? —preguntó Nikos.

—Sí —contestó Lincoln, sacándola del bolsillo.

Yamile, que se encontraba sentada junto a Hércules, miró la joya y sintió una fuerza inesperada. Su pálida cara recuperó el color.

—Tal vez la joya... —insinuó Nikos—. Si la usáramos, podríamos salvarlo.

—¿Y Yamile? —dijo Roland—. ¿Puede ayudar a los dos?

—Lo dudo —dijo Yamile poniéndose en pie.

Yamile se acercó hasta Lincoln. Su aspecto mejoraba a medida que se aproximaba a la joya. Lo miró con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Nunca había amado a nadie hasta que conocí a Hércules. He tenido una vida larga y repleta de placeres, aunque fuera una esclava en una jaula de oro. Él me ha dado lo único por lo que realmente merece la pena vivir. Por favor, usen la joya con Hércules.

Alicia se abrazó a Yamile. Sabía que la vida de uno suponía automáticamente la

muerte del otro.

—No, Yamile. Hércules no nos lo perdonaría —dijo Alicia.

—Él no puede elegir —dijo la mujer—. Arrebató a Lincoln la joya de la mano y se acercó al cuerpo.

Cuando extrajo la joya, esta comenzó a brillar. La mujer notó como una nueva vitalidad la invadía, junto a unas ganas irresistibles de vivir, pero la dejó sobre el pecho inerte de Hércules. Después leyó la trascripción y la joya irradió una luz roja muy potente. A medida que la mujer pronunciaba las palabras, un gran estruendo sonó en la sala y los cimientos de la mezquita se removieron. Yamile se apartó de Hércules y todos se protegieron instintivamente la cara.

Lincoln logró mirar hacia la luz. El rostro de Yamile comenzó a envejecer a toda velocidad. Sus pómulos se hundieron, sus dientes desaparecieron y su cara fue convirtiéndose en una grotesca calavera. La mujer agitaba los brazos, mientras que su piel comenzaba a marchitarse hasta convertirse en polvo, dejando al descubierto sus músculos enflaquecidos y después sus huesos secos. Su esqueleto cayó al suelo hasta que no quedó nada más que polvo junto a su vestido.

El estruendo cesó y la luz desapareció de repente. Todos observaron los restos de la mujer, que se había volatilizado ante sus ojos. Escucharon una tos ronca y vieron a Hércules que comenzaba a moverse en el suelo.

—¡Hércules! —gritó Alicia tirándose al suelo junto al hombre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hércules, mientras se incorporaba.

—Y, ¿usted era el que no creía en la resurrección? —bromeó Lincoln, dando la mano a su amigo.

—¿No querrá insinuar que he estado muerto? —preguntó, bromeando, Hércules.

—No, amigo Lázaro, tan solo dormía —contestó Lincoln, fundiéndose en un abrazo con él. Todos rieron y, por unos segundos, la mezquita se llenó de la alegría de la vida que vence a la muerte.

Epílogo

Londres, 14 de abril de 1915

Alicia se acercó con las tazas hasta la pequeña mesita. La recuperación de Hércules fue más lenta de lo que cabía esperar. Después de muchos trámites lograron salir de Turquía y dirigirse a Atenas, donde sus amigos Nikos Kazantzakis y Roland Sharoyan se separaron de ellos. Los intentos del embajador norteamericano en Estambul por encontrar a la familia de Roland fueron inútiles. Su madre y su hermana corrieron la misma suerte que la de cientos de miles de armenios aquella triste primavera de 1915: el exterminio.

Hércules miró a Alicia y con un gesto la invitó a que se sentase con ellos.

—Todavía no entiendo por qué las cargas explosivas estaban allí. En la mezquita no había armenios que sacrificar —dijo Lincoln.

—Es sencillo, llevaron el cuerpo de su líder, el Anciano de la Montaña, para resucitarlo y provocar la *Quiyama* —dijo Hércules.

—Pero ¿cuál iba a ser el sacrificio? —preguntó Alicia.

—El sacrificio u holocausto tenía que ser muy alto. Por eso pusieron las cargas. Para matar a todos los fieles —dijo Hércules.

—Pero eran musulmanes como ellos —contestó Lincoln.

—Los *assassini* no consideraban a los armenios inocentes y por ello necesitaban a inocentes para que la joya resucitara a su líder —dijo Hércules.

—Una matanza de inocentes —dijo Lincoln.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué la muerte de Yamile, de una sola persona fue suficiente para devolverle a la vida a usted? —preguntó Alicia.

—El mal necesita un gran sacrificio para reinar. Cada día vemos como miles de personas mueren por esta odiosa guerra. El mal es un animal insaciable. Pero el amor es capaz de devolvernos a la vida y librarnos de la muerte por el sacrificio de una sola persona. Yamile, por amor, te devolvió la vida —dijo Lincoln.

—El amor —dijo Hércules pensativo.

—¿Cree que alguna vez volverán a intentarlo? —preguntó Lincoln.

—¿El qué?

—Provocar la llegada del *Quiyama*.

—¿Acaso el hombre se cansará alguna vez de destruir a sus semejantes?

Lincoln miró el rostro melancólico de su amigo y tomó su taza de té. Hércules era lo más parecido a un milagro que había visto nunca.

—Entonces no recuerda nada de su etapa de *assassini* —bromeó Lincoln.

—Sí, a un loco lanzándose sobre mí y pegándome un tiro. ¿No lo conocerá?

—Le prometo que no volveré a matarle nunca más, a menos que... se coma la

última pastita que queda.

Los tres se rieron y sus voces atravesaron el jardín hasta llegar a las bulliciosas calles de Londres.

Algunas aclaraciones históricas

La ciudad de Meroe y los faraones negros forman parte de la historia de Egipto, todos los datos sobre sus faraones, sacerdotisas y su enfrentamiento con Roma es real. El emperador Nerón ordenó la expedición de dos legiones de pretorianos al Nilo, aunque no se sabe cuál era la verdadera intención del viaje. Tanto Plinio el Viejo como Séneca recogieron algunos detalles de este viaje.

El Corazón de Amón es un objeto ficticio. Aunque es cierto que su culto se extendió hasta Meroe y el norte de Etiopía. Hubo un templo dedicado a Amón en la zona donde se erige ahora El Cairo.

Alejandría era el centro de operaciones de la ofensiva aliada contra el Imperio otomano. En aquellos días se estaba gestando la invasión de Gallípoli. El impulsor de la idea fue Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo. La iglesia de San Sergio existe en la actualidad. Allí, según la tradición, estuvo la casa de la Sagrada Familia.

Los alfabetos lineal A y lineal B existen realmente, fueron descubiertos por sir Arthur Evans en las ruinas del palacio de Cnosos. Aunque la escritura lineal B ha sido descifrada recientemente, la lineal A sigue siendo casi totalmente desconocida.

Nikos Kazantzakis existió realmente. Fue un gran escritor griego, aunque no era especialista en griego clásico. John Garstang también es otro personaje real, sus descubrimientos arqueológicos y su conocimiento de la cultura de Meroe le dieron fama y un puesto en la Escuela Arqueológica Británica de Jerusalén.

La persecución al pueblo armenio comenzó a finales de 1914, pero la gran diáspora se produjo en 1915. Los especialistas siguen discutiendo el número de armenios fallecidos por las deportaciones, pero oscila entre un millón trescientos mil y tres millones.

Las rebeliones de Van se produjeron más tarde de lo descrito en el libro. El valle de Alamut o de los asesinos existe, así como las ruinas de su castillo.

Mustafa Kemal *Atatürk* fue uno de los fundadores de la Turquía moderna. Mehmed V fue el último sultán del Imperio otomano.

Los *assassini* fueron una secta creada en el siglo ^{xi} por Hasan-i Sabbah. Este extendió su poder por Persia y Oriente Próximo. En el siglo ^{xii} fue uno de los grupos más importantes en la zona de Palestina y lucharon a favor de los cruzados y de los musulmanes. Los *assassini* sobrevivieron hasta el siglo ^{xix} en la India. En la actualidad, otros grupos extremistas islámicos han adoptado sus crueles métodos.



Mario Escobar Galderos. Nacido en Madrid (1971), España. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, Conspiración Maine 2006, fue un éxito. Le siguieron El mesías Ario (2007), El secreto de los Assassini (2008) y la Profecía de Aztlán (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella.

Sol rojo sobre Hiroshima (2009) y El País de las lágrimas (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como Martín Luther King (2006) e Historia de la Masonería en Estados Unidos (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1]Capucha. <<

[2] ¿Me puede ayudar, por favor? <<

[3]Por supuesto. <<

[4]Año 54 de nuestra era. <<

[5] Belleza maldita y sabia, en árabe. <<

[6]Niñera. <<

[7]Capítulos en los que se divide el Corán. <<

[8]Casamentera. <<

[9]Alianza entre los Estados de Francia, Rusia y Reino Unido. <<

[10]Tribu originaria de Etiopía. <<

[11]El puritanismo Victoriano de las mujeres occidentales llevaba a estos excesos en el pudor. <<

[12]Keops. <<

[13]Kefrén. <<

[14]Micerino. <<

[15] Un pequeño barco a vapor con vela latina triangular. <<

[16]Agricultores tradicionales de Egipto. <<

[17]Cuidador de camellos. <<

[18]Profecía en árabe. <<

[19]La familia del propio Mahoma. <<

[20] Día de la Resurrección. <<

[21]Comunidad musulmana. <<

[22]Látigo de piel de hipopótamo. <<

[23]La sharia es la ley islámica. <<

[24]Cuerpo de Ejército (anzac). <<

[25]Este cuerpo francés incluía a cuatro batallones del Senegal. <<

[26] Grupo prolaicista que propició la modernización de Turquía. <<

[27]El 23 de enero de 1913 el ^{cup} dio un golpe de Estado contra la Unión Liberal y la sustituyó por una dictadura militar encabezada por tres pachás: Ismail Enver, Ahmed Djemal y Mehmed Talat. Aunque en teoría el puesto de Enver era únicamente el de ministro de la Guerra, en esencia este controlaba todo el Gobierno y tanto Djemal como Talat se limitaban a seguir sus directrices en la mayoría de las ocasiones. <<

[28]Un «muyáhid» es, literalmente, aquel que practica la yihad. En la práctica, se denominan así los combatientes que dan a su lucha una dimensión religiosa. <<

[29]Se le denominó el Sultán Rojo por su crueldad y sus muchos crímenes. <<

[30] Estuario que divide la ciudad de Estambul en dos partes. Una pertenece a Europa y la otra a Asia. <<

[31]Residencia oficial de los sultanes otomanos desde el siglo ^{xix}. <<

[32] Escuela coránica. <<

[33] Kanato o Janato: territorio gobernado por un kan o máximo gobernante. <<

[34]El Kitab Al-Kafi contiene una conversación entre el primer chíf imam Ali ibn Abu Talib y un hombre llamado al-Asbagh ibn Nubata en la que se habla de la llegada del mahdi. <<